

Otoño, 1999

Nº 43

revista de pensamiento y cultura

veintiuno

- José María Aznar López
- Lorenzo Bernaldo de Quirós
- Enrique de Diego Villagrán
- Manuel Fraga Iribarne
- Juan E. Iranzo Martín
- Juan José Lucas Jiménez
- Jerónimo Molina Cano
- Alejandro Muñoz-Alonso Ledo
- Jesús Neira Rodríguez
- Dalmacio Negro Pavón
- Eduardo Nolla Blanco
- Rodrigo de Rato y Figaredo
- José María Robles Fraga
- Carlos Robles Piquer
- Jaime Rodríguez-Arana Muñoz
- Luisa Fernanda Rudi Úbeda
- Francisco Sanabria Martín
- Ignacio Sánchez Cámara
- Juan Velarde Fuertes
- Aleix Vidal-Quadras i Roca
- Eduardo Zaplana Hernández-Soro

especial
10 años
de aniversario

El Centro Reformista

Cooperación para el Desarrollo



**Allí y Ahora,
¡¡Tu colaboración es necesaria!!**

MÓJATE

**Ven a conocer
nuestros proyectos
y colabora con tu ayuda**

Tus aportaciones en:

LA CAIXA. 2100 / 2283 / 99 / 02002283 / 8

B. SANTANDER. 0085 / 1753 / 65 / 0000000081



INFORMACIÓN DEL VOLUNTARIADO Y COOPERACIÓN FCC

C/ Marqués de la Ensenada 14. Centro Colón 3ª Planta, Oficina 23
Madrid 28004 Tlf.: 91 319 59 04/08 Fax: 91 319 82 58

Email: voluntariado.fcc@intelideas.com Web: <http://www.intelideas.com/canovas>

Cooperación para el Desarrollo - FCC Suscripción Socio-Colaborador

Envíe este cupón cumplimentado a nuestra sede:

Nombre y Apellidos

Domicilio

C.P.

Localidad

Provincia

Teléfono

Aportación única

Adjunto cheque importe de ptas.

LA CAIXA. 2100 / 2283 / 99 / 02002283 / 8

B. SANTANDER. 0085 / 1753 / 65 / 0000000081

Como colaborador

(Compromiso válido hasta que el socio lo decida)

- | | | |
|--|---|---|
| <input type="checkbox"/> 1.000,- ptas. | <input type="checkbox"/> 10.000,- ptas. | <input type="checkbox"/> Cada trimestre |
| <input type="checkbox"/> 2.500,- ptas. | <input type="checkbox"/>,- ptas. | <input type="checkbox"/> Cada semestre |
| <input type="checkbox"/> 5.000,- ptas. | | <input type="checkbox"/> Cada año |
| | | <input type="checkbox"/> Cada |

Las aportaciones económicas que realizan a la FCC se benefician de las ventajas fiscales que marca la Ley de Fundaciones y Mecenazgo.

Si desea un certificado de donación para ello, marquelo

DOMICILIACIÓN DE RECIBOS EN CAJA O BANCO

Ruego que con cargo a la cuenta reseñada se sirvan pagar los recibos que presente:

«Fundación Cánovas del Castillo - Cooperación para el Desarrollo»

Titular

Banco o Caja

Dirección

C.P.

Localidad

Entidad

Oficina

D.C.

Nº de Cuenta

Firma del titular,

Director

Francisco Sanabria Martín

Consejo asesor

Carlos Aragonés
María Dolores de Asís
Miguel Cruz Hernández
Luis Escobar de la Serna
María Teresa Estevan Bolea
Guillermo Gortázar
Mario Hernández Sánchez-Barba
Alejandro Muñoz Alonso
Dalmacio Negro Pavón
Alfonso Ortega
Rafael Pérez Alvarez-Ossorio
Jesús Trillo Figueroa
Juan Velarde Fuertes

Subdirectora

Aurora Pérez Azpeitia

Director Técnico

Isidro Juan Palacios

Redactor Jefe

José Manuel de Torres

Diseño y Realización

a.irurzun.m

Publicidad

María Luisa Romero y Begoña Rodrigo

Administración y Suscripciones

Marqués de la Ensenada, 14-16,
piso 3.º Pta. 23. 28004 Madrid
Tfonos: 91 319 59 04-91 308 55 34/Fax: 91 319 82 58
Internet: <http://www.intelideas.com/canovas>
Email FCC: canovas@intelideas.com
Email Allí y Ahora: voluntariado.fcc@intelideas.com

La revista no comparte necesariamente las opiniones expresadas en ella por los colaboradores, ni publicará más originales que los previamente solicitados por sus órganos de dirección

Filmación: Par Estudio Gráfico S.A.: 445 61 51
Imprime: MIJAN. Tel.: 920-22 33 04
Depósito Legal: M-25169-1996
ISSN 1131 - 7736

EDITA: Fundación Cánovas del Castillo
PRESIDENTE: Carlos Robles Piquer

SUMARIO

P.V.P. 1.500 pts

N.º 43

- EDITORIAL 3
- POR LA ESPAÑA DE LAS OPORTUNIDADES.
José María Aznar López 7
- LA TERCERA VÍA.
Lorenzo Bernaldo de Quirós 11
- BREVE HISTORIA IDEOLÓGICA DEL CENTRO REFORMISTA.
Enrique de Diego Villagrán 17
- LA VÍA DEL CENTRO REFORMISTA.
Manuel Fraga Iribarne 29
- DE LA ÚNICA POLÍTICA ECONÓMICA POSIBLE
A LA ESTABILIDAD DINÁMICA. *Juan E. Iranzo Martín* 41
- EL CENTRO REFORMISTA Y LAS COMUNIDADES AUTÓNOMAS.
Juan José Lucas Jiménez 47
- EL LIBERALISMO Y LA QUERRELLA IMPOLÍTICA DE LA IZQUIERDA
Y LA DERECHA. *Jerónimo Molina Cano* 55
- SENTIDO Y VALOR DEL CENTRO.
Alejandro Muñoz-Alonso Ledo 69
- EL CENTRO POLÍTICO.
Jesús Neira Rodríguez 79
- METAFÍSICA DEL CENTRO.
Dalmacio Negro Pavón 101
- SER Y NO SER, O EL FIN DE LA REVOLUCIÓN.
Eduardo Nolla Blanco 113
- ESPAÑA EN UN MUNDO GLOBAL.
Rodrigo de Rato y Figaredo 125
- LA NUEVA REALIDAD POPULAR EUROPEA.
José María Robles Fraga 137
- LOS POPULARES EN EUROPA.
Carlos Robles Piquer 143
- SOBRE EL CENTRO REFORMISTA.
Jaime Rodríguez-Arana Muñoz 149
- EN LA ESPAÑA DE LAS LIBERTADES.
Luisa Fernanda Rudi Úbeda 161
- BASES DOCTRINALES DEL CENTRO REFORMISTA ESPAÑOL.
Francisco Sanabria Martín 165
- TEORÍA DEL CENTRO (NOTAS PARA UNA GEOMETRÍA POLÍTICA).
Ignacio Sánchez Cámara 177
- BREVE MEDITACIÓN SOBRE EL CENTRAR LA POLÍTICA ESPAÑOLA,
O DE JOVELLANOS A FRAGA. *Juan Velarde Fuertes* 185
- UN APUNTE SOBRE LA SOCIEDAD CIVIL
Aleix Vidal-Quadras i Roca 193
- EL CENTRO REFORMISTA AL SERVICIO DE LAS OPORTUNIDADES.
Eduardo Zaplana Hernández-Soro 203



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA



Esta revista es miembro de ARCE. Asociación de Revistas Culturales de España



EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO

**PARA CONSEGUIR TUS OBJETIVOS,
¡¡COMUNÍCATE BIEN!!**

- CURSOS PRÁCTICOS DE ORATORIA Y RETÓRICA
- GRUPOS REDUCIDOS (máx. 15 personas)
- 20 HORAS DE DURACIÓN (Varios horarios)
- METODOLOGÍA PARTICIPATIVA (Teoría y Práctica)
- PRECIOS ESPECIALES Y FACILIDADES PARA ESTUDIANTES

**PARA ESTUDIANTES, DOCTORANDOS,
OPOSITORES, DOCENTES Y JURISTAS**

**Y TRIUNFA PERSUADIENDO Y
DELEITANDO CON TU MENSAJE**

FCC

Fundación
Cánovas del Castillo

INFORMACIÓN E INSCRIPCIONES

Marqués de la Ensenada, 14.

Ofic. 25. 28004 Madrid.

Tels. 91 319 59 04/08.

FAX: 91 319 82 58.

V EINTIUNO cumple en este año los diez de su aparición. Tan lejos de la vana satisfacción como de la falsa humildad, quienes hacemos la revista nos sentimos contentos del esfuerzo realizado, que no ha sido pequeño. Cuando una publicación trimestral de pensamiento y cultura alcanza dos lustros de vida y cuarenta y tres números hay motivo de alegría, tanto en nuestro caso como en el de todos los que se hallen en situación parecida; con ellos nos sentimos solidarios.

En este período hemos procurado ser fieles a los propósitos que animaron la creación de VEINTIUNO y que el Presidente de la Fundación editora, anunciaba así en el primer número: "participar en la serena y fecunda batalla de las ideas y de las sensibilidades" y "ser una revista fieramente humana, abierta a las tendencias del mejor pensamiento de estos apasionantes tiempos de España, de sus pueblos y Comunidades, de la Europa a la que se va incorporando, del mundo que muchos de sus hijos cruzaron antes y siguen cruzando ahora".

Que lo hayamos o no logrado lo dirán nuestros lectores mejor que nosotros. De lo que sí respondemos es de nuestra dedicación y entusiasmo que, no sin dificultades y hasta contra-tiempos, han conseguido publicar más de siete mil páginas y traído a ellas unos trescientos setenta nombres de calidad, correspondientes a personalidades de la vida política e intelectual, profesores, universitarios, académicos, profesionales destacados, especialistas en las cuestiones tratadas, hombres de pensamiento, hombres de acción, o las dos cosas a la vez. Salvo rigor y altura en el tratamiento de los temas, poco más hemos pedido a quienes nos honraron con sus trabajos. De todos solicitábamos, eso sí, que, sin pérdida de calidad, se hiciesen entender por quie-



nes no conociendo la materia de que iba a tratarse, tuviesen curiosidad y apertura mental para recibirla.

Han aparecido así en las páginas de nuestra revista ciento trece **Estudios**, dedicados a planteamientos generales, ciento cuarenta y dos **Análisis**, con la pretensión de advertir a los lectores sobre los problemas y acontecimientos actuales más elocuentes, treinta y cuatro **Perfiles**, donde hacer recordatorio de personalidades destacables por su labor intelectual, su talla profesional o su categoría humana. Las **Crónicas**, que tuvieron como finalidad ofrecer panorámicas sintéticas de lo que acontece en la cultura, en el mundo de las ideas, en el Parlamento, en Hispanoamérica, en la prospectiva, empezaron siendo tres en los primeros números y se fueron convirtiendo poco a poco en siete, con lo que en total suman doscientas trece para los números anteriores. El interés suscitado ha hecho que más de una vez hayamos separado de ellas las **Notas**, dándoles autonomía. En punto a **Documentos**, para recuperar páginas poco conocidas u olvidadas, los resultados no han sido pocos en inserciones: treinta. Nacerían posteriormente los **Temas Monográficos**; cada uno de los veintinueve publicados ha ido rotulado con el nombre de lo en ellos tratado, lo que ha permitido examinar con algún detenimiento muchas cuestiones candentes, interesantes, muy actuales o muy permanentes. Se incluyó desde el pasado otoño otro apartado, **Informe Económico**, del que hay ya cuatro ejemplos.

Sería premioso incluir aquí ni siquiera un esbozo del abundantísimo repertorio de temas tratados en VEINTIUNO. Sería además inútil, porque el lector tiene una guía bien segura en nuestros **Índices**, que han aparecido cada diez números con entradas temática, onomástica y de sumarios. A ellos, pues, nos remitimos.

Creemos sinceramente que al conjunto de lo aparecido hasta hoy le sigue siendo aplicable lo que **José María Aznar** escribió aquí con motivo de la aparición del número veintiuno: "Cuando surgió la revista, las circunstancias se presentaban más difíciles que ahora para quienes alimentamos una concreta mentalidad sobre la vida pública española. Desde entonces, a lo largo de sus veintiuna ediciones, ha sostenido el talante abierto del comienzo y la reflexión serena que permiten integrar las corrientes de pensamiento más cercanas a nuestras afirmaciones políticas".

Pues bien, para seguir fieles a nuestra fiel trayectoria hemos creído lo más adecuado celebrar este décimo aniversario tratando, de modo especial y por extenso —este es el primer y único número monográfico que damos a la luz—, de algo vivo, actual y candente, acaso ambiguo para algunos en su definición, pero tan atractivo a la vez que muchas tendencias políticas se lo disputan. Hablamos, claro está, de **El Centro Reformista**, con lo que continuamos así “una empresa intelectual ligada a un proyecto político”, como definió Aznar a esta revista nuestra en la ocasión ya citada. Y lo hacemos con idéntico talante abierto y plural, si bien, claro está, desde las corrientes más cercanas a nuestro modo de pensar, coincidentes en lo básico pero no monocordes, entre otras buenas razones porque no somos monocordes y esperamos no llegar a serlo nunca, no es nuestro estilo.

Seguimos de este modo en la elección y exposición de lo tratado la pauta

Otoño, 1999 Nº 43 revista de pensamiento y cultura

veintiuno

- José María Aznar López
- Lorenzo Bernaldo de Quirós
- Enrique de Diego Villagrán
- Manuel Fraga Iribarne
- Juan E. Iranzo Martín
- Juan José Lucas Jiménez
- Jerónimo Molina Cano
- Alejandro Muñoz-Alonso Ledo
- Jesús Neira Rodríguez
- Dalmacio Negro Pavón
- Eduardo Nolla Blanco
- Rodrigo de Rato y Figaredo
- José María Robles Fraga
- Carlos Robles Piquer
- Jaime Rodríguez-Arana Muñoz
- Luisa Fernanda Rudi Úbeda
- Francisco Sanabria Martín
- Ignacio Sánchez Cámara
- Juan Velarde Fuertes
- Aleix Vidal-Quadras i Roca
- Eduardo Zaplana Hernández-Soro

especial
10
aniversario

El Centro Reformista

que en la misma oportunidad atrás mentada marcó el autor de la iniciativa de que se editase *VEINTIUNO*, **Manuel Fraga**, que subrayó entonces: “el activismo desprovisto de programación es pérdida de tiempo... es esencial en política el análisis de los hechos y la utilización de instrumentos bien estudiados... las ideas claras y las actitudes firmes en ellas son lo único que construye la historia. Nunca se ponderará con exceso la necesidad que tiene nuestra sociedad de cultivar y desarrollar un auténtico pensamiento popular que arranque de los anteriores intentos de crearlo, prolongue sus aciertos y lo aumente con actualizaciones adecuadas”.

Tarea, pues, para muchos. Por ello, firman hoy un conjunto de personas que responden una vez más al perfil del colaborador del que al principio se dejaba noticia: académicos, profesores, profesionales, especialistas, políticos en activo, realizan consideraciones sobre la cuestión propuesta. Hemos elegido para su presentación el orden alfabético, sin duda frío y hasta desconsiderado, pero implacablemente neutro y objetivo sin discusión. Vaya por delante que, aunque no sobra ninguno, faltan muchos, muchos nombres que podrían haber figurado y hubiéramos querido que figurasen. El espacio disponible es la causa de ello. Y aún así, a diferencia de lo que pudimos decir al cumplir cinco años, este volumen de los diez es, además de extraordinario, inevitablemente desmesurado en comparación con los hermanos que le han precedido, y si Dios quiere y sigue dispensándonos la atención que ahora, los que le seguirán.

Gracias, en fin, sencilla pero sentidamente, gracias a todos, a los colaboradores de hoy y del pasado, a los lectores de hoy, del pasado y del futuro.

Francisco SANABRIA MARTÍN

Director

POR LA ESPAÑA DE LAS OPORTUNIDADES

José María AZNAR LÓPEZ

Presidente del Gobierno. Presidente Nacional del PP

En el marco del XIII Congreso Nacional, celebrado en Madrid en enero de 1999, se aprobaron las bases programáticas del renovado proyecto de centro reformista que el Partido Popular ofrece hoy a la sociedad española y que lidera el Presidente del Gobierno. En este número especial que VEINTIUNO dedica monográficamente a "El centro reformista" parece imprescindible para un posterior debate en torno a estas ideas recoger dichos principios bajo la firma de su primer valedor.

1 La España constitucional es la historia de un acierto colectivo. Vivimos en una sociedad abierta, madura y que confía en sí misma. En los últimos veinte años hemos puesto unos cimientos sólidos para nuestra convivencia en libertad.

Ese éxito de todos es nuestra mayor fortaleza para afrontar los nuevos retos. Los españoles, a las puertas del siglo XXI, estamos en condiciones de afianzar un futuro de más libertad, sólido bienestar y paz para todos. El balance es a todas luces positivo.

2 Podemos ganar el futuro. La globalización, las nuevas tecnologías y la integración económica y política están modificando como nunca la sociedad y las relaciones entre personas. Estas nuevas realidades son, ante todo, nuevas oportunidades que amplían el ámbito de las libertades y nos enfrentan a nuestra responsabilidad. Somos libres para lograr una España mejor y seremos responsables si este anhelo se malogra. La importancia de estos cambios exige recordar nuestra historia en común y mirar con decisión a la nueva época.

3 En esta nueva etapa, el Partido Popular ofrece a los españoles un proyecto de centro reformista. Un proyecto que quiere ilusionar, convencer y sumar. Un proyecto propio de un partido en los valores cívicos de la sociedad española y en su capacidad para adelantarse a las exigencias del futuro.

Es momento para la reflexión, para la propuesta y para la acción. Son tiempos de reformas compartidas. Es la hora de la política.

4 Estos son los principios y valores con los que nos comprometemos en nuestra actividad política y las metas que proponemos a la sociedad española:

- Defendemos que las personas son el centro de la acción política. Que, con independencia de culturas y formas de vida, la dignidad radical del ser humano lo hace titular exclusivo de los derechos fundamentales. Queremos contribuir a la expansión de las libertades. Una sociedad más libre es una sociedad más humana.

- Afirmamos el valor de la democracia como único sistema político que reconoce y garantiza las libertades y los derechos. Sólo la Constitución nos permite organizar en libertad una convivencia con más de cinco siglos de historia. Gracias a ella existe un proyecto común para la España plural, vivimos en un Estado de Derecho y en una democracia que ha elegido gobernarse por el principio representativo. El parlamento es el centro de nuestra vida política.

- Queremos una sociedad de oportunidades. Una comunidad es más justa cuantas más oportunidades ofrece a sus ciudadanos. La edu-

cación y el empleo son la clave para hacer realidad cotidiana la España de las oportunidades. En la sociedad del conocimiento es vital una educación de calidad para todos. Es la mejor garantía contra la exclusión. Buscamos el pleno empleo. Combatimos la rigidez para evitar la precariedad. Promovemos que más mujeres se incorporen a la vida laboral y que asuman mayores responsabilidades políticas.

- Apoyamos el protagonismo de una sociedad que genera iniciativas y novedades que la hacen avanzar. Son los individuos activos y responsables los que impulsan proyectos vitales que implican a los demás. Son las personas con iniciativa y sentido del compromiso quienes más contribuyen al progreso del país.

- Respaldamos a los creadores y a los innovadores en un marco de libertad. Nuestra cultura plural es herencia y proyecto. Es expresión de nuestra existencia como nación y fundamento de nuestra proyección exterior. El nivel que alcancemos en ciencia y tecnología determinará el futuro de nuestro bienestar.

- Necesitamos una sociedad del bienestar con bases más sólidas. La solidaridad entre generaciones es condición de supervivencia para una comunidad que quiere mirar con serenidad al futuro. Unas pensiones garantizadas, una sanidad universal, humana y de calidad, y una renovada conciencia del medio ambiente son consustanciales a este pacto. La familia es una institución fundamental para transmitir los valores que lo hacen posible.

- Trabajamos para aumentar la integración social. Todos merecemos una nueva oportunidad. La atención hacia los más débiles es nuestro compromiso ético y político. Es un com-

promiso compartido entre los poderes públicos y las agrupaciones voluntarias de solidaridad.

- Queremos grandes proyectos sin grandes Administraciones. Más cooperación es imprescindible para la eficacia del Estado de las Autonomías. La cohesión aumentará las oportunidades y el bienestar de todos los españoles. Nuestro tiempo pide hacer más con menos.

- Creemos en una Europa de valores, unida, abierta y diversa. Queremos que sea competitiva, creadora de cultura y que promueva el bienestar de todas sus naciones. Hemos dado un gran paso en la integración. La moneda común hará que los europeos vivamos más unidos. La ampliación completará nuestra unión. Por historia y voluntad nos sentimos muy cerca de Iberoamérica; por ella tenemos una lengua de alcance global; con ella queremos, también, compartir nuestro futuro.

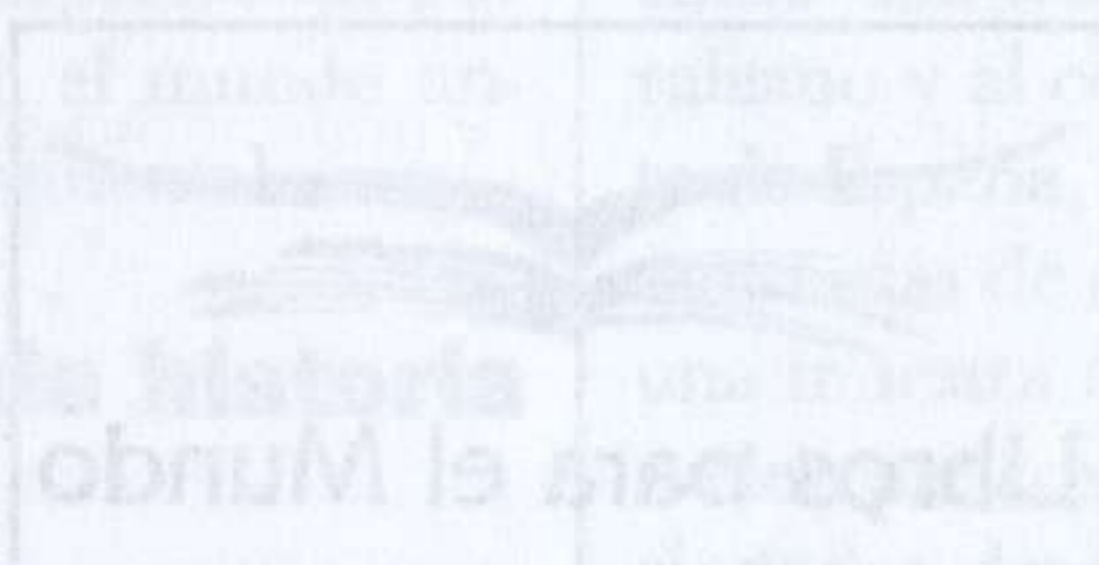
- Deseamos que España trabaje a favor de un mundo abierto. Nuestra referencia será la

promoción de las libertades y de los derechos humanos. Nuestra acción irá unida a las demás naciones libres. Somos cada vez más una comunidad universal. Hace falta erigir una verdadera justicia internacional. Una sociedad libre es el fundamento de una sociedad próspera. La cooperación y el comercio internacional ofrecen oportunidades para el progreso y el bienestar de los pueblos.

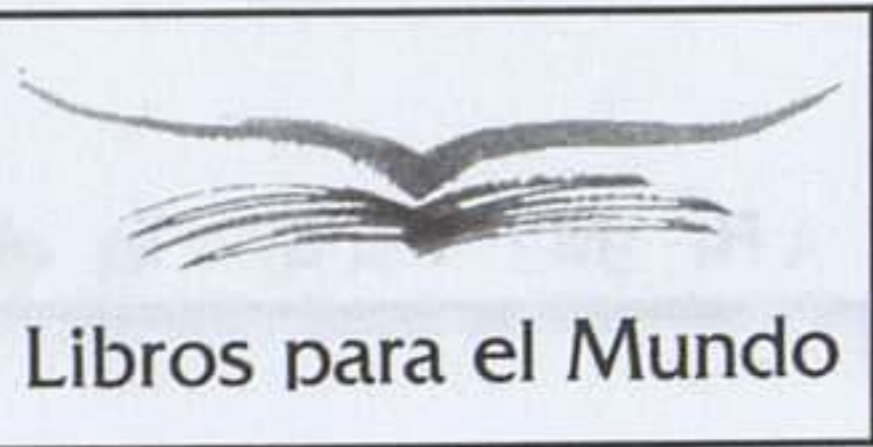
Estos principios, valores y metas orientarán nuestra acción política. El centro reformista es el mejor camino hacia el futuro. El Partido Popular seguirá abierto para incorporar más personas a este proyecto. En el empeño de llevar a cabo las reformas que nuestro país necesita todos los españoles somos necesarios. La moderación y el diálogo son las herramientas del centro que nuestro partido representa. Con ellas, nuestros mejores esfuerzos y nuestro compromiso, confiamos en un futuro de la España de las oportunidades.



José María AZNAR LÓPEZ



Libros para el Mundo
 C/ Carretas, 14. Tº D. 28012 Madrid
 Telfax: 91 522 62 11
 Correo electrónico: libros.mundo@nd.servicom.es
 página web: www.servicom.es/libros.mundo



Libros para el Mundo

DELIBROS

REVISTA DEL LIBRO

Libros para el Mundo y DELIBROS agradecen la colaboración en el concierto "Libros para Centroamérica"

Federación de Gremios de Editores de España, Asociación de Editores de Madrid, Gremi d'Editors de Catalunya, CEGAL, FANDE, ARCE, Fundación Santa María, StoraEnso, Años Luz Viajes, Diseño Comunicación, CP Conciertos, Alcorta/ Gelardin, Diseño Gráfico, M^a del Mar Bonet, Ismael serrano, Lluís Llach, Tonino, Juanjo de la Iglesia y a todos los medios de comunicación que nos han apoyado.

También los miles de beneficiarios de nuestro proyecto en Centroamérica os lo agradecen.

Todas aquellas personas, instituciones o empresas que quieran cooperar con libros Para El Mundo pueden ponerse en contacto con nosotros.

Ayúdanos a crear bibliotecas en Honduras, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y en otros muchos países en los que son tan necesarias.

Sólo con muchos socios y colaboradores podemos seguir enviando libros.



Libros para el Mundo

Libros para el Mundo
c/ Carretas, 14. 7º D . 28012 Madrid
Tel./fax: 91 522 62 11
Correo electrónico: libros.mundo@mad.servicom.es
página web: www.servicom.es/librosmundo

LA TERCERA VÍA

Lorenzo BERNALDO DE QUIRÓS

Abogado. Master en Economía Política.

*En los últimos tiempos, la llamada "Tercera Vía" está de moda en toda Europa y, por supuesto, en España. El País-Aguilar acaba de publicar un libro con ese título, firmado por el Primer Ministro británico, **Tony Blair**, que se une a una larga lista de títulos británicos que con mayor o menor fortuna han abordado este tema y a la costumbre de los políticos de intentar siempre dejar su "huella" teórica.*

LA estrategia de centro reformista planteada por el Presidente del Gobierno español, **José María Aznar**, se interpreta en amplios sectores de la opinión, como una expresión, esta vez desde el centro-derecha, de ese mismo fenómeno. Ahora bien, la Tercera Vía no es una concepción homogénea. De hecho existen claras diferencias entre su interpretación por los partidos de la izquierda en el mundo anglosajón que en la Europa continental.

Un poco de historia

La búsqueda de una vía intermedia entre dos puntos del espectro político ni es una novedad, ni ha significado siempre lo mismo. En

la Europa de la post-revolución francesa, el liberalismo doctrinario aparecía como una tercera vía entre la reacción y el radicalismo. En la de finales de siglo, el corporativismo católico se ofrecía como un punto medio entre el capitalismo y el socialismo y, en la de entre guerras, los movimientos fascistas se definían como una alternativa al decadente demoliberalismo y al comunismo. En la historia reciente de España, el centrismo (la UCD) fue un intento más de esa misma naturaleza y, además, una muestra de la tendencia degenerativa que suelen padecer este tipo de enfoques en las sociedades democráticas: la indefinición constante, la búsqueda enfermiza del consenso en todo y para todo, y la falsa y vieja idea de que

la verdad siempre está en el justo medio. Ahora bien, en todos esos proyectos centristas domina un componente ideológico sobre los demás: por ejemplo, el liberalismo en los doctrinarios y el estatismo en el corporativismo o los fascismos.

Ese último punto es muy importante ya que, en la práctica, la esencia de la tercera vía se reduce a una cuestión: ¿cómo se interpreta y se gestiona desde la izquierda y desde la derecha el consenso ideológico o las ideas dominantes existentes en una sociedad? Éstas suelen ser el resultado de la actuación de *políticos de oferta*, es decir, aquellos cuyas ideas desafían aspectos básicos del *statu quo* político, cultural, social y económico vigente en un momento determinado, logran la aceptación de sus propuestas por la mayor parte de la población y, de esta forma, dan lugar al nacimiento de un nuevo consenso o paradigma, que condiciona durante un largo período de tiempo los contenidos de las ofertas programáticas de las fuerzas políticas con vocación de convertirse en gobierno. A esta categoría pertenecen, entre otros, **Franklin D. Roosevelt**, **De Gaulle**, **Reagan** o **Thatcher**. En este contexto, los políticos de la tercera vía siempre son administradores, más o menos competentes, de un consenso forjado por las ideas de otros. Por ello, la bondad o maldad de sus actuaciones dependerá de la bondad o maldad de las ideas dominantes, ya que son gestores de la opinión, no creadores de ella.

“La esencia de la tercera vía se reduce a una cuestión: ¿cómo se interpreta y se gestiona desde la izquierda y desde la derecha el consenso ideológico o las ideas dominantes existentes en una sociedad?”

Por otra parte, en las democracias, las ideologías casi nunca logran imponer la totalidad de su ideario. En este sentido, todos los regímenes son mixtos y en ellos convi-

ven y se plasman visiones distintas sobre la organización social, económica y política. El tema fundamental es cuál sea el componente principal de la mezcla, el núcleo central de ideas alrededor del cual los partidos con vocación de mayoría articulan sus programas. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta las dos crisis del petróleo (1973-1979), el consenso en la mayor parte de las democracias occidentales se tradujo en la concesión de un papel preponderante al Estado, materializado en elevados impuestos, una intensa regulación de la actividad económica y el desarrollo de un ambicioso Estado de Bienestar. El estatismo era el paradigma imperante y la derecha ofrecía como tercera vía una alternativa entre la socialdemocracia y el socialismo real. Curiosamente fue otro primer ministro británico, el conservador **Harold Macmillan**, quien teorizó esa opción en su libro *The Middle Way* (Londres, 1938), título idéntico al ofrecido a la imprenta por Blair casi medio siglo después. Entonces, el objetivo del líder *tory* era el mismo que el del líder del *Labour* ahora: renovar el discurso de su partido, aceptando lo esencial del paradigma dominante. El “butkelismo” fue el término británico para definir la sintonía entre las políticas sociales y económicas de los *tories* y de los laboristas, una mezcla de los nom-

bres de **R. Butler**, Ministro de MacMillan y de **Hugh Gaistkell**, líder del *Labour*.

Un cambio de paradigma

El derrumbamiento del socialismo real y la crisis de la socialdemocracia han desplazado el consenso hacia los principios del liberalismo, es decir, hacia la conversión del mercado en el principio básico de articulación del orden social. Ahora, la cuestión no es cuánto mercado sino cuánto Estado. Este fenómeno es independiente del color político de los gobiernos. De la misma manera que, durante décadas, la derecha aceptó la sustancia de los planteamientos estatistas para llegar al gobierno, la izquierda de finales de siglo se ve forzada a asumir la base del discurso liberal si desea alcanzar el poder y mantenerse en él. Este hecho lo refleja el libro de Blair con una precisión extraordinaria. Parodiando a sir **William Harcourt**, cuando escribió hace casi un siglo “*Hoy todos somos socialistas*”, Blair podría decir “*Hoy todos somos liberales*”.

Los programas socialdemócratas comenzaron a implantarse en una economía europea destruida por la guerra, en pleno boom de natalidad y bastante cerrada al exterior. En ese entorno era posi-

“El derrumbamiento del socialismo real y la crisis de la socialdemocracia han desplazado el consenso hacia los principios del liberalismo, es decir, hacia la conversión del mercado en el principio básico de articulación del orden social. Ahora, la cuestión no es cuánto mercado sino cuánto Estado.”

ble crecer y, a la vez, desarrollar ambiciosos programas sociales con una presión fiscal y una intervención estatal crecientes, ya que los costes de esas iniciativas sólo se materializaron décadas más tarde cuando el sistema alcanzó su madurez. Sin embargo, las condiciones que hicieron posible la construcción de ese modelo han desaparecido, y éste no puede sobrevivir en el entorno de la globalización, como ha señalado **Anthony Giddens**, Director de la London School of Economics y uno de los teóricos más influyentes del *New Labour*, “*la solución automática de la izquierda a todos los problemas, conceder más poder al Estado, no funciona*”.

Una transformación anglosajona

El interés de la Tercera Vía *blairita* no estriba en el planteamiento de una alternativa al liberalismo, sino en el diseño de una oferta programática dentro del cosmos intelectual de la ideología liberal, lo que supone una radical revisión de los supuestos doctrinales de la *gauche*,

en concreto, de sus fundamentos socialistas. En otro reciente estudio (1), tres destacados intelectuales del *New Labour* —**Anthony Giddens**, **John Lloyd** y **Paul Ormerod**— discuten con el liberal **Michael**

(1) *The Future of Welfare State*, IEA, 1998. *Is There a Third Way?*, IEA, 1998.

Novak, el futuro de la izquierda. Sus planteamientos son muy interesantes: ven el Estado socialdemócrata como un problema, no como una solución; reconocen la quiebra del "Welfare State" y no descartan reformas de corte liberal (por ejemplo, la introducción de un sistema de pensiones en régimen de capitalización o la privatización de la sanidad); asumen la necesidad de una reforma fiscal sin rechazar la posibilidad de una *flat tax* o impuesto proporcional; no abogan por intervenir si no por liberalizar los mercados, y consideran que el crecimiento económico ha hecho mucho más por aumentar el nivel de vida de las rentas más bajas que todas las medidas de redistribución puestas en marcha por los gobiernos socialdemócratas. Por ello oponen factores tradicionalmente ajenos al discurso socialista (la importancia de los incentivos, de la iniciativa y de la responsabilidad individuales etc.) a la retórica redistributiva clásica.

Por otra parte, algunas de las preocupaciones metaeconómicas de la nueva izquierda *blairita* (el deterioro de las comunidades, la ruptura de las familias, el sentido del deber, etc.) están en lo más hondo del pensamiento liberal. **Adam Smith** o **Tocqueville**, por poner dos ejemplos, han escrito páginas memorables sobre el *ethos* moral y cívico necesario para el funcionamiento de una sociedad libre. A su vez,

"Tres destacados intelectuales del 'New Labour' –Anthony Giddens, John Lloyd y Paul Ormerod– discuten con el liberal Michael Novak el futuro de la izquierda. Sus planteamientos son muy interesantes: ven el Estado socialdemócrata como un problema, no como una solución; reconocen la quiebra del 'Welfare State' y no descartan reformas de corte liberal."

han roto con el victimismo, es decir, la idea según la cual los males materiales de los individuos son consecuencia de la existencia de una estructura social injusta, y critican la cultura de dependencia provocada por muchos de los vigentes programas de asis-

tencia social, otra de las consecuencias no queridas, causadas por las políticas socialdemócratas y denunciadas por los teóricos liberales desde hace muchos años.

A la hora de la verdad, la Tercera Vía *blairita* es un diagnóstico brillante y, a veces, demolidor de la vieja izquierda en sus dos versiones, la blanda socialdemócrata y la dura comunista. Sin embargo, sus planteamientos positivos, sus formulaciones políticas concretas o son simples reescrituras de los programas liberales clásicos o son vagas declaraciones de principio sin contenido real alguno. Así pues, la nueva izquierda se mueve en el plano doctrinal entre el plagio y el vacío lo que, si bien puede desilusionar a los doctrinarios, resulta muy tranquilizador para los ciudadanos de a pie que, a lo largo del siglo XX, han experimentado en sus carnes los diversos experimentos socialistas. Lo mejor de la Tercera Vía, junto a su aceptación de las bases del discurso liberal, es su magnífico uso del marketing: resuelve cualquier grave problema de definición, añadiendo al sustantivo problemático el adjetivo "nuevo" y ya

está. En este sentido, Giddens es un maestro y Blair no deja de ser un aprendiz.

En el otro gran país anglosajón, los EE.UU., la aproximación de **Clinton** a la Tercera Vía es una pura retórica. La Administración demócrata no ha tenido una elaboración doctrinal similar a la de sus homólogos británicos. De hecho, los proyectos iniciales de Clinton enlazaban con la tradición demócrata de más Estado, más gasto público, más impuestos, más regulaciones y con una aproximación a problemas económicos fundamentales (por ejemplo, la economía internacional) proteccionistas. La reconversión del ex-gobernador de Arkansas a las virtudes del mercado, del gobierno reducido y de los buenos-viejos principios de la economía liberal han sido fruto de la necesidad y del oportunismo. De la necesidad, porque muy pronto se encontró con un Congreso republicano dispuesto a paralizar sus ambiciosos planes de ingeniería social (por ejemplo, su reforma del sistema sanitario); del oportunismo, porque se dio cuenta de que sólo podría ganar la reelección si se apropiaba del proyecto republicano. La combinación de ambas situaciones llevaron al

mayor recorte de programas sociales de la postguerra, a un presupuesto equilibrado, a una estrategia internacional librecambista, etc. En perspectiva, el mayor éxito de Clinton es haber gobernado como un *reaganita* del ala du-

ra sin haber utilizado su retórica. De ello se han beneficiado los norteamericanos, con la segunda mayor expansión económica del último medio siglo. La primera fue la del período 1982-1990, protagonizada por Ronald Reagan.

Sin embargo, la escena europea es muy distinta. En realidad, la situación es parecida a lo que sucedió con la "revolución liberal" de los ochenta, esta vez con las formaciones de centro-derecha. Los grandes partidos de esa parte del espectro político fueron mucho más moderados en sus planteamientos programáticos y acciones de gobierno que sus colegas anglosajones. En la práctica se limitaron a introducir suaves ajustes en el modelo socioeconómico, que siguió siendo en lo esencial social-estatista. La democracia cristiana de **Köhl** o la derecha francesa continuaron creyendo en la virtualidad del modelo de corporativismo de Estado con sus mercados regulados, su generoso Estado del Bienestar y una relación de cooperación entre el sector público y el privado. La mayoría de los partidos conservadores de Europa defendieron esquemas similares. El único cambio fue un relativo abandono de los principios key-

nesianos en política fiscal y financiera, y una mayor desconfianza hacia el sector público empresarial, lo que se tradujo en la privatización de empresas públicas.

Esa gestión hizo que la izquierda europea no se viera necesitada de realizar

“En la historia reciente de España, el centrismo (la UCD) fue... una muestra de la tendencia degenerativa que suelen padecer este tipo de enfoques en las sociedades democráticas: la indefinición constante, la búsqueda enfermiza del consenso en todo y para todo, y la falsa y vieja idea de que la verdad siempre está en el justo medio.”

una transformación tan profunda como la británica o la norteamericana. La agenda social, política y económica no se desplazó hacia los principios liberales en la mayor parte de los Estados continentales y, por tanto, la opinión pública no forzó a los partidos socialistas a ajustarse a un nuevo marco ideológico, porque simplemente éste no se había convertido en una realidad. Eso explica en buena medida el triunfo del PSF de **Jospin**, con toda su jerga de viejo socialismo, y la primera etapa del gobierno **Schröder**, con **Lafontaine** al frente de la economía germana. Por eso, los cambios de orientación de ambas formaciones han tenido mucho más que ver con la tozuda realidad de los hechos que con un proyecto ideológico definido. Jospin se ha visto forzado a hacer cosas radicalmente distintas a las que le hicieron ganar las elecciones (2), porque la economía le pasaba una factura muy alta. Schröder ha despedido a Lafontaine por razones similares. En este sentido, el vi-

“La Tercera Vía blairita es un diagnóstico brillante [...] Sin embargo, sus planteamientos positivos, sus formulaciones políticas concretas o son simples reescrituras de los programas liberales clásicos o son vagas declaraciones de principio sin contenido real alguno. Así pues, la nueva izquierda se mueve en el plano doctrinal entre el plagio y el vacío...”

raje práctico hacia posiciones terciaristas en Francia y Alemania es muy parecido al realizado por Clinton hace siete años.

En todo caso, la renovación intelectual de la izquierda dentro de los parámetros del paradigma liberal es uno de los fenómenos más importantes de esta

centuria si bien, de momento, parece ser una planta que sólo se desarrolla en el mundo anglosajón. Si la línea anglosajona logra contaminar a sus homólogos continentales, Europa puede embarcarse en una etapa de prosperidad y estabilidad sin precedentes. Una izquierda liberal, desligada de los “tics” estatistas y colectivistas del socialismo clásico, es un elemento fundamental para enfrentar el siglo XXI. De hecho, reconstruiría las viejas líneas divisorias entre conservadores y liberales, vigentes durante la etapa más brillante y constructiva del Viejo Continente, aquella que terminó con la Gran Guerra de 1914 a 1918, descrita con singular acierto por **Stefan Zweig** como la “*Edad de Oro de la libertad y de la seguridad*”.

Lorenzo BERNALDO DE QUIRÓS

(2) Por ejemplo, la famosa reducción de la jornada laboral a 35 horas tiene una aplicación tan compleja y está sometida a tales restricciones que es prácticamente inaplicable.

BREVE HISTORIA IDEOLÓGICA DEL CENTRO REFORMISTA

Enrique DE DIEGO VILLAGRÁN

Director del diario "La Prensa de la Provincia de Alicante"

El 7 de mayo "Le Figaro Magazine" abría su portada con una fotografía de José María Aznar y Ana Botella con el significativo título de "Aznar: Une droite modèle". Si se tiene en cuenta que en 1982 la misma publicación era un punto de referencia de los esfuerzos renovadores del centro-derecha, se puede percibir el profundo proceso seguido desde la posición de discípulos a la de modelo a imitar. La misma portada era una manifestación del prestigio internacional de Aznar, algo que los socialistas pusieron excesivamente en duda, y también del liderazgo ideológico del PP en el ámbito del centro-derecha europeo, algo sin duda impensable sólo dos décadas antes.

LA portada de *Le Figaro Magazine* se producía poco después de la celebración del XIII Congreso Nacional del PP en el que quedaban fijados las bases conceptuales del centro reformista, especialmente recogidas en la ponencia

"La España de las oportunidades" del Presidente de la Generalitat Valenciana, **Eduardo Zaplana**, con tres notas especialmente distintivas: la creación de empleo como piedra de toque de cualquier política en parámetros de justicia, la

superación de la confrontación entre lo público y lo privado para buscar un equilibrio armónico, dentro de un liberalismo con una fuerte carga social, y la introducción de la exigencia de calidad como objetivo de los servicios públicos. Era un paso más en la evolución de las ideas que comenzó de una manera especial al mismo tiempo que se producía el triunfo del socialismo en España.

Cuando el 28 de octubre de 1982 el PSOE obtuvo una victoria plebiscitaria, al mismo tiempo se produjo un fenómeno aparentemente intranscendente: la llegada al Congreso de los Diputados de una nueva hornada de diputados de Alianza Popular, no muy nutrida pero —como el tiempo se encargaría de mostrar— suficiente. El descalabro de UCD, cuyos votos se trasladaron a PSOE y AP, permitió el afloramiento de la punta del iceberg de una nueva generación del centro-derecha, aunque lo más granado del grupo parlamentario seguía siendo la clase política del franquismo. Ideológicamente, los que luego se bautizarían como “*los jóvenes cachorros del centro-derecha*”, estaban desprovistos del complejo de culpa que atenazaba a sus mayores y había sido uno de los factores de corrosión de la UCD y del deterioro político personal de **Adolfo Suárez**. No eran los herederos de la UCD, si bien esa herencia haya sido posteriormente reclamada, pero sí el inicio de un factor de normalidad democrática para el centro-derecha articulado en torno al liberal-conservadurismo de linaje canovista.

“Con su proverbial capacidad para la supervivencia política, Fraga fue dotando a Alianza Popular de referencias históricas nuevas y de un cuerpo doctrinal a su partido. El nuevo referente era Cánovas del Castillo, principal artífice de la Restauración.”

La UCD significó la confluencia de las fuerzas del régimen franquista y de los sectores de la derecha democrática en la oposición con un objetivo definido en

el tiempo: liderar la transición, tras la muerte de general **Franco**, de la dictadura a la democracia. Cumplida su misión, su existencia dejó de tener sentido. Fue un partido de gestión para un período constituyente y cumplido el fin se produjo la disolución. No había otra opción y el intento de supervivencia a través del CDS resultó manifiestamente fallido, porque la mera definición geométrica —el centro como la nada ideológica, remedo modernizado del ni de derechas ni de izquierdas “*jo-seantoniano*”, pensamiento vagamente inspirado en el de **Ortega**— era incapaz de articular un discurso creativo y vertebrador, que el complejo de culpa hacía esterilizante y necesariamente sucursalista y vicario del socialismo. Con todo, el reconocimiento histórico de la UCD y de sus virtudes originarias fue un proyecto con tiempo tasado y sin herencia posible más que desde el punto de vista legitimador del *márketing* político.

Lo curioso es que el centro había sido reclamado primigeniamente por **Manuel Fraga** en su etapa de Embajador en Londres, en una serie de artículos en *ABC*, y por **José María de Areilza** como proyección de las etapas prodemocráticas de la oposición monárquica de Estoril. Fue, teóricamente, una propuesta “*juanista*” y, sobre todo, la traslación al

escenario español de algo habitual en las democracias, y especialmente en las anglosajonas: la articulación del juego político en torno a un amplio espectro de modernización reformista de opinión pública centrada, reticente a los radicalismos. Sin embargo, ninguna de las figuras políticas citadas podía liderar ese proceso. Previamente a la entrada en la normalización democrática, era preciso un pacto entre las fuerzas o personalidades franquistas interesadas en su proyección en un escenario político en el que la continuidad de la dictadura, tras el fallecimiento del dictador después de una larga agonía, era impracticable, a la par que las fuerzas de oposición no tenían capacidad para desalojar del poder a los cuadros de la estructura existente, ni por supuesto a una cúpula militar, último reducto de la fratricida legitimidad de la guerra civil.

En términos de coste-beneficio, de análisis racional, ninguno de los dos frentes estaba en condiciones de asumir en exclusiva la transición y, por tanto, la lógica de la situación imponía una negociación y un pacto, de manera que la propuesta dialéctica de ruptura-reforma no pasó nunca de ser una retórica de la izquierda. En su elección, Adolfo Suárez —había hecho su carrera en el escalafón franquista en una línea de nítida fidelidad a la dictadura y estaba al frente de la Secretaría General del Movimiento— ostentaba la representatividad de la elección del Rey y su mismo retrato-ro-

bot de representante de una generación que tenía mucho que ganar en un proceso de transición democrática y todo que perder ante cualquier tentación de nostalgia del pasado, como ya se había demostrado en la dubitativa y por fin anclada figura de **Carlos Arias Navarro**, en quien el pasado pesaba ciertamente más que el futuro. Fraga se encontraba en esos momentos en la retaguardia del poder y Areilza simplemente no representaba a ninguno de los intereses reales en juego, por lo que su capacidad de negociación era inexistente.

Los interlocutores básicos de la negociación fueron, pues, el franquismo reformista y el socialismo democrático, con Adolfo Suárez y **Felipe González** como interlocutores fundamentales. El punto fundamental para la estabilidad era la legitimación de la Monarquía y el cierre de cualquier debate sobre el modelo de Estado. Solventada esa cuestión por el mero hecho de la aceptación negociadora, y conocida la opción por una Monarquía constitucional, el pacto quedó fundamentalmente reducido a las fuerzas del interior, entre las que el socialismo había sido visiblemente tolerado en las últimas etapas del tardofranquismo. Como en toda negociación, refrendada luego por el cuerpo electoral de la soberanía nacional,

las fuerzas en litigio obtenían beneficios eliminando costes y haciendo un ejercicio de política de lo posible, infrecuente en la historia reciente española. El franquismo reformista re-

“La UCD significó la confluencia de las fuerzas del régimen franquista y de los sectores de la derecha democrática en la oposición con un objetivo definido en el tiempo: liderar la transición, tras la muerte de general Franco, de la dictadura a la democracia.”

cibía una legitimidad de la que carecía y, a cambio, se establecía un reparto ordenado del poder y una expectativa de futuro de alternancia democrática con

las que ya eran las reglas del juego mínimas: Monarquía, bandera y proceso constituyente.

La apuesta por un sistema proporcional corregido –ley D’Hondt– permitía prácticamente la representación de todas las fuerzas políticas concurrentes, y concretamente de los nacionalismos, con lo que se aseguraba la representación parlamentaria y el peso de partidos que, en caso contrario, hubieran podido optar por la radicalización. Por debajo y por encima de la mitificación, la transición española fue un proceso racional, básicamente “exitoso”, diseñado dinámicamente dentro del campo de lo posible.

Como pieza activa y fundamental de la negociación, la UCD recibió el encargo popular de liderar el proceso. No fue nunca, ni estuvo en condiciones de serlo, un partido en el sentido clásico y habitual del término, sino una especie de movimiento reformista, de confluencia de partidos cuya presentación en solitario no ofrecía garantías, y representó un pacto en sí mismo entre, fundamentalmente, fuerzas de centro-derecha. Por tanto, no podía tener una ideología o un cuerpo doctrinal definido con voluntad de permanencia, porque en ese caso la Constitución se hubiera orientado en una dirección unívoca al servicio de esa ideología concreta, trasladando al texto constitucional una excesiva carga coyuntural. La UCD fue,

“El fracaso electoral socialista no fue el final de un sueño, ni la válvula de escape de un estado de crispación de la opinión pública, sino la certificación de la quiebra de un modelo, de un experimento de ingeniería social.”

así, estricta coyuntura obligada a entender el centro en un sentido de vaciamiento ideológico, condenada a vivir en un pragmatismo sin referencia, gestio-

nando un proceso marcado por la temporalidad. Sin ese cuerpo doctrinal básico, unificador, capaz de permitir dosis de flexibilidad y de pasar del pragmatismo a líneas de convicción, obviamente las diferencias ideológicas no podían aflorar más que como repartos de poder entre “familias”, de modo que, por el mismo carácter expansivo del poder, sólo podía provocar divisiones. Algunas connivencias, fruto del momento, eran abiertamente contradictorias, como las de liberales y socialdemócratas, a pesar de la proverbial afinidad personal de **Joaquín Garrigues** y **Francisco Fernández Ordóñez**, y parecidas contradicciones afectaban a otras familias como los “democristianos”, cuyo contenido doctrinal se encontraba en una tesitura de indefinición. Sobre la UCD pesaba de manera muy especial un complejo de culpa por la colaboración franquista, que atenazaba desde Adolfo Suárez a una buena parte de los cuadros extraídos del aparato burocrático y administrativo de la dictadura. El PSOE establecía ahí un permanente discurso de mala conciencia al que eran inmediatamente sensibles sus oponentes políticos.

Ideológicamente, y tras el terremoto producido por la publicación del “Archipiélago Gulag” de **Alexander Solzenitsyn**, certifi-

cación de la perversión totalitaria del comunismo, la izquierda, deuda del marxismo, se encontraba precisada de un intenso y profundo proceso de renovación intelectual que aún hoy permanece inacabado. Al mismo tiempo, la derecha en el poder vivía un proceso de vaciamiento intensificado en la medida en que su gestión de cambio político se aproximaba al final. Un error de elevadas dimensiones fue el no proceder a la reforma militar con el licenciamiento de las cúpulas cuyos estatus superiores —una delgada línea persistente en las decisivas capitanías generales— eran ya el único reducto de la mentalidad guerracivilista. Deteriorando su prestigio social en el proceso de reforma, magros desde el franquismo sus recursos, el último latigazo de la nomenclatura franquista pudo ser letal el 23 de febrero de 1981, pero degeneró en bufonada como culminación de las contradicciones que el franquismo había intensificado en su tramo final.

En toda esta historia democrática, Manuel Fraga había conseguido sobrevivir a duras penas manteniendo un exiguo espacio político que tuvo la virtud de canalizar a la extrema derecha hacia el juego democrático. Con su proverbial capacidad para la supervivencia política, Fraga fue dotando a Alianza Popular de referencias históricas nuevas y de un cuerpo doctrinal a su partido. El nuevo referente era **Cánovas del Castillo**, principal artífice de la Restauración, el más prolongado periodo

de estabilidad democrática de la historia de España, y, por tanto, precedente de la “segunda Restauración”. La reivindicación de Cánovas puso en circulación un concepto ideológico sintético, el liberal-conservadurismo, cuyas virtualidades se fueron comprobando con el paso del tiempo y que dio paso a bases de liberalización.

Una experiencia fallida y evitable

Los socialistas, y los españoles en su conjunto, podían haberse evitado un experimento cuyo fracaso era visible en todo el mundo. Es intelectualmente sorprendente comprobar el reconocimiento de un empecinamiento dogmático, la apuesta por un error reconocible, por quien precisamente defendió, con insistencia prepotente, que practicaba la única política económica posible. **Carlos Solchaga**, ex Ministro de Economía, recuerda: “*A mediados de los años ochenta era perceptible la crisis del Estado de Bienestar en Suecia, como antes ya lo había sido en la patria de Beveridge. Los modelos más preclaros de economía socialdemócrata que, hasta unos años antes, habían sido capaces de conciliar la existencia de una economía privada dinámica y competitiva internacionalmente con una concepción del Estado, en que éste velara por el bienestar de sus ciudadanos ‘desde la cuna hasta la tumba’, habían entrado en una profunda crisis. Y, entre tanto, aquí estábamos nosotros tra-*

“El centro había sido reclamado primigeniamente por Manuel Fraga en su etapa de Embajador en Londres, en una serie de artículos en ‘ABC’, y por José María de Areilza como proyección de las etapas prodemocráticas de la oposición monárquica de Estoril.”

cionalmente con una concepción del Estado, en que éste velara por el bienestar de sus ciudadanos ‘desde la cuna hasta la tumba’, habían entrado en una profunda crisis. Y, entre tanto, aquí estábamos nosotros tra-

tando de construir por primera vez en nuestra historia algo semejante a un auténtico Estado de Bienestar, incrementando el alcance de las políticas sociales redistributivas y aumentando, para hacerlo, la presión fiscal de una manera muy significativa”.

Sometido a un mínimo de crítica, bajo la lupa de un sentido común de poco aumento, el proceso racional del análisis carece de lógica. La reflexión solchaguiana es estrictamente voluntarista y no racional, el mantenimiento de una apuesta, de un criterio o de un dogma contra viento y marea. ¡Y tenían ante su mirada las evidencias de su fracaso! Una incapacidad para analizar la realidad extrayendo conclusiones de la experiencia, una especie de desfondado sectario en el que las anteojeras ideológicas o no dejan reconocer la evidencia o impiden la respuesta sensata a sus estímulos.

La reflexión solchaguiana es paradigmática. A la vista del fracaso general de las experiencias intervencionistas, lo sensato hubiera sido no iniciar caminos ya trillados y proceder a una revisión hacia propuestas nuevas que llenaran de contenido la oferta de cambio real, empero la postura de la izquierda fue reafirmarse en el error. Intelectual y éticamente, esto es una irresponsabilidad. Solchaga incide en sus recuerdos: *“Una parte de la izquierda en España y en otros países endureció sus posiciones ideológicas ante estos acontecimientos. Se negaron a aceptar las limitaciones del enfoque keynesiano del manejo de*

“La conjunción de la renovación ideológica a la inglesa, capaz de poner al socialismo en descrédito y retirada, y la renovación generacional a la francesa entraban dentro de la lógica de las circunstancias, y se perfiló como la única senda capaz de permitir el acceso al poder del centro-derecha.”

la economía nacional en una situación caracterizada por perturbaciones de la oferta y un proceso de creciente globalización económica. Igualmente se negaron a admitir, si quiera fuera conceptualmente, las fricciones que podían surgir en-

tre el mantenimiento de un Estado de Bienestar sobredimensionado en algunos campos, y el crecimiento de la economía y la propia creación de empleo. En fin, tratando de salvaguardar el papel que el Estado tenía en su visión del mundo, y a pesar del fracaso cada vez más aparente de las economías planificadas del bloque comunista, creyeron que tenían que cargar contra las supuestas ventajas del funcionamiento del mercado”.

De esa manera, el fracaso electoral socialista no fue el final de un sueño, ni la válvula de escape de un estado de crispación de la opinión pública, sino la certificación de la quiebra de un modelo, de un experimento de ingeniería social.

La ruptura de los complejos

Alianza Popular nunca consiguió desembarazarse del complejo de culpa franquista ni rompió con la tradición intervencionista española, porque ésta había sido intensificada en el franquismo y llevada a la práctica por algunos de sus dirigentes. El liberal-conservadurismo, como tal, estaba llamado a embarrancar y a ser leal oposición del socialismo, por cuanto por instinto era incapaz de romper con el estatismo de éste, produciendo un “consenso

socialdemócrata” hegemónico. En España tenía la peculiaridad de que a la búsqueda de esa legitimidad social se añadía la obsesiva de la legitimación política democrática.

Fue este último complejo el que aceleró la aparición en el Congreso de los Diputados de la generación de la transición de políticos de centro-derecha. Sin participación en los gobiernos franquistas, no sentían la necesidad de recibir el visto bueno de los socialistas. Mas no tenían un discurso alternativo, un cuerpo doctrinal que confrontar, en torno al cual recrear ese ámbito de moderación del centro político que ya no podía ser un punto equidistante de indefinición. Ese fenómeno incipiente y germinal estaba llamado a tener mayor relevancia que el aparatoso triunfo socialista, al fin y al cabo una ideología fallida en proceso de decadencia.

Como recuerda **José María Aznar**: “En 1982 empezó la historia de la reconstrucción del centro de España, una historia que ha costado mucho tiempo concluir porque los derrumbamientos de los partidos son mucho más duros de lo que parecen”. Y, sin embargo, la reflexión aznarista admite una importante salvedad, porque, sin lugar a dudas, no se ha reconstruido la UCD sino que se ha iniciado una nueva tradición política.

Veamos cómo se sucedieron los acontecimientos. En mayo de 1979 **Margaret Thatcher** había accedido al poder en Inglaterra como culminación de un proceso de renovación

ideológica. La estrategia *tory* de alternancia dentro del socialismo, representada por **Edward Heath**, había llegado a un callejón sin salida: los deseos de cambio eran sistemáticamente hurtados de forma que los electores concluyeron que eran los laboristas los legitimados para desarrollar un tipo de política que, sin ser deseada, parecía la única posible. De esa manera, los conservadores se automarginaban y quedaban sin espacio político al competir en un terreno en el cual no podían ocupar otro papel que el de comparsas. Si bien Margaret Thatcher había sido una leal colaboradora de esa estrategia del justo medio intervencionista, fue una de las primeras personas en percibir que se trataba de una permanente retirada: “*La retirada como táctica, es a veces necesaria; pero la retirada como política establece mina el alma*”. Un discurso alternativo al socialismo era cuestión de supervivencia para los *tories*, y desde hacía un tiempo los “tanques de cerebros” estaban produciendo propuestas inspiradas en la corriente de pensamiento liberal, revitalizada por pensadores como **Ludwig von Mises**, **Friedrich A. Hayek** y **Karl R. Popper**. Ese nuevo discurso, bautizado como neoliberalismo, partía de la certificación del fracaso práctico del socialismo y, más aún, del intervencionismo,

del que había participado la derecha inglesa. Thatcher señalaba: “*Ninguna teoría de gobierno ha gozado de una prueba más justa ni de una experimentación más prolongada en un país demo-*

“La UCD (...) no fue nunca, ni estuvo en condiciones de serlo, un partido en el sentido clásico y habitual del término, sino una especie de movimiento reformista, de confluencia de partidos cuya presentación en solitario no ofrecía garantías.”

crático que el socialismo democrático en Gran Bretaña. Y sin embargo resultó ser un fracaso lamentable en todos los aspectos". Es decir, por primera vez desde hacía décadas se asu-

mía el liberalismo como intelectualmente superior y como doctrina inspiradora de la acción de gobierno. Fue, en primera instancia, el intento "exitoso" de salir del *acomplejamiento tory* y de acceder al poder. Un fenómeno similar se había producido en Estados Unidos en torno a **Ronald Reagan**. La iniciativa intelectual cambiaba de manos.

Este clima general de distanciamiento del intervencionismo se plasmó en Francia en una oferta de "renovación generacional", una operación de *márketing* político con nuevas figuras como **Alain Madelein** o **Alain Juppé**, capaces de otear y asimilar los nuevos aires. *Le Figaro Magazine* fue el instrumento periodístico impulsor de esa renovación generacional.

La propuesta era especialmente interesante y propicia para España, donde tibiamente los fundamentos para esa renovación se habían producido casi por casualidad, pero que mostraban ya su capacidad para realizar una oposición sin complejos. Desde esas bases, la aspiración máxima no podía pasar de la instalación en un estatus opositor respetuoso de una general "razón de Estado". Electoralmente pronto recibió el nombre de "techo de Fraga". Una falsa solución alternativa fue la recreación de la CEDA mediante la coordinación de las fuerzas de centro-derecha, con apertura a los

"Sobre liberalismo y conservadurismo, sobre centro y reforma, se han hecho numerosas aproximaciones desde estas páginas que se han trasladado a cursos monográficos y a libros de la colección 'Veintiuno'."

nacionalismos. No pasó de ser un ejercicio de voluntarismo de sumas hartamente complicadas e imposibles, porque no había contenido doctrinal en torno al cual

articular la operación y porque era un intento de perpetuar lo existente.

La conjunción de la renovación ideológica a la inglesa, capaz de poner al socialismo en descrédito y retirada, y la renovación generacional a la francesa entraba dentro de la lógica de las circunstancias, y se perfiló como la única senda capaz de permitir el acceso al poder del centro-derecha. Una senda larga —González llegó a afirmar que su sucesor alternativo estaba estudiando COU— pero la única posible que, poco a poco, se fue convirtiendo en una idea-fuerza.

Los contenidos ideológicos del liberalismo habían sido publicados por Unión Editorial, un esfuerzo editorial marginal pero a la larga influyente. Los nuevos aires ideológicos anglosajones fueron divulgados por **Guy Sorman** en dos libros, *La solución liberal* y *La revolución conservadora americana*, publicados en España en el año 1985. Cuando conocí a José María Aznar llevaba uno de esos libros, que también era una de mis lecturas en esos momentos. El centro-derecha empezaba a otear un horizonte distinto, que le entroncaba con la tradición liberal española, con la generación de 1914, pero significaba sobre todo una apertura a una corriente general modernizadora. Lo liberal iba a impregnar crecientemente la sociedad española

aprovechando un aparato formado en la tradición conservadora. El interrogante de si esa apuesta liberal fue fruto de la convicción o imposición de la estrategia carece de sentido, porque en política ambos parámetros van ligados. En sí misma, Alianza Popular estaba preparada para la operación: bastaba incidir en lo liberal de la síntesis liberalconservadora.

La visualización de esa propuesta de renovación del centro-derecha se realizó desde *ABC* con una portada y un amplio reportaje en el que bajo el título de “los jóvenes cachorros del centro-derecha” se daba carta de naturaleza a una nueva generación de políticos, que serían en el futuro lo más nutrido de la alternancia y el núcleo básico del primer gabinete de José María Aznar. Precisamente el entonces Diputado por Ávila, y Secretario General de AP en Castilla-León, fue colaborador activo de aquella iniciativa periodística con hondo contenido político que reunió en las escalinatas del Congreso a una treintena de políticos del centro-derecha: el propio José María Aznar, **Rodrigo Rato, Federico Trillo-Figueroa, Francisco Álvarez Cascos, Isabel Tocino, Alberto Ruiz Gallardón, Jaime Mayor Oreja, Antonio Hernández Mancha, Arturo García Tizón, Esperanza Aguirre, Loyola de Palacio, Javier Arenas, Luis de Grandes, Andrés de la Oliva**, etc.

El primer y efíme-

ro intento de renovación, el de Antonio Hernández Mancha, fracasó con prontitud porque, al margen de cuestiones folclóricas, nunca contó con ningún paso ideológico y sólo percibió el aspecto de ruptura generacional, con lo que necesariamente estaba condenado a la incapacidad integradora y a la confrontación interna.

En 1986, en colaboración con **Lorenzo Bernaldo de Quirós**, dimos a luz un libro —a la vista de la impenetrable ausencia de crítica intelectual al socialismo en aquellos años— titulado con directo efecto provocador *El socialismo es el problema*, que pretendía ser el desarrollo del discurso doctrinal de la generación emergente. En una presentación casi clandestina en Valladolid, José María Aznar realizó por el contrario un discurso de ideas, con explícita declaración liberal, suscribiendo de la primera a la última línea del libro. *El socialismo es el problema* se situaba al margen del consenso socialdemócrata imperante y hacía una recreación española del discurso de ruptura con el intervencionismo. Hacía, además, un balance de la acción de gobierno del “socialismo a la

“Ideológicamente, y tras el terremoto producido por la publicación del ‘Archipiélago Gulag’ de Alexander Solzenitsyn, certificación de la perversión totalitaria del comunismo, la izquierda, deuda del marxismo, se encontraba precisada de un intenso y profundo proceso de renovación intelectual que aún hoy permanece inacabado.”

española” que el tiempo no hizo más que confirmar, en el que se certificaba la quiebra de la ética, el dominio de un pragmatismo sin referencias, la tentación autoritaria, el deterioro del Estado de Derecho y la intromisión y manipulación de la socie-

dad civil. Los argumentos que años después se generalizarían. Con intencionalidad provocadora se ligaba esa crítica ideológica a la dotación de un discurso a una nueva generación: así la primera parte proclamaba en su frontispicio *“el socialismo está gaga”*. Pero, junto a la crítica del socialismo práctico español, el análisis llegaba hasta la certificación del fracaso del socialismo como ideología, a su imposibilidad, y se proponía un recetario de medidas liberales. En un breve epílogo conceptual se hacía un resumen de las líneas generales de la alternativa liberal y de la necesidad de que el centro-derecha tomara la iniciativa en materia de ideas: *“Sólo desde las ideas —desde la reafirmación de los conceptos profundos de hombre, sociedad y libertad—, puede iniciarse una búsqueda intensa de soluciones”*, porque *“los problemas profundos sólo pueden tener solución desde una apuesta decisiva por la libertad y la fe en el hombre, en sus capacidades e iniciativas al servicio de la sociedad”*. Avanzando un nuevo optimismo liberal, se indicaba que *“España tiene un prodigioso futuro si toma como objetivo nacional liberar las potencialidades dormidas por el desencanto y paralizadas por el Estado. Para ello no basta la eficacia, es preciso recuperar el aliento ético que sólo se encuentra en los términos hombre y libertad”*. Y ese futuro habría de venir marcado por el liberalismo que... *“es hoy la recreación política de la identidad moral del hombre de finales del siglo XX. La respuesta modesta e imperfecta a los desafíos de un futuro en el que el socialismo no existirá. Es decir, apostamos por el liberalismo por-*

“El nuevo discurso, bautizado como neoliberalismo, partía de la certificación del fracaso práctico del socialismo y, más aún, del intervencionismo, del que había participado la derecha inglesa.”

que creemos en su superioridad ética y moral, porque nos negamos a descerebrar y drogar al individuo con los productos adulterados del Estado providencia”.

Con la misma finalidad de apoyar la renovación ideológica del centro-derecha en clave liberal salieron a la luz otros dos libros: *Proceso al Estado*, de Lorenzo Bernaldo de Quirós, y yo mismo escribí *La ofensiva neoliberal*. Ambos, desde ópticas similares, reivindicaban la impronta liberal de la democracia y ampliaban la tesis del estatismo como una perversión del modelo de libertades, a la vez que difundían los contenidos de los principales pensadores liberales del siglo, abandonando conscientemente la pretensión de buscar fórmulas “españolas”.

Entre los miembros de su generación, José María Aznar fue el que se dotó de un discurso propio, que puso en práctica como presidente de Castilla y León. En su biografía *El sucesor*, escrita por el prestigioso periodista **Raimundo Castro**, Aznar enfatiza que *“siempre me han interesado las construcciones de carácter económico liberal y he creído que, frente al socialismo, el liberalismo era el pensamiento ideológico más sólido”*. Desde esa posición y a través de los intensos avatares de una carrera política tan azarosa como rectilínea, Aznar optaba por liderar la doble renovación del centro-derecha, decisiva para el acceso al poder y el desmantelamiento del felipismo.

Con un cuerpo doctrinal no dogmático, flexible, pero coherente, la unidad del centro-de-

recha podía hacerse sobre bases bien distintas a las que significaron la destrucción de la UCD. Las ideologías confluyentes y complementarias ya no implicaban la estructuración de corrientes, porque al señalar un mínimo común denominador la integración dialogada se hacía posible. La democracia cristiana aportó en ese proceso el legado de legitimidad democrática de su oposición al franquismo, y algunos cuadros dirigentes, pero, además, su proceso de convergencia se producía en un momento en el que el descrédito del intervencionismo hacía oscilar a los demócratacristianos del socialismo bendecido de la postguerra –socialismo económico más valores familiares– al redescubrimiento de sus facetas próximas al liberalismo, como el principio de subsidiariedad o la defensa de las asociaciones intermedias o la sociedad civil. Un proceso similar al ocurrido, y descrito anteriormente, dentro del conservadurismo. La liberación se constituyó en el núcleo central de la recreación del centro político, en el contenido ideológico de un concepto fundamentalmente geométrico en el esquema “ucedero”.

De esa manera, el liberalismo no sólo fue el arma intelectual de la alternancia en el poder, sino la oferta integradora de un nuevo consenso, en el horizonte de la integración europea, superador del pesimismo esterilizante del espíritu del 98. El acercamiento liberal significó el surgimiento de una nueva tradición –sin

duda, con precedentes y herencias: doceañismo, restauración canovista, generación de 1914, transición democrática de UCD– con perfiles propios, inserta en las grandes corrientes del pensamiento internacional, y armazón suficiente para promover una modernización real, y no meramente retórica, de España como ámbito de libertad.

A modo de epílogo

No sería de justicia terminar estos apuntes históricos sin destacar la importancia que como ámbito constante de reflexión intelectual e ideológica ha tenido la revista *Veintiuno*, de la Fundación “Cánovas del Castillo”, y su aportación –frente a los que recibieron con escepticismo su aparición, como primera revista de pensamiento de su ámbito político– a la larga marcha hacia el centro desde las bases liberalconservadoras. Sobre liberalismo y conservadurismo, sobre centro y reforma, se han hecho numerosas aproximaciones desde estas páginas que se han trasladado a cursos monográficos y a libros de la colección que lleva el mismo título de la revista, como por ejemplo en el libro *El pensamiento liberal en el fin de siglo*. Un servicio impagable que simplemente apunto sin ir más allá por pudor de quien ha encontrado habitualmente generoso acomodo en sus páginas.

Enrique DE DIEGO VILLAGRÁN

Bibliografía

- **Enrique de Diego y Lorenzo Bernaldo de Quirós.** *El socialismo es el problema.* Editorial Alpuerto.
- **Enrique de Diego.** *La ofensiva neoliberal.* Ediciones del Drac.
- **Enrique de Diego.** *Privatizar las mentes.* Ediciones Internacionales Universitarias.
- **Lorenzo Bernaldo de Quirós.** *Proceso al Estado.* Ediciones del Drac.
- **Federico Jiménez Losantos.** *La dictadura silenciosa.* Ediciones Temas de Hoy.
- **Federico Jiménez Losantos.** *Contra el felipismo.* Ediciones Temas de Hoy.
- **Francisco Sanabria y Enrique de Diego** (editores). *El pensamiento liberal en el fin de siglo.* Colección Veintiuno. Fundación Cánovas del Castillo.
- Varios autores. *Cánovas y la vertebración de España.* Colección Veintiuno. Fundación Cánovas del Castillo.
- **Raimundo Castro.** *El sucesor.* Espasa-Calpe.
- **José María Aznar.** *La segunda transición.* Espasa-Calpe.
- **José María Marco.** *La libertad traicionada.* Planeta.

LA VÍA DEL CENTRO REFORMISTA

VEINTIUNO pidió a Manuel Fraga unas líneas sobre el tema que monográficamente desarrolla este número. Con su prontitud habitual dio respuesta remitiendo a una obra suya (1) de la que envió copia, y dejó generosamente en manos del Director “publicar (en todo o en parte) mi trabajo”, como dice en nota manuscrita. Que haya transcurrido casi una treintena de años desde que se escribieran las líneas que siguen, y puedan, sin embargo, ser publicadas aquí y ahora, manteniendo actualidad, es una manifestación de anticipo y congruencia, que ni ha pasado inadvertida a la redacción de la Revista ni pasará inadvertida a los lectores.

Descubrir a Manuel Fraga sería tan osado e inoportuno como descubrir el Mediterráneo, aunque incluso este antiguo y clásico mar tenga aún sus rincones inéditos u olvidados. Para no ser osados que se presente él mismo: “El autor pertenece a unas generaciones intermedias (nos dice en 1972), en las que se planteó la dialéctica de la España contemporánea: cuando vino la República aún no tenía nueve años, y cuando estalló 1936 tenía trece. Cuando llegó la paz, muchos jóvenes españoles se consagraron al estudio serio y al trabajo constructivo, en diversos sectores profesionales. La mayoría estaban convencidos de la necesidad de evitar unos planteamientos ideológicos y políticos que continuasen el enfrentamiento de los españoles, a lo largo de más de un siglo. Aceptaron de buen grado todas las limitaciones, que no fueron pocas, en su período formativo y en sus primeras salidas profesionales... Sirvieron, en cuanto pudieron, las líneas de la evolución, de la apertura,

(1) *El desarrollo político*, Grijalbo, Barcelona, 1972.

del centrismo. Creyeron en la paz, no como algo a disfrutar, sino como un comienzo de edificación. Quizá fueran a veces ingenuos, mas no pretendieron engañar a nadie. De lo que se intentó y se pudo hacer algunos testimonios quedan...

La obligación de seguir pensando, y trabajando, es de todos. Cómo es posible ser leal al pasado, a la tradición, sin dejarse dominar por los muertos, como en el antiguo Egipto. Cómo es posible aceptar el legado de grandeza, sin convertirlo en freno del presente. Cómo es posible ser cristiano a la española, sin dejar de ser católico, apostólico y romano. Cómo es posible mantener el orden y la paz, sin cerrar las puertas a la libertad y a la participación. Cómo es posible un alto nivel de trabajo y ahorro, sirviendo a la justicia distributiva y social” (2)

EL DESARROLLO POLÍTICO

Manuel FRAGA IRIBARNE

*Presidente de la Xunta de Galicia. Presidente Fundador del PP
y de la Fundación “Cánovas del Castillo”*

S

I el Estado es el modo consciente de organización de una sociedad que desea buscar racionalmente el bien común y el desarrollo, es necesario que los valores, las prioridades de los fines y las personas que han de ad-

ministrar sean de algún modo aceptados y reconocidos. Ello exige participación, para la que ciertamente no hay una fórmula única, pero que es necesaria. Puede y debe haber mecanismos de seguridad, para los momentos difi-

(2) *Op. cit.* Prólogo, pp. 12 y 13.

ciles; debe haber elementos constitucionales, que protejan la estabilidad, en medio de los conflictos; hacen falta sectores que actúen como absorbentes o moderadores en los choques. Pero no se puede eludir el planteamiento de un sistema institucional abierto y progresivo, mientras lo demás cambia.

Sin *participación* no hay *movilización*, entendida como un proceso, por virtud del cual “*grandes complejos de compromisos antiguos, sociales, económicos y psicológicos son erosionados o rotos, de modo que la gente queda disponible para nuevos patrones de socialización y de conducta*” (3). Esa movilización social es esencial en el desarrollo, y no se puede lograr con una ciudadanía pasiva. A más fuertes y más numerosas fuerzas sociales corresponden nuevas y más eficaces instituciones políticas.

Estas ideas de un Estado eficaz, un Estado justo, un Estado a base de participación, corresponden a otras tantas corrupciones. Un Estado puramente *administrativo* o *económico* (el “*corporate State*” de **Galbraith**),

“A partir de un cierto momento todas las instituciones revolucionarias se convierten en conservadoras del mismo orden que han contribuido a crear. (...) Hay en ello, no sólo una legitimación de la protesta, sino la síntesis normal del orden viejo y el orden nuevo, típica de la sociedad como de la Naturaleza.”

un Estado demagógico; un Estado *partitocrático*.

Idea, por cierto, interesante, ésta de la corrupción, de la que ha hecho recientemente un buen análisis el Profesor **Huntington** (4). La corrupción sería “*la conducta de los magistrados públicos que se desvía de las normas aceptadas para servir a fines privados*”. Ahora bien, esa desviación propende a ser mayor en los periodos de cambio rápido, viniendo a ser precisamente “*un índice de medida de la ausencia de una efectiva institucionalización política*”. Pero no nos referimos aquí a tan interesante problemática, sino a las corrupciones de las ideas mismas.

La más frecuente hoy es la primera (5). Consiste en la tendencia a suponer que la política (en cuanto de contrapone a la Administración) es, en sí misma, una cosa mala, o prohibida;

que las ideologías son un peligro; que la eficacia sólo se logra suprimiendo la discusión y la participación. A corto plazo, a veces parece confirmarse la posibilidad de un atajo; pero rara vez ocurre a plazo más largo. El

(3) **Karl W. Deutsch**, *Social Mobilization and Political Development*, en A.P.S.R., vol. 55 (sep. 1961); pág. 494.

(4) **Huntington**, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, 1968, págs. 59 ss.

(5) Sus causas principales son:

- a) El cambio en el sistema de valores (unos grupos aceptan los nuevos antes que los otros).
- b) Surgimiento de los valores *públicos*, distintos de los *privados* o estamentales.
- c) Aparición de nuevas y tentadoras fuentes de riqueza, intervención administrativa y poder.
- d) La rigidez de ciertas formas administrativas, que fomenta la tentación del cohecho como “lubrificante”.

modelo francés de Monarquía absoluta y centralizada pareció, al principio, más eficaz. Sin embargo, los sistemas constitucionales, como el británico, a pesar de sus raíces feudales, han resultado a la larga más capaces de unir la reforma con desequilibrios sociales nuevos, violentos. Hoy, en muchos casos, se recurre a la dictadura de partido, o a un nuevo “despotismo ilustrado” de tecnócratas, a costa de limitar enormemente la verdadera capacidad del sistema. Aparte de que muchas veces los proyectos son demasiado teóricos (precisamente porque no se discuten) (6), y de que casi siempre los expertos son “*las criaturas más caras que Dios ha puesto sobre la tierra*”, es obvia la facilidad que en esas situaciones pueden tener ciertos grupos o “*maffias*” para alzarse con el santo y la limosna.

Frente a esta corrupción de *derechas*, se presentan las otras dos, de *izquierdas*. Si el Estado cae en la demagogia o en la partitocracia, adiós desarrollo. Es menester, pues, reconocer que el sendero del desarrollo político se mueve por cauces relativamente estrechos, entre el Scila de los modelos burocráticos y el Caribdis de la excesiva división. Cada país y cada coyuntura, por eso, han de procurar su medio virtuoso o su *centro* posible.

“Es menester reconocer que el sendero del desarrollo político se mueve por cauces relativamente estrechos, entre el Scila de los modelos burocráticos y el Caribdis de la excesiva división. Cada país y cada coyuntura, por eso, han de procurar su medio virtuoso o su ‘centro’ posible.”

Revolución y reforma

A la hora de plantearse los problemas del desarrollo político, como conjunto, es menester reconocer que, históricamente, unas veces ha

predominado la vía revolucionaria; otras, la reformista.

Generalmente se suele admitir que la segunda vía es mejor, que permite hacer cambios con menor desgaste y sacrificios, y que da la verdadera medida de la altura de miras de una clase dirigente, así como de su capacidad y habilidad.

Otros piensan, por el contrario, que la revolución es el único camino que permite verdaderos cambios, y que sólo a través de la violencia, o su amenaza, es posible hacer abandonar ciertas posiciones de privilegio o de opresión.

Es menester distinguir, a este respecto, entre diferentes tipos de sociedad. Las sociedades tradicionales eran muy estables, una sola clase (con alguna especialización interna) las gobernaba, y ocupaba todas las posiciones de control, político o no. Hoy los grupos dirigentes son mucho más complejos: políticos, militares, hombres de negocios, sacerdotes, profesores, etc., se reparten un liderazgo mucho más es-

(6) “Gran parte de nuestras previsiones sobre desarrollo económico —escribe **Fred C. Ikle**— se basan en datos no solamente inexactos, sino que para el año 2000 serán irrelevantes” (*De l’epistemologie des sciences sociales, en Analyse et Prévision*, julio-agosto 1967).

pecializado. Tampoco basta con ocupar un trono, un palacio, una ciudad, para producir un cambio político. Un sistema político ideológico y autoritario, es más probable que pueda plantearse en una sociedad primitiva, e intentar en ella una reconstrucción social revolucionaria, que en las complejas sociedades modernas.

Sin embargo, también éstas pueden plantearse situaciones de rechazo del orden institucional establecido, de desobediencia civil, de rotura muy amplia de las normas. Mayo de 1968 en Francia, o la situación prevalente en ciertas Universidades o “ghettos” negros de los Estados Unidos, son buenos ejemplos de ello. El dilema revolución-reforma conserva, pues, una actualidad indudable.

En este sentido, la revolución puede ser definida como *“la expansión amplia, rápida y violenta de la participación política, más allá, de la estructura existente de las instituciones políticas”* (7). Esta definición subraya dos supuestos claros: la existencia de fuerzas sociales que no encuentran cauces de participación y desean lograrla, al no encontrar otro modo de realizar sus fines, y la falta de instituciones políticas capaces de

dar paso y acción a esas mismas fuerzas. (...)

En todo caso, es curioso observar que en nuestro siglo la revolución ha propendido a crear instituciones específicamente *revolucionarias* (8), es decir, capaces de mantener viva la revolución. Hubo una “restauración” en Inglaterra y en Francia, pero no en Rusia o en China. Frente a los países que viven (hay varios en Iberoamérica) en “revolución permanente”, es decir, sin cosechar nunca los frutos de la revolución, han surgido mecanismos de potenciación y estabilización de la acción revolucionaria (cuyo modelo principal sigue siendo el creado por **Lenin**) (9). En México, **Calles, Obregón y Cárdenas** crearon el “Partido Revolucionario Institucional”, cuyo nombre es a la vez una paradoja y toda una lección. Mas, por otra parte, a partir de un cierto momento todas las instituciones revolucionarias se convierten en conservadoras del mismo orden que han contribuido a crear. La prensa nació de los “libelos criminales” de los

“La reforma es cosa seria, y no es tarea fácil. Ha de luchar en dos frentes; el de los conservadores, que no desean ceder posiciones, y el de los radicales, que no aceptan más que el clásico ‘todo o nada’.”

siglos XVI y XVII; hoy, los medios de comunicación son, sobre todo, medios de adaptación social. Los sindicatos fueron en el siglo XIX, un

(7) Huntington, *op. cit.*, pág. 274.

(8) Cfr. Huntington, *op. cit.*, pág. 314.

(9) Huntington observa, agudamente, que en términos filosóficos y económicos, **Lenin** es un modesto epígono de **Marx**; pero que en términos políticos, Marx resulta un oscuro precursor de Lenin. Éste reemplazó el mito de la *clase social* por la realidad del *partido único revolucionario*, capaz de crear una autoridad centralizada, una jerarquía fuerte y un mecanismo eficaz de movilización de la masa. *“El marxismo es una teoría de la Historia. El leninismo es una teoría del desarrollo político”* (*Op. cit.*, pág. 342).

ataque al orden burgués; hoy son una pieza normal y aún básica del orden industrial. Hay en ello, no sólo una legitimación de la protesta, sino la síntesis normal del orden viejo y el orden nuevo, típica de la sociedad como de la Naturaleza. Y cabe hoy preguntarse: ¿cuál es el camino para la integración de esas protestas intelectuales, que son las más significativas en una sociedad en la que la ciencia y la tecnología son el factor dominante? (10).

Frente a los procesos revolucionarios, están las *reformas*. Hablamos, claro es, de las verdaderas reformas; no de los parcheos de fachada, más o menos hipócritas. Una verdadera reforma supone también transferencias de poder y de riqueza (11). La reforma, por lo tanto, es cosa seria, y no es tarea fácil. Ha de luchar en dos frentes; el de los conservadores, que no desean ceder posiciones, y el de los radicales, que no aceptan más que el clásico “todo o nada” (12). Hacen falta políticos más capaces y más

“Muchos grandes temas esperan, en medio de los grandes cambios del mundo actual. Hay que ordenar varios grandes sectores de relaciones políticas: España en Europa; centro-periferia; poder civil-poder militar; comunidad civil-comunidades religiosas; juventud-madurez, etc.”

hábiles; el juego de las opciones es más difícil que en las actitudes extremas conservatismo-revolución.

En el siglo XVIII se intentaron reformas en casi todas las monarquías europeas e “ilustradas”. En Fran-

cia y en España se creyó que el poder real absoluto y una buena administración eran el mejor punto de apoyo para las reformas. Luego se vio que esos mismos elementos podían actuar como freno (compárese el reinado de **Carlos III** con el de **Carlos IV**). Eso hizo inevitable las revoluciones francesa y española.

Por otra parte, **José II de Austria** intentó, entre 1780 y 1790, casi las mismas reformas que los Constituyentes franceses del 89 o los españoles de Cádiz. Pero, sin un mecanismo político apropiado, ni aún el Emperador pudo hacerlo.

En cambio, los países anglosajones, con unos sistemas políticos que permiten la acción de potentes fuerzas sociales dentro de unas reglas de juego, y sin necesidad de que haya de to-

(10) “La ciudad es el centro de la oposición, dentro del país; la clase media es el foco de la oposición de la ciudad; la intelectualidad es el grupo de oposición más activo dentro de clase media; y los estudiantes son los revolucionarios más coherentes y efectivos dentro de la intelectualidad” (Huntington, *op.cit.* pág. 290)

(11) **Albert O. Hirschman** define la reforma como un *cambio*, en el cual “*el poder de los grupos hasta entonces privilegiados es reducido, mientras que la posición económica y el status social de los grupos no privilegiados se mejora, de modo no correlativo*” (*Journeys Toward Progress*; Nueva York, 1963).

(12) Como han observado **Lasswell** y **Kaplan**, los dirigentes revolucionarios hacen sus demandas más exageradas cuando están en momentos *mínimos* o *máximos* de fuerza; sólo aceptan negociar en posiciones intermedias. En todo caso, la reforma (sobre todo en momentos sucesorios bien aprovechados) es la última alternativa seria a la revolución; del mismo modo que una *reforma* fallida puede ser su catalizador.

marse la Bastilla o de una hecatombe bélica, sólo a partir de amplio y convergentes puntos de apoyo se pueden hacer las reformas. Han de consentir en ello las grandes fuerzas organizadas (Iglesia, Ejército), han de colaborar la clase intelectual y la burocracia, pero, sobre todo, es necesaria la movilización pacífica de grandes núcleos de población.

Por eso el tema del desarrollo político encuentra su clave en la necesidad de hacerse desde las propias fuerzas de la sociedad, que no puede estar pasiva y activa a la vez. En una palabra: para modernizar hay que ampliar la participación, aunque para algunas reformas concretas pareciera que fuese mejor eludirla.

Dentro de la política de participación, es obvio que los puntos clave son la libertad de información y de asociación. Y, precisamente para evitar que su aparición tardía cree sobresaltos, éstas deben

surgir gradualmente, iniciándose cuando el nivel de participación es todavía relativamente bajo, adelantándose a crear y

“El desarrollo político encuentra su clave en la necesidad de hacerse desde las propias fuerzas de la sociedad, que no puede estar pasiva y activa a la vez. En una palabra: para modernizar hay que ampliar la participación.”

“rodar” unos núcleos de organización y movilización.

Otro aspecto hoy ineludible es el de las implicaciones internacionales del desarrollo político. Siempre ha ocurrido, pero hoy es menester reconocer, con toda franqueza, que en un mundo pequeño y dominado por superpotencias militares y económicas, lo mismo por razones teóricas (13), que prácticas (14), éste es un tema importantísimo. Es decir, que los modelos y las técnicas de modernización son limitados, y, por otra parte, hay siempre condicionamientos, máxime si se ha de pedir ayuda, asistencia técnica o protección.

Tres modelos de desarrollo

Es claro que no hay desarrollo político sin un mínimo de soberanía. No hay posibilidad de desarrollo social sin voluntad y decisión de la sociedad: ésta ha de actuar dentro de un cuadro real, pero con voluntad propia (15).

(13) “Modernización puede en la práctica significar solamente el seguir un camino que es posible para cada nación en sus actuales circunstancias, utilizando del mejor modo el fondo común de conocimiento científico que está disponible simultáneamente para todos los países del mundo”, **Guy Hunter**, *Modernising Peasant Societies: a comparative study in Asia and Africa*; Nueva York, 1969, pág. 296.

(14) Que pueden ser, en ciertos lugares, muy fuertes: piénsese en el intento checoslovaco de “buscar su propia vía” hacia el socialismo. En otros muchos países, una Embajada, una misión de la C.I.A., un dinero bien administrado, pueden mover una campaña de prensa, una maniobra parlamentaria o un golpe militar.

(15) “No hay que decir, como aquel obrero español, soy el dueño de mi hambre, lo que es noble, pero poco peligroso; sino soy el dueño de mi manera de prosperar sin enriquecerme, lo que es noble y revolucionario”. **François Perroux**, *La coexistence pacifique*; 3 vols., París, 1958; vol. I, pág. 185.

Esto supuesto, el mundo se encuentra hoy con tres modelos de desarrollo: el americano, el marxista y el neutralista (este último vendría a ser un *anti-modelo*). El primero ha tenido una importante influencia en ciertos aspectos del desarrollo económico y tecnológico, pero ha visto muy mermada su influencia por el escaso "sex-appeal" de sus instituciones políticas. En general, ha interesado más la Sociedad que el Estado americano. América, contrastando con su capacidad innovadora en otros terrenos, ha mantenido rígidamente las mismas instituciones, en su tiempo creadoras, que se dio a finales del siglo XVIII. Entre ellas hay creaciones geniales, como el federalismo y el sistema de partidos, pero, como lo demuestran múltiples fenómenos contemporáneos, la evolución social ha desbordado aquellos cuadros y, aunque parezca sorprendente, hoy faltan cauces de verdadera participación popular. Como observó **Henry James Ford**, la modernización política ha sido menor en los Estados Unidos que en Inglaterra, y "los americanismos en política, como los del lenguaje, pueden ser a menudo anglicismos que murieron en Inglaterra, pero sobrevivieron en el Nuevo Mundo" (Así la rígida separación de poderes). El Profesor Huntington comenta: "En el mundo de hoy, las instituciones políticas americanas son únicas, aunque sólo sea por lo antiguas que son".

En el polo contrario, nos encontramos que los países comunistas en general no presentan

"El mundo se encuentra hoy con tres modelos de desarrollo: el americano, el marxista y el neutralista (este último vendría a ser un anti-modelo)."

grandes éxitos de desarrollo económico o de "confort" social, pero sin duda alguna su capacidad de gobernar y discipli-

nar a una sociedad en los primeros pasos del desarrollo ha debido impresionar a muchos países, al enfrentarse con las primeras crisis de la independencia. El comunismo ha demostrado su experiencia lo mismo derribando gobiernos débiles y corrompidos, que estableciendo gobiernos fuertes, que luego son muy difíciles de derribar.

En las zonas respectivas de influencia, hay ciertas reglas del juego hegemónico, que es imposible ignorar. Pero es indudable que cada país deberá forzar al máximo las posibilidades que se le ofrezcan de encontrar su propio camino hacia el desarrollo, sin olvidar por supuesto las experiencias ajenas.

Al final, se vuelve siempre a la Filosofía. No sabemos cuál es la meta final del desarrollo, porque sólo por aproximación podemos imaginar el orden óptimo (16). No sabemos de ningún modelo universal para evaluar el desarrollo político, pero sí podemos probar si en un sistema dado tiende a aumentar la eficiencia, en proponer y realizar políticas determinadas (económica, social, educativa, etc.), y lograr un grado sustancial de estabilidad institucional, de sucesión ordenada y previsible y de capacidad innovadora frente a los nuevos problemas inevitables.

El Profesor **Friedrich** sostiene que "el acta de nacimiento del Estado moderno" se sitúa

(16) Cfr. **Jan Tinbergen**, *Planificación y desarrollo*; Madrid, 1967.

en la respuesta de **Luis XIII** a la Reina Madre, en la *Journée des Dupes*: "Estoy más obligado al Estado". Cuando por encima de las lealtades familiares, locales o de grupo, las mayorías significativas piensan así, el desarrollo político es una realidad. Ello supone, en muchos, aquel grado de renunciamiento de que habló, en el plano intelectual, **J. J. Rousseau**, en su *Contrato Social*: "Para descubrir las mejores reglas de la sociedad que convienen a las naciones, haría falta una inteligencia superior... que preparándose una gloria alejada del progreso de los tiempos, pudiera trabajar en un siglo para disfrutar en otro".

La ancha vía hacia el centro

Un análisis de la temática del desarrollo político es, en primer lugar, una invitación a la humildad (que es lo contrario de la soberbia) y al valor (que es lo contrario de la mediocridad y la cobardía). Por creerlo así, estas ideas, nacidas en la mente de un profesor de Ciencia Política (17), salen también de un corazón comprometido con España.

España, que hasta 1936 puso por delante la modernización política, entró lógicamente, a partir de 1940, en una etapa en que se dio prioridad

"Por primera vez en los dos últimos siglos, el país tiene posibilidades, posee bases relativamente firmes, lleva mucho camino bien andado; y no obstante tenemos la intuición de que ahora podría huir de los extremos, siguiendo la ancha vía de un centro, con bases sociológicas y morales muy serias."

al desarrollo técnico-económico. Pero en este momento, el problema nacional estriba en abordar los dos temas a la vez.

A veces no sabemos lo que nos pasa, estamos preocupados, sentimos la necesidad de clarificar las ideas, nos vamos polarizando pasionalmente entre inquietudes presentidas y ello, a pesar de la coincidencia de que, por primera vez en los dos últimos siglos, el país tiene posibilidades, posee bases relativamente firmes, lleva mucho camino bien andado; y no obstante tenemos la intuición de que ahora podría huir de los extremos, siguiendo la ancha vía de un centro, con bases sociológicas y morales muy serias.

Y es que nos damos cuenta de que, aparte de la inevitabilidad de los relevos personales y generacionales, no basta con el progreso económico y administrativo (aún incipientes) para asegurar la estabilidad y empujar nuevos avances.

Ha llegado el momento de que nuestra sociedad camine sobre sus propios pies, de que el pueblo español sea declarado mayor de edad, de que empecemos a vivir alejados de las nostalgias del pasado y de los miedos irracionales del futuro.

(17) Nota del editor: **Manuel Fraga** ocupó la Cátedra de Teoría del Estado y Derecho Constitucional en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Complutense, desde 1953 hasta su jubilación docente en 1987.

La mayoría del país, de modo cada vez menos silencioso, desea, por supuesto, que los pasos sean prudentes, pero que se den de una vez; que la vida pública sea real, y no retórica; que la actividad política que se practique, con las limitaciones y el gradualismo que sean indispensables, sea de verdad, lo mismo se trate de periódicos, de elecciones o de asociaciones. Nada sería peor que engañarnos a nosotros mismos, a este respecto.

Hay que asumir el pasado, pero asiendo decididamente el presente, y comprometiéndose con el futuro. Hay que poner al día nuestra conciencia nacional, que no puede ser la de la aldea, ni la del individualismo decimonónico, pero tampoco la de una tecnocracia (pública o privada) fría y absolutamente absorbente. Hay que incorporar los valores de la juventud (los jóvenes, lo que nos reprochan, es que tengamos tan poco corazón); del mundo intelectual; de unos obreros que han viajado y han aprendido; de un sacerdocio renovado y renovador; de nuestra creciente y reforzada clase media; de un país cada vez más grande, más rico y más culto.

En él, no cabe aspirar (como algunas mentes estrechas) a edificar Icaria, una pequeña comunidad uniforme y en el fondo mediocre; sino una gran sociedad real, una España "rica y plena", en la que quepan *todos los españoles*; en la que tiene que haber tensiones, matices y

"No cabe aspirar (como algunas mentes estrechas) a edificar Icaria, una pequeña comunidad uniforme y en el fondo mediocre; sino una gran sociedad real, una España 'rica y plena', en la que quepan 'todos los españoles'; en la que tiene que haber tensiones, matices y posiciones ideológicas."

posiciones ideológicas.

Hacen falta leyes amplias, pero que, una vez dictadas, se cumplan y se hagan cumplir; y ello afecta, de modo especial, a las de carácter fundamental. Hacen falta menos debates a puerta cerrada, y menos vacíos políti-

cos, que otros se encargan de llenar.

Hay marco institucional abocetado; pero ahora hay que cumplirlo y desarrollarlo de buena fe, ampliarlo y flexibilizarlo con generosidad, meter las fuerzas vivas del país a jugar dentro, y no fuera del sistema.

España necesita con urgencia, una claro compromiso con el desarrollo político, y, para ello, un decidido plan de reformas. (...) Todo ello precedido por unas elecciones en serio y con una legislatura claramente planteada.

Todo ello, naturalmente, es inútil pensarlo como la obra de un pequeño grupo, sino como el resultado de un fecundo diálogo nacional. Con la cooperación leal de todos: de las mejores cabezas y de los grupos relevantes. Un tiempo de consulta y un tiempo de rodaje completarían un total de un ciclo de tres años, que es lo más que podemos permitirnos.

Al lado de las normas propiamente políticas, y dentro del mismo plazo, deberían acometerse la reforma concordatoria, la reforma fiscal y la reforma de la empresa (industrial y agraria), a la vez que actuarse enérgicamente en la ya iniciada reforma educativa. Todo ello en un clima de *vida pública* verdadera, es decir,

de acciones públicas (y no de antesala y rumor) y de actitudes claras.

Tengo plena confianza en las condiciones objetivas de la sociedad española actual para asumir este empeño, y, por supuesto, los riesgos inherentes. Y algo de experiencia y credibilidad en lo hecho, a lo largo de bastantes años, en cuantos puestos de responsabilidad he ocupado.

Después de esta generación de paz y de asentamiento de muchas cosas, no hay que dormirse sobre los laureles, sino prepararse para nuevos saltos hacia delante. Muchos grandes temas esperan, en medio de los grandes cambios del mundo actual. Hay que ordenar varios grandes sectores de relaciones políticas: España en Europa; centro-periferia; poder civil-poder militar; comunidad civil-comunidades religiosas; juventud-madurez, etc.

No podemos basar nuestras esperanzas, ni siquiera nuestra tranquilidad, en la pasividad, en el desinterés por la cosa pública, en la desideologización de la mayoría. Todo lo contrario, si queremos seguir adelante y hacer honor a este gran pueblo de España, hay que ponerlo a ese nivel de entusiasmo con el que siempre ha entrado en sus mejores momentos históricos. (...)

Esto no se podrá lograr sin un fuerte movimiento de ideas; sin líneas firmes de acción colectiva; ni, por supuesto, dejándose ir a remolque de los acontecimientos.

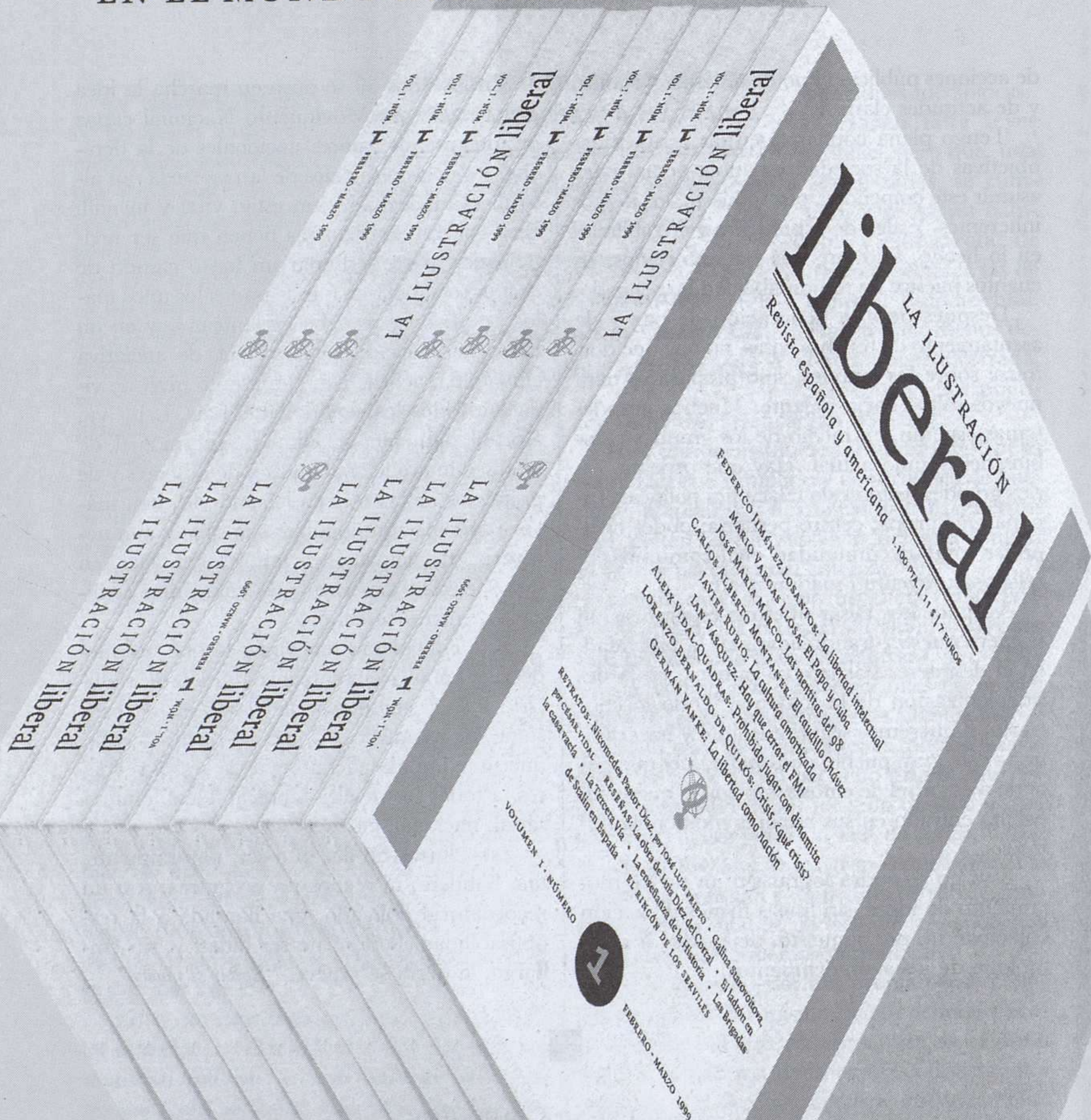
En los años 30 se puso en marcha la idea generosa de un Movimiento Nacional capaz de integrar los valores nacionales de la derecha, los valores sociales de la izquierda, un alto nivel intelectual y un estilo vital y juvenil. Esas cuatro coordenadas tienen que ser revitalizadas, para deslindar un basto campo de acción sociopolítica que, pasados los años malos, se puede y se debe replantear hoy en un clima de libertad, de tolerancia, de iniciativa ciudadana, acorde con el más alto nivel de vida (en todos los sentidos) del país. Lejos ya, afortunadamente, del clima de guerra civil, de bloqueo internacional injusto, de rencores y de prejuicios inevitables en los años 40, una mayor participación popular es posible y aún necesaria. Participación a todos los niveles, en una sociedad más rica, más culta, más civilizada y menos resentida.

Esta ciudadanía renovada, lo que no puede aceptar es el intento pedantesco de reducirlo todo a cuestiones de estómago, de consumo, de estadística. Como no puede aceptar que se le impida encontrar a sus propios líderes, a todos los niveles: sindical, local, empresarial, nacional, etc.

Estas líneas no llegan a ser, naturalmente, una bandera, ni menos un programa: son un recordatorio obligado, una llamada a la responsabilidad. Podrán no ser oídas: y, sin embargo, la tierra se mueve. *"Eppur si muove"*.

Manuel FRAGA IRIBARNE

UN DEBATE PERMANENTE SOBRE LA
libertad
EN EL MUNDO HISPÁNICO



YA A LA VENTA EN KIOSCOS Y LIBRERÍAS
Y EN NUESTRA PÁGINA WEB

<http://www.el-liberal.com>

DE LA ÚNICA POLÍTICA ECONÓMICA POSIBLE A LA ESTABILIDAD DINÁMICA

Juan E. IRANZO MARTÍN

Director General del Instituto de Estudios Económicos. Catedrático de Economía

El Gobierno del PSOE apostó firmemente por una necesaria y eficiente apertura exterior y, fundamentalmente, por nuestra profundización en Europa. Sin embargo, desde 1989, sus medidas internas de política económica fueron incoherentes con la mejora de la competitividad, es decir, estabilidad de precios y política cambiaria, control del déficit público, tipos bajos de interés y flexibilización de los mercados.

COMO consecuencia de nuestra incorporación a la entonces CEE, el incremento de la competencia que se produjo en el sector industrial tuvo efectos positivos para los consumidores españoles, tanto por la vía de los precios como en la calidad de los productos. Sin embargo, entre 1987 y 1992 es posi-

ble que la competencia que experimentó el sector industrial fuese excesiva, en gran medida por la apreciación artificial del tipo de cambio de la peseta que se produjo en la segunda mitad de los ochenta. Está claro que la entrada de flujos de capital del exterior elevó el precio relativo de nuestra moneda. No obs-

tante, aunque en un primer momento estos flujos se destinaron a la creación de tejido productivo y a la adquisición de inmuebles y empresas, su desviación posterior hacia la compra de títulos financieros hizo más vulnerable la financiación de nuestros desequilibrios y la estrategia de “tipo de cambio fuerte”, la cual, aun cuando tuvo un efecto positivo sobre la inflación, destruyó parte de nuestra capacidad instalada en especial en los sectores abiertos a la competencia.

La incorporación de la peseta al mecanismo cambiario europeo, en junio de 1989, agravó aún más la situación, en la medida en que generó expectativas positivas en los agentes económicos y, en especial, entre los inversores institucionales respecto a la conducción de la política económica. En buena lógica, la fijación de la cotización de la peseta al marco alemán, considerada en su momento como una de las divisas más estables, implicaba dos cosas: por una parte, las autoridades españolas renunciaban públicamente a la utilización del tipo de cambio como mecanismo de ajuste automático para corregir los desequilibrios internos (inflación) y externos (déficit exterior), y se comprometían a solucionar estos problemas a través de la adopción de otras medidas que actuaran directamente sobre el funcionamiento de los mercados. Por otra parte, dado que la

“La nueva política aplicada por el Partido Popular se ha centrado en estabilizar la economía y flexibilizar los mercados. En efecto, desde el principio se estableció una política clara de contención del gasto público y saneamiento de las deudas, y se apostó por presupuestos públicos restrictivos.”

política monetaria debía velar por la estabilidad cambiaria —aunque sin perder de vista su objetivo más importante, esto es, el control de los precios— se creía que la política presupuestaria y la de rentas se deberían moderar significati-

vamente —recortando el gasto y el déficit y ligando los incrementos salariales a la evolución de la productividad— tomando el relevo de la política monetaria en la lucha contra la inflación.

Desafortunadamente, la política aplicada por el Gobierno socialista fue justo la contraria de la que exigían las nuevas circunstancias. El gasto y el déficit de las Administraciones Públicas aumentaron vertiginosamente desde 1989 hasta alcanzar su máximo en 1993, cuando la dureza de la recesión disminuyó los ingresos públicos y disparó el gasto asignado a los programas públicos. Asimismo, la beligerancia extrema de los líderes sindicales en sus demandas hizo que los salarios crecieran ininterrumpidamente por encima de la productividad del trabajo y que las rentas públicas se indiciaran con la inflación pasada, mecanismo completamente perverso que levantó el fantasma de una posible espiral precios-salarios de difícil contención. La rigidez excesiva del mercado laboral hizo el resto del trabajo: la remuneración salarial siguió aumentando en 1992 y 1993 sin tener en cuenta la intensa destrucción de

empleo que se estaba produciendo, sobre todo en los sectores sometidos a la competencia internacional. Esta estrategia fracasó cuando los mercados se percataron de la irresponsabilidad de esta política y provocaron la devaluación de la peseta el 17 de septiembre de 1992. Así se volvió bruscamente a la situación de partida, pero con varias víctimas en el camino: una deuda pública acumulada que alcanzaba niveles históricamente desconocidos para nuestro país, la desaparición forzosa de una parte importante del tejido industrial —que no pudo soportar los aumentos de costes y la apreciación de la peseta en un contexto de marcada competencia— y una tasa de desempleo que se elevó hasta un nivel —un 24,2 por ciento de la población activa— insostenible desde el punto de vista ético, social y político. La pérdida de confianza en nuestra economía se concreta en la fuerte prima de riesgo que tenía que soportar España en 1995.

La política económica del Partido Popular, desde mayo de 1996, representa un cambio radical en el modelo anteriormente establecido. La nueva política económica apostó firmemente por la necesaria estabilización de nuestra economía, por la contención de los precios y por la reducción del déficit público para poder incorporar al euro desde el primer momento; pero también para enfrentarnos con garantías de éxito a la creciente globalización de la economía internacional, fruto del sos-

tenido incremento del comercio de bienes y servicios, de la libre circulación de capitales y de la aparición de nuevos competidores y nuevos mercados, lo que obliga a mejorar la competitividad de nuestra economía. En este marco sólo los países con estabilidad de precios, bajos déficit y mercados flexibles consiguen crecer por encima del resto y generar más empleo. La nueva política aplicada por el Partido Popular se ha centrado en estabilizar la economía y flexibilizar los mercados. En efecto, desde el principio se estableció una política clara de contención del gasto público y saneamiento de las deudas, y se apostó por presupuestos públicos restrictivos. Asimismo, se empleó la técnica del “t-x” al objeto de que los precios regulados contribuyeran a luchar contra la inflación.

La creación de empleo es el principal objetivo de nuestra sociedad, por ser el fruto social más deseado del proceso económico. En este sentido, la paz social reinante estos años, consecuencia de los acuerdos entre sindicatos, Gobierno del PP y CEOE, ha permitido flexibilizar algo el mercado de trabajo y moderar el crecimiento de los salarios, lo que ha incidido muy positivamente en el empleo (se han

creado 1.167.000 empleos entre el segundo trimestre de 1996 y el primer trimestre de 1999, último dato conocido). Sin embargo, el camino recientemente sugerido de reducir la jornada de trabajo a 35 horas, sin ir

“La paz social reinante estos años, consecuencia de los acuerdos entre sindicatos, Gobierno del PP y CEOE, ha permitido flexibilizar algo el mercado de trabajo y moderar el crecimiento de los salarios, lo que ha incidido muy positivamente en el empleo.”

acompañada de una reducción de salarios, sólo podría mantener el equilibrio de los costes laborales y el empleo si se produjeran las improbables circunstancias de que el trabajador mejorara su productividad en la misma proporción o trabajara menos horas cobrando lo mismo; por lo que, en ningún caso, las 35 horas generarían nuevos empleos sino más bien al contrario.

El paro no es consecuencia del desarrollo. El ejemplo de Estados Unidos refuta sobradamente la afirmación contraria. Para seguir creando empleo, tal y como se está produciendo actualmente en España, no hay que caer en el espejismo de las fórmulas de reparto, más ineficaces cuanto más abierta sea la economía, y sí hay que centrarse, en cambio, en las medidas que estimulan la acción de los empresarios. A saber:

- En primer lugar, reducir las cotizaciones sociales, obligándose a contraer en esa misma medida el gasto público y, en el peor de los casos, incrementar el IVA lo mínimo necesario, de modo que el menor coste del factor trabajo se aplique a mejorar directamente la competitividad exterior de la economía.

- En segundo lugar, favorecer la sintonía de la oferta de trabajo con las necesidades de la demanda, mediante reformas de la educación universitaria y profesional y el estímulo de la formación continua dentro de las em-

“Para seguir creando empleo, tal y como se está produciendo actualmente en España, no hay que caer en el espejismo de las fórmulas de reparto, más ineficaces cuanto más abierta sea la economía, y sí hay que centrarse, en cambio, en las medidas que estimulan la acción de los empresarios.”

presas.

- Por último, continuar la liberalización de las normas laborales y, sobre todo, de las condiciones de entrada, salida y movilidad geográfica y funcional del mercado de tra-

bajo, para que el empresario pierda el miedo a contratar y, una vez que la oferta crezca lo suficiente, el trabajador pueda perder también el miedo a ser despedido.

Algunas de estas propuestas sostenidas por el Presidente **Aznar**, han sido suscritas recientemente por el acuerdo **Blair-Schröder**, que establece cambios liberalizadores como condición necesaria para crecer y generar empleo. El Pacto de Toledo de reforma de las pensiones, junto con el aumento en dos millones del número de afiliados a la Seguridad Social, entre mayo del 96 y mayo del 99, ha conseguido equilibrar financieramente a la Seguridad Social, lo que significa un activo social de gran trascendencia. Con todo, si hubiera que citar alguna prioridad entre las medidas anteriormente propuestas para seguir aumentando el empleo y los cotizantes resultaría conveniente reducir las cotizaciones sociales con cargo a los empresarios, que son de las más altas de Europa.

La competitividad también obliga a llevar a cabo profundas reformas en el conjunto de nuestros impuestos. Es muy positiva la reforma del impuesto sobre la renta de las personas físicas llevada a cabo por el gobierno del

Partido Popular, estableciendo un tipo máximo del 48 por ciento, que anima el ahorro, el trabajo y la asunción de riesgos. Este impuesto no es neutral sobre la actividad, por lo que una bajada de tipos no debe significar una reducción de la recaudación, tal y como se está demostrando en la actualidad. Para potenciar el ahorro también es conveniente mejorar más las condiciones fiscales y de liquidez de los fondos de pensiones, acercándolas al tratamiento de los fondos de inversión. Además, el nuevo impuesto beneficia a los perceptores de renta más baja, puesto que establece un mínimo vital exento, lo que significa un importante logro social.

Aunque son positivas las medidas de choque aprobadas recientemente por el gobierno para luchar contra la inflación, hay que tener presente que sólo se garantizan bajos precios, menor déficit y más competitividad flexibilizando nuestros mercados de bienes y servicios. Conviene incrementar el ritmo en las liberalizaciones, a pesar de las fuertes resistencias que oponen algunos segmentos de la población, especialmente los que ahora se benefician de rentas de monopolio. No debe esperarse más la reforma de la actual Ley del Suelo ya que, a la vista de las actuales elevaciones de precios del sector, es posible que la última reforma se haya quedado cor-

ta, especialmente en lo relativo a la excesiva discrecionalidad de las Administraciones Públicas y de las cesiones obligatorias gratuitas. Hay que seguir elevando la eficiencia de los mercados energéticos, tanto eléctricos como de hidrocarburos. Procede aumentar la competencia en el transporte terrestre, de pasajeros y de mercancías, por carretera y por ferrocarril. Es necesario, en fin, abrir más el campo de la libertad y la competencia en las telecomunicaciones, tanto básicas como móviles, en la televisión, en los servicios profesionales y en el comercio. Este proceso no sólo redundará positivamente en la empresa eficiente y en los consumidores sino que permitirá aumentar la oferta, sobre todo de servicios, lo que procurará mayor generación de empleo y crecimiento económico. La competencia hay que conseguirla y mantenerla, por lo que es fundamental potenciar la política económica que la protege otorgando más independencia y mejorando la dotación del Tribunal de Defensa de la Competencia. No debe detenerse el proceso de privatización de

empresas públicas de las administraciones centrales y hay que evitar que proliferen en las autonómicas y locales, que al disponer de más competencias y más recursos pueden caer más fácilmente en la gula intervencionista.

Convencidos de

“Sólo se garantizan bajos precios, menor déficit y más competitividad flexibilizando nuestros mercados de bienes y servicios. Conviene incrementar el ritmo en las liberalizaciones, a pesar de las fuertes resistencias que oponen algunos segmentos de la población, especialmente los que ahora se benefician de rentas de monopolio.”

que, en general, la política económica española aplicada por el Partido Popular ha escogido la dirección correcta, lo que ahora procede es acelerar el paso. De este modo obtendremos ventajas

competitivas frente a países del continente europeo que están detenidos en el camino o que, incluso en algunos casos, discurren en sentido contrario. La estabilidad económica y social es

“La nueva política económica (del Partido Popular) apostó firmemente por la necesaria estabilización de nuestra economía, por la contención de los precios y por la reducción del déficit público para poder incorporarnos al euro desde el primer momento.”

dinámica y resulta fundamental seguir flexibilizando nuestra economía, convenciendo a la sociedad, y no imponiendo, que éste es el camino adecuado para seguir modernizando nuestro pa-

ís, lo que está permitiendo, según el modelo de política económica centro-reformista, conseguir una senda de crecimiento estable, generadora de empleo y, por tanto, de bienestar social.

Juan E. IRANZO MARTÍN

EL CENTRO REFORMISTA Y LAS COMUNIDADES AUTÓNOMAS

Juan José LUCAS JIMÉNEZ

*Presidente de la Junta de Castilla y León. Miembro del "Bureau"
del Comité de las Regiones de Europa*

El Presidente de la Junta de Castilla y León analiza los valores y pilares que fundamentan los principios del centro reformista y, lo que es de gran interés, el papel que a las Comunidades Autónomas les cabe en su aplicación política.

La situación política actual

EL Gobierno de **José María Aznar** está culminando la actual Legislatura presentando unos logros que se pueden considerar muy importantes: ha conseguido estabilizar una situación económica que presentaba negros nubarrones al comienzo de su etapa de gobierno, colocando a España en una senda de claro crecimiento económico en un entorno de baja inflación. Ha desarrollado una serie de políticas sociales que garantizan el bienestar de

amplias capas de nuestra población. Ha logrado integrar en el esfuerzo de gobierno los diversos nacionalismos españoles, consiguiendo además amplias cotas de diálogo y compromisos efectivos con los agentes sociales y, en fin, ha hecho que España alcance un reconocimiento internacional muy amplio, estando presentes en los más importantes foros de nuestro entorno. Pocos podían sospechar tales resultados a comienzos de 1996.

No obstante, quizás su más importante logro sea uno de índole política y social: **ha conseguido que la sociedad española acabe por asumir la plena normalidad democrática que supone la alternancia en el poder.**

La prevención existentes —alentadas desde diversas formaciones políticas— sobre la actitud que habría de manifestar un gobierno de raíz liberal, podíamos decir que han caído con estrépito. Creo que tal hecho se puede considerar como un acontecimiento de auténtica relevancia histórica, dado que esto no ha sido siempre posible.

Recordemos, por ejemplo, el caso de la CEDA en nuestra historia más reciente. Las fortísimas reacciones que su triunfo electoral suscitó en amplias capas de la sociedad española —con una revolución en Asturias incluida— no hizo posible que su líder —**Gil Robles**— tuviese la ocasión de presidir el Gobierno, teniendo que encomendarse el mismo a un partido minoritario —el Radical— con un presidente anciano y ya desprestigiado —**Lerroux**—.

Y es justo recordar que la experiencia protagonizada por la CEDA, con todos sus fallos y teniendo en cuenta la radicalidad del ambiente que existía entonces, no dejó de suscitar el reconocimiento de sus contemporáneos. Un artículo de la época publicado en el periódico *El Debate* reconoció “*el enorme acierto de la CEDA de llevar la política española a una zona templada... esa zona media en donde habita la prudencia política*”.

José María Aznar ha conseguido culminar un proceso de normalización histórica de España. Y lo ha conseguido llevando a la prác-

“En los albores del nuevo milenio debemos admitir que hemos llegado a un relativo final de ciertas ideologías clásicas, pero no podemos asegurar tampoco que la vieja rivalidad socialismo-liberalismo haya conducido a una amorfa síntesis de principios liberales y supuestos socialistas.”

tica un bagaje ideológico bien definido y ajustado a nuestras necesidades actuales. Un proyecto político sustentado en los principios del centro reformista.

El centro reformista

como síntesis de ideologías

Tratar de concretar lo que es una ideología de centro implica partir de la distinción de que *una ideología no es una doctrina*. Más bien es lo contrario y debemos concebir que ideología es un concepto que trata de sustituir lo que tradicionalmente se conocía como doctrina y que venía a ser, en lo básico, un conjunto de inalterables dogmas.

Por otra parte, hace ya medio siglo que comenzaron los vaticinios sobre el fin de las ideologías. Lo aseguró por primera vez **Albert Camus** en un artículo publicado en 1946, pero tal concepto adquirió verdadera carta de naturaleza en 1960, tras el ensayo de **Daniel Bell** titulado *El fin de la ideología en Occidente*. Según su pronóstico, se estaba produciendo —y acabaría por consumarse— un *eclecticismo ideológico* por el que el capitalismo viraba a la izquierda y el comunismo a la derecha, dicho sea de manera gráfica.

En los albores del nuevo milenio debemos admitir que hemos llegado a un relativo final de ciertas ideologías clásicas, pero **no podemos asegurar tampoco que la vieja ri-**

validad socialismo-liberalismo haya con-
ducido a una amorfa síntesis de princi-
pios liberales y supuestos socialistas.

El hombre moderno es histórico en el sentido de que su instalación en el mundo le obliga a interpretar el contexto en que se sitúa para orientarse con relación al porvenir. En este contexto, y tal como ha señalado **Núñez Lavéze**, podemos afirmar que “no hay final de las ideologías, sino que hay recambio de las mismas”. En palabras de **Norberto Bobbio**, “el árbol de las ideologías siempre está reverdeciendo”.

En este sentido, se dice que la antigua rivalidad entre capitalismo y comunismo ha quedado reemplazada por la rivalidad entre neoliberalismo y socialdemocracia.

Quedaría la disputa entre los patrocinadores de un Estado limitado por el derecho a funciones arbitrales y legislativas —aplicando una tradicional doctrina que encuentra en **von Mises** y **Hayek** sus principales mentores— y otro de corte social o socialdemócrata que defiende una activa intervención del mismo —en todos los ámbitos— para la defensa de los estándares de bienestar social. Es en este entorno donde debemos situar la ideología de centro reformista que se defiende desde el Partido Popular y que también podríamos calificar con el adjetivo de *integrador*, dado que pretende superar esta arraigada dicotomía de valores políticos.

Bobbio alude a este concepto como una “Tercera vía” o como un “Tercero

incluyente”, planteándolo no como una forma de compromiso entre dos extremos, sino como una superación contemporánea de uno y otro. No sería un *tercero-entre*, sino un *tercero-más allá*. Él mismo asume las ideas de “diálogo” y “aceptación” frente a las de “rechazo” y “separación” y buscaría, en suma, la integración de las ideologías a través de lo mejor de cada una de ellas.

Los pilares del centrismo reformista

Visto lo anterior, podríamos concretar más señalando que el centrismo reformista se debe desarrollar sobre tres pilares fundamentales: **la clara defensa de una serie de valores humanos y de unos inexcusables principios democráticos; la libertad personal y social; y la solidaridad.**

• **Primer pilar: la defensa de unos valores humanos y de unos principios democráticos.** Podemos decir que el mundo está dividido hoy entre el universo globalizado del mercado y el universo segmentado de las identidades nacionales, regionales, religiosas o culturales. De un lado está la circulación acelerada del dinero y de la información; del otro, un multiculturalismo radical y las dos tendencias se combinan tanto como se oponen.

En este contexto, tal como señala **Alain Tourain**, la apelación a los grandes

“El centrismo reformista se debe desarrollar sobre tres pilares fundamentales: la clara defensa de una serie de valores humanos y de unos inexcusables principios democráticos; la libertad personal y social; y la solidaridad.”

principios de igualdad y de libertad aburre, mientras el interés de la mayoría se ve excitado por el consumo. Así, los individuos más generosos y activos se entregarían a causas

humanitarias mientras que la acción política no aparecería más que como una profesión —a veces, incluso, como la misión propia de una clase— que resulta extraña a la mayoría de los individuos.

Parece que hoy vivimos sólo como sociedades de consumo, de participación o de exclusión, donde ya no tenemos a nuestra disposición ninguna imagen de las relaciones y de los conflictos sociales, de los debates de ideas y de las elecciones políticas a través de los cuales podríamos elegir un porvenir.

Pero debemos convencernos de que esto sería una regresión difícil de soportar. Hemos de reencontrar la conciencia política; debemos reencontrar la convicción de que podemos ser los actores de nuestra historia y no sólo los ganadores o perdedores de unas batallas libradas en el mercado internacional.

Ello se debe conseguir, por un lado, rescatando y aplicando en toda su plenitud una serie de valores morales esenciales para la vida en sociedad del hombre.

Valores como la libertad, el respeto de los derechos humanos —especialmente el derecho a la vida—, el libre acceso a la educación y la cultura, la defensa de la familia, la libertad de expresión, el desarrollo moral del hombre, la fraternidad de todos los pueblos y razas y la

“El centrista se debe caracterizar ‘no tanto por lo que defiende, sino por el talante con que lo defiende’; un talante basado en la tolerancia antidogmática, el consenso y el diálogo como esencia democrática.”

solidaridad con los más necesitados.

Además, por otro lado, debemos asumir que ***la democracia misma no es sólo un conjunto de instituciones: es ante***

todo una reivindicación y una esperanza. Debemos asumirla como un espacio donde puede combinarse la particularidad de una experiencia, de una cultura o de una memoria histórica con el universalismo que supone la acción científica y técnica.

Pero estos valores, esta democracia, ***debemos realizarlos con un talante específico, como es la tolerancia.*** Como **Charles Taylor** señalara, “*la razón de ser de la democracia es el reconocimiento del otro*”. Y el centrismo reformista debe ser concebido en estos mismos parámetros.

Podíamos parafrasear a **Bertrand Russell** para señalar que el centrista se debe caracterizar *no tanto por lo que defiende, sino por el talante con que lo defiende*; un talante basado en la tolerancia antidogmática, el consenso y el diálogo como esencia democrática. Se trata de actuar siempre dentro de la moderación y el diálogo, con respeto absoluto de las posiciones ajenas y tratando de vencer siempre por el convencimiento, nunca por la imposición.

Naturalmente, diálogo, negociación y compromiso no serán incompatibles con una firme defensa de las convicciones propias. Negociar o dialogar no es sinónimo de ceder por sistema. Lo único que se debe desechar es la premisa de que se está en posesión de la verdad absoluta.

En el centrismo reformista no existen dogmas, pero sí principios, algunos de los cuales son irrenunciables. La sugerencia que hizo **Galbraith** para el discurso inaugural del Presidente **Kennedy** puede expresar esto de manera elocuente: *“nunca negociemos con miedo, pero nunca tengamos miedo a negociar”*.

• **Segundo pilar: la libertad personal y social.** Desde luego, **la libertad debe ser un punto de referencia general y obligado.** Es un valor aceptado por pensadores de muy distinto signo. **Ortega** la consideraba como *“una de las pocas cosas espléndidas inventadas por el hombre”* y para **Manuel Azaña**, la libertad *“no hace felices a los hombres: los hace, sencillamente hombres”*. Ya en su día, **Kant** afirmaba que *“la libertad es aquella facultad que aumenta la utilidad de todas las demás facultades”*.

Dentro del ámbito político, el mismo **Charles de Gaulle** consideraba que *“la base de nuestra civilización está en la libertad de cada uno, en sus pensamientos, sus creencias, sus opiniones, su trabajo y sus ocios”*. Por ello, uno de los postulados básicos del centrismo debe ser **el escrupuloso respeto de las libertades individuales.**

Existe siempre una tentación por parte de los poderes públicos de “proteger” al individuo dictando leyes y más leyes —exceso reglamentista que ya denunciara Hayek—, de tal suerte que nuestra propia esfera de actuación individual queda cada vez más restringida, nuestros

aciertos y errores disminuidos y, en fin, nuestra libertad limitada.

Por ello, el centrismo reformista quiere amparar la libertad no sólo frente a la posible opresión del poder, sino también frente a la tentación de sucumbir a los cantos de sirena de la tutela todopoderosa y supuestamente benefactora de ese mismo poder. Esto rige de manera especial para el ámbito socioeconómico. Buena parte de nuestro actual resurgir económico se debe a que el Gobierno Aznar ha sabido superar ese recurrente “síndrome keynesiano” que defendía la intervención pública a ultranza en la economía. Como se ha visto, dando suficiente espacio de libertad al empresario privado se consiguen espectaculares resultados.

Son imprescindibles ciertos márgenes para el riesgo de emplear bien o mal la libertad si queremos que ésta sobreviva, e igualmente es imprescindible que cada cual asuma las consecuencias de su ejercicio.

Naturalmente, uno de los medios de asegurar esta libertad es **garantizando un vivificado equilibrio de poderes.** La libertad política, y con ella, la individual, sólo es posible en regímenes donde los poderes se moderan entre sí. Como decía **Montesquieu** *“in-*

cluso la virtud necesita límites. Es preciso que el poder frene al poder”.

Un equilibrio de poderes que no debería limitarse a la tríada clásica —legislativo, ejecutivo y judicial— sino que de-

“El centrismo reformista quiere amparar la libertad no sólo frente a la posible opresión del poder, sino también frente a la tentación de sucumbir a los cantos de sirena de la tutela todopoderosa y supuestamente benefactora de ese mismo poder.”

be abrirse a otros estamentos representativos de los intereses de los ciudadanos —a veces denominados como “cuerpos intermedios”— como las Universidades, los Colegios Profesionales, las Corporaciones, los Sindicatos y, en otro ámbito y como se verá, las entidades territoriales.

Un espacio de libertad que deberá asegurarse, en fin, **revitalizando la presencia de los ciudadanos en la vida pública**, especialmente a través de los instrumentos específicamente dedicados a ello como son los partidos políticos. Esta participación ciudadana no debe limitarse al mero hecho del voto sino que debe ser continuamente alentada, de manera que cada individuo sienta lo público como algo propio y no como una cosa extraña sobre la que actúan los profesionales.

Por ello, los partidos políticos que asuman la opción centrista se deben enfrentar también al permanente reto de saber abrirse a la sociedad, de renovarse continuamente para acercarse a sus problemas y prioridades, de contactar, en suma, cada día, con lo que los ciudadanos necesitan. No basta con un simple “lavado de cara” cada ciertos años. La renovación ha de ser algo cotidiano, donde no se necesiten espectaculares cambios una vez transcurridos los plazos previstos para mantenerse en contacto con los ciudadanos a quien deben servir.

• **El tercer pilar: la solidaridad.** Como

“Los partidos políticos que asuman la opción centrista se deben enfrentar también al permanente reto de saber abrirse a la sociedad, de renovarse continuamente para acercarse a sus problemas y prioridades, de contactar, en suma, cada día, con lo que los ciudadanos necesitan.”

se dijo antes, el centrismo busca ser una síntesis integradora de los extremos. Por ello, la libertad debe ser corregida por la solidaridad. La defensa de los principios de la economía de mercado y la libre

empresa no debe hacerse nunca a costa de los sectores más débiles de nuestra sociedad.

¿En qué se debe traducir esta solidaridad? En algunas actuaciones clave:

- En el mantenimiento de unos niveles mínimos de calidad de vida para la sociedad en general y para sus sectores más sensibles, en particular. Así, es imprescindible garantizar un presente digno para nuestros mayores y asegurar el futuro de nuestros jóvenes.

- En la posibilidad de acceder a unos servicios sociales, a una educación, a una cultura, a una sanidad de niveles dignos y garantizados por los poderes públicos.

- En la imprescindible responsabilidad de los poderes públicos de asumir la firme defensa del medio ambiente donde la sociedad vive, como elemento imprescindible para garantizar la calidad de tal vida.

- Se traduce, en suma, en la responsabilidad pública para asegurar que los diversos territorios de España puedan acceder a un nivel similar de dotaciones y servicios, de manera que la diferencia de oportunidades y dotaciones de sus regiones quede cada vez más diluida.

Naturalmente, **para conseguir todos es-**

tos objetivos de solidaridad se hace necesario un Gobierno en el Estado fuerte y resolutivo, capaz de garantizar tal solidaridad a través de los recursos que se consideren necesarios.

Las Comunidades Autónomas como instrumentos del centrismo reformista

En la consecución de todos estos objetivos, el centrismo reformista encontrará en las Comunidades que integran nuestro Estado un poderoso instrumento de ejecución.

- En **primer lugar, contribuyendo a la defensa de las libertades individuales**. No falta quien afirma que las Regiones se han configurado como una forma esencial de libertad social, como unas instituciones de la sociedad donde no es posible la intromisión del Estado.

Ello las convierte en una suerte de “contrapoderes” del mismo, capaces de reivindicar y defender los derechos y libertades individuales y territoriales no susceptibles de intervención estatal.

- En **segundo lugar**, y profundizando en lo anterior, **aparecen como un factor esencial para el equilibrio de poderes**.

Quizás si Montesquieu viviera hoy en España, en lugar de sus tres conocidos poderes hubiera añadido un **cuarto poder: el territorial**.

“Las Comunidades Autónomas aparecen como un factor esencial para el equilibrio de poderes. Quizás si Montesquieu viviera hoy en España, en lugar de sus tres conocidos poderes hubiera añadido un cuarto poder: el territorial.”

Junto a su tradicional *división vertical del poder* –ejecutivo, legislativo y judicial– está apareciendo y consolidándose una *división horizontal del poder*, consistente en la división del mismo en diversas esferas de actuación de ámbito territorial –Estado, Comunidades Autónomas, provincias, comarcas (en su caso) y municipios–, algo que supone un auténtico freno a la concentración del poder estatal y a su eventual abuso.

La existencia de Gobiernos de distinto signo político en nuestro territorio nacional supone un claro control a un posible exceso de poder del Gobierno Central. Y eso es bueno en sí mismo.

- En **tercer lugar**, las Autonomías territoriales **contribuyen a potenciar la presencia de la sociedad civil**. Articular el territorio en Comunidades Autónomas supone acercar esferas de decisión a los ciudadanos, supone una apertura a la sociedad, supone, en suma, que esta sociedad se identifique con el poder y lo considere como algo propio.

Esto se ve muy claro, por ejemplo, en la tarea de control de los respectivos Gobiernos y Administraciones territoriales. La existencia de una Cámara Legislativa regional permite una permanente acción de control y seguimiento de los ejecutivos autónomos en unos niveles de concreción y detalle realmente imposibles de imaginar para el Gobierno del Estado.

De esta manera, con el sistema auto-

nómico se pretende concebir al Estado como una tupida red de articulación de la sociedad, compuesta por piezas de distinto calibre para incorporar al ciudadano

y a los grupos en que se integra. Con ello el propio Estado no sólo no se debilita, sino que se fortalece.

• **Finalmente**, las Comunidades Autónomas aparecen como **auténticos instrumentos de solidaridad**. Por un lado, gracias a esa administración más próxima e imbricada en la sociedad, se conocen de primera mano las principales necesidades sociales, de mane-

“Una política de centro renovador no puede ignorar, en modo alguno, la importancia de los diversos poderes territoriales de España. Los mismos pueden llegar a ser unos instrumentos esenciales para el cumplimiento de sus objetivos.”

ra que se las puede atender de una forma más rápida y directa.

Por otro lado, ese conocimiento las permite informar de manera directa y fiable al Gobierno Central sobre el estado, necesidad y urgencia de

las demandas sociales de su territorio, instar una rápida atención de las mismas y efectuar el control y seguimiento de los resultados.

En definitiva, una política de centro renovador no puede ignorar, en modo alguno, la importancia de los diversos poderes territoriales de España. Los mismos pueden llegar a ser unos instrumentos esenciales para el cumplimiento de sus objetivos.

Juan José LUCAS JIMÉNEZ

EL LIBERALISMO Y LA QUERRELLA IMPOLÍTICA DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA

Jerónimo MOLINA CANO

Doctor en Ciencias Políticas. Licenciado en Derecho

En este apasionante estudio repasa el autor los conceptos derecha e izquierda, su antagonismo histórico y la simplificación terminológica en la que las elites temporales en su lucha por el poder han convertido sus referentes ideológicos, el liberalismo y el socialismo.

I

La última década del siglo, que ahora apuramos con cierta inquietud espiritual, constituye la magnífica *feria de restos* de la política contemporánea. El hecho en sí no pasaría de ser relevante sólo para las elites políticas e intelectuales del momento, homogéneamente satisfechas de sí mismas y desigualmente predisuestas a ocupar su lugar en el *cementerio de las aristocracias*, de no ser por la coincidencia de un giro espiritual y de una mutación de la iconografía, es decir, de un cambio en lo Po-

lítico. Justamente, el filósofo político **Carl Schmitt** presintió toda su vida la reordenación de lo que llamaba *Zentralgebiet*, ámbito central o esfera decisiva de la acción (histórica), cuyas señas de identidad estableció: la telurización del Derecho y de la iconografía espacial del orden concreto (*konkrete Ordnung*); la actualización de la dialéctica histórica entre la tierra y el mar y el espacio, una vez agotada la polaridad ideológica entre el Oeste y el Este; una nueva forma de lo Político, ordenada según la idea del gran espacio (*Grossraum*). Todas estas cuestiones constituyen, sin duda, junto con otras, el verdadero desafío contemporáneo pa-

ra la inteligencia y el saber políticos. La opinión dominante prefiere, empero, consagrarse al moralismo político, al intervencionismo

económico y al abandono de todo tipo de responsabilidades políticas. **Günter Maschke** ha recordado recientemente que esta actitud, sobre todo europea, únicamente puede contribuir a acelerar la decadencia. Un teólogo político podría decir, con Maschke, que estos ídolos de la vieja política, lejos de detener la venida del Anticristo, haciendo de dique de contención (*catechon*), están precipitando su apoteosis.

2 La lógica reacción de los representantes del mundo en bancarrota constituye la última traza de su existencia política: por un lado la censura espiritual del discrepante, o lo que es lo mismo, el terror blanco, ahora denominado eufemísticamente “corrección política”; por el otro, aunque sólo en ciertos casos extremos, la aniquilación física del adversario ejecutada por el terrorista ideológico. En apariencia al menos, la pauta la marcan los miembros de la *nueva clase*, legitimada por lo que **John Kenneth Galbraith** ha denominado con cierto abuso la *mayoría satisfecha* o, más bien, sometida por la tiranía fiscal. Con regularidad calculada, según es sabido, airéanse las conclusiones y dictados de los intelectuales orgánicos en el sentido de **Gramsci**, de modo que al hombre medio no le quepa la menor duda

“La polarización de la atención pública y académica alrededor de unos pocos asuntos constituye, según Julián Marías, una terrible potencia desfiguradora de la realidad.”

acerca de lo que supuestamente tiene vigencia o, según se dice, debe tenerla y lo que teóricamente ha sido refutado por la experiencia histórica

o, en todo caso, por la ideología. Así pues, se escribe, se habla, se debate, se informa y se investiga monomaniáticamente sobre un puñado de lugares comunes, las efímeras *verités établies* de un mundo que, repentinamente, empezamos a no sentir como nuestro.

3 La polarización de la atención pública y académica alrededor de unos pocos asuntos constituye, según **Julián Marías**, una terrible potencia desfiguradora de la realidad. En este sentido, los catálogos editoriales y los índices de las distintas publicaciones periódicas de temática política ofrecen *grosso modo* una sugestiva interpretación de nuestro tiempo, que sería muy provechoso glosar por países. Mas esto no es posible aquí. Está al alcance de todos, no obstante, verificar que lo que acontece en Europa y en el mundo merece juicios harto divergentes según las distintas lenguas y países. Paradójicamente, la burocratización galopante del gran espacio europeo, la crisis del Estado total del Bienestar, la política ideológica o el Derecho internacional de las nuevas relaciones de potencia política constituyen problemas muy distintos según se traten en alemán, en inglés, en español, en francés, en italiano, en neerlandés, etc. Pero de vez en cuando sucede, como para reforzar la solidaridad cultural del continente, que una polémica atraviesa como el ra-

yo todas las naciones. Entonces, los hombres del momento y los intelectuales venales disputan públicamente sobre la gravedad de la situación. De ser convidados al torneo, los verdaderos escritores políticos abandonan pronto la lid, una vez descubierto el trampantojo. Estos raros escritores son los *realistas políticos*, llamados también *liberales*, en el sentido político puro que para la universal palabra española se ha recuperado en los últimos años. Probablemente no conviene agotarse en polémicas estériles de cuarto de hora. Tampoco ceder a la moda o abandonarse al presentismo. Pero toda regla tiene sus excepciones.

4 En el año 1994 un *pamphlet* de **Norberto Bobbio** fue bendecido, según es notorio, con un extraordinario éxito de ventas. La socialdemocracia europea aplaudió con alivio la obrita *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica*, inmediatamente traducida a los idiomas más importantes. Más entusiasmo despertó si cabe la inmediata respuesta a sus críticos del nonagenario jurista y filósofo, incorporada como introducción a la segunda edición italiana. El debate sobre la famosa diada pareció dilatar ampliamente el horizonte intelectual de la izquierda europea, severamente castigada por la Historia, la cual, finalmente, no pudo ser conquistada. Al mismo tiempo, pareció conjurado el riesgo del moralismo, enfermedad política que atenaza a las ideolo-

gías y doctrinas que son apartadas del vector histórico por méritos propios. De hecho, el moralismo, con relativas dosis de pensamiento teológico, constituye el refugio natural de todas las derrotas históricas: espiritualmente, el patetismo del socialismo vencido de 1989 es equiparable al del pensamiento de la contrarrevolución. El conservadurismo de cualquier signo siempre tiene, pues, las mismas raíces históricas políticas.

5 Mas el impacto sobre la opinión fue mucho menos que relativo. La disputa se ventiló sobre todo en la prensa diaria, en menor medida en revistas especializadas y sólo raramente dio lugar a alguna monografía seria. Las grandes esperanzas se disiparon en apenas dos años. De la postrera escenificación intelectual de la vieja política de las derechas y las izquierdas apenas si han quedado las páginas de Bobbio y las de **Anthony Giddens**, *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*, también de 1994, y que, sin bien no traen su causa en el libro del primero, pertenecen al mismo contexto de inquietudes intelectuales. La decepción intelectual, casi tan bella como el fracaso histórico, también acompañó, dicho sea de pasada, pues hay algún punto de contacto

con lo que aquí se comenta —la pérdida de referentes y el desconcierto de la izquierda, **Fernando Savater** dixit—, a la citadísima obra de un profesor de filosofía de Harvard,

“El moralismo, con relativas dosis de pensamiento teológico, constituye el refugio natural de todas las derrotas históricas: espiritualmente, el patetismo del socialismo vencido de 1989 es equiparable al del pensamiento de la contrarrevolución.”

John Rawls, *A Theory of Justice*, de 1971. Aunque muy pocos leyeron el libro de la cruz a la fecha, algo hasta cierto punto comprensible, su ética constructivista de la justicia caló hondo en determinados círculos del pensamiento, facilitando el necesario recambio de la temática científica e ideológica. Lo mismo ha sucedido, punto por punto, con las tesis de Bobbio sobre los dos pares de criterios distintivos de lo que, según sus afirmaciones, *debe ser* la izquierda y la derecha: igualdad y desigualdad; libertad y autoridad.

6 Los libros de Rawls y Giddens pertenecen a otra época. Todavía se aferran a la ideología cuando la *iconografía*, que probablemente le sirve de matriz a ésta y a otras representaciones de los campos pragmáticos humanos (la política, la economía, la religión, el arte, la moral, la actividad científica), como ya advirtiese Schmitt hace más de cuarenta años, está experimentando los cambios propios de los interregnos. También la polémica de Bobbio tiene algo de un tiempo para nosotros periclitado. En cierto modo, este escritor casi no es contemporáneo nuestro; probablemente pertenece a esa delgada capa de seres humanos en algunos casos insustituibles que, apartados ya de las funciones sociales rectoras, cumplen la misión bellamente descrita por Marías cuando, en cierta ocasión, se refería a la lúcida vejez de **Menéndez Pidal** diciendo de él que *hacía compañía* a los hombres de generaciones posteriores. En efecto, “*el transcurso de mi vida* —ha escrito

“El mundo actual, sugiere Anthony Giddens, no se parece en nada o se parece en muy poco a la sociedad auspiciada por el universalismo ideológico de los socialistas.”

Bobbio en su *Autobiografía*— coincide en gran parte con el periodo histórico que ha sido denominado, con razón o sin ella, de la ‘*guerra civil europea*’”.

II

7 Una de las consecuencias más notables de la aventura de Bobbio fue la celebración del Congreso *Destra e Sinistra. Ragioni e significati di una dicotomia*, que tuvo lugar los días 21 y 22 de abril de 1995, en la ciudad italiana de Perugia. La reunión de estudiosos se abrió a escritores de distintas nacionalidades, especialidades y opiniones políticas. Intervinieron conspicuos representantes de la *New Left* inglesa (Giddens) y norteamericana (**Paul Piccone**, director de la revista *Telos*), de la *Nouvelle droite* francesa (**Alain de Benoist**, director de *Nouvelle École* y *Krisis*) o de la *Nuova destra* italiana (**Marco Tarchi**, director de *Trasgressioni* y de *Diorama Letterario*). También profesores y escritores menos significados políticamente como **Giacomo Marramao** y **Ernst Nolte**, o **Ambrogio Santambrogio** y **Alessandro Campi**, a la sazón directores de la reunión y editores de un libro que recoge casi todas las intervenciones y que apareció en el otoño de 1997: *Destra/Sinistra. Storia e fenomenologia di una dicotomia politica* (Antonio Pellicani Editore).

Las opiniones de los participantes pueden englobarse en alguna de las siguientes categorías pergeñadas por los editores. Bien en la de quienes creen que es posible establecer un cri-

terio distintivo de lo que pertenece a la derecha y a la izquierda, al que reconducir las ideologías, regímenes y valores; bien en la de los escritores que ven en esta dicotomía la cifra de un mundo que se agota, de modo que seguir concediéndole importancia equivale a renunciar a comprender los acontecimientos; bien, finalmente, en el no menos importante grupo de quienes afirman que se trata de dos conceptos que, carentes de significado por sí mismos, constituyen puros contenedores de ideas susceptibles de ser utilizados casi para cualquier cosa.

8 En las trece intervenciones recogidas en el libro se trata una temática muy vasta que, en general, trasciende el objetivo de estas acotaciones. Así, el agotamiento de la dicotomía según el criterio interpretativo del consensualismo, que ha hecho que incluso los izquierdistas, otrora adversarios del sistema, se hayan convertido en *“abogados apasionados de la democracia liberal, del Nuevo orden mundial y del derecho de injerencia neocolonialista por razones humanitarias”* (A. de Benoist, *“La fine della dicotomia destra/sinistra”*, p. 83). La posible actualidad de los dos términos bajo nuevas fórmulas, como el tercermundismo, el feminismo y el ecologismo para el caso de la izquierda, sobre todo europea (E. Nolte, *“Sinistra e destra. Storia e attualità di un’alternativa”*). La intercambiabilidad de los argumentos defendidos en distintos periodos históricos por ambos polos de la política

ideológica (**René Remond**, *“Destra-sinistra: dove sta la differenza?”*). Las importantes diferencias entre los terrorismos izquierdista y derechista (**Franco Ferraresi**, *“Il rosso e il nero: terrorismi a confronto”*). El carácter de la derecha italiana (**Roberto Chiarini**, *“Destra: per un uso critico”*; **Pasquale Serra**, *“Storiografia sulla destra e teoria della storia contemporanea”*). La idea del “derecho a la diferencia” desarrollada por la *Nouvelle droite* francesa (**Frank H. Adler**, *“Razzismo, differenza e destra in Francia”*). La mutación de las autorrepresentaciones de la izquierda (**Roberto Segatori**, *“Slittamenti progressivi. La sinistra da contenuto a contenitore”*) y la exposición sintética de los contenidos de la izquierda (**Steven Lukes**, *“Un principio per la sinistra”*).

9 Particular interés tienen para nosotros las tesis expuestas por Giddens, Campi, Santambrogio y Piccone, susceptibles de ser enlazadas discrecional e idealmente por el siguiente razonamiento: por diversos motivos, el modelo histórico ideológico de la izquierda y la derecha ha perdido toda vigencia, salvo probablemente en Europa, abriéndose paso representaciones más realistas de la divergencia natural de las opiniones políticas. Como sugiere de Benoist, el problema no consiste en rechazar a estas alturas la ubicua y vulgar dicotomía electoralista (*né destra né sinistra*), sino en volver a una consi-

“La política despótica del totalitarismo y la política ideológica basada en la contraposición izquierda-derecha está siendo superada actualmente por dos anti-ideologías, nihilista una, de carácter ordinalista la otra.”

deración de la oportunidad y la conveniencia según las categorías propias de lo Político (*e destra e sinistra*): la defensa de la izquierda o la derecha resulta políticamente irrelevante, lo que cuenta es la idea justa (p. 92).

Para Giddens (“Oltre la destra e la sinistra: le nuove vie del radicalismo politico”) resulta evidente que el conservadurismo moderno ha cambiado su signo y, por tanto, su posición con respecto al sistema. Así, cuando el *status quo* se llama Estado total del bienestar, el socialismo deviene forzosamente la modalidad contemporánea del conservadurismo (p. 28). El mundo actual, sugiere este profesor de sociología de Cambridge, no se parece en nada o se parece en muy poco a la sociedad auspiciada por el universalismo ideológico de los socialistas. En este sentido, las esquilas hodiernas del izquierdismo, los *movimientos sociales* barruntados ya por **von Stein** a mediados del siglo pasado, no tienen ni remotamente el *espíritu de sistema* de la ideología de matriz. Las pseudoideologías feminista, ecologista, pacifista, incluso el vago repertorio humanitarista de los llamados “derechos humanos” (**Michel Villey**) no pasan de ser los ejemplos más notorios del particularismo (*esprit de détail*). El resultado de la ingeniería social socialista ha sido, en su opinión, el “aumento de la incertidumbre socialmente construida” (p. 29).

“Aunque la dicotomía derecha-izquierda está desfasada, acaso vacía (...), su vigencia retórica acusa la existencia de verdaderos problemas políticos que tienen que ver en términos epistemológicos políticos con el agotamiento de las ideologías, y en sentido histórico político con el agostamiento de la estatalidad.”

10 En las condiciones actuales (globalización; urgente necesidad de justificar la tradición; exacerbación, al menos aparente, de la reflexividad social, lo que hace aumentar la brecha entre conocimiento y control —A. Giddens, *loc. cit.*,

pp. 31-32—) la inutilidad práctica de las etiquetas derecha e izquierda caería por su propio peso. En el fondo, como apunta A. Campi (“La dicotomía destra-sinistra: ragioni di una crisi”), así se demuestra que la dicotomía derecha-izquierda no es universal; quienes todavía juegan esa baza, cabría añadir, o se ejercitan en el maquiavelismo, lo que quizá supone atribuirles una inteligencia superior, o están presos en el error. **Ortega y Gasset**, con las mismas pocas contemplaciones del año 1937, les volvería a llamar imbéciles, hemipléjicos morales (*La rebelión de las masas*. Prólogo para franceses). Más allá del dato de la crisis, caracterizada por el escaso valor analítico del par de conceptos y por la variabilidad de su capacidad explicativa, lo cierto es que existen otras “*caracterizaciones históricas plurales y, al mismo tiempo, más ricas*” que las propias del esquema derecha-izquierda. Entre otras: comunismo y anticomunismo en la Europa continental, al menos hasta principios de los 80; conservadores y *liberals* en los Estados Unidos de América; en el Reino Unido laboristas y conservadores, *aggiornamento* del *whig* y del *tory* en la sociedad industrial; etc.

11 Derecha e izquierda, en última instancia, no son más que una de las posibles formas históricas de organización y desarrollo del conflicto político (A. Campi, *loc. cit.*, p. 165). La oposición entre una y otra puede ser superada, desactivada ideológicamente y, tal vez, olvidada. No se puede esperar lo mismo, empero, de la irreductibilidad en política de las oposiciones binarias, pues el dualismo resulta ser consustancial a la necesidad humana de orientarse en el mundo (p. 154). Así pues, enlazando con el artículo de A. Santambrogio (“*Destra e sinistra: due dialetti della stessa lingua*”), basado en buena medida en el pensamiento del antropólogo francés **Louis Dumont**, la fractura ideológica entre la izquierda y la derecha no pasa de ser un episodio histórico, producto de una sociedad que, como la moderna, ha perdido su unidad tradicional (p. 51). Vistas así —como interpretaciones peculiares de la escisión individualista moderna, mutuamente dependientes—, derecha e izquierda han constituido durante mucho tiempo los referentes necesarios para señalar las partes en conflicto de la compleja sociedad moderna. Si nuestra interpretación no es errónea, Santambrogio sugiere que existe un nexo de unión entre la democracia moderna, el dualismo derecha-izquierda y, por último, la gestión del conflicto, lo que **Pier Paolo Portinaro** denominaría *agonología*.

12 El totalitarismo, entendi-

do como el retorno desesperado a la unidad perdida (A. Santambrogio, *loc. cit.*, p. 53), se situó en su momento en un plano de la política distinto al ocupado por las categorías derecha-izquierda, haciendo excepción, no obstante, del totalitarismo comunista. A diferencia de las democracias surgidas de Yalta y Potsdam, a las que resulta consustancial la polarización ideológica de las opciones políticas, reconociendo en ello la legitimidad y el carácter endémico del conflicto, el totalitarismo excluye oficialmente la derecha y la izquierda y niega toda conflictividad. La política despótica del totalitarismo y la política ideológica basada en la contraposición izquierda-derecha está siendo superada actualmente por dos anti-ideologías, nihilista una, de carácter ordinalista la otra. La primera, la *anti-ideología nihilista del consensualismo* pretende romper con la vieja mentalidad política llevándola hasta sus últimas consecuencias. Fúndense de este modo derecha e izquierda en un nuevo híbrido definido negativamente: no-conflicto, no-debate, no-discrepancia, etc., y su correspondiente proyección sobre la política internacional: no-guerra, no-paz, no-reconocimiento del enemigo. Así pues, este consensualismo *cosmopolítico* deviene el *pendant* liviano, llevadero (*light*) y vergonzante de las ideologías totales. La anti-ideología nihilista rechaza frontalmente toda otra forma de entender la actividad política, reforzando así su carácter anti-ideológico.

Más allá de la iz-

“Después de la caída del muro el mundo multipolar ha sustituido al mundo dividido en áreas de influencia de las dos superpotencias. Schmitt ya dijo hace tiempo que la Tierra es más grande que los Estados Unidos de América.”

quierda y la derecha y de su síntesis consensualista se halla, según P. Piccone, el populismo (“Il populismo post-moderno: oltre la destra e la sinistra”). O, por qué no, la política de la libertad, definida por el imperio de la ley, la nación representada y, consecuentemente, la ausencia de esclavitud fiscal. El populismo, en el sentido que le dan escritores como **Christopher Lasch** y otros, constituye una anti-ideología ordinalista, más política empero que la anti-ideología personalista de los años 1930 y 1940 (cfr. **J. Lacroix**, “Le personnalisme: une anti-idéologie”. VV. AA., *Les idéologies dans le monde actuel*. 1971). De hecho, el propio Piccone insiste varias veces en la estrecha relación que, en su opinión, vincula al populismo con la teoría del orden concreto de Carl Schmitt (pp. 112, 115). Según el director de *Telos*, únicamente la guerra fría ha permitido la subsistencia del Estado-nación. Después de la caída del muro el mundo multipolar ha sustituido al mundo dividido en áreas de influencia de las dos superpotencias. Schmitt ya dijo hace tiempo que la Tierra es más grande que los Estados Unidos de América. En estas condiciones resulta, pues, lógica, en opinión de Piccone, la reivindicación del legado político de los *Founding Fathers* norteamericanos, constituido por el populismo y el federalismo. El desafío se plantea, pues, con acuidad: “¿Un

“Difícilmente se negará que la lucha entre las izquierdas y las derechas es un episodio de la lucha de las elites temporales y espirituales por el poder. Lo que no se suele tener demasiado en cuenta es que su general aceptación ha sido favorecida, entre otros, por dos factores esenciales: el sesgo maquiavelista de la política moderna y el abandono liberal de lo Político.”

populismo fundado en las autonomías locales, en la democracia directa y en un modelo federal puede sustituir al Estado-nación y a sus agentes (la ‘New Class’) en el mundo post-moderno, caracterizado por su altura tecnológica, la sustancial integración económica y la comunicación en tiempo real?” (p.

145). Justamente en este punto se plantea, una vez más, el desafío, no meramente intelectual, del realismo político o de la política de la libertad.

III

13 La extemporaneidad de un debate político, curiosamente, pocas veces resulta en sí misma extemporánea. Aunque la dicotomía derecha-izquierda está desfasada, acaso vacía —como *semplici contenitori* ha definido **Giovanni Sartori** ambos términos—, su vigencia retórica acusa la existencia de verdaderos problemas políticos que tienen que ver en términos epistemológicos políticos con el agotamiento de las ideologías, y en sentido histórico político con el agostamiento de la estatalidad. En este sentido, en el libro glosado se echa en falta una investigación sobre las causas de la reviviscencia periódica de la dicotomía, una de cuyas razones puede ser, precisamente, la descomposición de las últimas formas del modo de pensar esta-

tista, el modo ideológico-social y el modo técnico-ideológico; según la terminología acuñada por **Dalmacio Negro Pavón**.

En cuanto al agotamiento del pensamiento ideológico-social, fue tratado sin demasiado éxito y acaso con poca conciencia de hacerlo por **Daniel Bell** en un famoso libro de título, hasta cierto punto, "confundente": *El fin de las ideologías* (*The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, 1960). Bell, en rigor, se limitó a examinar la impotencia política del radicalismo izquierdista norteamericano. En 1955, **Raymond Aron** se había aproximado mucho más al origen del problema en su ensayo *El opio de los intelectuales* (*L'opium des intellectuels*), abordando la cuestión en términos teológico-políticos (especialmente capít. 4º y 9º). Si se toma, finalmente, el modo técnico-ideológico del pensamiento político, su coartada intelectual está integrada por la vasta literatura sobre la burocracia, la tecnocracia, los directores de empresa (*managers*), etc., y entre sus deladores se encuentran libros como *El crepúsculo de las ideologías* (1965) de **G. Fernández de la Mora**, para quien, en el fondo, también existe un *pathos* impolítico en la técnica. Es posible, no obstante, que este libro pertenezca al pensamiento de transición entre el modo técnico-ideológico y anti-ideológico; en cualquier caso, sus críticos no descontaron la distinción entre *Administración y Tecnocracia*, pues la primera pertenece a

la esencia de lo político y todavía hoy, si bien sus principios están muy debilitados, representa la sana razón de Estado, mientras que la segunda es impolítica. Lo impolítico, ha escrito **Julien Freund**, es aquello que "contraviene la inteligencia política y la oportunidad de la acción, hirviendo el espíritu y la vocación de la política".

14 El bucle (¿o la espiral?) de la explotación masiva de los sentimientos orientados alrededor de la izquierda y la derecha explícate, pues, por la caducidad de una mentalidad política. En 1925 decía el filósofo **Alain**, *anarchist au fond*, incapaz de pensar como un escritor político, que quien afirma que la división entre partidos de izquierda y de derecha no tiene sentido "no es ciertamente un hombre de izquierda". Su opinión no será muy política, ni siquiera muy científica, pero ha rendido beneficios extraordinarios a quienes la han aireado en este siglo. La razón es bien simple: en la izquierda reside el *pouvoir spirituel*. En justa correspondencia político-teológica y semántica muchos contemporáneos nuestros se han preguntado, como **José Javier Esparza**: "¿Es pecado ser de derechas?" (*Hespérides*, núm. 16/17, 1998). El prestigio de la izquierda sigue siendo tal, en virtud probablemente de la ideologización y la secularización de las masas, que incluso se ha tenido que cifrar en el liberalismo "la izquierda del siglo XXI". Sea como fuere, el mito de la iz-

"Ciertamente, si Maquiavelo hubiese sido maquiavélico no habría escrito 'El Príncipe'. En cualquier caso, la lucha desnuda por el poder, propia de una 'época crítica' como la nuestra, encuentra en la simplificación izquierda-derecha el aliado abstracto que necesita."

do tal, en virtud probablemente de la ideologización y la secularización de las masas, que incluso se ha tenido que cifrar en el liberalismo "la izquierda del siglo XXI". Sea como fuere, el mito de la iz-

quierda redentora seguirá haciendo camino hasta cumplir, finalmente, su ciclo. De poco sirve, en consecuencia, darle la vuelta a Alain, como ha ensayado A. Campi. Según su parecer, “cuando alguien

me dice que la fractura entre partidos de derecha y partidos de izquierda, hombres de derecha y hombres de izquierda tiene todavía algún significado, creo que quien hace esa afirmación es casi con toda seguridad un hombre de izquierda. Y lo creo dada la evidente asimetría que la distinción comporta en el plano de la cultura política y de las ventajas que de ella se derivan para quien se declara de izquierda” (p. 157). ¿Es esta la única forma de disputarle su preeminencia a los *pouvoirs indirects*?

Las circunstancias históricas del esquematismo binario derecha-izquierda ha sido muy bien descritas por **M. Gauchet** en su libro *La Droite et la Gauche* (1992). Sin embargo, sus circunstancias espirituales han sido, hasta cierto punto, desatendidas. Difícilmente se negará que la lucha entre las izquierdas y las derechas es un episodio de la lucha de las elites temporales y espirituales por el poder. Lo que no se suele tener demasiado en cuenta es que su general aceptación ha sido favorecida, entre otros, por dos factores esenciales: 1°. El sesgo maquiavelista de la política moderna. 2°. El abandono liberal de lo Político.

15 La maquiavelización de la política fue señalada hace tiempo por **Leo**

“La subida del nivel histórico, tomada en el sentido de la masificación de la vida, explica por qué derechismo e izquierdismo han devenido las dos formas mentales (*formae mentis*) que sustituyen al liberalismo y al socialismo en la era de los movimientos sociales.”

Strauss, para quien este proceso, iniciado por **Maquiavelo** y exacerbado por los antimachiavelistas, redujo el campo de lo político a la búsqueda del poder, actividad interminable —en esencia re-

volucionaria, como el Estado moderno al que esta mutación política pone principio—, sustitutiva de la búsqueda de la verdad (*What is Political Philosophy?*, 1959). La tesis del escritor germano-americano es en esencia correcta, si bien, por una cuestión puramente semántica, ha dificultado la distinción, aclarada por J. Freund, entre el *maquiavelismo* en sentido estricto, sobre el que tan poca responsabilidad tuvo el filósofo de San Casciano, y el *maquiavelianismo* o punto de vista político. Ciertamente, si Maquiavelo hubiese sido maquiavélico no habría escrito *El Príncipe*. En cualquier caso, la lucha desnuda por el poder, propia de una *época crítica* como la nuestra, encuentra en la simplificación izquierda-derecha el aliado abstracto que necesita. Sin esta coartada, sería bastante probable que la querrela de las elites políticas hubiese resultado inaceptable, incluso para el hombre masa.

La situación de excepción sobre la que opera y de la que depende el Estado Social determina, en suma, la polarización de la política en dos extremos (derechas e izquierdas; bloques o uniones nacionales y frentes populares). Mas esto no pasa nunca de ser un reflejo espasmódico de la verdadera política: de vez en

cuando sucede que las elites del Estado Social, artificio cuyos contenidos políticos apenas tienen relevancia en virtud de que la *normatividad de lo político* ha sido sustituida como principio por la *neutralidad de lo estatal*, anhelan la seriedad de la vida política o su recuerdo y se imaginan representar los pasos de una auténtica revolución política. Pero esa posibilidad y ese tiempo terminaron para siempre, probablemente, con la Revolución de los intelectuales de 1848. Así, no es extraño que **Louis Blanc**, autor en 1840 de un folleto decisivo, *Organisation du travail*, tenga el honor de ser el primer socialista cabalmente estatista y, al mismo tiempo, el último socialista político. Desde entonces, el sesgo despolitizador del Estado se ha manifestado a sus anchas. Su desarrollo ocupa la que von Stein llamó *era de los movimientos sociales* y **F. A. Hayek** el *siglo socialista*, que bien podría datarse entre 1848 y 1947.

La subida del nivel histórico, tomada en el sentido de la masificación de la vida, explica por qué derechismo e izquierdismo han devenido las dos formas mentales (*formae mentis*) que sustituyen al liberalismo y al socialismo en la era de los movimientos sociales.

16 La concepción liberal de la política conlleva un importante acervo de presupuestos espirituales y culturales, entre otros la exigencia ética, en el sentido aristotélico, de pensar la política políticamente y de actuar en política, de igual

modo, según la esencia de lo Político. Hay, pues, una moral de la política, lo mismo que existe la de la economía, según la cual la política debe ser fiel a su sí propio, particularmente a su fin específico, el Bien Común. La política liberal de la libertad constituye, en este sentido, una ordenación peculiar de las relaciones entre gobernantes y gobernados, entre lo público y lo privado y entre la amistad y la enemistad políticas. Con todos los reparos que se le quieran poner, el método del examen histórico constituye el único recurso válido para pronunciarse sobre las realizaciones empíricas de una elite inspirada en una determinada concepción de la política. Así, la obra del liberalismo no es ninguna bagatela histórica: ni desde el punto de vista de la geopolítica (ordenación espacial mundial) y la cliopolítica (aceleración de la historia universal, con la incorporación a la misma de los pueblos extraeuropeos), ni desde el punto de vista de la política interior (gobierno representativo) y exterior (la estrategia y la diplomacia europeas desde la caída de **Napoleón** hasta la Gran guerra). Ello explica, al menos en parte, que el socialismo practicase con el liberalismo la misma estrategia que éste, a su vez, había seguido para desalojar del poder a las *dinastías nacionales* (minar el prestigio de las *monarquías ab-*

solutas, típica noción de la historiografía liberal impregnada en parte de maquiavelismo): el recurso a comparaciones sesgadas entre las realizaciones concretas

“Como el socialismo, al principio, no tenía nada que ver con la política, ni siquiera con la economía, sino con la filantropía y el humanitarismo, su doctrina fue cobrando cuerpo a partir del rechazo sentimental del egoísmo.”

del liberalismo, que forzosamente tenían que apartarse de los principios originales, y el ideal de lo que, al principio vagamente, se empezaba

a conocer como socialismo. Sentimentalmente la comparación puede inspirar una cierta impresión de injusticia histórica, mas lo que de verdad cuenta aquí es el enorme potencial polémico que tan bien supo explotar el activismo socialista. Además, **Pareto** vio claramente que quien ya no cree en su misión es que ha perdido su derecho al mando.

Como el *socialismo*, al principio, no tenía nada que ver con la política, ni siquiera con la economía, sino con la filantropía y el humanitarismo, su doctrina fue cobrando cuerpo a partir del rechazo sentimental del *egoísmo* que, por algún motivo —la ignorancia económica tal vez, como dirían Raymond Aron y **Bertrand de Jouvenel**—, fue identificado con las doctrinas y la filosofía del mercado libre y, finalmente, con el liberalismo político. No es exagerado, por tanto, afirmar que el liberalismo, en el sentido ideológico que hoy le siguen atribuyendo muchos, incluidos sedicentes liberales, resultó ser un invento de los socialistas: algo así como el enemigo a la medida, abatible en el contexto de la política altamente ideologizada de nuestra época. Pero la capacidad de respuesta del liberalismo estaba ya entonces muy mermada, hasta el punto de que **John Stuart Mill** pudo con facilidad reducirlo a lo que, desde entonces, en opinión de Negro Pavón, “*ha hecho las veces de la política*” (*Liberalismo*

“El ‘neoliberalismo’ contemporáneo responde todavía al título de ‘doctrina social’. No es la condición óptima, desde luego, para hacer frente al reino de lo impolítico.”

y *Socialismo*, 1975), a una especie de política social. Al menos en este sentido tenía razón Julien Freund al afirmar que socialismo y liberalismo

constituyen sendas *doctrinas sociales*, resultado de la dialéctica entre lo político y lo económico o, expresado de otra manera, entre la libertad política propia de los regímenes representativos y la igualdad social promovida por el capitalismo de la gran industria.

La paradoja histórica de un socialismo militando a favor del capitalismo, aunque se denomine de Estado, y a favor del estatismo, en contra, por tanto, de la sociedad, únicamente es comparable a la interrogante de por qué el liberalismo abandonó lo Político sin que, al parecer, nadie tuviese los suficientes arrestos intelectuales para responder a la mistificación puesta en circulación por la nueva elite de las ideas. Es conocido, sin embargo, que ni los librecambistas ni los teóricos del mercado de la primera mitad del siglo XIX podían soportar que les llamasen *liberales*. Tampoco a éstos últimos les agradaba que sus ideas se confundiesen con lo que **Émile Durkheim**, en su curso sobre *El socialismo*, tuvo el cuidado y el buen gusto de denominar, todavía en 1895, economismo (*économisme*). Las extravagancias del pensamiento que amalgamó política y economía, en nombre del moralismo, —nunca costó tanto la tranquilidad de conciencia—, explican, retomando la tesis defendida por Hayek en *Los fundamentos de la libertad*, el triunfo del socialismo en cualquiera de sus dos versiones: el

de izquierdas o el de derechas. De ahí que cuando **Herbert Spencer** quiso darle nuevamente tono al liberalismo, sus argumentos parecieran trasnochados y fuera de lugar. Por la misma razón, en el contexto de la política social entonces vigente muchos no vieron en él más que un darwinista anarquizante.

17 Ayudado por su gran capacidad de síntesis, John S. Mill se inventó una continuidad espiritualmente inexistente entre liberalismo y socialismo, de la misma especie y con el mismo origen que la que ha ligado ideológicamente al Estado liberal con el Estado social según **Ernst Forsthoff** o, desde otro punto de vista, a los derechos formales (libertades civiles) con los derechos materiales (derechos sociales). Esta manera de pensar en términos de progreso da carácter, según es noto-

rio, a la mentalidad historicista. El gran perjudicado por todo ello resultó ser la tradición liberal de lo Político, laminada en última instancia por la ideologías abstractas de izquierda y derecha. Incluso el pensamiento de Hayek, punto de referencia obligado para los liberales finiseculares, se resiente de la no distinción entre la política y la economía, cuando no de la subordinación de aquella a ésta, explotada por la dicotomía impolítica derechas-izquierdas. No digamos el de **Milton y Rose Friedman**, cuyo libro *La libertad de elegir* constituye uno de los cánones de la política social neoliberal. No hay que buscar en él, por ello, una *política liberal*. El *neoliberalismo* contemporáneo, en efecto, responde todavía al título de *doctrina social*. No es la condición óptima, desde luego, para hacer frente al reino de lo impolítico.

Jerónimo MOLINA CANO

Veintiuno
COLECCIÓN
novedades

**Cánovas
y su época**

Tomo I



Coordinadores:
Alfonso Bullón
de Mendoza
y Luis E. Togores

Veintiuno
COLECCIÓN

**Cánovas
y su época**

Tomo II



Coordinadores:
Alfonso Bullón
de Mendoza
y Luis E. Togores

Varios autores

Veintiuno
COLECCIÓN

Pedidos

Fundación Cánovas del Castillo

Marqués de la Ensenada 14-16
3ª Planta. Oficina 23. Madrid 28004
Tel. 91319 59 04-08 Fax. 319 82 58

Librería Rubiños 1860

Alcalá, 98. Madrid 28009
Tel. 91 575 42 27

SENTIDO Y VALOR DEL CENTRO

Alejandro MUÑOZ-ALONSO LEDO

Catedrático de Opinión Pública. Diputado a Cortes por Madrid

Al menos desde hace veinticinco siglos se viene ponderando la conveniencia de huir de los extremos, tanto por razones de prudencia política como por un imperativo ético ante los avatares de la vida en general. Pero, dejando a un lado las exigencias éticas, vamos a recordar aquí los precedentes históricos del centrismo en política, que es tan viejo como nuestra propia civilización.

I. Historias del centro

ES, efectivamente, en la *Política* de **Aristóteles** donde encontramos por primera vez algo más que un esbozo de lo que podríamos llamar una *teoría del centro* en política, desarrollada en el marco de la preocupación del gran filósofo griego. La concepción aristotélica del *mesotes*, como justo medio entre los extremos, pasa también a la sabiduría popular —si es que no procede de ese acervo del pueblo— donde se concreta en máximas como la que afirma que *in medio virtus*, es decir que “la virtud está en el medio”, esto es en el centro. En esta concepción no se ve tanto al centro como un punto equidistante de los extremos, sino, más bien,

como un lugar de encuentro que se convierte en síntesis de lo mejor que pueda existir en ellos. Alejarse de los extremos significa también evitar cualquier extremismo y por eso esta idea del centro, de raigambre aristotélica, se asocia con la moderación y, desde ahí, con la prudencia política que, en la concepción clásica, es la máxima virtud y guía suprema de quien se entrega al servicio público.

Pero desde que, ya en la Edad Moderna, se institucionaliza el parlamentarismo, esta concepción choca, de alguna manera, con el dualismo básico en el que se enmarca la vida política de los países occidentales. En Inglaterra este dualismo se fue conformando desde la etapa revolucionaria del siglo XVII cuando las distintas facciones políticas se polarizaron en torno al Rey y al Parlamento. Andando el tiem-

po los primeros darán origen a los *tories* y se convertirán en guardianes de las tradiciones y defensores del *status quo*, mientras que los segundos serán los motores del partido *whig*, expresión sociológica de la burguesía ascendente

que propicia la reforma de las instituciones, de la legislación y de los procedimientos. En este esquema dualista el centrismo no tiene una identidad propia, pero en cuanto expresión de moderación y huida de los extremos siguió existiendo en el seno de aquellas nacientes formaciones: los sectores menos radicales, más "centristas" de *tories* y *whigs*, de conservadores y liberales, tienen la vocación de moderar los eventuales excesos radicales o reaccionarios y una clara proclividad a entenderse con los moderados o "centristas" de enfrente.

En la Francia revolucionaria también se parte de un esquema dualista y es precisamente allí donde se acuñan los términos *derecha* e *izquierda*, que tanto éxito iban a tener durante los siglos XIX y XX. Aunque la cultura política que se va constituyendo en Francia es bien distinta de la británica, en el fondo hay profundas similitudes: la derecha apuesta por el mantenimiento del orden establecido, mientras que la izquierda está por el cambio o, como se dirá en algún momento, por el movimiento. La diferencia es que en Francia este dualismo básico, o si se quiere ideológico, no se corresponde como al otro lado del Canal de la Man-

"Con uno o con otro nombre, la lucha entre la tradición y el cambio, entre lo que debe reformarse y lo que no puede dilapidarse, será un combate eterno. Y siempre existirá quien desde el centro y haciendo un ejercicio de moderación y de prudencia política intentará reunir lo más valioso de las posiciones en pugna."

cha con un sistema bipartidista sino con un complejo multipartidismo. Y de este modo las tendencias centristas constituyen sus propios grupos políticos y se sitúan en el medio del espectro político. En este modelo, que se

difunde por todo el continente, los partidos centristas pactan a veces con su izquierda, a veces con su derecha para conformar mayorías casi siempre inestables. El centrismo da origen al concepto de *bisagra* que ha sido objeto de muchas críticas porque, a menudo, más que expresión de la moderación y del entendimiento entre unos y otros se convierte en puro oportunismo, sin más vocación que la permanencia en el poder. Este centrismo "bisagrismo" es el que provocó una irónica definición del general **de Gaulle** por aquellos años en que tuvo que enfrentarse no sólo con la oposición de izquierda sino con el centrismo de **Lecanuet**: "Señores, ¿qué es el centro? Pues bien, os lo voy a decir: el centro es el derecho de no ser nada y de ir con no importa quién".

Pero no siempre el centro juega el papel de bisagra, pues puede darse el caso de que cuente con el suficiente potencial político para gobernar por sí mismo, sin tener que convertirse en apoyo necesario de grandes grupos situados a su derecha o a su izquierda. Esta hipótesis del centro autónomo presenta, al menos, dos variantes. La primera podría llamarse variante francesa porque fue característica de la Fran-

cia de la IV República. En un libro publicado en 1967 y que llevaba el expresivo título de *La democracia sin el pueblo*, **Maurice Duverger** escribía que el centrismo era “la principal originalidad de la vida política francesa” y afirmaba: “Nuestro país es el único de Europa en que el gobierno se apoya casi siempre, desde hace mucho tiempo, en el centro... Entre 1875 y 1940, el péndulo político ha oscilado desde el centro-derecha al centro-izquierda, no de la derecha a la izquierda”. Y emitía un juicio muy negativo de esa situación porque “el centrismo tiende a hacer más fluida, más oscura y menos visible la frontera que separa las opciones fundamentales”. Hasta el punto de que —concluía— “en Francia la voluntad de los electores queda siempre sumergida en la niebla del centro”.

Duverger no simpatiza, evidentemente, con el centrismo, aunque quizás acierta cuando le atribuye la responsabilidad por el inmovilismo que caracterizó a la IV República. Era aquel un universo ideológico eminentemente dualista en el que la divisoria derecha-izquierda tenía plena vigencia, pero el predominio del centrismo impedía la aplicación de los programas alternativos propios de las dos grandes opciones. Las transacciones y los compromisos, llevados hasta extremos increíbles, impedían la realización de una política con vigor y capacidad para aplicar medidas y reformas. La vía media venía a ser así la garantía de una política de perfil bajo que casi se agotaba en la

gestión de los asuntos corrientes.

La otra versión del centrismo autónomo y con capacidad de gobierno es la que en Italia se inicia en 1948 con la Democracia Cristiana. Primer partido de Italia, situado entre otros partidos netamente caracterizados como de derecha o de izquierda, la DC se presenta —mucho antes de la actual moda de la expresión— como una “tercera vía” entre la vieja derecha capitalista y el Partido Comunista de Italia, el más poderoso e influyente de Europa Occidental. La DC es un partido inequívocamente centrista, aunque en su seno se dibujan tendencias diversas que van del centro-derecha al centro-izquierda pasando por un centro-centro. Primero en solitario, después en coaliciones diversas, como la postrera del *pentapartito*, la DC se sitúa duraderamente como un anticiclón y, a lo largo de casi medio siglo, en el centro de la vida política italiana. Y ya se sabe que los anticiclones suponen el inmovilismo de la atmósfera.

Estas experiencias históricas del centrismo demuestran lo difícil que es en política mantener el equilibrio creativo y lo cerca que está lo deseable de lo rechazable. La estabilidad es sin ninguna duda un bien, pero si se transforma en inmovilismo

deja de serlo. La moderación y la tolerancia, la capacidad de compromiso son positivas, pero si por mor del consenso y el entendimiento con los otros se llega a la renuncia de los propios principios se ha-

“Alejarse de los extremos significa también evitar cualquier extremismo y por eso esta idea del centro, de raigambre aristotélica, se asocia con la moderación y, desde ahí, con la prudencia política que, en la concepción clásica, es la máxima virtud y guía suprema de quien se entrega al servicio público.”

brá caído en lo negativo.

Una experiencia centrista que merecería un análisis más reposado que el que aquí podemos hacer es la que representó la UCD española entre 1977, en los comienzos de la Transición, y 1982, cuando quedó electoralmente laminada por culpa, en buena medida, de sus propios errores. Hasta el punto de que no es exagerado hablar de autodestrucción. Aquella fuerza política fue un conglomerado de tendencias, talentos y sensibilidades que, propiamente, no llegó nunca a ser un verdadero partido. Sin poder desconocerse que en su seno había gentes a los que con toda justicia correspondería la etiqueta de "centristas", lo cierto es que una buena parte de quienes allí estaban eran, pura y simplemente y según todos los parámetros europeos, representantes de una derecha democrática, aunque otros se sentían más cómodos en el centro-izquierda y, de hecho, algunos de ellos acabaron recalando en el PSOE. Pero en España la derecha estaba asociada en amplios sectores de la opinión pública con el franquismo. Y el centrismo se imponía para evitar equívocos y para subrayar la decidida voluntad democrática de la UCD. La "legitimidad centrista" se la confirmó **Fraga** —que, paradójicamente, pocos años antes había lanzado la tesis centrista avanzando la propuesta de que España debía ser gobernada desde el centro— al crear AP,

“Cada vez son más frecuentes las voces que proclaman la interacción de los conceptos de derecha e izquierda tal y como han venido manejándose históricamente. Y lo más notable es que esas negaciones de validez del viejo esquema dualista no vienen ahora de la derecha más o menos clásica, sino precisamente de la izquierda.”

partido que se dirigía a la derecha sociológica y que buscaba sus raíces ideológicas en la tendencia liberal-conservadora que históricamente representó **Cánovas**.

Pero la UCD no pudo ni supo repetir el modelo italiano de un gran partido cen-

trista, con vocación y capacidad para gobernar, no a través de ningún "bisagrismo" sino como componente esencial de cualquier combinación. UCD implosionó como si quisiera hacer realidad lo que Duverger había escrito algunos años antes en el libro citado más arriba: *“Todo centro está dividido contra sí mismo al permanecer separado en dos mitades: centro-izquierda y centro-derecha, ya que el centro no es otra cosa que la agrupación artificial de la fracción derecha de la izquierda con la fracción izquierda de la derecha. El destino del centro es ser separado, sacudido, aniquilado. Separado, cuando una de sus mitades vota por la derecha y la otra por la izquierda; sacudido, cuando vota en bloque, bien por la derecha, bien por la izquierda; aniquilado cuando se abstiene. El sueño del centro es realizar la síntesis de aspiraciones contradictorias; pero la síntesis no es más que un poder de espíritu. La acción supone una elección, y la política es acción”*.

II. Centros y “terceras vías” en el momento actual

El debate actual sobre el centro y la “tercera vía” se aleja mucho de los supuestos históri-

cos que acabamos de mencionar porque parte precisamente de la ruptura del esquema dualista derecha-izquierda que, como acabamos de ver, ha imperado durante más de dos siglos en la política occidental. Cada vez son más frecuentes las voces que proclaman la interacción de los conceptos de derecha e izquierda tal y como han venido manejándose históricamente. Y lo más notable es que esas negaciones de validez del viejo esquema dualista no vienen ahora de la derecha más o menos clásica, sino precisamente de la izquierda. Hasta ahora, cuando alguien discutía ese dualismo y ponía en duda su validez como herramienta para captar la complejidad de la vida política, se entendía que esa actitud era una confesión de derechismo: negar la exigencia de la derecha y de la izquierda o afirmar que tales conceptos estaban superados se veía siempre como una confesión de parte que sólo tenía sentido desde la derecha. De este modo la negación del dualismo se convertía automáticamente en una afirmación de su vigencia. Al mismo tiempo se imponía que esa negación no era sino un intento de encubrir a una derecha vergonzante que la hegemonía cultural y excluyente de la izquierda había cargado con todas las características negativas. Con tanto éxito que la propia derecha parecía sentirse avergonzada de sí misma y o bien se disfrazaba —por ejemplo de centro— o bien se adjetivaba —recordemos lo de “derecha civilizada”, tan de actualidad en la España de la Transición— para hacerse aceptable.

“Todos los demócratas comparten unos valores. Acervo común que, en este momento histórico, es ciertamente muy amplio, de modo que es mucho más ahora lo que une a socialdemócratas y liberales que lo que les separa.”

De uno u otro modo resultaba que mientras desde la derecha se afirmaba a veces, con argumentos acertados que anticipaban la evolución de la realidad política europea, la interacción del dualismo derecha-izquierda, desde la izquierda se mantenía la vigencia de la concepción dualista, aderezada con un indisimulable tono descalificatorio perceptible en un vocabulario despectivo (recordemos términos como el de “derechona”). Curioso dualismo, sin embargo, que culmina con la descalificación de uno de los términos: ser de izquierdas es lo único “progresista” y por eso se la describe con todos los matices positivos, mientras que a la derecha... se la tolera. Estos peculiares dualistas son incapaces de explicar por qué tantos países han “progresado” precisamente bajo gobiernos de derecha, mientras otros se han estancado o retrocedido bajo la “benéfica” dirección de la izquierda.

Pero ahora es desde la izquierda desde donde se pone en duda el viejo dualismo. Seguramente como consecuencia del enorme fiasco ideológico que la izquierda marxista ha sufrido durante las dos décadas finales del siglo XX. Porque en estos últimos veinte años no sólo se ha hundido espectacularmente el llamado “socialismo real”, con la desintegración del blo-

que comunista de Europa Central y Oriental y de la propia URSS, sino también el socialismo democrático. Posiblemente la última experiencia en este sentido fue la que se inicia en Fran-

cia en 1981 con los gobiernos **Mauroy-De-lors** bajo la presidencia de **Mitterrand**. Aquello fracasó en tres años y se inicia entonces un “nuevo curso socialista” en el que se aplican políticas y medidas que nada tienen que ver con los tópicos habituales de sus programas clásicos. Los “socialistas” se convierten en “socialdemócratas” (término del que antes huían por sus connivencias hipotéticas con una cierta blandura ideológica) y abandonan sus señas de identidad clásicas, basadas en la nacionalización de los medios de producción, de la banca y de los servicios públicos y en un intervencionismo del Estado a ultranza.

Pero mientras la izquierda pierde lo que había sido un alma clásica, la derecha sufre una profunda transformación en buena medida a partir de lo que se llamó la “revolución conservadora” de los años ochenta. **Anthony Giddens** hace una reflexión muy interesante, en este sentido, en su libro *Más allá de la izquierda y derecha* (1994) donde, bajo un título que expresa plenamente su tesis, afirma que “*la hipótesis de que el socialismo está moribundo es mucho menos controvertida ahora que hace unos cuantos años*”. Dice también que “*el conservadurismo hecho radical se enfrenta al socialismo hecho conservador*”, aunque un poco más adelante arrebatada al conservadurismo este carácter radical y se lo asigna al neoliberalismo que no es conservador en el sentido de “*conservar la tradición*” sino que, por el contrario, “*desencadena procesos radicales de transformación, estimu-*

“Blair y Schröder dicen cosas tan escandalosas para la izquierda clásica como que vivimos en ‘una economía sin puestos de trabajo para toda la vida’ y asumen los ‘periodos de desempleo... como una oportunidad para obtener cualificaciones y fomentar el desarrollo personal’.”

lados por la constante expansión de los mercados”. Pero aquí también Giddens da la voz de alarma porque “*la combinación de capitalismo y democracia liberal ofrece escasos medios para generar la solidaridad social*”.

En cualquier caso, lo que propone Giddens no es una síntesis de la izquierda y la derecha ni una vía intermedia entre ambas, como en el centrismo clásico, sino algo mucho más original y “radical”, por utilizar sus propios términos, porque exige trascender ese esquema para situar el debate en otro plano. Eso es lo que él llama “tercera vía” que se propondría aplicar a la vida política un “nuevo radicalismo”. A veces también se habla de “centro radical”.

A Giddens le preocupa sobre todo la renovación de la socialdemocracia y en este sentido se le considera como el ideólogo del Nuevo Laborismo que lidera **Tony Blair**. Pero no faltan en su reflexión las contradicciones y las incoherencias. Quizás la más importante y notable de todas ellas es que si bien parte del propósito de trascender la izquierda y la derecha, la socialdemocracia y el liberalismo, al final parece que su único objetivo es salvar a la socialdemocracia del naufragio ideológico del que él mismo levanta acta. En un último libro que lleva precisamente el nombre de *La Tercera Vía* (1988) escribe: “*Daré por hecho que la ‘tercera vía’ se refiere a un marco de pensamiento y política práctica que busca adaptar la socialdemocracia a un mundo que ha cambiado esencialmente a lo largo de*

las dos o tres últimas décadas. Es una tercera vía en cuanto es un intento por transcender tanto la socialdemocracia como el neoliberalismo”.

Pero si Giddens pone el acento en la socialdemocracia, algún otro “profeta” del Nuevo Laborismo, inspirador también de Tony Blair, como es el caso de **Samuel Beer** pone, por el contrario, el acento en el carácter de recuperación del liberalismo que tiene la aventura política del Blair. Un artículo de este viejo profesor emérito de Harvard, publicado en *The Economist*, representa seguramente el intento más logrado de explicar a Tony Blair en clave liberal. En opinión de Beer, “el líder del Partido Laborista nos está diciendo que la fundación de este partido fue un gran error y que él, cara al futuro, intenta corregir aquella fatal desviación”. Cuando en 1918 el Partido Laborista abrazó oficialmente el socialismo se produjo una gran división en el reformismo social y constitucional que inspiraba y dirigía **Lloyd George**. A partir de entonces el laborismo se desconecta del liberalismo radical del que inicialmente se había nutrido y se perdió por los vericuetos del socialismo ideológico. Eso le llevó durante mucho tiempo a una errónea política centrada en las nacionalizaciones y, cuando éstas fracasaron, a una política de gasto público desaforado con la obsesión de la redistribución, que también fracasa. “La búsqueda de la igualdad socialista a través del gasto se ha mostrado tan estéril —escribe Beer— como la propiedad colectiva”.

Para este profesor de Harvard, del mis-

“El centrismo da origen al concepto de ‘bisagra’ que ha sido objeto de muchas críticas porque, a menudo, más que expresión de la moderación y del entendimiento entre unos y otros se convierte en puro oportunismo, sin más vocación que la permanencia en el poder.”

mo modo que **Thatcher** abandona y repudia el elemento *tory* —caracterizado por el estadismo— de la tradición de su partido y vuelve al liberalismo de **Gladstone**, Blair rechaza el socialismo y vuelve al liberalismo de Lloyd George. El peligro de esta evolución podría ser la disolución de la sociedad en el individualismo y el relativismo moral más extremo que comportaría la desaparición de toda idea de bien común, advierte Beer. Éste cree, sin embargo, que Blair es plenamente consciente de este riesgo y recuerda sus palabras en la conferencia del partido: “Yo os digo que una sociedad decente no se basa en los derechos. Se basa en el deber. Nuestro deber para cada uno de los demás”. Y Beer subraya que “Blair no mantiene la promesa socialista de la igualdad de condiciones sino la promesa liberal de igualdad de oportunidades”.

Este Nuevo Laborismo de Blair abandona también toda referencia a la “clase trabajadora” porque se dirige y representa a toda la sociedad. Nada de monsergas proletarizantes ni de debilidad ante los sindicatos. Es lo que Beer llama “el populismo de Blair”, al que añade una visión positiva del “Estado-nación británico, vivo y en buena forma, en vías de convertirse en una señal positiva dentro y fuera de sus fronteras (*‘at home and abroad’*)”, según ha dicho el propio Blair.

Se completa este perfil del Nuevo Laborismo con una clara concepción de la autoridad que viene del pueblo, indispensable para realizar las reformas, porque “un gobierno representativo no

debe sólo representar sino también gobernar”.

Todo cuanto hemos dicho aquí de la “tercera vía” de Giddens y del Nuevo Laborismo de Blair podría afirmarse también de *Die Neul Mitte* de **Gerhard Schröder**.

Con menos pretensiones ideológicas, el canciller alemán mantiene tesis similares. Y éstas coincidencias han quedado explicitadas en el documento conjunto que Blair y Schröder hicieron público en Londres a principios del mes de junio de este año 1999.

El documento comienza subrayando que la socialdemocracia ha ganado de nuevo aceptación y adhesiones, porque no sólo defiende la justicia social sino también el dinamismo económico y el estímulo de la creatividad y de la innovación. A partir de ahí y a lo largo de una docena de páginas, el documento reúne una larga serie de lugares comunes que pueden ser aceptados y suscritos por cualquiera, casi con independencia del lugar que ocupe en el espectro político europeo actual, y que difícilmente se pueden considerar como signos distintivos de la socialdemocracia; si es que no se quiere decir que ahora todos somos socialdemócratas, afirmación tan abusiva como lo sería la de que todos somos liberales. Aunque algunos socialistas, jugando a la confusión, recordarán aquella frase de **Indalecio Prieto**, tan citada, “*soy socialista a fuer de liberal*” —o ¿era al revés?— cuyo valor consiste en subrayar que todos los demócratas comparten unos valores.

“Las experiencias históricas del centrismo demuestran lo difícil que es en política mantener el equilibrio creativo y lo cerca que está lo deseable de lo rechazable. La estabilidad es sin ninguna duda un bien, pero si se transforma en inmovilismo deja de serlo.”

Acervo común que, en este momento histórico, es ciertamente muy amplio, de modo que es mucho más ahora lo que une a socialdemócratas y liberales que lo que les separa. Lo cierto es que una buena parte de ese documen-

to Blair-Schröder tiene un tono mucho más liberal que socialdemócrata, lo que da razón a la teoría de Beer sobre la de Giddens sobre el sentido último de la posición de Blair. Así se escribe que “*el gobierno ha de hacer todo lo que pueda para apoyar a la empresa sin pensar nunca que es un sustituto de la empresa*”. Y se añade que “*la función esencial de los mercados debe ser complementada y mejorada por la acción política, pero nunca entorpecida*”. ¿Es esto socialdemocracia renovada o puro liberalismo clásico? Parece un poco excesivo presentar como un esfuerzo de *renovación* de la izquierda lo que no es sino una *conversión* a lo que fueron siempre tesis de la vituperada —desde la izquierda— derecha liberal.

El documento insiste, desde luego en la justicia social pero de un modo que la derecha —especialmente la derecha de inspiración cristiana, como la democracia cristiana— siempre ha hecho suyo. Se escribe, por ejemplo, que “*la promoción de la justicia social se confundió a veces con la imposición de la igualdad, con el resultado de que se descuidó la importancia de premiar el esfuerzo y la responsabilidad asociando a la socialdemocracia con la conformidad y la mediocridad, en vez de con la creatividad, la diversidad y la excelencia*”. En esta línea y con toda lógica se critica que “*los medios para realizar la*

justicia social se llegaron a identificar con altos niveles de gasto público". Blair y Schröder dicen cosas tan escandalosas para la izquierda clásica como que vivimos en "una economía sin puestos de trabajo para toda la vida" y asumen los "periodos de desempleo... como una oportunidad para obtener cualificaciones y fomentar el desarrollo personal".

Este documento, como expresión última de la "tercera vía" en cuanto concreción de un centrismo de izquierda, merecería un análisis más detallado que no podemos hacer aquí. Pero en cualquier caso, no se puede presentar como un patrimonio de la izquierda lo que en la actualidad es objeto de un amplio consenso por los herederos de las viejas derecha e izquierda. Un conjunto de proposiciones que, desde posiciones críticas, se presenta como un *pensamiento único*, que no se ha planteado adecuadamente los riesgos que presenta para los sectores más desvalidos de la sociedad, inermes ante los imparable procesos de globalización con su secuela de grandes concentraciones empresariales que imponen sus intereses por encima del propio poder regulador de los Estados.

En la medida que las distintas formaciones del espectro político comparten muchos de los grandes objetivos económicos podríamos decir que vivimos en "el imperio del centro", como se llamó así misma la China clásica que se creía el centro del universo. Pero además de objetivos económicos hay que tener presentes los valores que deben presidir la acción política y

aquí las coincidencias no son tan evidentes. Con uno o con otro nombre, la lucha entre la tradición y el cambio, entre lo que debe reformarse y lo que no puede dilapidarse, será un combate eterno. Y siempre existirá quien desde el centro y haciendo un ejercicio de moderación y de prudencia política intentará reunir lo más valioso de las posiciones en pugna.

También sería bueno subrayar que el presente discurso sobre el centro, que no es en absoluto exclusivo de España, tiene poco que ver con el debate tradicional sobre el centro como lugar equidistante de la izquierda y la derecha, ya que ahora se plantea como la superación de esa clásica concepción binaria que ha imperado en la política durante los últimos doscientos años.

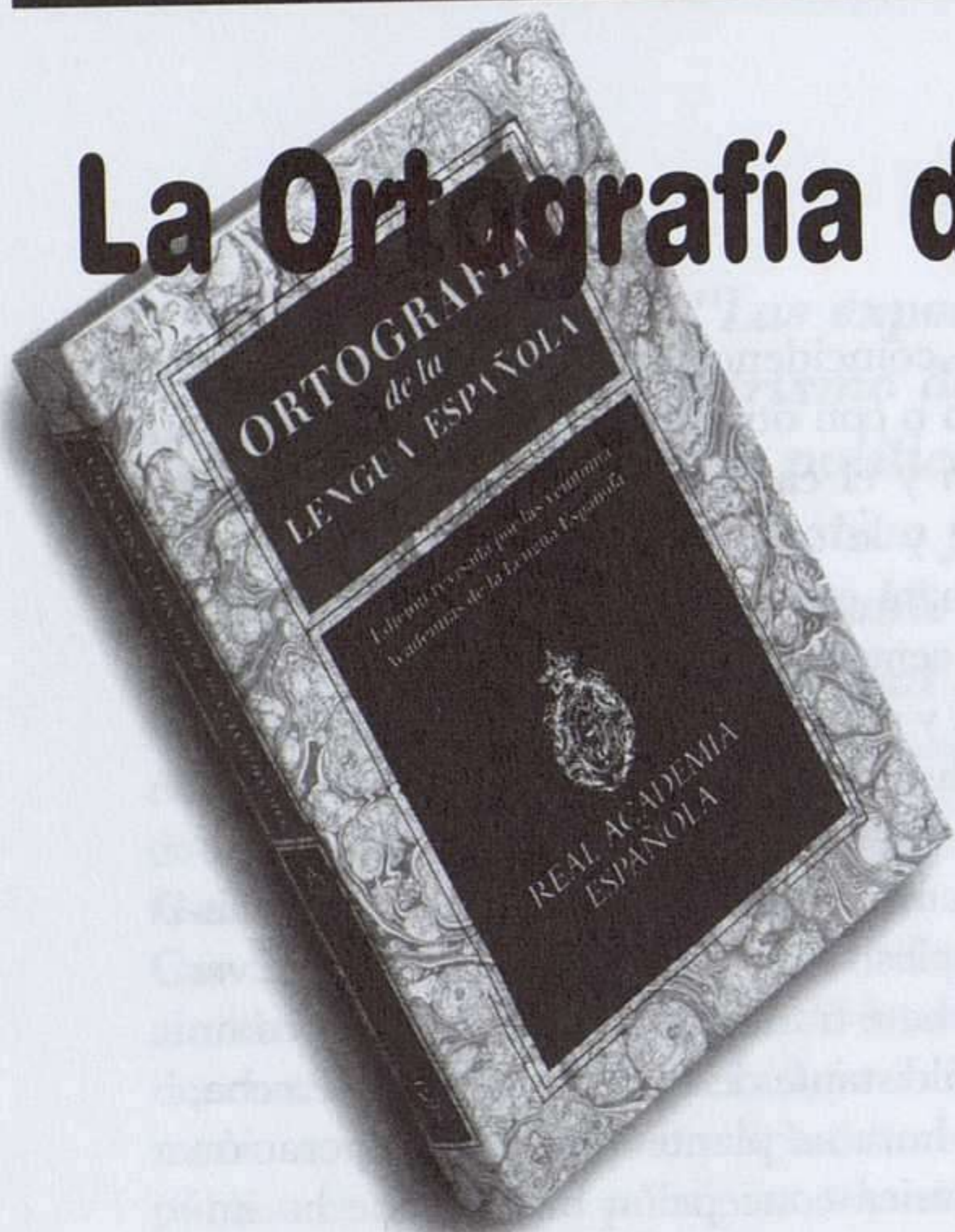
El nuevo centro, en suma, parte del rechazo a plantearse los problemas políticos desde corsés ideológicos. Decía hace años un profesor británico que lo más incómodo de aquel laborismo de entonces era que, ante cualquier medida, tenía que hacerse la inevitable pregunta: ¿es esto socialismo? El centrismo como método —como sabe muy bien Tony Blair— renuncia a esas aduanas ideológicas para tratar de buscar las soluciones más eficaces, *up to date*, sin caer por ello en el pragmatismo del "todo vale". La política del nuevo centro se pone, por supuesto, al servicio de unos valores irrenunciables que son los de la libertad y la democracia. Ideologías no, pero ideales, sí.

Alejandro MUÑOZ-ALONSO LEDO

ORTOGRAFÍA

¡NOVEDAD!

La Ortografía definitiva de la R.A.E.



- ✓ Una obra eminentemente pedagógica
- ✓ Puesta al día y pensada para todos los públicos. Una obra imprescindible para profesores y alumnos.
- ✓ La Ortografía ayuda a todos a escribir correctamente.
- ✓ Es el complemento perfecto al diccionario de la R.A.E.

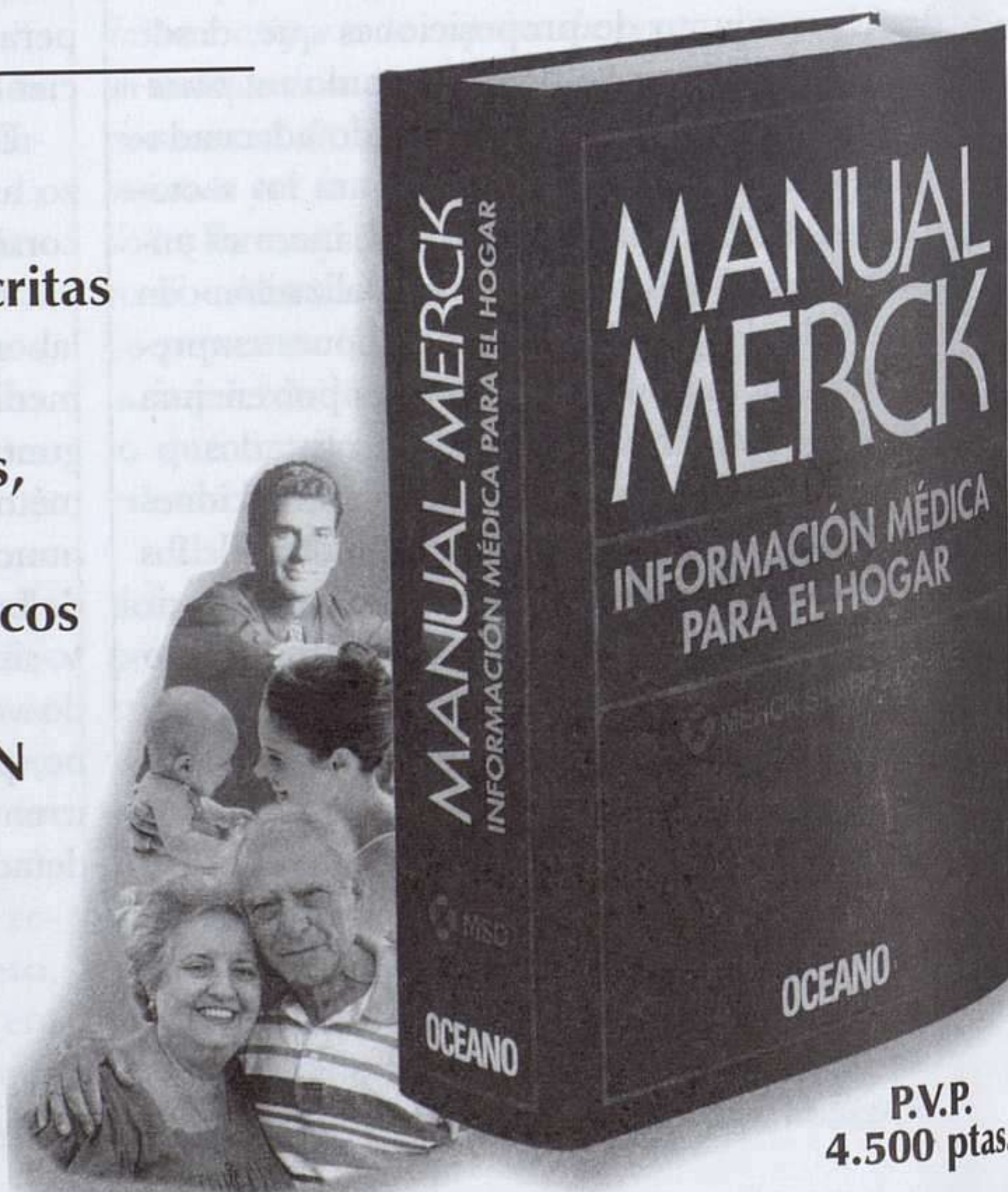
**SOLO
1.750 PTAS.**

- Más de 1500 páginas
- Más de 1200 enfermedades descritas
- Secciones especiales
- Cientos de ilustraciones, gráficos, cuadros y tablas
- Amplia información sobre fármacos

MANUAL MERCK DE INFORMACIÓN MÉDICA PARA EL HOGAR

La publicación en español del Manual Merck de información médica para el hogar es fruto del acuerdo alcanzado entre Merck Sharp & Dohme (MSD) y Océano Grupo Editorial

TÉNGALO SIEMPRE A MANO



**P.V.P.
4.500 ptas.**



RUBIÑOS-1860

Alcalá, 98. 28009 Madrid
Fax 24 hs.: 915 753 272 Tel. 24 hs.: 915 754 227
E-mail: rubinos@worldonline.es
<http://www.rubinos1860.com>

EL CENTRO POLÍTICO

Jesús NEIRA RODRÍGUEZ

Profesor de Teoría del Estado. Analista Político

“En verdad es esto como lo del panadero que preguntaba cómo debía hacer la masa, dura o blanda; ‘¿Cómo?’ —replicó uno— ‘¿No es posible en su punto?’”.

Aristóteles (1).

La invocación al centro es constante. Se habla del centro político de un país o de una nación, del centro político de un partido, del centro del legislativo, del centro del Estado, del centro de la Unión (en un Estado Federal), para designar el sentido de un desplazamiento político, el centro geográfico, el centro de la izquierda o la izquierda del centro. La pluralidad de los significados es muy expresiva.

Introducción

EL centro fue punto de equilibrio en la física de **Newton**. El equilibrio como centro de tensiones, o contrapeso, aparece en Montesquieu, como equilibrio institucional o equilibrio de poderes. Las referencias y sentidos

operan desde la teología, la física o la geometría.

El atractivo de la idea del centro político parece innegable. **Ionescu** calificó ese foco de atención, esa tendencia, como “*la política centripeta*” (2). El centro político al indicar con frecuencia el poder, o el centro del poder, aparece invocado de forma insistente como un verdadero polo de atracción, como un poten-

(1) **Aristóteles**. *Retórica*. Cit. Pág. 574. Editorial Gredos. Madrid, 1990.

(2) **Ionescu, Ghita**. *Centripetal Politics. Government and the News Centres of Power*. Hart Davis. London, 1975.

te imán de las ambiciones, aparece así el centro como un lugar de convergencia en el que cohabita junto con el poder el centro cultural e intelectual. **Tocqueville** llamó la atención sobre esa poderosa atracción, “no le basta al Estado

con ser el centro de todos los asuntos” (3). No han faltado quienes como **Carl Schmitt** han buscado un centro de más largo alcance indagado sobre la andadura de los últimos siglos, lo que Schmitt denominaba el “centro de referencia”: “una vez que un sector se convierte en el centro de referencia, los problemas de los demás sectores son resueltos desde su punto de vista y sólo valen en adelante como problemas de segundo rango. (...) Todo su contenido histórico concreto deriva de la posición del centro de referencia y puede ser comprendido sólo partiendo de aquel punto” (4). **Madison** se refirió a la “distancia del punto central” en una democracia —entiéndase directa—, frente a la “distancia del centro” (5) en una república —léase democracia representativa—. **Unamuno** consideró

“El centro político al indicar con frecuencia el poder, o el centro del poder, aparece invocado de forma insistente como un verdadero polo de atracción, como un potente imán de las ambiciones, aparece así el centro como un lugar de convergencia en el que cohabita junto con el poder el centro cultural e intelectual.”

“el medio como resultante de lucha” (6), mientras que **Gracián** estimó “el centro como deleite por su concierto” (7). El centro también apareció relacionado con el impacto térmico, con el impacto político. **Bodin** reflexionaba sobre una política

templada para las “regiones centrales” (8), con pueblos meridionales. **Montesquieu** se refirió al “gobierno templado” como aquel que se mantiene por sus leyes y por su fuerza, pero mostraba la relación entre la organización política y el clima: “en la zona templada son los pueblos inconstantes en sus usos, en sus vicios, hasta en sus virtudes, porque el clima tampoco tiene fijeza” (9). Pero **Montesquieu** consideraba la gama climática como un continuo sin separaciones exactas, fronterizas: “cada país se asemeja al inmediato, sin grandes diferencias apreciables” (10). Su relación con la forma de ejercicio del poder y la forma de gobierno nos permiten tratar el espacio político también como una gama continua. El espacio político no tiene septos.

- (3) **Tocqueville, Alexis de.** *La democracia en América.* Cit. Pág. 259. V. I. Alianza Editorial. Madrid, 1980.
 (4) **Schmitt, Carl.** *El concepto de lo político.* Cit. Pág. 82. Folios Ediciones. Buenos Aires, 1984.
 (5) **Madison.** *El federalista.* Varios autores. Cit. Pág. 53. FCE. México, 1982.
 (6) **Unamuno, Miguel de.** *Entorno al casticismo.* Cit. Pág. 21. Alianza Editorial. Madrid, 1986.
 (7) **Gracián, Baltasar.** *El Criticón.* Cit. Pág. 302. Tomo II. Editions Ferny. Genève, 1973.
 (8) **Bodino, J.** *Los seis libros de la República.* Cit. Pág. 167. Aguilar. Madrid, 1973.
 (9) **Montesquieu.** *Del espíritu de las leyes.* Cit. Pág. 152. Editorial Porrúa. México, 1980.
 (10) Idem. Cit. Pág. 181.

La sociedad y el centro político

La relación entre la sociedad y el centro político no es algo novedoso que pasase desapercibido. Desde una valoración social y política lo ponía de relieve **Deutsch**. El caso francés le provocaba una descripción social relacionada con la situación política, alejada de las posiciones extremas: *"A pesar de que los trabajadores pueden ser muy militantes en Francia, y de que cerca de la mitad de ellos tienden a votar por el Partido Comunista, todos los trabajadores constituyen una minoría permanente"* (11). Las palabras de Deutsch (12) son muy elocuentes y expresaban con claridad una relación que él consideraba como *"una clase media fuerte; un centro político débil"*. El contraste no podía ser más llamativo.

Esas tendencias en la evolución de la sociedad no se ceñían a un único país. En la España de los años setenta también se planteaba la relación entre la sociedad y la política con la atención cifrada en el centro político. Pero a diferencia de la situación francesa en España no se poseían datos fiables sobre la situación política de cara a un

proceso electoral. En España se conocía la evolución de la sociedad y el progreso económico con la emergencia de la clase media pero sin poder penetrar en las posiciones políticas. Se vivía un fuerte contraste, se podía afirmar la existencia de una clase media fuerte y conjugarse con un desconocimiento agudo sobre lo que entonces se llamaba "mayoría silenciosa".

En las políticas practicadas al final de este decenio se suelen observar grandes similitudes entre las aplicadas en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos o España. Se menciona por ello terceras vías y políticas de centro, se acepta la necesidad de un nuevo discurso mientras se señalan o se insinúan nuevos rumbos e ideales superadores del pasado político. Cuando todos estos datos aparecen en la realidad no podemos dejar de mencionar a algunos precursores de estas posiciones actuales, como el caso de **Wolff** quien hace treinta años afirmaba que

"Al observar la preeminencia de las posiciones centristas de Aznar, Blair, Clinton o Schröder, se podría decir, que nos hallamos ante una nueva doctrina dominante, al ser la referencia intelectual y política obligada. Hasta el punto de que quienes la critican buscan ejercer el dominio del centro."

"tenemos que abandonar la imagen de la sociedad como campo de batalla de grupos competidores, y formular un ideal de sociedad que vaya más allá de la simple aceptación de diversos intereses opuestos y de diversas costumbres" (13). El problema subsiguiente, sobre el que ya se especula, no tie-

(11) **Deutsch, Karl. W.** *Política y gobierno*. Cit. Pág. 434-435. FCE. Madrid, 1976.

(12) Idem. Se puede seguir la evolución de la sociedad francesa en el mismo Deutsch en las páginas 441 y siguientes.

(13) **Wolff, R.P.** *The poverty of liberalism*. Cit. Pág. 161. Boston, Beacon Press.

ne tanto por objetivo el discutir qué tipo de política se aplicará sino cómo se llevará a efecto. La atención se acentúa sobre los medios, como dijese **Mills** para “unificar criterios sobre los medios” y su aplicabilidad a los fines: “*todos se ponen fácilmente de acuerdo sobre fines generales; es más difícil unificar criterios sobre los medios y la aplicabilidad de diferentes medios a los fines enunciados*” (14). Si se reconoce superado el problema de la confrontación de los fines es lógico que se desplace la atención a otros focos porque en definitiva parece que en el horizonte prima una visión de la política distinta. Como apuntase **Horowitz** (15) siguiendo a **Hogg**, es “*la armonía y no la lucha*” el principal fin político, aunque sea bajo otros enunciados.

Al observar la preeminencia de las posiciones centristas de **Aznar**, **Blair**, **Clinton** o **Schröder**, se podría decir, que nos hallamos ante una nueva doctrina dominante, al ser la referencia intelectual y política obligada. Hasta el punto de que quienes la critican buscan ejercer el dominio del centro. En cambio parece prematuro y aventurado en extremo afirmar que los partidos cuyos líderes proclaman

“Quizá sea demasiado precipitado adjetivar a esta época del fin de siglo como la época del centro. Para ello hace falta regularidad, constancia, expansión a todas las esferas de la sociedad, la prolongación de las experiencias a otros países, otras latitudes y otras culturas, y sobre todo un cambio de mentalidad y de discurso político.”

el reformismo hayan llegado a convertirse en partido dominante. Tal como lo definió **Duverger** “*un partido es dominante cuando se identifica con una época; cuando sus doctrinas, sus ideas, sus métodos, su estilo en cierta forma, coinciden con los de la época*” (16).

Quizá sea demasiado precipitado adjetivar a esta época del fin de siglo como la época del centro. Para ello hace falta regularidad, constancia, expansión a todas las esferas de la sociedad, la prolongación de las experiencias a otros países, otras latitudes y otras culturas, y sobre todo un cambio de mentalidad y de discurso político. Hay que considerar que es prematuro porque la fuerte polarización entre la izquierda y la derecha, entre el este y el oeste, operaba a favor del centro como espacio de refugio. Habrá que esperar a observar y a disponer de datos fiables sobre los efectos de la globalidad de la economía.

Reformismo y centrismo

Estas dos palabras “reformismo” y “centrismo” constituían una referencia obligada dentro de la sociología política. Se les llegó a de-

(14) **Mills, C. Wright**. *Poder, política, pueblo*. Cit. Pág. 189. F.C.E. México, 1964

(15) **Horowitz, Irving Louis**. *Fundamentos de sociología política*. Cit. Pág. 146. F.C.E. Madrid, 1972.

(16) **Duverger, M.** *Los partidos políticos*. Cit. Pág. 333. FCE. México 1979.

dicar un subtítulo en uno de los apartados de la *Sociología Política* de **Duverger**. Este sociólogo y constitucionalista francés ponía el énfasis en esta particular trayectoria de los partidos políticos. Los socialistas alejados de la revolución dejaban reducido al mínimo sus programas declarativos y de gran contenido ideológico. El recorte de su trayectoria no podía negarse. Tampoco pasaba entonces desapercibida la tarea reformista emprendida por los partidos liberales o de neto carácter conservador como ocurría en Inglaterra. Duverger no sólo indicaba este hecho sino que valoraba la intención política de los grandes partidos gobernantes: *“Ni unos, ni otros, pueden ir muy lejos, al menos a corto plazo, y no desean realmente hacerlo. No habría ya, de esta guisa, verdadero conflicto ‘capitalismo-socialismo’. Los partidos políticos evolucionarían así hacia un ‘centrismo’. En Gran Bretaña, en Alemania, en Escandinavia, al haber prácticamente desaparecido los partidos extremos, funciona el centrismo por la alternancia en el poder de un centro-izquierda, principalmente socialista, y un centro-derecha, nominalmente conservador, liberal o demócrata cristiano, no diferenciándose uno y otro más que en detalles y no en cosas esenciales”* (17).

Esa proyección que realizaba sobre la evolución política la alzaba sobre la observación de la propia sociedad: *“Las so-*

ciudades europeas evolucionan en cierta manera hacia ‘sociedades de clase media’, que darían una base de clase al centrismo. No obstante, no hay que exagerar esta evolución (...) Pero, si la lucha de clases adopta así formas nuevas, no desaparece, por lo que se puede dudar que socialistas y capitalistas puedan fusionarse realmente en el centrismo” (18).

Los hechos nuevos, que se estaban apuntando hace ya más de treinta años, significaban una superación de los viejos enfoques clasistas y deterministas del pasado. Se abría así la reflexión al interés por captar nuevos sectores sociales y acomodar la posición de los partidos —con sus respectivos discursos— a la nueva realidad que se dibujaba por sus perfiles de ser menos “comprometida”, más evolucionada o moderna, y menos cargada de ideología. Surge de esa forma la preocupación por captar el centro de la sociedad y alcanzar también el centro político que la representase. Estas nuevas tendencias y perspectivas no podían dejar de provocar consecuencias notables, de cierto calado, sobre los sistemas de partidos. Especialmente en aquellos países que tuviesen su-

perpuestos un régimen electoral proporcional con un sistema político parlamentario. En el caso del bipartidismo (por obvio influjo del sistema electoral mayoritario) la influen-

“El reformismo es anterior al centrismo, a la existencia de los denominados partidos de centro. Se trata de una tendencia política dirigida a defender la necesidad de introducir reformas políticas para paliar la distancia de las clases sociales.”

(17) Idem. Cit. Pág. 347.

(18) Idem. Cit. Pág. 348. El subrayado es nuestro.

cia o tensión hacia el centro la soportan aquellos partidos que forman el tándem para alternarse en el poder, y como es natural con aguda repercusión sobre el partido que gobierna.

El reformismo es anterior al centrismo, a la existencia de los denominados partidos de centro. Se trata de una tendencia política dirigida a defender la necesidad de introducir reformas políticas para paliar la distancia de las clases sociales. Posiciones políticas manifestadas con anterioridad a la existencia de los llamados Estados sociales. Sin negar los antecedentes tampoco se puede minusvalorar la nueva dimensión del reformismo en la actualidad cuando se sitúa en la realidad del Estado social: *“Cuando el Estado-Gestor se pone en funcionamiento, el reformismo se convierte en la legitimación principal de su acción. Aquí articularemos dos observaciones distintas pero convergentes: por una parte, el reformismo no es suplementario sino complementario del pluralismo; por otra, ese complemento tiene una dimensión histórica que se enuncia dentro de una convergencia progresiva de los discursos liberales y socialistas sobre la necesidad de intervención estatal en la sociedad civil o sociedad a secas”* (19).

El reformismo se asocia de esa manera con las “conquistas democráticas”. Implícitamente se defiende un concepto de democracia de neto contenido social e igualitario co-

“La enseñanza histórica ha mostrado un claro balance donde se observa que los polos extremos de la lucha política se han visto obligados a ceder posiciones, en pos de la trayectoria hacia el centro.”

mo puede apreciarse en Tocqueville o en Aristóteles. El reformismo se halla así enlazado tanto con el liberalismo y el socialismo por convergencia de esa

dimensión social. Es necesario resaltar que esa trayectoria del reformismo no se halla al margen de diferencias que explican la existencia de la lucha política.

La distinción tradicional que daba cuerpo a la lucha política describía una relación de fuerzas políticas con el orden social existente. Las derechas se consideraban en la necesidad de defender ese orden mientras las izquierdas se identificaban con el deseo de superarlo. Duverger situó con gran claridad el método alternativo a la revolución: *“el orden antiguo puede ser también destruido poco a poco, progresivamente, sector por sector y ser reemplazado paulatinamente por elementos del orden nuevo: éste es el método reformista”* (20).

La enseñanza histórica ha mostrado un claro balance donde se observa que los polos extremos de la lucha política se han visto obligados a ceder posiciones, en pos de la trayectoria hacia el centro. No es precisamente una novedad, como puede observarse: *“Dentro de cada tendencia, los extremistas han tenido que aceptar, quieran o no, el predominio de los moderados. En una competición entre los partidos, la victoria electoral pertenece, como lo hemos señalado ya, al que consiga atraer-*

(19) **Châtelet, F.** *Historia del pensamiento político.* Cit. Pág. 149. Tecnos. Madrid, 1987.

(20) **Duverger, M.** *Introducción a la política.* Cit. Pág. 177. Ariel. Barcelona, 1968.

se a los electores marginales del centro, que harán inclinar la balanza del lado hacia el que dirijan sus votos. Para poder vencer, cada partido debe, pues, revestir un aspecto moderado, por lo que se puede afirmar que los reformistas superan en las izquierdas a los revolucionarios y los 'evolucionistas' en las derechas a los ultraconservadores" (21). **Mitterrand** expresó esta paciencia de corte oriental para esperar el instante oportuno, "creo que durante un tiempo cohabitaremos con las estructuras capitalistas porque no pueden ser transformadas en un solo día" (22).

El reformismo en España

En la competencia entre el radicalismo y el reformismo se puede también considerar el caso español. Sin ánimo de un tratamiento exhaustivo quizá sea conveniente tener en cuenta algunas notas que ilustran la existencia en España de algunos políticos que se inscribían en las corrientes reformistas que se constataban en otros grandes países como Inglaterra, Francia o Alemania.

El reformismo en España durante los años setenta se enfrentaba con las dificultades derivadas de hallarse frente a un proceso de cambio de régimen político. El reformismo podría revelarse en ese cambio como

"La posición de Manuel Fraga se podía detectar entre los extremos políticos señalizados por sus referentes de revolución e inmovilismo. Fraga se hallaba en el centro entre ambas tendencias. Fraga defendió su posición partidaria de la reforma del régimen anterior. Su opción era el reformismo."

un factor que coadyuvase a ese proceso. Pero también hay que señalar la natural expansión de las posiciones políticas que podían dificultar las evoluciones del reformismo. Significaba un escollo muy específico del momento político que vivía España en aquellos años como contraste con las tendencias que se registraban en otros países, aunque tampoco escaparon a la presencia de partidos y movimientos políticos radicalizados hasta el extremo del terrorismo, como ocurriese en Italia y Alemania. A la vez se estaba verificando una evolución de corte reformista.

En España la transición se correspondió con una expansión de las posiciones radicales, aunque sus apoyos electorales fuesen de escasa cuantía como demostraron las elecciones de 1977. Las condiciones políticas sobre las que tendría que transitar el reformismo en España le otorgan quizá un plus de valor. Entre las posiciones reformistas destacan a mi juicio Fraga, Morodo y, con posterioridad y una vez re-

alizada la transición, se incluiría a Felipe González. Conviene repetir que no realizamos un estudio sistemático sobre el reformismo, que no desconocemos que otros se hallaban también en las mismas posiciones, pero por una

(21) Idem. Cit. Pág. 179.

(22) **François, M.** *El socialismo posible*. Cit. Pág. 49. Dopesa. Barcelona, 1972.

economía un tanto reduccionista citamos a unos políticos significativos dentro del reformismo, aunque estuviesen en posiciones distintas siguiendo unas trayectorias convergentes al espacio político central.

La posición de **Manuel Fraga** se podía detectar entre los extremos políticos señalizados por sus referentes de revolución e inmovilismo. Fraga se hallaba en el centro entre ambas tendencias. Fraga defendió su posición partidaria de la reforma del régimen anterior. Su opción era el reformismo (23), pero la posición política venía condicionada no sólo por las preferencias sino por el juego de poder. Por tal motivo se podía valorar la segunda opción, la relativa a los conservadores o inmovilistas antes que dar paso a los revolucionarios. La jerarquía de opciones era clara, como también lo era, pero de signo contrario, la posición del PSOE, para los que la primera opción consistía en la revolución y en segundo término valoraban la vía reformista. La posición reformista de Fraga es-

“El aspecto interesante de la posición de Morodo no consiste en su moderación o en que fuese partidario del reformismo evitando caer en excesos peligrosos. El interés procedía de su posición a favor de una política interclasista, dirigida directamente a la clase media, a los sectores más extensos de la sociedad, al margen de una política socialista ortodoxa y orientada a ocupar una parte del voto centrista.”

taba ya rubricada en la Ley de Prensa de 1966, antes de la Ley Orgánica. Después del asunto MATESA dimite y es nombrado embajador en Londres.

La operación Suárez le desplaza de los reformistas. En el gobierno de 1975, primer gobierno del Rey, **Adolfo Suárez** es nombrado, como Secretario General del

Movimiento, Ministro sin cartera. Fraga sale del Gobierno en junio de 1976. El día de San Juan de aquel año se efectúa la dimisión o cese de **Carlos Arias Navarro** y se abre así la crisis de gobierno. Suárez es nombrado presidente en julio. Fraga quedaba de esa forma fuera del reformismo que ahora encabezaba Suárez. Empezaba la travesía del desierto.

Entre julio de 1976 y marzo del 77, Suárez espera desplazar a **Areilza**, que funda el Partido Popular el 10 de noviembre de 1976 en un acto público (24), y encabezar la lista. El Partido Popular (25) realizó una declaración en la que se reconocía la posición reformista, la posición de centro entre el “bloque conti-

(23) **Fraga, M.** *El desarrollo político*. Grijalbo, Barcelona, 1972. *Un objetivo nacional*. DIROSA. Barcelona, 1975. En estas dos obras se contiene la posición reformista de Manuel Fraga.

(24) En la constitución del Partido Popular se hallan **Oscar Alzaga** (Izquierda Democristiana), **Manuel Fraile** (FEDISA), **Juan Antonio Ortega** (tácitos) y **José Pedro Pérez Llorca** (socialdemócratas).

(25) Celebró su Congreso los días 5 y 6 de febrero de 1977. El Presidente del Partido Popular era **Pío Cabanillas** y como vicepresidentes tenía a **José María de Areilza** y a **Emilio Attard**.

nuista” y el “bloque marxista”. Con Adolfo Suárez se pasará a denominar UCD (26), como coalición de 15 partidos y de figuras independientes. También se incorporan **Antonio Fontán**, **Soledad Becerril** y **Herrero de Miñón** (liberales), **Carlos Bru**, **Eugenio Nasarre**, **Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona**, **Pío Cabanillas**, **Manuel Fraile**, **Iñigo Cavero** y **Javier Ruperez** y **Oscar Alzaga** (democristianos), **Arias Salgado**, **Rodolfo Martín Villa** (y su grupo), **Alfonso Osorio** y **Marcelino Oreja** (tácitos) y **Antón Cañellas** (grupo de Cataluña).

Ocupado el espacio reformista, Fraga se ve situado ante su segunda opción, en este caso la continuista (en alianza con los siete magníficos). La historia es reciente y conocida. Se hunden la UCD y Suárez en el 82. De inmediato Fraga vuelve a su espacio natural, a su

primera opción reformista. Igual que hiciera en los sesenta volvía de nuevo a arrastrar a la derecha hacia el centro, a la posición reformista. Era el doble movimiento de Fraga, siempre en la trayectoria reformista, como **Tierno** captó y reconoció: *“Las palabras de Fraga sonaban profundamente democráticas y su concepción del Estado también. (...) Ver a Fraga tan abiertamente dispuesto al cambio, —se refiere a febrero de 1975 en Londres— tan convencido de que era necesario, y predispuesto, si no dispuesto, a conversar con los comunistas, era sobradamente alentador. Los comunistas que lean estas líneas, se enterarán ahora por primera vez de lo que yo expuse entonces y también de la inteligente respuesta de Fraga”* (27). Es muy fácil verificar cómo Fraga se ha movido en estas grandes opciones que se encuentran en cualquier sistema político. La trayectoria reformista es inconfundible.

“La etimología del ‘kéntron’ significa en griego el punto a partir del cual se traza una circunferencia. El ‘kéntron’ al latinizarlo se convierte en ‘zentrum’ e indica la idea de pinchar, el centro, el punto del centro en torno al cual se desarrolla la ‘explicatio’ (circunferencia) o despliegue del punto. El centro es un punto implicativo.”

(26) La fundación de la Unión del Centro Democrático se formaliza a principios de mayo de 1977 con un mero acto administrativo. La coalición está formada por los siguientes grupos y partidos: El Partido Popular, el Partido Demócrata Cristiano de **Álvarez de Miranda**, el Partido Demócrata Popular de **Ignacio Camuñas**, la Federación de Partidos Demócratas Liberales de **Joaquín Garrigues**, el Partido Liberal de **Enrique Larroque**, el Partido Progresista Liberal de **Juan García Madariaga**, el Partido Socialdemócrata de **Ordóñez**, la Federación Socialdemócrata de **José Ramón Lasuén**, el Partido Socialdemócrata Independiente de **Gonzalo Casado**, la Unión Socialdemócrata Española de **Eurico de la Peña**, el Partido Social Liberal Andaluz de **Manuel Clavero**, la Unión Demócrata de Murcia de **Pérez Crespo**, el Partido Gallego Independiente de **José Luís Meilán Gil**, la Unión Canaria de **Lorenzo Olarte** y la Acción Regional Extremeña de **Enrique Sánchez de León**.

(27) **Tierno, Enrique**. *Cabos sueltos*. Cit. Pág. 444. Editorial Bruguera. Barcelona, 1981.

En el periodo inmediatamente anterior a la transición no sólo se había manifestado la posición reformista de Manuel Fraga sino la de algunos otros desde el campo de la izquierda y en concreto desde las posiciones socialistas. No es que fuesen comparables porque Fraga estaba en el poder y en una situación, con unas perspectivas, en la que podía esperar alcanzar la presidencia del Gobierno mientras que en la oposición las posibilidades eran, cuando menos, más oscuras e inciertas, pero lo que interesa es observar esa trayectoria reformista. Uno de los que defendieron esa latitud templada entre la izquierda y la derecha, el centro, fue **Raúl Morodo**. No fue el único, pero quizá fue el de una posición más nítida y preclaro en su análisis. Téngase en cuenta que a primeros de los años setenta el que después sería líder del PSOE, Felipe González, en la práctica y en el conocimiento público de los españoles no existía. En 1974 la revista *Sábado Gráfico* situaba a Morodo como un posible presidente del gobierno en España en una posición moderada en caso de abrirse una fase de transición. La revista *Triunfo* también había recorrido las posibles figuras políticas que podrían subir al escenario público en el supuesto de una transición. Morodo despertaba la atención de aquellos que consideraban que España no podía deslizarse por la

“La idea del centro en la política nos lleva inconscientemente a valorar el espacio considerado como un desarrollo del centro. El centro manda así sobre su espacio. Un único punto basta para su desarrollo. No existe tensión en él.”

pendiente de la revolución portuguesa. Los acontecimientos en España son conocidos, como lo son los apoyos exteriores que recibieron algunos partidos que actuarían en la transi-

ción con gran despliegue de medios y gran actividad.

El aspecto interesante de la posición de Morodo no consiste en su moderación o en que fuese partidario del reformismo evitando caer en excesos peligrosos. El interés procedía de su posición a favor de una política interclasista, dirigida directamente a la clase media, a los sectores más extensos de la sociedad, al margen de una política socialista ortodoxa y orientada a ocupar una parte del voto centrista, con menores referencia al “motor ideológico” de la política y en concreto de los partidos de izquierda, en un período anterior a las elecciones de junio de 1977, y posterior a ellas. Esa opción (28) anticipaba la importancia de situarse en el centro y el interés por controlarlo. Anticipaba cuáles serían las posiciones decisivas ante el porvenir y describía el campo de juego político, —en el que tal como planteaba Morodo el PCE no tendrían precisamente una posición decisiva—. Esa tendencia al centro se conjugaba con una clara oposición al comunismo en tiempos en que se hallaba en alza el eurocomunismo que en la práctica se confundía con el socialismo. Fue una opción de-

(28) **Morodo, Raúl.** *Por una sociedad democrática y progresista.* Ediciones Turner. Madrid, 1982.

rrotada en el interior de su partido, el PSP, aunque los vencedores, bajo el testimonialismo izquierdista, no tenían otro horizonte que la crisis. Morodo desde abril de 1978 quedaba fuera de la política al no integrarse en el PSOE, después lo haría con Adolfo Suárez en el CDS. Había apuntado con nitidez la trayectoria. La rectificación del programa del PSOE de 1982 era el certificado de la necesidad de corregirla, una vez más. El precedente había sido el Congreso, XXVIII, en el que se produjo la dimisión de González. La rectificación del programa del 82 fue confortable donde la haya porque se hacía en esta ocasión desde el poder y con el centro bajo su control político, pero no sería la única con la que tendría que enfrentarse **Felipe González** como se vería entre 1990 y 1993 dentro de su partido. El reformismo de los setenta continuaba sus trayectorias.

El kéntron. La geometría elíptica del centro

“La máquina del mundo tendrá su centro en cualquier lugar y la circunferencia en ninguno” (29).

Nicolás de Cusa

Si la palabra aporta alguna luz para ilu-

“El centro en la política se corresponde mejor con el concepto de la elipse. No está mandada por un punto, sino que obedece a dos puntos. Dos focos que la determinan y dos segmentos que unen un punto cualquiera de la elipse con los focos, los radios vectores del punto.”

minar el concepto es conveniente recordar que la etimología del kéntron significa en griego el punto a partir del cual se traza una circunferencia. El kéntron al latinizarlo se convierte en zentrum e indica la idea de pinchar, el centro, el punto del centro en torno al cual se desarrolla la explicatio (circunferencia) o despliegue del punto. El centro es un punto implicativo.

La idea del centro en la política nos lleva inconscientemente a valorar el espacio considerado como un desarrollo del centro. El centro manda así sobre su espacio. Un único punto basta para su desarrollo. No existe tensión en él.

Sin embargo, el centro en la política se corresponde mejor con el concepto de la elipse. No está mandada por un punto, sino que obedece a dos puntos. Dos focos que la determinan y dos segmentos que unen un punto cualquiera de la elipse con los focos, los radios vectores del punto. La longitud de esos radios vectores indican la composición de la elipse en un momento dado, el grado de participación de

cada vector. Como enseña la geometría la suma es constante, pero podemos precisar qué elemento o foco es el que interviene más. Incluso la medida de la excentricidad nos permite conocer, por

(29) **De Cusa, Nicolás.** *De docta ignorantia.* Libro II, cap. XII. Cit. Pág. 155. Edición castellana. Madrid, 1981.

la proximidad de los focos, si estamos en presencia de una circunferencia o bien se alejan entre sí alargándose el espacio elíptico para en el límite convertirse en un simple segmento.

Esa geometría elíptica sí se corresponde con la imagen del espacio político y con la realidad de dos grandes tenden-

cias o focos, cuya proximidad puede provocar la confusión de creer que existe un sólo punto, cuando en realidad lo que ocurre es que existe un espacio central formado por dos puntos y estos son variables que acercan o alejan la distancia entre las posiciones políticas de centro izquierda y centro derecha. De esa forma se puede apreciar y medir una política determinada al poder medir sus componentes, su composición específica de elementos procedentes de la derecha y de la izquierda que forman la política de un gobierno o la posición política de un partido. La elipse como geometría política del centro es, además, útil porque al considerar las soluciones políticas con el realismo de observar sus componentes de uno u otro signo, y no bajo una sola dimensión, permite seguir con claridad estadística su trayectoria y la posición política en cada momento. Y es por tal motivo un indicador fiable de que la política que se realiza se halla en ese espacio elíptico cuya fórmula indica la composición

“La geometría elíptica sí se corresponde con la imagen del espacio político y con la realidad de dos grandes tendencias o focos, cuya proximidad puede provocar la confusión de creer que existe un sólo punto, cuando en realidad lo que ocurre es que existe un espacio central formado por dos puntos y estos son variables que acercan o alejan la distancia entre las posiciones políticas de centro izquierda y centro derecha.”

específica. Al margen de considerar situaciones de excepción, por catástrofes o crisis que requieran una fuerte intervención del Estado, la composición entre las medidas políticas de uno u otro signo refleja cuándo se han traspasado los límites del ejercicio de la política propia.

Referirse a las políticas de centro supone aceptar los amplios márgenes de actuación de un gobierno. Pero existen aun cuando los límites sean muy elásticos, y se puede apreciar cuándo un partido ha dejado su política usual, por escorada —o si se prefiere centrada— que esté a su derecha o hacia su izquierda, para practicar la política del adversario político. Se entra así en el fraude político a propios y extraños. La lógica de la política y la lógica de los partidos, que parte son y no pueden dejar de ser, exige a cada cual una cierta cohesión, por exigua que sea, entre la posición del partido con la política que predica y que practica. Una vez roto el anclaje de la elipse éste se reduciría a un sólo punto, a un único componente en la política, el otro habría dejado de existir en la práctica y esa realidad estaría denunciando que se ha quebrado el anclaje con el espacio propio. Es el hecho del salto para situarse al otro lado de la barricada. Ya no se gobierna con los propios principios y los fundamentos de la política son

de los otros. El salto por encima de la barricada es el certificado inexorable del ejercicio químicamente puro del oportunismo. Cuando de un político se dice, en atención a sus palabras y a sus hechos, que debiera estar en otro partido se está reconociendo una cierta extravagancia. Esa extravagancia o anormalidad puede deberse a un afán desmedido o a una intuición genial, pero no se trata de juzgar una posición determinada sino de comprender y poder medir con objetividad no la actitud extravagante o el comportamiento errático o de resultado exitoso, no, sino la verdadera excentricidad, la verdadera anormalidad, en la que se encuentra el político, la posición política o el partido; se trata de poder observar y medir cómo ha sido superada toda elasticidad provocándose una ruptura, porque no se trataba de su alargamiento o contracción sino de caer en la atracción de la órbita del adversario. Entonces no se está en el espacio elíptico central o del centro político.

La trayectoria del centro

Duverger realizó la contabilidad de los tiempos de gobierno de la derecha, la izquierda y las agrupaciones y partidos de centro. El cómputo es ilustrativo: *“la mayoría de las veces el gobierno ha esta-*

do en manos de coaliciones de centro, en donde se reunirían la izquierda reformista y la derecha moderada, (...) la verdadera batalla se libraba entre los dos centros, en busca del predominio dentro de la coalición. El fiel de la balanza no oscila verdaderamente de las derechas a las izquierdas, sino solamente del centro derecha al centro izquierda” (30). La base que hace posible el acercamiento entre los centros lo explicaba con toda nitidez el mismo Duverger: *“La coalición de los conservadores moderados y de la izquierda reformista tiene una base natural. Unos y otros pisan un terreno de entendimiento, esto es, ambos aceptan las reformas. Para los conservadores, es un remedio menos malo que es preciso limitar. Para la izquierda moderada es un bien que es necesario desarrollar; pero, naturalmente, en cada caso los objetivos finales y las intenciones ocultas son diferentes. No obstante, en el plano de la política concreta, pueden colaborar en cierta medida, es decir pueden ‘recorrer una parte del camino juntos’. Aparte de esto, dentro de la alianza centrista, cada uno trata de conquistar la posición más fuerte”* (31).

Al considerar el sistema de partidos desde la visión bipartidista se trata de extender a otros sistemas lo que serían efectos propios de ese bipartidismo. Este planteamiento es la respuesta de Sartori: *“Duverger proponía esas anteojerías dua-*

“La reflexión de Sartori desalienta la centralidad al considerar que los impulsos centrípetos del sistema político son impulsos moderadores que conducen a políticas inmoderadas o extremistas.”

listas como si fueran casi una ‘ley natural’ de la política: ‘No siempre hay un dualismo de partidos; pero casi siempre hay un dualismo de tendencias... Esto equivale

(30) Duverger, M. *Introducción a la política*. Cit. Pág. 180. Ariel. Barcelona, 1968.

(31) Ibidem.

a decir que el centro no existe en política; puede haber un partido de centro, pero no una tendencia de centro... No hay verdaderos centros más que por superposición de dualismos'. Yo aduzco, por el contrario —afirma Sartori— que cuando no hay un partido de centro es probable que haya una tendencia de centro” (32).

En esta exposición de su primera y decisiva crítica, Sartori afirma que en efecto existe un dualismo de tendencias y por otro lado que el centro no existe sino como juego de tácticas y posiciones. Esta segunda afirmación es la problemática. Lo que existe es un espacio complejo de centro, heterogéneo. Sartori también se refiere a esta posibilidad: “*se trata de un partido unificado o fragmentado*” (33), de diversas tendencias, que pueden darse dentro de un único partido o pueden concurrir entre varios. Lo que existe es ese juego de tendencias de centro. Son trayectorias que en un momento final se van diluyendo.

La tesis de Sartori aclara que “*nos ocupamos sólo de una posición de centro no de las doctrinas y opiniones centristas*” (34). Esa negación, ese “no”, parece discutible en relación con la polémica

“Resulta evidente que el PP ha sido definido como un partido de centro, que su posición ha sido reconocida en ese mismo espacio y que la política que ha ejercido ha respondido a esa posición de centro. El discurso del PP ocupa la misma posición que su política. De su discurso puede afirmarse que se halla centrado como Aznar anunció en 1994.”

sobre la existencia de un partido o partidos de centro. La reflexión de Sartori desalienta la centralidad al considerar que los impulsos centrípetos del sistema político son impulsos moderadores que conducen a políticas inmoderadas o extremistas. Su posición se manifiesta en

afirmaciones características: “*Los partidos de centro tienden más bien a ser organismos pasivos*”. “*Una política de centro parece condenar a una política de mediación*”. “*Los partidos de centro explotan el miedo al extremismo*” (35). “*A la larga, la toma de posición de centro no es sólo una consecuencia, sino también una causa de la polarización*” (36). La pregunta última sigue siendo la de cómo se percibe que una ubicación de centro se percibe como tal.

La objeción de Sartori a las “anteojeras” dualistas que denota en la posición de Duverger requiere una aclaración. Esa objeción no tiene sentido porque hoy no existen diferencias entre el pluralismo polarizado o no polarizado. No tiene por ello mucho sentido la posición de Sartori al respecto porque no existe en la actualidad el pluralismo polarizado. La posición de Duverger solamente partía del pluralismo

(32) **Sartori, Giovanni.** *Partidos y sistemas de partidos.* Cit. Pág. 165, tomo 1. Alianza Editorial. Madrid, 1980. El subrayado es nuestro y corresponde a cita literal de Duverger..

(33) Idem. Cit. Pág. 170.

(34) Idem. Cit. Pág. 170.

(35) Idem. Cit. Pág. 172.

(36) Ibidem.

moderado. Posteriormente Sartori añadió el ampliado y el fragmentado. La distinción, para el tema que nos ocupa, no es válida aunque sea brillante el análisis porque hoy no existen en realidad verdaderas opciones. El problema no pasa de ser un problema de medida, de cantidad política. Pero no se trata de una opción. Para que exista una verdadera opción tiene que existir una contraposición cierta y real. Primero tiene que existir o no existir y después se podrá establecer el signo más o menos. Si entre A y B no hay opción porque no existe una de ellas, en tal supuesto todo se reduce a contabilizar la cantidad de la misma opción (simplemente se registra su cuantía y el signo). Se puede observar en Inglaterra en la que existe una sociedad moderada. Los electores se hallan en el centro. Se bascula entre un mayor o menor (signo) de intervencionismo. ¿Qué es la derecha en estas condiciones —en Inglaterra el conservadurismo—? Significa menos intervencionismo. En cambio la izquierda significa un mayor intervencionismo. **Tony Blair** no está afirmando, como algunos erróneamente creen y dicen, que sea necesario intervenir menos sino todo lo contrario, que es preciso intervenir más, más profundamente y llegando a áreas hasta ahora no establecidas como objetivos de intervención por el laborismo. En lo único que aciertan a repetir es que, en efecto, como afirma Blair, se ha

revelado ya como inútil la vieja forma de la intervención. Pero no su objetivo, principio y valores. La reforma que introduce su fórmula es añadir más intervención. Superponen la financiación aportada por los antiguos impuestos para resolver problemas del pasado con impuestos modernos, actualísimos, para dar respuesta a los problemas nuevos. La solución se llama intervención. No se puede negar la coherencia. Más intervención, más emotividad, más identidad y más retórica, aunque existan liberales que no comprenden en absoluto el discurso de Blair y que no se hallan capacitados para valorar esas posiciones políticas.

Partidos bajo la atracción del centro

El centro agrario se puede considerar como una de las posiciones políticas precursoras del centro. Se hallaba situado entre el conservadurismo y el socialismo en una posición liberal y flexible para gobernar con unos o con otros en el ejercicio de la bisagra. Esta es una característica muy visible en algunos partidos en el siglo XX y que alumbra algunos posibles

errores en la concepción de lo que es un partido político. Duverger captó en los partidos agrarios la originalidad de “un rasgo característico de Escandinavia” (37). En Suecia, Dinamarca o Noruega las

“El centro de Aznar es el centro evolucionista, porque aporta una razón que lo adjetiva más allá del reformismo: provoca una evolución social, la defiende y se siente parte de ella.”

(37) **Duverger, M.** *Instituciones políticas y derecho constitucional.* Cit. Págs. 249-250. Ariel. Barcelona 1984.

clases medias tendieron a dar su apoyo a estos partidos situados —según el lenguaje de la época— entre el “capital” y los “trabajadores”. Su posición les permitía acuerdos políticos como los que expresaron en Suecia en 1933 a los socialistas, o en Noruega en 1935.

Estos partidos agrarios siguieron una trayectoria centrista para ampliar su base electoral. En Suecia alcanzó una influencia decisiva el partido del centro, del cual afirmaba **Neumann** que “*ha mantenido desde 1930 una posición intermedia entre los campos socialista y conservador*” (38). No dejan de ser palabras ilustrativas cuando afirmaba que “*en lo concerniente a la política económica los agrarios han propugnado desde hace tiempo un acentuado liberalismo y un presupuesto equilibrado*” (39). Islandia y Noruega también tenían partidos agrarios.

Otros partidos bajo el impulso del centro también aparecieron en diversos países. En Dinamarca se realizó en 1973 la formación del partido Demócratas de Centro. En Finlandia también existió un partido agrario, de tendencia liberal. En Grecia, Unión de Centro (*makros*). En Italia se ofrecía un panorama político rico en posiciones de centro: la Democracia Cristiana, el Partido Socialdemócrata y el

“El centro evolucionista es la convergencia social que impone la convergencia política. No es un centro dirigista, ni autoritario que elucubre o establezca arbitrariamente la convergencia política. Esa convergencia social expresa en verdad el equilibrio político del centro evolucionista.”

Partido Republicano. Francia en la V República también tenía su correspondiente representación del centro en el Centro Demócrata.

En Inglaterra, al final de los setenta y comienzos de los ochenta, se produjo la aparición del Partido So-

cial Demócrata en momentos que el Partido Laborista recibía un fuerte descalabro electoral con el triunfo de **Margaret Thatcher** (3 de mayo de 1979). Una breve referencia debe señalar que en noviembre de 1980 el Partido Laborista eligió a **Michael Foot** (del ala izquierda del partido). Ante el giro de las posiciones políticas en marzo de 1981 se forma otro partido que pasará a denominarse Consejo para la Socialdemocracia y serán sus promotores y líderes **Roy Jenkins** (ex ministro de Interior y de Economía), **David Owen** (ex ministro de Asuntos Exteriores), **Bill Rodgers** y **Sirley Williams** que habían sido miembros del Partido Laborista pero de su ala más moderada o “liberal” como entonces se afirmaba (40). Existía el antecedente, cifrado en febrero de 1977, de un acuerdo legislativo suscrito entre el Partido Laborista y el Partido Liberal dirigido por **Steel**. El dato que aproximaría al Partido Liberal a considerar una nueva situa-

(38) **Neumann, S.** *Los partidos políticos modernos*. Cit. Págs. 287-288. Editorial Tecnos. Madrid, 1965.

(39) *Idem.* Cit. Pág. 288.

(40) Fueron conocidos como “la banda de los cuatro”.

ción se produjo en las elecciones anticipadas del 9 junio de 1983 en las que el resultado fue de nuevo muy favorable para el Partido Conservador (43,5 por ciento de votos con 397 escaños) mientras se mantenía el Partido Laborista (28 por ciento con 209 escaños) pero sufría una enorme derrota el Partido Liberal (26 por ciento de los votos con sólo 21 escaños). Las elecciones municipales del año siguiente, el 4 de mayo, permitieron observar un descenso del Partido Conservador y un aumento del Laborismo pero se mantenían los liberales y se introducían los socialdemócratas. Cabe recordar que el partido que se formó con los elementos socialdemócratas y liberales se denominó como Partido Socialdemócrata Liberal que eligió a **Paddy Ashown** como su jefe de filas en julio de 1988. Se había creado así un nuevo partido entre los tradicionales Laborista y Conservador, tratando de ocupar el siempre deseado y difícil espacio político central. No es necesario señalar que no han tenido éxito en su intento sino que al contrario su espacio ha sido ocupado por el Laborismo bajo la dirección de **Blair**.

En Portugal se puede citar el caso del Partido del Centro Social Democrático (CSD), que se si-

tuaba en la trayectoria del centro derecha. Sería preferible matizar con cuidado sus posiciones, sin ser este el momento oportuno para un análisis del CSD portugués, aunque como apuntaba **Lijphart** "los dos partidos de la derecha se presentaron en listas conjuntas a las elecciones de 1979 y 1980" (41). En Bélgica se podría considerar en ese espacio político a la Unión Democratique Belge (UDB), producto de una escisión del Partido Católico y formado por lo que se denominarían como "católicos progresistas".

En Alemania no puede faltar la referencia al Partido Liberal, como partido bisagra entre la CDU y el SPD, pero sobre todo no es posible dejar de citar al famoso Zentrum alemán de la República de Weimar: "combinaba movimientos aparentemente divergentes: conservadores, liberales y reformas sociales de naturaleza radical (rayanas en el socialismo), atrayéndose a miembros de heterogéneos grupos sociales, desde la aristocracia terrateniente hasta los pequeños agricultores, desde la indus-

tria pesada a las clases trabajadoras, desde el comercio hasta la artesanía" (42). Neumann captaba así como "el Zentrum alcanzó rápidamente, y siempre mantuvo, una posición estratégicamente situada en el centro del espectro político, entre las derechas

"Un partido político situado en el centrismo evolucionista se considera parte de la sociedad. No tiene que "penetrar" nada y sí tiene que realizar una defensa eficaz para que nadie desde el poder autoritario o dirigista realice esas extraordinarias gestas de conquista para reducir y condicionar la libertad de la sociedad."

(41) **Lijphart, Arend**. *Las democracias contemporáneas*. Cit. Pág. 231. Editorial Ariel. Barcelona, 1987.

(42) Idem. Cit. Pág. 541.

y las izquierdas” (43). El Zentrum fue reconocido por su aspiración a “combinar dinámicamente las fuerzas políticas en un equilibrio que se renovaba a diario a través del compromiso. Por este modo de pensar fue denunciado frecuentemente por sus enemigos, que lo tachaban de poco escrupuloso, carente de principios, potencia oportunista no apropiada a la política germana” (44).

La referencia al poderoso Zentrum alemán es inexcusable por representar la referencia política al centro centro, o centro en el centro, precisamente en tiempos de una gran dureza de la lucha política y social y con terribles consecuencias. Cuando se analizan los partidos como el Zentrum no pueden olvidarse sus características —por supuesto— ni su composición, ni sus equilibrios de poder, ni su trayectoria, ni tampoco su destrucción. Más allá de las ideas y propósitos de su fundador **Windhorst** se hallan enseñanzas muy ricas en su trayectoria y de cómo sucumbió frente a sus adversarios. Uno de los factores del análisis no puede olvidar el interesantísimo aspecto de la destrucción del discurso del Zentrum (45). Al margen de las pasiones nacionales no se puede comparar el Zen-

“El centrismo evolucionista no se sitúa desde la altura del poder sino desde la llana realidad de la sociedad. No se concibe como un ejército en campaña militar para conquistar una sociedad sobre la que se halla suspendido. El centrismo evolucionista siente los impulsos de la sociedad de la que forma parte.”

trum con la experiencia en España de la UCD, aunque también sucumbiese con toda facilidad ante sus adversarios, tal intento cuando menos es muy desproporcionado.

Sobre los partidos en posición de centro o hacia el centro se les suele reconocer que

“reducen considerablemente las divisiones económicas, sociales, regionales e incluso raciales que amenazan a la unidad nacional” (46). La propia concepción de estos partidos se alza sobre una gran variedad de personas y grupos. En este sentido el antecedente alemán ofrecía todo un modelo.

Sobre la calificación de centro

No le faltaba razón a Sartori cuando reconocía la dificultad de definir el centro: “ya no podemos eludir la espinosa cuestión de lo que queremos decir al hablar de centro (...) podemos dejarlo con decir que el centro es, en sí mismo, un amplio espectro que contiene razonabilidad, equilibrio de pros y contras, moderación, pero también la abstención mental pura y simple, una actitud de no querer saber nada o no querer hacer nada (indecisa)” (47). La misma for-

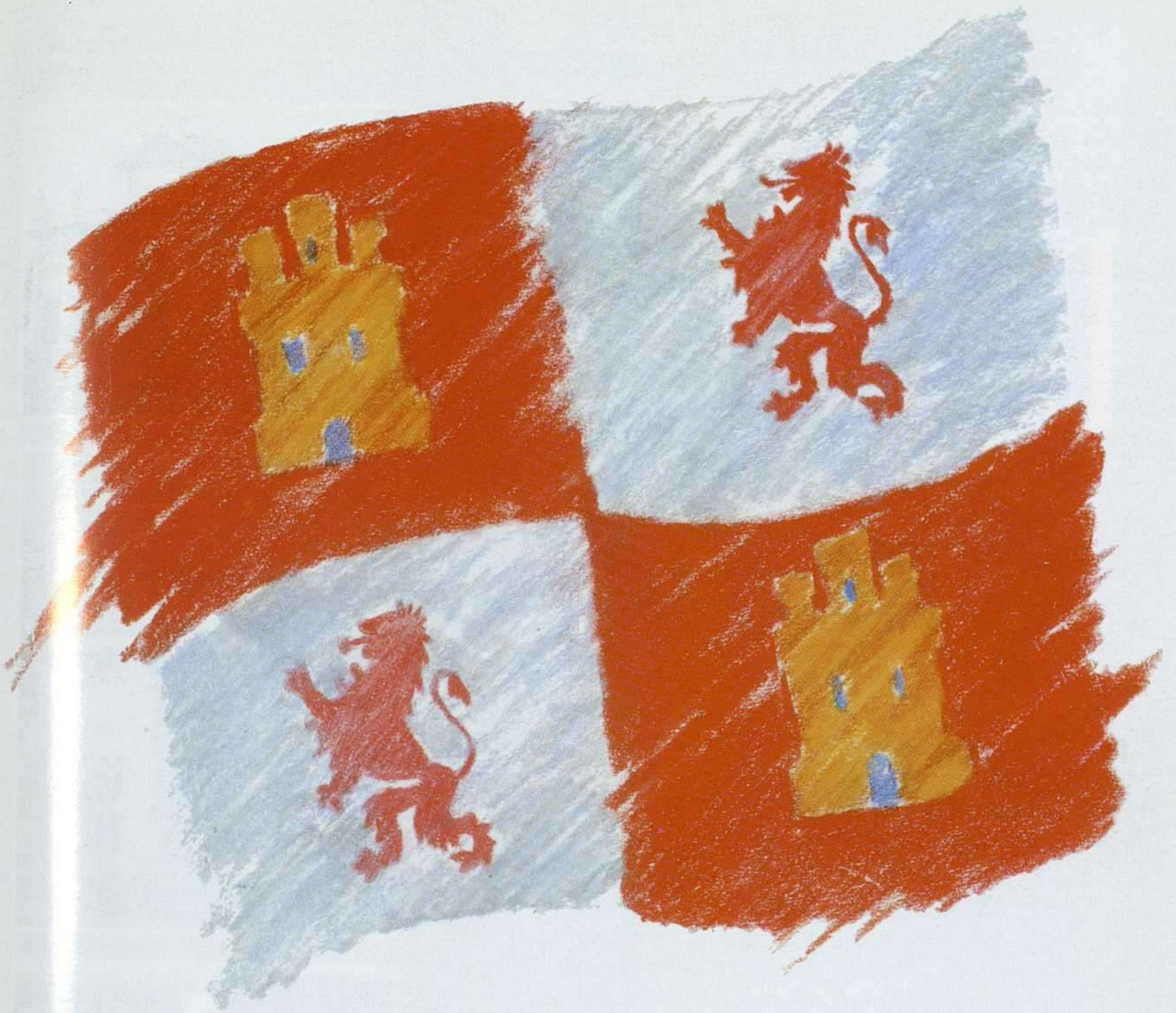
(43) Ibidem.

(44) Idem. Cit. Pág. 542.

(45) La bibliografía en este tema es muy amplia al verse centrada en el análisis del nazismo. Baste considerar la interesante obra de **Jean-Pierre Faye**, *Los lenguajes totalitarios*.

(46) **Carter, G.M.** “Los países de la Commonwealth”, en *Partidos políticos modernos*. Cit. Pág. 170.

(47) **Sartori, Giovanni**. *Partidos y sistemas de partidos*. Cit. Pág. 410, Tomo 1. El subrayado es nuestro.



**CADA
DIA
MAS CERCA.**



Junta de
Castilla y León

DESDE HACE
SIGLOS LAS
PUERTAS DE
MADRID ESTAN
ABIERTAS A
TODO EL MUNDO.

*Madrid es una ciudad de
puertas abiertas a todo el mundo.
Venga de donde venga.*

**MADRID.
CIDAD ABIERTA.**



Puerta de Alcalá



Puerta de Toledo



Puerta de Argén



Puerta de Hierro



Ayuntamiento de Madrid

ma de plantear la definición denota quizá un cierto sentido del humor. Se supone que ese equilibrio de pros y contras propio del uso de las facultades intelectivas también puede aplicarse a otros espacios políticos sin que se pueda apreciar una sola nota distintiva.

La moderación pudiera ser una característica. La moderación puede esgrimirse para calificar a una política, a un partido o a un político. Pero no es unidireccional. La moderación no indica cuál es la posición, no es una característica definitoria. Sirve para aplicarla a la acción y posición política tanto de partidos situados claramente en la derecha como en la izquierda. Nada mejor que esperar al final de la definición para poder valorar en conjunto su extraordinaria brillantez y exactitud. Se descubre que la "razonabilidad" es, al parecer según Sartori, inestable e insegura. La "razonabilidad" del centro llega a tal grado en el que se revela una mixtura fantástica entre la razón y la sinrazón. El equilibrio del centro resulta ser un equilibrio ciego sustentado por la "absolución mental" y no querer "saber nada".

La definición de Sartori se inscribe así en la extensa relación de críticas que el centro ha recibido desde el Zentrum de **Weimar**. Tras una aparente cualidad positiva se descubre la tradicional crítica.

"El discurso de Blair y la posición reconocida por Giddens no se despega del dirigismo de tan larga tradición y en la práctica no han avanzado hacia el 'medio activo' o 'centro radical', se hallan 'a la izquierda del centro'."

Moderación vacía, sin causa y oportunista, inutilidad de la posición centrista, alejada de la realidad, sin capacidad para dar soluciones, ensimismada en su mundo artificioso, sin capacidad de respuesta, de posición variable y ventajista, dispuesta a apoyar al mejor postor, sin valores propios, sin energía, sin entusiasmo, sin convicciones profundas, sin capacidad de defensa, sin coherencia, sin más virtud que su pasión por el poder. Éstas y otras formaron la estela de críticas al Zentrum.

El centro evolucionista de Aznar

Aznar se halla situado en una posición que el mismo había reiterado: *"la reivindicación del mejor centrismo político que el Partido Popular viene realizando desde su refundación. Un partido centrado y de amplia base popular es el instrumento más idóneo para nuestra estructura social y el dinamismo político del país"* (48).

En 1994 reafirmaba Aznar la posición política de centro: *"el PP es ya el Partido del centro político"* (49). Incluso especificaba la posición

concreta del PP en el espacio de centro: *"Somos un partido de centro, el centro que representamos no fluctúa entre los extremos, sino que se sitúa permanentemente en el vértice del*

(48) **Aznar, J.M.** *"¿De Génova a La Moncloa?"*. Anuario *El País*, 1991. Cit. Pág. 70. El subrayado es nuestro.

(49) **Aznar**. Declaraciones a *El País*, 28-11-94.

interés general" (50).

Un año después Aznar afirmaba que *"hoy el centro político de España es el PP"* (51).

Poco tiempo después especificaba la importancia que otorgaba al centro y su necesidad de existencia efectiva: *"Aznar define así su llegada al Congreso en 1982: 'Aquel joven diputado que era yo, que accedía al hemiciclo por primera vez, sentía que se había producido un fenómeno excepcional: el necesario equilibrio representado por el centro político había desaparecido de la escena... A partir de ese momento dedicaría todos mis esfuerzos, toda mi capacidad política e intelectual, a recomponer el centro político español'"* (52). En el anterior Congreso del Partido Popular el presidente del Gobierno consideró que *"el XII Congreso fue la consolidación del PP como el Partido de centro que queríamos"* (53).

Estas breves referencias pueden ilustrar la voluntad de ocupar la posición del centro político. No son afirmaciones casuales o aisladas. Esas reiteradas afirmaciones del centro muestran la voluntad política que las anima. **Santiago Carrillo** supo captar esa posición de centro-centro, que anunciaba Aznar: *"José María Aznar ha presentado al PP como el partido del centro, ni siquiera del centro derecha. Hay que reconocer que ésa ha sido posiblemente una de las claves de su éxito. Pero la presentación no refleja verídicamente la realidad. El centro político es un territorio limitado, nunca mayoritario, que fluctúa electoralmente hacia la derecha o la iz-*

"La referencia al poderoso Zentrum alemán es inexcusable por representar la referencia política al centro centro, o centro en el centro."

quierda, según la consistencia y fortaleza que cada una de ellas posea, en un momento dado y por consiguiente, según la fuer-

za de atracción que logren. Cabe prever que a partir de la ocupación de posiciones de poder, sobre todo si éstas son en el Gobierno central, es cuando el PP se va a ver sometido a la prueba de fuego. Cuando va a aparecer con claridad si el PP es la derecha de siempre, o una derecha civilizada, o ambas a la vez" (54).

Resulta evidente que el PP ha sido definido como un partido de centro, que su posición ha sido reconocida en ese mismo espacio y que la política que ha ejercido ha respondido a esa posición de centro. El discurso del PP ocupa la misma posición que su política. De su discurso puede afirmarse que se halla centrado como Aznar anunció en 1994. En el último Congreso del PP se pudo observar de forma extensa las características centristas del discurso.

El centro de Aznar es el centro evolucionista, porque aporta una razón que lo adjetiva más allá del reformismo: provoca una evolución social, la defiende y se siente parte de ella. El centro evolucionista es la convergencia social que impone la convergencia política. No es un centro dirigista, ni autoritario que elucubre o establezca arbitrariamente la convergencia política. Esa convergencia social expresada en verdad el equilibrio político del centro evolucionista. No se trata del "chapoteo" se-

(50) **Aznar**. Declaraciones a *El Mundo* (26-11-94). El subrayado es nuestro.

(51) **Aznar**. Declaraciones a *ABC* (29-4-95).

(52) **Castro, Raimundo**. *El Mundo* (21-5-95).

(53) **Aznar**. Declaraciones a *El Mundo* (14-9-96).

(54) **Carrillo, Santiago**. "Para que las cosas cambien". *El Mundo*, martes 30-5-1995.

ñalado por **Laski** (*muddling through*), sino ponerse bajo el rumbo de la sociedad.

Parece obvio que para captar el apoyo y la voluntad del elector se realice un movimiento político centrípeto. Pero la expresión del centrismo evolucionista es precisamente la contraria a la que se ha escuchado y repetido como un alarde de progreso: *"hay que penetrar el tejido social"*. No hace falta mencionar la paternidad totalitaria de su autor. Un partido político situado en el centrismo evolucionista se considera parte de la sociedad. No tiene que "penetrar" nada y sí tiene que realizar una defensa eficaz para que nadie desde el poder autoritario o dirigista realice esas extraordinarias gestas de conquista para reducir y condicionar la libertad de la sociedad. El centrismo evolucionista no se sitúa desde la altura del poder sino desde la llana realidad de la sociedad. No se concibe como un ejército en campaña militar para conquistar una sociedad sobre la que se halla suspendido. El centrismo evolucionista siente los impulsos de la sociedad de la que forma parte. No tiene que realizar prodigiosas obras políticas que descubren de inmediato su origen autoritario o dirigista. El partido que se sitúa en el centrismo evolucionista tiene que empezar su tarea evolucionando. No puede decir, como se ha dicho y repetido hasta la saciedad en España que *"hay que abrir el partido"* o *"hay que permitir que la sociedad entre en los partidos"*.

de las circunstancias existentes a lo largo de las diversas experiencias y considerarlas tal y como se dieron en realidad. Debe pues observar en ellas concomitancias y regularidades que permiten la búsqueda de comunes características que puedan aportar si no alguna fecunda validez, sí al menos un pequeño apunte para indicar los grandes modelos.

En las historias sobre el centro podemos detectar un primer modelo, el formado por el Zentrum. Se trata de un *modelo autoritario*. Su geometría es de fácil verificación: clase media comprimida y un centro político ocupando un lugar reducido. Su origen, su inspiración y su método le imprimían un fuerte carácter autoritario. Se fraguaba sobre la política marcada por **Bismarck**, desde el poder, con exclusión de todos los demás (incluidos los socialistas) aunque propusiese y practicase una política social. Fue un modelo de fracaso estrepitoso.

El segundo modelo es el *modelo dirigista* que se pone en práctica después de la Segunda Guerra Mundial en Europa. El centro de la sociedad se halla fuertemente expandido. Las grandes trayectorias se aproximan al centro. La política se diseña desde uno u otro foco de la elipse, con el objetivo de extender la influencia hacia el espacio central. De forma dirigista se establece el rumbo de la política que variará de unos partidos a otros y de unos a otros países. Con unas u otras variantes, con mayor o menor amplitud en la ex-

centricidad, podía incorporar distintas políticas y posiciones sin variar el modelo. El tercer modelo es una va-

Conclusión

Una reflexión sobre el centro político no debe eludir la valoración

"El centro evolucionista de Aznar supera a la tercera vía al trascender el dirigismo para reducir el espacio elíptico y aceptar la convergencia de la sociedad."

riante dentro del dirigismo, lo constituye "la tercera vía" de Blair. Este dirigismo de la tercera vía se caracteriza por el desplazamiento del foco izquierdo que logra alcanzar un espacio más central. Se le reconoce en una posición similar al centro evolucionista de Aznar. Pero el discurso de Blair y la posición reconocida por **Giddens** no se despega del dirigismo de tan larga tradición y en la práctica no han avanzado hacia el "medio activo" o "centro radical", se hallan "a la izquierda del centro" (55).

El cuarto modelo lo constituye *el centro evolucionista* de Aznar. Supera a la tercera vía al trascender el dirigismo para reducir el espacio elíptico y aceptar la convergencia de la sociedad. El centro evolucionista de Aznar tiene algún remoto antecedente en la trayectoria seguida por **Disraeli**, quien concedió a las masas lo que las masas le pedían. Criticado con dureza, Disraeli tradujo la política americana de **Jackson** y la incorporó a la Inglaterra de su tiempo. Sin embargo, ésta no poseía el mismo sentido porque en Estados Unidos procedía de la sociedad, en cambio en Europa, y en

"El centro evolucionista al devolver a la sociedad el poder de decidir sin paternalismos, autoritarismos ni dirigismos, establece una nueva perspectiva."

concreto en Inglaterra, se plasmó desde la altura del poder, como respuesta a la petición de una política social. Disraeli pudo realizar aquella política por haber obtenido una mayoría automática en la Cámara, por su sistema electoral mayoritario. Aznar, a diferencia del político inglés, no tiene fácil conseguir una mayoría que le permita trasladar a la sociedad su política de centro evolucionista, debido al sistema proporcional español. Aznar incorpora esa trayectoria social orientada hacia una sociedad de masas y, a la vez, rompe las cadenas del dirigismo.

Esta es a mi juicio la fórmula renovadora del centro evolucionista, que desborda el tímido intento anclado en el pasado y sin atractivo alguno de "la tercera vía" en el dirigismo de siempre. El centro evolucionista al devolver a la sociedad el poder de decidir sin paternalismos, autoritarismos ni dirigismos, establece una nueva perspectiva desde la que se puede decir con **Gracián** que "fuera de su centro, todo lo natural padece violencia y todo lo artificial, desconcierto. (...) Las cosas bien compuestas, a más de lo que alegran con el desembarazo, deleitan con su concierto".

Jesús NEIRA RODRÍGUEZ

(55) **Giddens, Anthony.** *La Tercera Vía.* Cit. Pág. 59. Taurus. Madrid, 1999.

METAFÍSICA DEL CENTRO

Dalmacio NEGRO PAVÓN

Catedrático de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

*“Centro” no es sólo un término o una palabra, sino un concepto rebosante de carga ontológica; desde tiempos ancestrales existe una importantísima mitología en torno al centro. Así pues, puede tener cierto interés aludir aquí, rápidamente, en estilo “flash”, sin la menor pretensión de hacer un estudio sistemático, a aspectos distintos a los estrictamente políticos, que dependen de sus fundamentos metafísicos. La retórica es la lógica de la política y **Hobbes**, al captar el poder de los conceptos como armas políticas, dijo: “veritas in dicto non in re consistit”. Pero las palabras no son independientes de su carga semántica; al utilizarlas en política es decisivo saber qué significan. Transmiten ideas y las ideas producen consecuencias.*

1 **“El Centro” tiene un sentido cósmico.** En el universo, en la naturaleza, hay siempre referencias a un centro y, derivadamente, a una derecha y una izquierda, pues todo se relaciona con un punto central, desde su diestra o desde su siniestra. Siempre ha existido la idea de un centro del mundo entendido como el “estado primordial”, el principio y el fin de todas las cosas, el alfa y el omega, punto de partida y de llegada. Así, se quiso ver

en el sol, “corazón del mundo”, el centro del mundo sensible; para los judíos, la tierra de Israel era el centro del mundo; el “palomo santo” de la Cábala es el centro del ser total, y el bíblico árbol de la vida estaba en el centro del paraíso, este mismo un lugar central; la Meca, donde está la gran piedra negra, la Kaabah, es el centro del Islam, igual que Jerusalén, Roma, etc., son otros centros espirituales; lo fue el Moscú soviético para tantos creyentes de-

sengañados que siguen añorando un centro (1). El centro imprime a todas las cosas el movimiento y cómo el movimiento representa la vida.

El centro es punto de referencia, de origen y de división; establece la diferencia entre su derecha y su izquierda y le da sentido. En el lenguaje, el centro es lo justo, aquello a lo que debe ajustarse todo lo relacionado con él. Hasta el liderazgo se explica por la tendencia hacia un centro. En fin, la existencia de un centro constituye una garantía contra el caos, la posibilidad de un orden que dimana de él. El Centro es un principio metafísico de carácter sagrado. Así, el acceso al Centro está lleno de peligros porque, de hecho, es un rito del paso de lo profano a lo sagrado, de la muerte a la vida, del hombre a la divinidad. *“El acceso al centro equivale a una consagración, a una iniciación; a una nueva existencia real, duradera y eficaz”* (2).

2 *El siglo XX se ha caracterizado por los intentos de establecer un centro, un “nuevo orden” mundial; al final, la realidad histórica empieza a mostrarse decididamente caótica y parece que, igual que en la física, no hay ninguno.* Es inte-

“Si se considera el asunto según la perspectiva ontológica, hace mucho tiempo que algunas derechas son en realidad izquierdas, aunque con prejuicios, y algunas izquierdas lo son sólo de nombre.”

resante recordar a este respecto, que el orden, concepto estético que exige un centro, es también un concepto físico. La teoría de la relatividad y la física cuántica

han “desvalorizado” el papel del centro y los científicos dicen que el siglo XX será recordado por tres cosas: por supuesto, por la relatividad y la mecánica cuántica pero, en tercer lugar, por la teoría del caos, que elimina la fantasía de **Laplace** de la predictibilidad determinista. Se ha hecho famoso el llamado “efecto mariposa” (*the Butterfly Effect*), el hecho de que una mariposa al remover el aire en Pekín pueda provocar tormentas un mes más tarde en Nueva York (3). La física suele anticipar muchas preocupaciones e ideas sociales. La falta de orden, el desorden y la evidencia del caos que la están revolucionando, tal vez pueden explicar el interés general por el tema de un centro ordenador, generador de orden. Las preguntas ¿qué centro tiene hoy la física?, ¿qué es en ella derecha e izquierda?, tienen un correlato en el revuelto mundo histórico que incita a buscar centros de orientación, orden y seguridad.

3 *Por razones si se quiere mitológicas, en último análisis, ontológicas*

(1) A veces, la idea del centro se expresa como la del medio y la “vía del medio”. En Irlanda hubo un reino del Medio. Etc, etc.

(2) *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires, Emecé 1968. I, pág. 25.

(3) Vid. **J. Gleick**, *Chaos. Making a new Science*. Penguin Books 1988. La idea estaba ya, empero, en la filosofía de **A. N. Whitehead** y no era extraña a **Platón**.

y teológicas, sobre las que discuten los antropólogos, en todas las culturas existe la fundamental distinción perceptiva y la diferencia metafísica entre derecha e izquierda por referencia a un centro.

Teología y antropología, decía **G. Gusdorf**, van a la par; lo sacro, el centro de todo, tiene dos aspectos: el derecho, generador de éxito y dicha, y el izquierdo, fuente de males (4). Antropológicamente, la preferencia por lo derecho se puede explicar por las manos: la mano derecha, la diestra, es, normalmente, mucho más hábil que la izquierda —también *maladroit* en francés—, de dónde se dice que alguien es diestro; aunque no siempre tenga más fuerza, es como si fuese superior, más sabia, poseedora de una sabiduría innata (*sabiduría*, no conocimiento). Quizá por todo esto tenían los romanos un dios con dos caras, Jano, que era a la vez el dios de la iniciación a los misterios y el de las corporaciones de artesanos.

G. Dumézil se-

“El centro es punto de referencia, de origen y de división; establece la diferencia entre su derecha y su izquierda y le da sentido. En el lenguaje, el centro es lo justo, aquello a lo que debe ajustarse todo lo relacionado con él.”

4 *Derecho, derecha, es semánticamente lo justo, lo fundado, lo razonable, lo verdadero, seguro, indubitable; antiguamente, lo legítimo,*

ñaló la importancia de la tripartición como categoría universal en la cultura indogermánica. En este caso, el trinomio Centro, Derecha e Izquierda. Aunque, en sí mismo, el centro no es nada, solamente el punto de unión entre lo derecho y lo izquierdo, es sin embargo el lugar, un *topos*, hacia el que gravita todo. Posee un poder de atracción, igual que en política el liderazgo; todo fluye hacia él como el contrapunto del caos; y, al mismo tiempo, de él puede fluir el orden, equilibrando lo disperso hacia la derecha y la izquierda, siendo en este sentido la condición del orden (5).

Los conceptos derecha e izquierda tienen múltiples implicaciones de gran alcance en la metafísica política. Sólo cabe mencionar algunas muy de pasada, a fin de situar el centro.

(4) Así, el asunto de la legitimidad y la legalidad, tan ligado a la ontología de la derecha y la izquierda, revierte en último análisis a la religión y a la teología; es un tema de teología política. Cfr. la discusión entre **H. Blumenberg** y **C. Schmitt**, respectivamente en *Die Legitimität der Neuzeit*. 2. Aufl. Frankfurt a. M. 1988 y *Politische Theologie II. Die Legende von der Erledigung jeder Politischen Theologie*. Berlin, Duncker & Humblot 1970. También, en general, **M. Gauchet**, *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*. Paris, Gallimard 1985.

(5) Como es sabido, a partir de un momento relativamente reciente, los chinos consideraron lado preferente el izquierdo. Pero en la práctica, por ejemplo, el consejero político de la derecha siguió teniendo más importancia que el de la izquierda. De ahí que el principio *yang* es lo activo, lo iluminado, lo positivo o masculino, lo real, lo que está en acto; y el principio *yin* es lo pasivo, lo negativo o femenino, lo oscuro, lo que sólo está en potencia. La vía del medio coincide con la “vía del cielo”, que es “*yin* con *yang*”.

lo cierto; lo derecho es el Derecho, hoy en decadencia, habiendo sido sustituido casi enteramente por la legislación, inspirada en gran parte por la izquierda aunque

“realizada” por la derecha. Es como si se hubiese invertido la realidad, un hecho que debiera llamar la atención más que a los sociólogos a los teólogos, si aún hubiese teólogos capaces de ocuparse de estas cosas, aparentemente tan banales para el neutralismo cultural dominante, del que no se libran la religión y la teología (6).

La inversión puede tener una causa en el elevado grado de abstracción del pensamiento, relacionándose con la “pérdida del sentido de la realidad” en la cultura contemporánea. En ello ha tenido una enorme influencia el *igualitarismo* radical de la ideología, que ha sustituido el sentido común por tópicos constructivistas. Así pues, también tiene que ver con el predominio de la voluntad de poder, propia de este racionalismo constructivista estudiado por **Hayek**, cuyo mayor obstáculo es el sentimiento del Derecho y de lo justo. Etc.

“La física suele anticipar muchas preocupaciones e ideas sociales. La falta de orden, el desorden y la evidencia del caos que la están revolucionando, tal vez pueden explicar el interés general por el tema de un centro ordenador, generador de orden.”

En la dicotomía derecha-izquierda, el centro representa el *equilibrio* entre lo que podría denominarse nietzscheanamente el lado apolíneo y el dionisiaco, entre la claridad serena de

las formas de lo divino y la obscuridad caótica de la naturaleza. En sí mismo, el equilibrio no es todavía lo recto, el Derecho, ni lo torcido, no recto, lo siniestro. Según este punto de vista, que podría denominarse *funcional*, manifestación subordinada de su realidad ontológica, el centro es lo equidistante, constituyendo en un sentido dinámico figurado, la hondura y profundidad de alguna cosa, el fin u objeto principal al que se aspira. En cuanto concepto funcional, el centro también podría expresar hoy la neutralidad de la cultura dominante.

5 *La trilogía es un hecho obvio de gran transcendencia.* Así la distinta aptitud de las manos condiciona el pensamiento. Las manos ordenan, ponen orden en las cosas y ese “pensar con las manos” da una *medida* cualitativa de la cultura (7), síntesis de las relacio-

(6) La inversión puede significar escatológicamente el triunfo de la Ciudad del Hombre, enteramente construida por él, ajena a la naturaleza y a la gracia, a la Ciudad Terrena y a la Ciudad de Dios. El proyecto está ya incoado en la teoría del Estado, el “dios mortal” de **Hobbes**. Hobbes dibujó el Gran Leviatán en la portada de su obra fundamental con el báculo, símbolo de la autoridad espiritual en la mano izquierda y la espada, símbolo del poder temporal en la derecha, invirtiendo la relación de prioridad. Sobre el proyecto ilustrado, relacionado con la ideología de la emancipación, de construir la Ciudad del Hombre, vid. **P. Manent**, *La cité de l’homme*. Paris, Fayard 1995.

(7) Vid. **D. de Rougemont**, *Pensar con las manos (Sobre las ruinas de una cultura burguesa)*. Madrid, Magisterio Español 1977.

nes que la forman. La mano mani-pula. Y la diferencia entre la manipulación técnica que hacen las dos manos tiene también una connotación moral, ínsita ya en la antropología del medir: "tener mano izquierda", manipulación viene de *manus*, mano, significando el mero hacer algo sin un fin moral, algo torticero.

Lo izquierdo, es un peculiar término español, que, al parecer, debe a **Antonio de Nebrija** su definitiva primacía sobre siniestro y otras equivalencias. Procedente de la palabra *ezkerr*, *esquerra*, de origen vascuence, significa lo mismo que el vocablo latino *scaevus*, siniestro, de mal agüero, perverso, maligno, y el griego *skhaiós*. Hay otra palabra latina, *sinister*, que designa el lado contrario al derecho, evocando en el lenguaje lo siniestro, lo oscuro, lo negativo; "izquierdear" es apartarse de lo que dictan la razón y el juicio. La distinción, así como la diferencia, entre derecho e izquierdo es obvia. Lo derecho viene a ser lo bueno y lo izquierdo lo malo. Si se interpreta como debido solamente a un condicionamiento cultural, no deja de ser muy raro que se encuentre prácti-

camente en todas las culturas. Cabe pensar que hay algo estructural independiente de la cultura. ¿El propio cuerpo? Puede ser, pero eso no agota la cuestión que, en último análisis, además de metafísica es teológica.

6 *Un concepto político principal relacionado con la trilogía es del rey.* La idea de *rex*, el que rige y di-rige, alude a una función reguladora relacionada con la de unir, constituyendo el centro de referencia visible del orden de los grupos humanos y de lo sagrado. En todas partes se encuentra la idea de un rey del mundo (8), centro de unión regulador de la acción colectiva. La idea occidental de Imperio tiene este origen.

Es bien sabido que, entre otros, los chinos y los egipcios (9) consideraban a sus reyes señores del mundo, o sea, reyes de reyes, emperadores, palabra que viene de *imperium*, poder de vida y muerte de origen sagrado, a la que tradujeron los romanos la idea de supremacía absoluta que tomara **Alejandro Magno** de los persas, cuyos soberanos se pro-

"Aunque, en sí mismo, el centro no es nada, solamente el punto de unión entre lo derecho y lo izquierdo, es sin embargo el lugar, un 'topos', hacia el que gravita todo. Posee un poder de atracción, igual que en política el liderazgo; todo fluye hacia él como el contrapunto del caos; y, al mismo tiempo, de él puede fluir el orden."

(8) Vid. **R. Guénon**, *Le roi du monde*. Paris, Gallimard 1958.

(9) Por ejemplo, en Egipto la muerte del rey tenía el carácter de una crisis que podía desembocar en un desastre: "el caos amenazaba"... porque "la muerte del rey indicaba que los poderes del mal habían empezado a dominar temporalmente". **H. Frankfort**, *Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto en que integración de la sociedad y la naturaleza*. Trad. **B. Garrigues Carnicer**. Madrid, *Rev. Occidente*, 1976. 8, pág. 125.

clamaban reyes de reyes, con derecho a ser considerados intermediarios entre el cielo y la tierra, entre la divinidad, los hombres y la naturaleza. Pues en la constelación política del Oriente próximo —igual que en todas las constelaciones políticas— siempre aspiraron los reyes a la supremacía, a ser reyes de reyes, centros vivos del mundo, del poder. La Edad Media elaboró a partir de ahí la doctrina de la *translatio imperii* de Oriente a Occidente, para explicar la supremacía legal del Imperio carolingio y sus sucesivas reorganizaciones, idea de gran transcendencia hasta nuestros días: operó en el pensamiento de **Napoleón** no menos que en el de **Hitler**, y en el transcurso del mesianismo soviético actuaba la visión de Moscú, heredero de Bizancio, como la tercera Roma por *translatio*.

7 *El centro ofrece un aspecto o idea distinto según se considere en sentido horizontal o vertical.* Horizontalmente, es un espacio cuyos lados son la derecha y la izquierda. Esta posición sugiere los conceptos de unión y división entre derecho e izquierdo. En cambio, verticalmente tiene un carácter temporal, de movimiento; si se mueve hacia arriba se confunde con la idea de recto, de lo recto,

“En la dicotomía derecha-izquierda, el centro representa el ‘equilibrio’ entre lo que podría denominarse nietzscheanamente el lado apolíneo y el dionisiaco, entre la claridad serena de las formas de lo divino y la obscuridad caótica de la naturaleza.”

de la marcha hacia lo alto impulsada por la Justicia, hacia el cielo —“vía del cielo”, “vía media”—; hacia abajo, con la idea de lo abisal, de la injusticia, de la desmesura sin fondo, de lo oscuro y sin luz, de lo caótico, de la nada, de lo maligno y perverso. Implica asimetría, jerarquía: hacia arriba, lo esencial, el cielo, lo activo; hacia abajo, la sustancia, la tierra, la pasión.

8 *La inteligibilidad del centro es, pues, dialéctica.* Determina pero también media la relación de oposición entre lo derecho y lo izquierdo sin poder prescindir de ninguno los dos, como si fuese su rehén: no puede existir un centro, sea horizontal, sea vertical, sin lo derecho o sin lo izquierdo; si los integrase, se neutralizaría pero perdería su sentido. Por ende, es impensable un centro sin izquierda ni derecha, salvo identificándolo, no tanto a la manera de **Platón**, sino a la de **Hegel** y, sobre todo, **Comte**, con lo absoluto vacío, un receptáculo omnicompreensivo. Como el receptáculo platónico del *Timeo*, lo absoluto hegeliano o el Gran-Ser comteano; aunque cabría discutir si en Comte no desaparece la oposición derecha-izquierda, quedando absolutamente neutralizado el centro, el Gran-Ser (10).

(10) En realidad, en **Comte**, Dios, la Naturaleza y el Hombre quedan absorbidos en la Humanidad o Gran-Ser. Su Religión de la Humanidad, más o menos difusa pero sumamente influyente —baste aquí con la alusión a los derechos humanos— “supera” la Gran Tríada Dios, Hombre, Naturaleza.

Así pues, un centro como imagen es nada, pero no es un vacío sino un resultado de la dialéctica entre lo derecho y lo izquierdo, de los que se nutre en una especie de síntesis que le impide ser absolutamente neutral. En este sentido es lo real, la realidad misma como resultado, de la actividad de algo o de alguien. Pero también es, como en la metafísica aristotélica, un *theós*, motor inmóvil que mueve todo.

El centro imprime a todas las cosas el movimiento y como el movimiento representa la vida, se representa con la *svastika*, la idea de un movimiento de rotación en torno a un centro o de un eje inmutable (11). Por eso, en política, la idea de movimiento, que ha sido tan importante en el siglo XX, como emanación de un centro firme, sólido, es englobadora, abarcadora, totalizante, absolutizadora.

9 *La metafísica del centro tan superficialmente sugerida, orienta la respuesta a la pregunta: ¿qué significación política puede tener hoy el centro?* Según la conocida frase de **Ortega**, la política “es la piel de todo lo demás”. Superficial y accesoria a la vida en sí, no es en modo alguno prescindible: el hombre es un animal político.

Dejando de lado posibles motivaciones concretas, perso-

“La diferencia entre derecho e izquierdo es obvia. Lo derecho viene a ser lo bueno y lo izquierdo lo malo. Si se interpreta como debido solamente a un condicionamiento cultural, no deja de ser muy raro que se encuentre prácticamente en todas las culturas.”

nales, retóricas u oportunistas para evocar políticamente el centro, según otra famosa frase no menos consabida, la hegeliana de que la “astucia de la razón” hace que los hombres hagan la historia sin saberlo, el centro político puede significar históricamente, en secreto, y es en la historia dónde se prueba la veracidad de las ideas políticas, una pretensión de conjurar el caos debido a la disolución, bajo la presión de los hechos y la máquina estatal, de las diferencias derecha-izquierda. Concretamente, la disolución de la distinción capital amigo-enemigo, tanto en el interior como, aparentemente, de momento, en el exterior, haría posible el centro. Pero, ¿puede haber política si no existe un enemigo real? ¿O es el centro político, simplemente, una forma de renunciar a la enemistad política? De ser así, ¿no sería una aspiración a la neutralidad absoluta? ¿Tendría entonces el centro algún sentido político?

10 *Ser centro es lo que hace o debiera hacer todo gobierno, que, en su significación precisa, incluida la etimología de la palabra [de “kybernetikós”, timonel: el timonel centra-da y conserva-la vida del buque di-rigiéndolo por el camino recto, justo], es el centro del respectivo*

(11) Vid. **R. Guénon**, *Símbolos fundamentales...* Espec. VIII, “La idea del centro en las tradiciones antiguas”. pág. 59.

grupo humano

(12). Todo gobierno tiene unos fines fundamentales muy concretos, centrales, por lo que es centralizador, que se resumen en el de dar seguridad (13); o sea, que el gobierno, que unifica, da unidad política a un grupo y dirige la acción colectiva —*die Regierung ist Bewegung*, decía Hegel— tiene como objetivo primordial afrontar el caos de la realidad existencial, política, dejada a sí misma, siendo indiferente a este efecto que sea de “derechas” o de “izquierdas”. Y si se considera el asunto según la perspectiva ontológica, hace mucho tiempo que algunas derechas son en realidad izquierdas, aunque con prejuicios, y algunas izquierdas lo son sólo de nombre, mientras el centro puede ser un intento de desprenderse del izquierdismo por parte de la derecha o de desprenderse de lo “si-

“La anticuada ideología de la izquierda propiamente dicha, representada principalmente por un progresismo atolondrado y caduco, conserva una influencia desmesurada en la cultura y la vida política que explica la pasiva anuencia general al predominio de lo izquierdo, al que la derecha revolucionarista envidia, mima y cultiva.”

niestro” por parte de la izquierda.

11 *La situación existencial de Europa, dominada por la izquierda, empieza a ser estructuralmente caótica, al tiempo que al borrarse las diferencias ideológicas*

se pierden las referencias. La triple anarquía moral, intelectual y política que señaló Augusto Comte como característica de la situación de la época, empieza a enseñorear la realidad. Y ante ello no caben recetas o “soluciones” de derecha o izquierda, en el sentido convencional atribuido desde que los Estados Generales de Francia, transformados en Asamblea Nacional, se enfrentaron en la reunión del 11 de septiembre de 1789 a la Monarquía Absoluta —el Centro—, sentándose **Robespierre**, el jefe de los jacobinos, partida-

(12) Por eso, en determinados momentos, se forman gobiernos de “concentración”, que en Inglaterra son dictaduras, al estar prohibidas constitucionalmente las alianzas entre partidos —*England abhor coalitions*—, en casos muy graves de subversión o una guerra como la mundial de 1939-1945; pues no se trata de aliarse los partidos, sino de unirse el gobierno y la oposición para hacer posible el GOBIERNO (que incluye a ambos lados). Este es, por otra parte, el sentido de la dictadura: una concentración de todas las fuerzas políticas ante una situación de emergencia; una “solución” a la imposibilidad del com-promiso. Es una forma política im-política pues, a fin de dar seguridad, excluye el medio principal de la política, el com-promiso. Por eso se presenta siempre como la única “solución” posible.

(13) Una característica de la civilización occidental consiste en que, desde que descubrieron los griegos la posibilidad de la política, es decir de la libertad política, constituye un deber del gobierno buscar el equilibrio entre la seguridad necesaria y la mayor libertad política posible. Esto no tiene nada que ver con ninguna “tercera vía” ni con ninguna concepción ideológica. En realidad, toda ideología es antipolítica, pues va contra la libertad al querer imponer una idea determinada de la misma.

rios del régimen constitucional, del *cambio revolucionario*, a la Izquierda del presidente, y **Brisot**, como jefe de los girondinos, partidarios del derecho de veto, es decir, de un poder real fuerte, pero no enemigos del *progreso revolucionario*, a la Derecha. Así, debe notarse que unos y otros compartían el *ethos* revolucionario. Quizá por eso el término izquierda, "gauche", no empezó a ser popular, a fin de acentuar la distinción, hasta el comienzo de la Tercera República francesa, asimismo por el lugar de asiento de sus partidarios.

12 *Sin perjuicio del "dictum" orteguiano, ser derechas o izquierdas es una de las infinitas maneras posibles de hacer el imbécil, lo cierto es que, como decía Hegel, en la historia lo real es racional y lo racional es real, por lo que en ella no hay errores, lo que acontece es lo real, y el binomio ha desempeñado un papel principal imprescindible.* Toda la tramoya de las filosofías de la historia ha descansado

implícita y explícitamente en esa distinción de raíz ontológica entre derecha e izquierda, banaliza-

"Siempre ha existido la idea de un centro del mundo entendido como el 'estado primordial', el principio y el fin de todas las cosas, el alfa y el omega, punto de partida y de llegada."

da finalmente por la política y la historia. Pero, terminada su época y agotado el Estado, la derecha y la izquierda procedentes de la revolución, perdido el *élan* revolucionario, sustituido por vagas promesas de inevitable contenido económico, es decir, en función de intereses, han devenido conceptos irracionales e irreales al ser demasiado difusos e incapaces de suscitar emociones y sentimientos verdaderamente políticos.

En estas condiciones, si un centro político aspira a mantener el equilibrio pasadista derecha-izquierda, será un misoneísmo más, pues el objeto de la inteligencia política es, justamente, la inteligencia de la medida justa (14). Con el gravísimo inconveniente de que la derecha, si se somete a la cultura de izquierda, no entenderá que la lucha política ya no se relaciona con la "cuestión social" y sus derivados, sino, justamente, con la *lucha por la cultura*. La fuerza de la izquierda radica en haberlo captado y practicado rompiendo finalmente, con la decisiva colaboración de las Iglesias

(15), el relativo equilibrio existente. De este modo, la anticuada ideología de la izquierda propiamente dicha, repre-

(14) "Inteligencia de lo que conviene, de lo que es oportuno, de lo que es necesario para la convivencia humana. Inteligencia de lo que hace posible una vida equilibrada de la comunidad". **F. Gentile**, *Intelligenza politica e ragion di Stato*. Milano, Giuffrè, 2ª ed., 1984. "La politica come giusta misura". Pág. 38.

(15) Es asombroso que no lo haya entendido la Iglesia, que es por definición fuente de cultura, del *logos* o *métron*. Distráida con la cuestión social, políticamente accidental, además hace tiempo superada, su actitud ha sido decisiva para que se impusiera la cultura de izquierda, que, desde el punto de vista de la ontología derecha-izquierda es por definición antieclesial.

sentada principalmente por un progresismo atolondrado y caduco, conserva una influencia desmesurada en la cultura y la vida política que explica la pasiva anuencia general al predominio de lo izquierdo, al que la derecha revolucionarista envidia, mima y cultiva. Si el centro se define como tal abandonando la derecha, corre el riesgo de moverse dentro de esa cultura y el peligro de favorecer, en una situación difícil, tan ambigua como la actual, ya visible, un estancamiento histórico o una posible involución histórica política si las cosas se agravasen.

13 *El agotamiento de la época de la revolución francesa, en la que tuvieron importancia la derecha y la izquierda, hace que empiecen a ser necesarias graves decisiones, orientadas las más urgentes a liberar del estatismo a la sociedad y al ciudadano.* La situación de creciente incertidumbre, con el viejo Estado, que ha monopolizado el poder político y los demás poderes (16) y por tanto la política, desmoronándose (17), exige gobiernos *políticos*,

“Un partido como centro encuentra hoy una triple dificultad: por una parte, si pretende ser auténtico centro, ha de apoyarse en la verdad; por otra, la política se funda en la opinión, que no sólo es caótica sino que rechaza la posibilidad misma de la verdad, que apenas acepta ya como propaganda; y, en tercer lugar, la confusión intelectual existente.”

es decir, que gobiernen, que no es lo mismo que administrar; es, ante todo, decidir y dirigir, conducir a través de las incertidumbres del mañana, cada día más preguntantes. Pero mientras la opinión pública esté dominada por la cultura de izquierda

—en gran parte además en manos de la antipolítica generación nihilista de mayo de 1968—, anclada en el pasado y en los intereses creados, será casi imposible gobernar. De ser así, aumentará la creciente indiferencia hacia la política, lo que puede tener a la larga las peores consecuencias.

En esta perspectiva, el centro puede significar la voluntad de plegarse a la situación y autoneutralizarse, situándose decididamente en el plano del pensamiento único y débil, seguidor de la opinión en vez de dirigirla, como le cumple hacer al gobierno, limitándose a administrar la decadencia. Por otro lado, la renuncia explícita a toda definición en este momento crucial, ofrece el riesgo de desorientar aún más a las masas, que siguen guiándose por los viejos tópicos de la derecha y la izquierda, aunque sólo son ya tópicos incapaces de despertar entusiasmo, suscitar ilusiones o excitar

(16) Vid. **B. de Jouvenel**, *El poder. Historia natural de su crecimiento*. Madrid, Editora Nacional, 1999.

(17) La literatura al respecto empieza a ser muy numerosa, aunque como generalmente lo relaciona con la “globalización” es insuficiente. Algo al respecto en **D. Negro**, *La tradición liberal y el Estado*. Madrid, Unión Editorial 1995.

adhesiones. La política de los intereses es siempre una política *tout court*; únicamente puede ser útil en una situación de relativa calma histórica.

14 *Al ser el centro un punto más o menos imaginario, definitorio del equilibrio dialéctico existente en el Estado –“lo que está ahí”–, éste podría ser el sentido político de un partido de centro.* Para ello hay que abandonar la política de prejuicios ideológicos e intereses de los anticuados partidos, condenados históricamente a desaparecer en tanto deben su excesivo relieve a que representan aquel binomio y, según **Paul Johnson**, por ser un producto del siglo XIX. De no ser así, por lo menos tendrán que transformarse muy radicalmente. Las decisiones políticas determinan las posibilidades históricas (18) y, para ser auténticas han de at-

nerse a la realidad vista sin anteojeras, sacando su fuerza del sentido común, esencial en la política. Los tiempos exigen, por lo menos, acabar con el estatismo y restaurar la idea de ciudadano.

Sin embargo, *políticamente*, un partido como centro, en este sentido, encuentra hoy una triple dificultad: por una parte, si pretende ser auténtico centro, ha de apoyarse en la verdad; por otra, la política se funda en la opinión, que no sólo es caótica sino que rechaza la posibilidad misma de la verdad, que apenas acepta ya como propaganda; y, en tercer lugar, la confusión intelectual existente. En estas condiciones podría parecer que el centro no fuera la mejor posición, a menos que se tengan, además de auténtica voluntad de decisión, ideas muy claras sobre lo Político, la Política y el Derecho, la realidad existencial y la situación histórica. Lo cual es posible.

■

Dalmacio NEGRO PAVÓN

(18) Vid. D. Negro Pavón, “Sobre el cambio histórico”. *Revista de Estudios Políticos*. Nº 183-184 (1972) y “Legitimidad y cambio histórico”. *Revista de Estudios Políticos*. Nº 186 (1972).

REVISTA HISPANO CUBANA HC

Un testimonio personal

Elizardo Sánchez

40 años: crónica de una decadencia

Manuel Moreno Fragnals

Entre la agonía y la rebelión

Carlos Franqui

**De Virgilio Piñera a
Reinaldo Arenas**

Ana Belén Martín Sevillano

Principios básicos del liberalismo

Jesús Huerta de Soto

**Derechos Humanos, Documentos,
Cultura y Arte**

Número 4

1999

1000 Ptas.

Director
Guillermo Gortázar

Consejo editorial

Luis Arranz

Néstor Baguer

Alfonso Campo

M^a Elena Cruz Varela

Luis Alberto de Cuenca

Jorge Dávila

Manuel Díaz Martínez

Alina Fernández

Carlos Franqui

José Luis González Quirós

Mario Guillot

Jesús Huerta de Soto

Felipe Lázaro

José M^a Marco

Javier Martínez-Corbalán

Eusebio Mujal León

Mario Parajón

José Luis Prieto Benavent

Tania Quintero

Alberto Recarte

Raúl Rivero

Eugenio Rodríguez Chaple

José Antonio San Gil

José Sanmartín

Pío Serrano

Daniel Silva

Rafael Solano

Álvaro Vargas Llosa

Miguel Veyrat Rigat

Alejo Vidal Quadras

Redactora jefe

Cristina Álvarez Barthe

Redacción

M^a Victoria Fernández-Ávila

Orlando Fondevila

PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:

REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid.

Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08

e-mail: revistah@revistahc.com - Internet: <http://www.revistahc.com>

SER Y NO SER, O EL FIN DE LA REVOLUCIÓN

Eduardo NOLLA BLANCO

Profesor de Filosofía Política. Vicerrector de la Universidad San Pablo CEU

*“Si l’homme n’avait pas opposé
à l’apparence ses successifs
mondes de Vérité; il ne serait
pas devenu rationaliste, il serait
devenu singe”.*

André Malraux

*“La Revolución que ha pulverizado la sociedad aristocrática en la que vivían nuestros padres es el gran acontecimiento de la época. Lo ha cambiado todo, lo ha modificado todo, lo ha alterado todo” (1). La fuerza de la revolución de la que con tanta frecuencia habla **Tocqueville** se ha extinguido hoy, cumpliendo así sus peores presagios sobre el futuro.*

NINGÚN autor ha sabido retratar mejor, hace siglo y medio, la sociedad occidental contemporánea como Tocqueville. Es difícil hallar en los escritores contemporáneos rasgos

de gran originalidad que no se encontrasen ya en las páginas de Tocqueville.

Es quizá la cuestión de la revolución y de su desaparición una de las que mejor ayudan

(1) **Alexis de Tocqueville**, *De la Démocratie en Amérique*, édition historico-critique revue et augmentée par Eduardo Nolla, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1990, II, p. 7, note “c”. Hay versión española en Madrid, Aguilar, 1990.

Director
Guillermo Gallo

Consejo editorial

a comprender los cambios políticos más recientes. Lo que **Bell, Fukuyama** y tantos otros han descrito como el fin de las ideologías, el fin de la historia,

y tantos otros fines, Tocqueville ya lo atisbó el siglo pasado, aunque él lo veía como el fin de la revolución. Las consideraciones sobre el Antiguo Régimen y la Revolución fueron precedidas, como se sabe, en 1835 y 1840, por las reflexiones sobre la democracia americana, pero la *Democracia* podría haber llevado como título *La Revolución y el Nuevo Régimen*.

En efecto, para Tocqueville “*todos los hombres [de nuestros días] son arrastrados por una fuerza desconocida que se puede esperar regular y retrasar, pero no vencer*” (2). El poder de esas aguas fuerza al autor a buscar una explicación a esa peculiar Revolución desde las primeras páginas de la *Democracia*. Si hay que esperar a *El Antiguo Régimen y la Revolución* para que dé una interpretación más amplia y detallada del gran cambio histórico que se estaba produciendo, no es menos cierto que el diseño general de su teoría sobre la revolución (que es mucho más que simplemente la francesa) está ya presente en las dos *Democracias*.

La revolución que tanto preocupa a Tocqueville es el movimiento universal hacia la igualdad. Su inquietud no es tanto por esa mis-

“Lo que Bell, Fukuyama y tantos otros han descrito como el fin de las ideologías, el fin de la historia, y tantos otros fines, Tocqueville ya lo atisbó el siglo pasado, aunque él lo veía como el fin de la revolución.”

ma igualdad —al fin y al cabo en el origen de esa idea está el Cristianismo—, como por el hecho de que si existe una igualdad total no hay lugar para los pequeños cambios,

discusiones y adaptaciones, las “pequeñas revoluciones” diarias que son la marca de todo sistema auténticamente democrático. El inmovilismo, la estabilidad, la nivelación, el silencio, la quietud, la fijeza, son siempre para Tocqueville síntomas de muerte y despotismo.

En un borrador para la *Democracia*, Tocqueville escribe: “*Sería insensato creer que hemos visto el final de esta gran revolución [la del 89]. Ese movimiento continúa. Nadie podría decir dónde se parará. [...] ¿Cuáles serán las consecuencias probables de esa inmensa revolución social? ¿Quién puede decirlo? [...] Vemos que el sol cambia de sitio y que avanza sin parar hacia otros cielos, reconocemos que su avance es regular, sentimos que obedece a la mano del Creador, pero no podríamos determinar la fuerza que le hace mover y somos arrastrados con él hacia un punto todavía desconocido del universo*” (3).

La Revolución Francesa, dice Tocqueville, “*ha regulado, coordinado y legalizado los esfuerzos de una gran causa más que haber sido esa causa ella misma*” (4), es un punto en el movimiento del universo y de la historia hacia la democracia más que su origen o motor. Para explicar esa causa, Tocqueville no podría haber hallado mejor

(2) *El Antiguo Régimen y la Revolución, Oeuvres Complètes* (Edición Gallimard), I, p. 3.

(3) *DA*, I, p. 7, nota “r”.

(4) *DA*, I, p. 65.

metáfora que la de los astros. Si el término *revolución* tiene hoy en día el sentido que se sabe, el que se atribuye (sea la anécdota cierta o falsa) a **Laincourt** (5), no debe ignorarse que la *revolución* del *De revolutionibus orbium coelestium* es un movimiento que tiene como característica volver sobre sí mismo, repetirse indefinidamente, dentro de una circularidad idéntica, que no transforma el universo sino que lo instala dentro de una regularidad perfecta, eterna y monótona, girando en torno a un centro único que permanece inmóvil.

La teoría de la revolución imaginada por Tocqueville y detrás de la cual se oculta en realidad su filosofía de la historia, no ha dejado de ser objeto de todo género de comentarios. Su teoría parece contener, inicialmente, un elemento de determinismo o de fatalismo (6) difícilmente compatible con el resto de su teoría.

Ese movimiento irresistible, lineal, hacia la democracia que se encuentra en todas las páginas de Tocqueville, el avance inexorable de la igualdad social, política e intelectual, todas esas tendencias parecen tener, como muchos han afirma-

do, todo el peso del destino y de la religión (7).

Ese Tocqueville que tiene un respeto cuasi-religioso al avance de la igualdad democrática se opone siempre al Tocqueville que defiende la libertad individual y el poder del hombre para cambiar su destino y hacer su propia historia. ¿Liberal o fatalista? La dificultad, quizá la imposibilidad de decidir viene de querer pensar un objeto circular con un pensamiento lineal. Es en el sentido de que la igualdad social produce, a la larga, la igualdad legal y política, donde la teoría de Tocqueville puede ser catalogada de determinista, y que la llegada de la democracia, la gran Revolución de la que forma parte la Revolución Francesa, es inevitable.

Una vez proclamada la igualdad intelectual (todo hombre tiene la misma capacidad de llegar a la verdad que cualquier otro), la trans-

formación de las condiciones sociales y políticas no es más que cuestión de tiempo, es, según los términos del pensamiento de Tocqueville, inevitable y hasta un deseo divino. Ocurre así que la Revolución Francesa, deseo de Dios y

“Si para el joven Marx el motor de la revolución socialista se encuentra en el futuro, lo que conduce al problema insoluble de saber si hay que esperarlo o trabajar para que tenga lugar, para Tocqueville el impulso revolucionario viene del pasado, lo que le permite observar la revolución con los ojos de la experiencia y de la historia vaciándola de su peso providencial.”

(5) “Es una revuelta –habría dicho Luis XVI–. –No, Señor –habría respondido Laincourt– es una revolución”. Citado por **Hannah Arendt**, *Sobre la revolución*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, p. 55.

(6) *DA*, I, p. 6, y nota “q”.

(7) *DA*, I, p. 8, y nota “u”.

situada en el centro de la historia por su carácter igualitario y europeo, está al mismo tiempo relativizada e inscrita en una teoría de la historia de mayor rango.

Una vez que se eliminan todas las causas secundarias, afirma Tocqueville, todas las revoluciones del mundo han sido hechas y se hacen con el único fin de aumentar o disminuir la igualdad, que es la base o hecho generador del motor revolucionario. Las revoluciones consisten y han consistido siempre en dirigir los ricos contra los pobres y los pobres contra los ricos. En otro lugar resumí el punto de vista de Tocqueville sobre este asunto afirmando que para Tocqueville la Revolución Francesa no ha sido ni una verdadera revolución ni una revolución propiamente francesa.

La Revolución Francesa no había sido una verdadera revolución porque las auténticas revoluciones ocurren en las mentalidades, las ideas, las creencias, los hábitos del corazón. Podría decirse que en Tocqueville el movimiento revolucionario es de sentido perfectamente contrario al de **Marx**: el cambio tiene lugar en la superestructura y desciende hasta la materia. *“La Revolución ha dado término repentinamente, con un esfuerzo convulsivo y doloroso, sin transición, sin precauciones, sin consideraciones, a lo que por sí solo a la larga se habría consumado poco a poco”* (8).

Hay, no obstante, un punto común entre

“Los revolucionarios franceses de Tocqueville son partidarios, sin saberlo, de la igualdad y la centralización, de la misma manera que los movimientos políticos contemporáneos parecen ir hacia un mismo centro común e igual.”

Marx y Tocqueville: si su punto de partida es distinto, ambos dan prioridad a lo social sobre lo político, a la sociedad sobre el Estado. No conviene, sin embargo, dejarse llevar muy lejos por

esta semejanza. En Tocqueville la sociedad está siempre intelectualizada, se define como comunidad de ideas, lugar de comunicación y de debate. Tocqueville pretende, y esta es una de las razones de su interés actual, que el mundo funcione gracias a las imágenes, imágenes y construcciones mentales que se hacen más reales que la materia, lo que autores como **Baudrillard** no han dejado de observar.

Todo cambio histórico comienza necesariamente en las ideas. Éstas, a su vez, transforman y son transformadas por las condiciones sociales y materiales de una sociedad. Es lo que constituye, según Tocqueville, el estado social de una sociedad. *“Las sociedades políticas —observa en este sentido— son no lo que les hacen sus leyes, sino lo que les preparan de antemano los sentimientos, las creencias, las ideas, los hábitos de corazón y de mente de los hombres que las componen, lo que la naturaleza y la educación han hecho de ellos. Si esta verdad no sale de todas las partes de mi libro, si no lleva a los lectores a hacer en este sentido un examen de sí mismos, si no les indica a cada instante, sin tener la pretensión de enseñárselo, cuáles son los sentimientos, las ideas, las costumbres que solamente pueden conducir a la prosperidad y a la libertad pública, cuáles son los vicios y los*

(8) AR, I, p. 96.

errores que les apartan, al contrario, imparablemente, no habré obtenido el objetivo principal y, por así decir, el único que tengo en vista”.

A su vez, el estado social da forma al estado político (hoy hablaríamos de Sociedad y de Estado). Las condiciones materiales e intelectuales de una sociedad modifican y son cambiadas por las ideas y los sentimientos y una vez que se ha producido el cambio en el estado social, las instituciones legales y políticas se adaptan a él. “A la larga —dice Tocqueville— la sociedad política no podría dejar de convertirse en la expresión e imagen de la sociedad civil” (9).

Estos son los motivos que producen, en la óptica de Tocqueville, que la verdadera revolución ocurra en gran parte antes de 1789, acelerada por un cambio de naturaleza sobre todo europea (10) que había comenzado con la Reforma, se había continuado con **Bacon** y **Descartes**, y que después había dado a la Ilustración ideas universales aplicables a todas las épocas y a todas las partes del mundo. En este sentido, la Revolución Francesa había tenido lugar en gran medida antes de 1789. “En el fondo —escribe Tocqueville— todos los hombres situados por encima del pueblo se parecían. Tenían las mis-

mas ideas, los mismos hábitos, seguían los mismos gustos, se entregaban a los mismos placeres, leían los mismos libros, hablaban el mismo lenguaje” (11).

“Estaban en curso las mismas ideas de un extremo del reino al otro —prosigue en otro lugar—. Estaban en vigor los mismos usos, se profesaban las mismas opiniones. El espíritu humano, sorprendido de la misma manera en todas partes, se dirigía a la misma dirección por todas partes. En una palabra, los franceses, con sus provincias, sus parlamentos, la diversidad de sus leyes civiles, la extraña variedad de sus costumbres, formaban, sin embargo, sin contradicción, el pueblo de Europa más ligado en todas sus partes y el más dispuesto a moverse como un solo hombre si fuera necesario” (12).

Si para el joven Marx el motor de la revolución socialista se encuentra en el futuro, lo que conduce al problema insoluble de saber si hay que esperarlo o trabajar para que tenga lugar, para Tocqueville el impulso revolucionario viene del pasado, lo que le permite observar la revolución con los ojos de la experiencia y de la historia

vaciándola de su peso providencial. Y si el proletariado alemán mereció ser marxista sin saberlo, como tan pertinentemente mostró **François Furet** (13), puede decirse que,

“La Revolución Francesa no habría sido otra cosa que la adaptación brusca de lo real a lo ideal o, más precisamente, a una filosofía abstracta formada por teorías que no habían sido refinadas o confirmadas por la práctica política.”

(9) DA, II, p. 165, nota “1”.

(10) (Carta a **Charles Monnard**, 5 de octubre de 1856, Bibliothèque cantonale et universitaire de Lausanne).

(11) AR, I, p. 146.

(12) AR, I, p. 59.

(13) *Marx et la Révolution française*, París, Flammarion, 1986, p. 17.

por su parte, los revolucionarios franceses de Tocqueville son partidarios, sin saberlo, de la igualdad y la centralización, de la misma manera que los movimientos políticos contemporáneos parecen ir hacia un mismo centro común e igual. *“La Francia de entonces [la del antiguo régimen], con su nobleza, su religión de Estado, sus leyes y sus costumbres aristocráticas, era ya, con todo, la nación más verdaderamente democrática de Europa –anota Tocqueville en ‘El Antiguo Régimen y la Revolución’–, y [...] los franceses de fines del siglo XVIII, por su estado social, su constitución civil, sus ideas y sus costumbres, habían aventajado en mucho a los de los pueblos de nuestros días que tienden más visiblemente hacia la democracia”* (14).

La Revolución Francesa no habría sido otra cosa que la adaptación brusca de lo real a lo ideal o, más precisamente, a una filosofía abstracta formada por teorías que no habían sido refinadas o confirmadas por la práctica política. El movimiento hacia la igualdad, del que la Revolución Francesa es un simple episodio, es independiente del desarrollo hacia la libertad. La igualdad es tan buena aliada del despotismo como de la libertad. Sólo hay lugar para dos tipos de régimen político: la libertad o el despotismo.

Así se explica que Tocqueville parta de la idea de que el dar a la razón individual una

“El movimiento hacia la igualdad, del que la Revolución Francesa es un simple episodio, es independiente del desarrollo hacia la libertad. La igualdad es tan buena aliada del despotismo como de la libertad.”

completa independencia debe llevar a los hombres hacia la anarquía intelectual y a continuas revoluciones en las opiniones humanas. El autor francés llega a la

conclusión de que en los países democráticos las creencias se hacen cada vez más comunes y estables, el espíritu humano se hace demasiado inmóvil y las opiniones humanas demasiado estables, e igualmente concluye que el estado social no es lo suficientemente revolucionario en las democracias (15). De manera que, por una parte, la teoría de Tocqueville hace de la Revolución Francesa un acontecimiento relativo dentro de la gran revolución democrática del mundo y, por otra, los principios de la Revolución adquieren todo su valor de manera indirecta en toda la teoría de la democracia.

En efecto, el sistema político creado por la nueva ciencia política de Tocqueville pone en marcha todas las acciones, principios y ambiciones que provocaron la Revolución Francesa, principios que sitúan a los espíritus y a la sociedad en una condición perpetua de peligro, confrontación y movimiento, como en ese momento único de 1789 que sirve de original para un número infinito de copias, momento en el que los hombres estaban *“tan sinceramente apasionados por el bien público, se habían olvidado tan verdaderamente de sus intereses, tan absortos en la contemplación de un gran proyecto, tan resueltos a arries-*

(14) AR, I, p. 53.

(15) DA, II, p. 216, nota “q”.

gar por él todo lo que los hombres más quieren en la vida” (16).

“Eran —escribe Tocqueville— una discusión y búsqueda universales” (17), una especie de “revolución permanente”. **Pascal Bruckner** lo ha expresado de la siguiente manera: “De la misma manera que Pascal pedía a la razón que ‘albergara a su enemigo dentro de ella’, la democracia, para sobrevivir, debe englobar a su contrario sin dejarse destruir por él, colonizar para su propio provecho los valores hostiles a su desarrollo, la fuerza, la intransigencia, la pasión, ponerse en marcha entre los peligros que, paradójicamente, la fortifican pero pueden también matarla” (18).

Tocqueville fue siempre un gran lector de Pascal y por eso repetía que “el último gesto de la razón es reconocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepasan. Si no lo reconoce será débil” (19). El movimiento de la historia se realiza, pues, con dos velocidades.

“Para que el centro tenga el valor que antes tenía el conjunto de ideas centrales a los sistemas democráticos es indispensable que la posición sea identificada por todos los demás.”

Hay la gran revolución y las pequeñas revoluciones o, como dice Tocqueville “*las pequeñas perturbaciones que la libertad pública induce constantemente*” (20).

Pues bien, se observa hoy que se ha producido —como había vaticinado Tocqueville que podría suceder en los malos sistemas democráticos— una desaparición del principio revolucionario. “Se cree —escribió Tocqueville— que las nuevas sociedades quieren cambiar de aspecto cada día, y yo temo que acaben invariablemente demasiado fijas en las mismas instituciones, los mismos prejuicios y las mismas costumbres, de tal manera que el género humano se detenga y se limite, que la mente se pliegue y se repliegue eternamente sobre sí misma sin producir

nuevas ideas; que el hombre se agote en pequeños movimientos solitarios y estériles y que, moviéndose sin cesar, la humanidad deje de avanzar” (21).

(16) AR, II, p. 133-134.

(17) AR, II, p. 125.

(18) **Pascal Bruckner**, *La mélancolie démocratique*. París, Seuil, 1990, p. 152.

(19) Edición Lafuma, pensamiento 373.

(20) AR, I, p. 197.

(21) Párrafo final del capítulo 21 de la tercera parte del segundo volumen de su obra, que lleva por título, precisamente, *Por qué llegarán a ser raras las grandes revoluciones*. Le precede la siguiente reflexión igualmente pertinente a nuestra época: “Si los ciudadanos continúan encerrándose cada vez más estrechamente en el círculo de los pequeños intereses domésticos y agitándose en él sin reposo, se puede temer que acaben por hacerse inaccesibles a esas grandes y poderosas emociones públicas que perturban a los pueblos pero que los desarrollan y renuevan. Cuando veo a la propiedad hacerse tan móvil y el amor a la propiedad tan inquieto y tan ardiente, no puedo evitar temer que los hombres lleguen al extremo de considerar toda teoría nueva como un peligro, toda innovación como una enojosa molestia, todo progreso social como un primer paso hacia una revolución, y que se nieguen por completo a moverse por miedo a que se les arrastre. Temo, lo confieso, que se dejen finalmente poseer de tal manera por un ruin amor a los goces presentes que desaparezca el interés por su propio porvenir y el de sus descendientes, y que prefieran seguir cómodamente el curso de su destino que hacer, en caso de necesidad, un súbito y enérgico esfuerzo para corregirlo”.

La sociedad política actual no se caracteriza por la tensión que define a la libertad democrática, en los términos en que los hace el pensador francés, sino más bien por un colapso hacia una posición común. Podemos retomar, para explicarlo, la imagen que Tocqueville emplea del sistema solar cuando habla del movimiento conjunto del género humano hacia un punto desconocido del universo.

Jean Baudrillard al hablar de América y después de la sociedad contemporánea, ha empleado con frecuencia el término de *sideralización*, lo que resulta bastante apropiado. En épocas anteriores el sistema democrático se podía singularizar por la existencia de un conjunto de creencias comunes, alrededor de las cuales giraban, como planetas, a veces acompañados de satélites, las ideologías políticas, cada una con sus peculiaridades, a su velocidad y con sus características propias. Cada uno de los planetas giraba o "revolucionaba" sobre su eje y hacía otro tanto alrededor del sol. Este sistema solar-

"El centro es, al fin y al cabo, el lugar equidistante de los límites del universo y, por tanto, el hipotético lugar donde se situaría de nuevo una explicación común que sirviera de referencia y de kilómetro cero del nuevo universo."

ideológico se dirigía solidariamente, haciendo historia, hacia ese fin o punto ignorado del universo del que hablaba Tocqueville.

Hoy, el conjunto de creencias comunes está en crisis o desapareciendo (22), y los planetas ideológicos, desprovistos del equilibrio que les proporcionaba la referencia común, salen disparados con fuerza centrífuga en distintas direcciones. Es lo que Baudrillard llama el nuevo espacio democrático sideral. Lo único que tienen en común las posturas ideológicas contemporáneas es el vacío, que lo llena todo, y dentro del cual no existe movimiento ni historia ni fin común. Encerradas cada vez más en sí mismas y en su propio movimiento parecen, a primera vista, dispersarse en el vacío. "Hay que hacerse a la idea —explica este mismo autor— de que ya no hay fin, de que no habrá un fin, de que la historia se ha vuelto interminable" (23).

Finkelkraut define de la siguiente forma a esta nueva democracia: "No hay ya ni verdad ni mentira, ni estereotipo ni invención, ni belleza o fe-

(22) Es lo que Lyotard llamaba los "meta-relatos". **Jean-François Lyotard**, *Le postmoderne expliqué aux enfants*. París, Galilée, 1988, p. 38.

(23) **Jean Baudrillard**, *L'illusion de la fin*. París, Galilée, 1992, p. 124.

(24) **Alain Finkelkraut**, *La défaite de la pensée*. París, Gallimard, 1987, p. 142. La versión más peregrina de este fenómeno se descubre en lo que se pretende que es lo políticamente correcto y que no es más que un intento de camuflar las tensiones sociales, políticas o lingüísticas bajo un apariencia de igualdad. Véase, como muestra, la irónica versión políticamente correcta de Caperucita Roja que ofrece **Garner**: "Érase una vez una persona de corta edad llamada Caperucita Roja que vivía con su madre en la linde de un bosque. Un día, su madre le pidió que llevara una cesta con fruta fresca y agua mineral a casa de su abuela, pero no porque lo considerara una labor propia de mujeres, atención, sino porque ello representaba un acto generoso que contribuía a afianzar la sensación de comunidad. Además, su abuela no estaba en-

aldad, sino una paleta infinita de placeres distintos e iguales. La democracia, que implicaba el acceso de todos a la cultura, se define, en lo sucesivo, como el derecho de cada uno a la cultura de su elección” (24). Es la confusión final de todas las ideas, de todos los valores, de todos los principios, en una masa igual e indiscriminada donde nada se distingue, en la que todo es idéntico, donde no hay diferencia entre el ser y el no ser, lo uno y su contrario.

Baudrillard, autor de deliberada hiriente inteligencia, ha escrito a este propósito: “El equilibrio que regulaba nuestro mundo por la fuerza de lo negativo está roto. Los acontecimientos, los discursos, los sujetos o los objetos sólo existen en el campo magnético del valor, que no existe más que por la tensión de dos polos: el bien o el mal, lo verdadero o lo falso, lo masculino o lo femenino. Ahora bien, son esos valores, hoy despolarizados, los que se ponen a dar vueltas en el campo indiferenciado de la realidad. Y los objetos se ponen también a dar vueltas en el campo de la indiferencia de la realidad. No queda más que una forma

circular de conmutación o de sustitución entre valores erráticos y desconectados. Todo lo que entraba en una oposición regular pierde el sentido por indistinción con su contrario, debido al aumento de fuerza de una realidad que absorbe todas las diferencias y que confunde los términos opuestos en la misma promoción incondicional” (25).

A ese movimiento de separación de las teorías se opone, no obstante, una nueva fuerza centrípeta: la búsqueda del punto central. El centro es, al fin y al cabo, el lugar equidistante de los límites del universo y, por tanto, el hipotético lugar donde se situaría de nuevo una explicación común que sirviera de referencia y de kilómetro cero del nuevo universo. Eso explica la lucha y búsqueda, a veces desesperada, por situarse en el corazón del nuevo universo político (26).

Pero encontrar ese punto ideal en un universo del que se ignoran las dimensiones, el tamaño, sus límites, y si está en expansión o se contrae, es imposible. Así, el concepto de

“El centro no es ya una mera cualidad horizontal, como cuando, en un mismo plano, giraban los planetas alrededor del sol. Hoy es una condición multidimensional, lo que hace más difícil su identificación.”

férrea; antes bien, gozaba de completa salud física y mental y era perfectamente capaz de cuidar de sí misma como persona adulta y madura que era...”. **James Finn Garner**, *Cuentos infantiles políticamente correctos*. Barcelona. Circe, 1995, p. 15. No hace falta indicar que los enanitos de Blancanieves son ahora *hombres verticalmente limitados*, que Hamelín es una *comunidad con industrias no contaminantes y una amplia y equilibrada diversidad etnorreligiosa* y que el hada de Cenicienta es ahora su *representante sobrenatural privado*.

(25) **Jean Baudrillard**, *Le crime parfait*. París, Galilée, 1995, p. 98-99.

(26) Este hecho está detrás de que desaparezca de la atención de los ciudadanos la cuestión social y política para ser sustituida por la cuestión natural. Del contrato social hemos pasado al “contrato natural” de **Michel Serres** y a la preocupación por los problemas materiales y ecológicos del mundo, el “grado cero de la ideología” como a veces ha dicho Baudrillard.

centro se difumina y pierde todo su sentido original. Para estar en el medio hay que conocer los límites y establecerse en una posición equidistante. Eso resulta hoy imposible si se desconocen las fronteras.

Para que el centro tenga el valor que antes tenía el conjunto de ideas centrales a los sistemas democráticos es indispensable que la posición sea identificada por todos los demás. Como esto no puede ya suceder una vez roto el sistema de equilibrios y fuerzas de épocas anteriores, nos encontramos hoy con la reclamación de varias posturas políticas que presumen de estar, simultáneamente, en ese lugar, sin que nadie pueda ni confirmar ni desmentir sus afirmaciones.

Por si no fuera suficiente, el centro no es ya una mera cualidad horizontal, como cuando, en un mismo plano, giraban los planetas alrededor del sol. Hoy es una condición multidimensional, lo que hace más difícil su identificación. No hablamos ya de creencias o posiciones políticas, la centralidad se extiende a las clases sociales, a la política económica, a la cultura... Y a medida que se centralizan ideas y programas, lo político parece oprimir más al ciudadano, que se desentiende de ello.

“La obsesión por ocupar el lugar antes reservado a algunas verdades que se aceptaban como comunes, inmóviles y permanentes ha llevado, quizá, ha promover la existencia de un enorme agujero negro que engulle toda la materia y antimateria no dejando escapar de él ninguna luz, lugar final en el que reposan la igualdad social, política e ideológica, el pensamiento único y la cultura común.”

Alain Touraine ha escrito que *“en tanto en cuanto es artificial pretender que pueda disolverse el Estado, es igualmente indispensable definir el sistema político y democrático como un lugar de tensiones y de negociaciones entre la unidad del Estado y la pluralidad de los actores sociales. Las tensiones son necesarias no sola-*

mente para impedir la burocratización y la militarización de la sociedad, sino también para impedir su dualización entre una vida pública centralizada y una vida privada atomizada” (27).

Ante la confusión de un sistema político que no funciona ya como estábamos acostumbrados, la obsesión por ocupar el lugar antes reservado a algunas verdades que se aceptaban como comunes, inmóviles y permanentes ha llevado, quizá, ha promover la existencia de un enorme agujero negro que engulle toda la materia y antimateria no dejando escapar de él ninguna luz, lugar final en el que reposan la igualdad social, política e ideológica, el pensamiento único y la cultura común.

Ese es el mundo sin revolución que tanto asustaba a Tocqueville. Tanto le sorprendió en su momento llegar a la conclusión de que sin revolución o sin “pequeñas revoluciones” no podía haber libertad ni democracia, que él mismo hacía el esfuerzo de controlar su pluma pa-

(27) **Alain Touraine**, *Qu'est-ce que la démocratie?* París, Fayard, 1994. p. 212.

ra no asustar a sus contemporáneos. Es ese tipo de micro-revoluciones continuas de las que hablaba Tocqueville las que aseguran la existencia de la libertad democrática, que es siempre fruto de la tensión entre principios opuestos. La coincidencia política será siempre mera apariencia, imagen sin embargo peligrosa pues oculta el vacío político.

Al hacer de la Revolución Francesa un acontecimiento del pasado, al hacerla salir de

la gran historia humana relativizándola, Tocqueville no disminuye su importancia. La Revolución Francesa se hace equipaje indispensable del hombre democrático y sus principios se incorporan para siempre a la historia humana. Ya terminada antes de 1789, debe repetirse a cada instante en los sistemas democráticos para que sean libres; siempre la misma y, al mismo tiempo, siempre diferente.

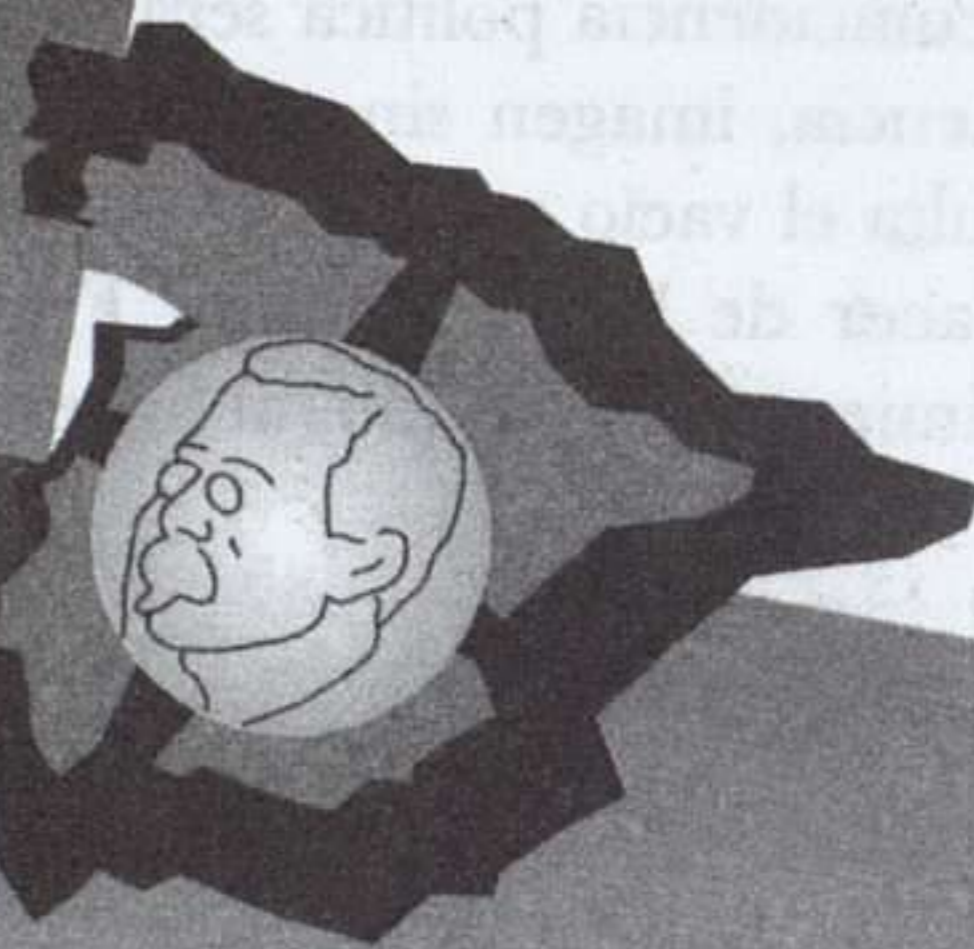


Eduardo NOLLA BLANCO

Veintiuno
COLECCIÓN
novedades

**Cánovas
y la vertebración
de España**

Varios Autores



Veintiuno
COLECCIÓN

WEYLER,



*de la leyenda a
la historia*

Emilio de Diego

Veintiuno
COLECCIÓN

Pedidos

Fundación Cánovas del Castillo

Marqués de la Ensenada 14-16

3ª Planta. Oficina 23. Madrid 28004

Tel. 91319 59 04-08 Fax. 319 82 58

Librería Rubiños 1860

Alcalá, 98. Madrid 28009

Tel. 91 575 42 27

ESPAÑA EN UN MUNDO GLOBAL

Rodrigo DE RATO Y FIGAREDO

Vicepresidente 2º del Gobierno y Ministro de Economía y Hacienda

Nos encontramos a unos meses de iniciar un nuevo siglo. El siglo XXI vendrá acompañado de profundos cambios en las relaciones sociales, económicas y políticas. En algunos aspectos, estos cambios ya han empezado a producirse y todos ellos responden a un mundo que avanza a pasos agigantados hacia una mayor internacionalización, donde casi nada de lo que sucede en cualquier lugar del mundo nos es ajeno.

Cambios que ofrecen nuevas oportunidades de progreso y modernización que debemos aprovechar, pero que también plantean nuevos retos a los que tenemos dar respuesta.

LA mundialización de la economía y la globalización financiera no pueden dejar de lado el desarrollo de las personas, porque las sociedades no progresan si con ellas no progresan al mismo tiempo sus ciudadanos. Eso implica, además, un compromiso colectivo de lucha contra las desigualdades, sin el que difícilmente se pueden sentar las bases de la convivencia en paz y en libertad. La defensa de esos valores en el nuevo escenario se fundamenta

en la igualdad de oportunidades y en la responsabilidad individual, y en ofrecer a los ciudadanos los instrumentos que les permitan mejorar su bienestar.

El siglo XXI introduce también nuevos elementos en las relaciones políticas y económicas. En un mundo que ya no está dividido por bloques ideológicos, la cultura surge como eje fundamental de las relaciones internacionales. Y ahí nuestro país parte con una clara venta-

ja que no podemos desaprovechar. Nuestra historia, la riqueza y pluralidad de nuestra cultura, nuestra posición geográfica, política y económica nos proporcionan puntos de encuentro con otros países y culturas muy diferentes, que nos abren nuevos caminos y nos permiten estrechar unas relaciones políticas y económicas que, cada vez en mayor medida, descansan en la capacidad para dialogar, comprender, respetar y tolerar.

España es un país europeo, abierto, además, al continente americano. España es un país mediterráneo que mira al Norte, a Europa, y que mira al Sur, hacia África y el Magreb. España es puente con Iberoamérica, a la que nos une la historia y la lengua. Y a diferencia de la mayor parte de los países desarrollados, España no tiene, ni ha tenido en el último siglo, conflictos internacionales que obstaculicen su presencia en ningún lugar del mundo.

Pero no sólo la cultura nos ofrece una clara oportunidad, sino que nuestra propia evolución económica, social y política nos sitúa en condiciones de jugar un papel distinto.

El nuevo papel de España

En poco más de veinte años la sociedad española ha vivido una profunda transformación.

“El siglo XXI introduce también nuevos elementos en las relaciones políticas y económicas. En un mundo que ya no está dividido por bloques ideológicos, la cultura surge como eje fundamental de las relaciones internacionales. Y ahí nuestro país parte con una clara ventaja que no podemos desaprovechar.”

Basta con echar un poco la vista atrás para comprobar la importancia de los cambios sociales, políticos y económicos que nuestro país ha protagonizado en ese corto espacio de tiempo. La nueva España, la España que entra en el siglo XXI,

está en situación de defender mejor sus intereses en el mundo, porque hace tiempo que ha dejado de ser el eterno candidato a participar en los foros internacionales para convertirse en miembro de pleno derecho en todos ellos. Además, nuestra condición de miembro también ha mejorado y tenemos la posibilidad no sólo de defender adecuadamente nuestros intereses sino de promover nuestros valores.

Ahora se trata de aprovechar todas estas ventajas. Nuestro mestizaje cultural nos facilita la apertura a un mundo cada vez más interrelacionado. La profunda transformación que la sociedad española ha protagonizado nos permite defender nuestros intereses y los valores que España representa, para contribuir a construir el mundo que queremos.

Hoy jugamos un papel distinto en Europa. Hace apenas unos meses se ha establecido el euro y España está entre los fundadores por méritos propios. El esfuerzo realizado por la sociedad española nos ha situado entre el grupo de países que protagonizarán la construcción europea el próximo siglo. No sólo eso. Si España no se hubiera comprometido firme-

mente con el cumplimiento de los criterios de estabilidad exigidos en el Tratado para formar parte de la Unión Económica y Monetaria, posiblemente no estaríamos ante un euro amplio, constituido por la gran mayoría de los países que quieren participar, un euro sobre el que es posible avanzar en la integración económica y política.

España debe ser consciente de su mayor capacidad para hacer aportaciones al proyecto europeo. Ya no estamos ante un Tratado de Adhesión, cuyos términos se aceptan o no. Podemos contribuir a mejorar Europa y sabemos qué Europa queremos.

Queremos una Europa más cercana a los ciudadanos, a través de sus políticas y de sus instituciones. Queremos una Europa abierta al mundo y ampliada a los países del Centro, el Este y el sur de Europa, incluyendo Turquía (por razones éticas y políticas, pero también porque queremos consolidar sus democracias y compartir con ellos nuestros valores). Queremos una Europa solidaria, que profundice en las políticas de cohesión económica y social consagradas en los Tratados, que apoye a los países que aún no han alcanzado los niveles medios de prosperidad y que éstos, a su vez, se responsabilicen de llevar a cabo políticas que garanticen la convergencia en bienestar. Y queremos una Europa con una verdadera política exterior y de seguridad común, porque sólo así podremos asumir nuestra responsa-

bilidad de contribuir a la paz y a la solidaridad en el mundo.

No sólo ha cambiado nuestra situación en Europa. Hoy podemos jugar el papel que otros países han desempeñado antes hacia España. Nuestros vínculos con Iberoamérica o con los países del Mediterráneo y del mundo árabe no sólo tienen un contenido histórico, cultural o de vecindad. Ahora España quiere actuar como país solidario, como posible socio, como país inversor o como receptor de las disposiciones de todos estos países en instancias multilaterales.

Iberoamérica ha emprendido un proceso de cambio, de mayor compromiso con la democracia, de creciente integración de sus economías, entre sí y con el resto del mundo, y de modernización de sus instituciones. Iberoamérica ha realizado importantes esfuerzos, pero aún tiene ante sí grandes retos. El más importante, sin duda, es corregir las desigualdades sociales, para lo cual es necesario que los países iberoamericanos aborden una profunda revisión de sus sistemas fiscales, de sus sistemas de protección social, de la educación como base para el desarrollo y favorecer la creación de un entramado de pequeñas y medianas em-

presas. España está dispuesta a participar en ese proceso a través de la política de cooperación al desarrollo, de la presencia empresarial y comercial, y, como miembro de la Unión Europea, impulsando una relación privilegia-

“España debe ser consciente de su mayor capacidad para hacer aportaciones al proyecto europeo. Ya no estamos ante un Tratado de Adhesión, cuyos términos se aceptan o no. Podemos contribuir a mejorar Europa y sabemos qué Europa queremos.”

da con Iberoamérica.

España también tiene un importante papel que desempeñar en las relaciones entre la Unión Europea y los países del Sur del Mediterráneo.

Para el Partido Popular es prioritario crear una zona de paz y prosperidad. Debemos seguir tomando la iniciativa para aumentar la cooperación entre las dos riberas, de forma que la estabilidad se asiente sobre la base del respeto a los derechos humanos, de la tolerancia y de la prosperidad.

Estamos ante un escenario distinto, con nuevas oportunidades y también, sin duda, con nuevos retos. El final del siglo XX coincide con la internacionalización de la economía y con la globalización de los mercados financieros. Pero igualmente coincide con una creciente libertad de circulación en otros ámbitos, con una mayor interdependencia entre países y la necesidad de aumentar la cooperación entre gobiernos, con la democratización de los países europeos que antes estaban sometidos por regímenes totalitarios, y coincide, en fin, con importantes avances tecnológicos.

Estamos en un mundo en el que la expansión de la libertad de circulación de ideas, personas, información y conocimientos, mercancías y servicios, está haciendo desaparecer barreras que antes parecían infranqueables. Pero frente a estos avances existe el riesgo del proteccionismo, porque hay quienes quieren

“La libertad de comercio ha demostrado ser un motor de desarrollo económico, de cooperación política y de intercambio cultural. Nuestra propia experiencia, la de España, es que cuando nos hemos abierto al exterior, hemos avanzado más deprisa.”

levantar nuevamente estas barreras.

Nuestro mundo requiere una mentalidad más abierta, porque casi nada de lo que sucede en otros lugares, por distantes que estén geográficamente, nos es ajeno.

Problemas que antes eran considerados locales, como la protección del medio ambiente o la delincuencia, hoy tienen una dimensión internacional.

Vivimos en un mundo que ha visto derrumbarse en Europa los sistemas totalitarios y donde, cada vez más, la democracia es reconocida como el único sistema donde es posible la convivencia en paz y el desarrollo social. Aunque, en algunos casos, el vacío que han dejado los totalitarismos ha sido cubierto por la aparición de nacionalismos excluyentes.

Somos cada vez más conscientes de la necesidad de luchar contra la pobreza y la desigualdad, de mantener la paz o la estabilidad financiera internacional, problemas cuyas soluciones requieren una mayor cooperación entre los gobiernos, porque no somos capaces de abordarlos aisladamente. Los Estados miembros de la Unión Europea hemos respondido a estas necesidades con una mayor integración política y económica. Pero no somos el único ejemplo: también en el continente americano, en Asia y a través de los organismos multilaterales se avanza en el mismo sentido.

Avanzamos hacia una mayor integración y cooperación internacional, poniendo en común

parcelas de soberanía y compartiendo decisiones. Al mismo tiempo, hay una creciente demanda de las sociedades para que los ámbitos de decisión estén más próximos a las personas. En España hemos sabido responder a esta demanda dotándonos de uno de los sistemas políticos más modernos y descentralizados, el Estado de las Autonomías.

El desarrollo tecnológico, especialmente intenso en el campo de la comunicación, y el uso generalizado de las nuevas tecnologías de la información están en el origen de la globalización y constituyen, a la vez, uno de los principales retos que ésta plantea. En la sociedad del conocimiento, el individuo puede ser protagonista en la superación de las fronteras y la educación, la ciencia y la investigación cobran un renovada importancia como fuentes de progreso.

Asistimos a un extraordinario crecimiento de los intercambios comerciales y financieros. Las empresas de un país compiten no sólo entre ellas sino también con empresas que producen bienes y servicios en el otro lado del mundo; su referencia ya

no es el mercado doméstico sino el mercado global, y la prosperidad del conjunto de la sociedad depende en buena medida de la capacidad del tejido productivo de una economía para competir en ese mercado global.

La libertad de comercio ha demostra-

do ser un motor de desarrollo económico, de cooperación política y de intercambio cultural. Nuestra propia experiencia, la de España, es que cuando nos hemos abierto al exterior hemos avanzado más deprisa. La libertad de comercio beneficia a todos, pero especialmente es una oportunidad para los países menos desarrollados: si no les abrimos nuestras puertas será muy difícil que puedan subir al tren de la prosperidad global.

Sin embargo, la libertad de comercio no es suficiente. Los países más prósperos tenemos que asumir la responsabilidad de promover nuestros valores. Nuestra creciente presencia en el mundo debe servir también para impulsar normas aceptadas por todos que impidan la explotación laboral, especialmente de las mujeres y los niños, que son quienes la sufren con mayor intensidad, o el abuso irresponsable de los recursos naturales, que pone en peligro el medio ambiente que dejaremos a futuras generaciones.

Hay quienes quieren ver en la globalización de la economía y en la exigencia de competitividad un riesgo para los sistemas de bienestar que hemos construido en la mayor parte de los países desarrollados, pero cohesión social y competitividad no son objetivos contradictorios. Es más, los factores que más influyen en la competitividad de una

“Los españoles podemos sentirnos orgullosos del esfuerzo realizado, de nuestra transformación, del lugar que hoy ocupamos en Europa y en el mundo y de las condiciones económicas con las que entramos en el siglo XXI. Pero no podemos conformarnos: tenemos la oportunidad de dar un salto de progreso y de aumentar nuestra presencia en el mundo.”

economía son también soportes fundamentales del bienestar: la estabilidad social y económica y la igualdad de oportunidades a través de la educación, la formación y la capacidad de innovación.

Estabilidad y cohesión

Para el Partido Popular, los desafíos del siglo XXI sólo pueden afrontarse con éxito desde la estabilidad y la cohesión social. Una sociedad sin valores, que no sea solidaria, que no esté comprometida con la lucha contra la pobreza y las desigualdades, difícilmente puede crear un marco de convivencia que estimule las aspiraciones individuales y que justifique el esfuerzo colectivo.

Cuando mejoramos la calidad de los servicios públicos, alcanzamos acuerdos para garantizar las pensiones o llevamos a cabo políticas para facilitar la incorporación al mercado de trabajo a quienes tienen más dificultades, no sólo estamos avanzando hacia una mayor cohesión social, también estamos sentando las bases sobre las que descansan nuestra confianza, nuestra capacidad de diálogo y nuestra capacidad de adaptación a un mundo que cambia.

Los españoles hemos comprobado que la estabilidad económica es clave para avanzar en la cohesión social. Lograr la estabilidad económica alcanzada en los últimos tres años exigía reducir el déficit público. Muchos pusieron

“España e Iberoamérica no pueden desperdiciar el papel que puede jugar la lengua española en la sociedad del conocimiento, como lengua de intercambios culturales y comerciales.”

en duda que fuera posible hacerlo sin recortar derechos sociales adquiridos o aumentar los impuestos. Pues bien, hemos pasado de ser uno de los países con

más déficit y crecimiento de la deuda de la Unión Europea a tener unas cuentas públicas más saneadas que el conjunto. En 1995 el déficit público superaba en 2,5 puntos la media de los países que hoy formamos parte del euro. En 1998 ya estábamos 3 décimas por debajo; y en el año 2002 alcanzaremos el equilibrio presupuestario. Y lo hemos hecho al tiempo que avanzábamos en la reducción de los impuestos, la mejora de las pensiones, la sanidad, la educación, las políticas de empleo, las infraestructuras y la inversión en investigación y desarrollo.

La economía española ha demostrado que puede estar entre las más competitivas:

- Durante los últimos tres años hemos crecido casi un punto por encima de la media europea y en los próximos años continuaremos creciendo más. Nuestras exportaciones crecen casi el doble de lo que lo hace el comercio mundial.

- Estamos creando empleo a un ritmo tres veces más intenso que la Unión Europea. A finales del año pasado más de trece millones trescientas sesenta mil personas trabajaban en España, más que en ningún otro momento anterior. Desde junio del 96 se han creado más de un millón de nuevos empleos. Y desde la aprobación de la reforma laboral pactada por

los agentes sociales y aprobada por el Gobierno, estamos logrando que sea un empleo de mayor calidad.

• A diferencia de recuperaciones anteriores, el crecimiento y la creación de empleo están siendo compatibles con la moderación de la inflación. Entre 1993 y 1995 el crecimiento de los precios se estabilizó en torno al 5 por ciento. Desde hace dos años, el crecimiento de los precios se mantiene en torno al 2 por ciento, el objetivo de estabilidad del Banco Central Europeo.

Las políticas aplicadas nos han conducido a la estabilidad económica que requiere un crecimiento prolongado y generador de empleo. Hoy la estabilidad y la creación de empleo son la mejor garantía de nuestro sistema de bienestar. Hoy se dedican menos impuestos de los españoles a pagar la carga derivada de la deuda pública, crecen menos los gastos cuya evolución depende de la inflación y podemos dedicar más recursos a las políticas de empleo y bienestar.

Este año estamos dedicando 51 pesetas de cada 100 al pago de las pensiones, la sanidad, la educación, las políticas activas de empleo, la inversión en investigación y desarrollo y la política de infraestructuras. En 1995 se dedicaron 45,7 pesetas de cada 100. Estas 5 pesetas pueden parecer poco. Pero lo podemos ver de otro modo: si en 1999 hubiéramos

mantenido las prioridades del último presupuesto aprobado por la entonces mayoría socialista, hoy estaríamos dedicando un billón seiscientos mil millones de pesetas menos a estas políticas, que son las que les interesan a los españoles.

Los españoles podemos sentirnos orgullosos del esfuerzo realizado, de nuestra transformación, del lugar que hoy ocupamos en Europa y en el mundo y de las condiciones económicas con las que entramos en el siglo XXI. Pero no podemos conformarnos: tenemos la oportunidad de dar un salto de progreso y de aumentar nuestra presencia en el mundo.

La promoción de nuestra cultura

Nuestro primer desafío es la promoción de nuestra cultura. La cultura y la lengua españolas son el patrimonio común de todos los españoles y nuestra herencia más valiosa. Es una cultura milenaria pero a la vez actual, llena de vitalidad y que se encuentra en un momento de extraordinaria expansión creativa en todas sus expresiones: la literatura, las artes plásticas,

el cine, las artes escénicas o la música, sin olvidar la labor editorial. Su pluralidad y riqueza es una llave para abrirnos al mundo con el que queremos compartirla y en el que queremos promover nuestros valores.

“La acción desde las responsabilidades de gobierno nunca podría compararse con el compromiso de toda una sociedad, pero sí podemos intentar estar a su altura. El derecho al desarrollo es uno más de los derechos humanos y la solidaridad y la responsabilidad internacional no son una mera cuestión asistencial.”

Nuestra lengua común, el castellano, es una lengua universal y de futuro. A comienzos del siglo XXI será hablada por 400 millones de personas y su conocimiento cada día despierta mayor interés. Hace unos días se hizo público un dato muy revelador: el castellano es la opción de más del 60 por ciento de los estudiantes de idiomas en Estados Unidos.

España e Iberoamérica no pueden seguir desaprovechando las oportunidades que ofrecen los nuevos cauces de comunicación. El castellano ocupa hoy el séptimo lugar entre las lenguas utilizadas en Internet, una situación que claramente no se corresponde con su realidad ni su importancia.

Investigación y desarrollo

Una de nuestras grandes carencias es, sin duda, la insuficiente producción científica y tecnológica. España invierte el 0,87 por ciento del PIB en I+D, frente al 1,5 por ciento que por término medio se invierte en la Unión Europea, el 2 en Alemania, el 2,5 en Estados Unidos y el 2,8 por ciento en Japón. Aún nos encontramos en una situación de clara desventaja, aunque es cierto que hemos dado pasos importantes en los últimos años. Sólo desde 1996 hemos duplicado los recursos públicos destinados a inversión en investigación y desarrollo.

“Queremos aumentar la presencia de España en el exterior y contamos para ello con dos elementos muy importantes: nuestra cultura como vehículo para abrirnos más al mundo y nuestros valores para contribuir a construir un mundo más libre, tolerante y solidario.”

Por ello, dedicar más esfuerzos a la educación y la formación, a la ciencia y a la inversión en investigación y desarrollo, es el segundo de nuestros desafíos de cara al siglo XXI. No sólo porque son instrumentos eficaces para garantizar la cohesión social a través de igualdad de oportunidades, si no porque, además, son la base sobre la que aumentar nuestra capacidad de innovación, de crecimiento y de creación de empleo.

Tenemos ahora la oportunidad de avanzar en la superación de las diferencias que nos separan de los países más prósperos. Aprovechar esta oportunidad es apostar por el empleo. En los próximos años, nuestro objetivo es que el esfuerzo de las Administraciones Públicas se sitúe en el 1 por ciento del PIB y que el sector privado invierta otro tanto, para alcanzar el 2 por ciento.

Sociedad del conocimiento

Los avances tecnológicos han producido una revolución en el ámbito de las comunicaciones y el conocimiento. Responder a esta revolución, a las demandas que plantea la sociedad del conocimiento, es el tercer gran desafío que propone el Partido Popular.

Asistimos a la aparición de nuevos canales de comunicación más eficientes y directos, que amplían las posibilidades de intercambiar conocimientos y opiniones y que, por tanto, nos

hacen más libres. Pero también, hoy más que nunca, es necesario mantener y garantizar la pluralidad.

La sociedad del conocimiento también trae consigo nuevas oportunidades de creación de empleo y de progreso. Las industrias de la información y la comunicación son las que están teniendo un mayor crecimiento y ya emplean a cuatro millones de personas en la Unión Europea. No ha pasado mucho tiempo desde que comenzó a desarrollarse el comercio electrónico y ya aporta un 5 por ciento de la riqueza que generamos cada año. Aspectos como la seguridad y confidencialidad del comercio electrónico y de los servicios digitales serán cruciales para su desarrollo en el futuro más próximo.

España e Iberoamérica no pueden desperdiciar el papel que puede jugar la lengua española en la sociedad del conocimiento, como lengua de intercambios culturales y comerciales.

Entre las oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías está la simplificación de las relaciones entre la Administración y los ciudadanos —ya utilizadas por la Administración Tributaria y otras Administraciones—, y la posibilidad de avanzar mucho más en la creación de nuevos cauces de comunicación más eficientes.

Garantizar la igualdad de oportunidades en la sociedad del conocimiento pasa por acercar a los ciudadanos las tecnologías sobre las que ésta se sustenta. Primero, a través de la educación y la for-

mación; y en segundo lugar, impulsando el desarrollo de nuevas infraestructuras, donde está jugando un papel muy importante la liberalización del sector de las telecomunicaciones —y en particular del cable— emprendida por el Gobierno de **José María Aznar**.

Infraestructuras

España aún mantiene un importante déficit de infraestructuras. Nuestro cuarto desafío es aumentar nuestro capital físico para acortar las distancias con los países más prósperos. Es un requisito para aumentar nuestra capacidad de crecer y crear empleo y es un instrumento fundamental de cohesión territorial.

Este año vamos a dedicar más de 1 billón 100 mil millones a la financiación de infraestructuras desde los Presupuestos del Estado y la inversión total va a alcanzar su máximo histórico: más de 2 billones 600 mil millones. Nunca antes se había invertido tanto. Y durante los próximos años nuestro objetivo es que el esfuerzo público crezca por encima del 10 por ciento; esfuerzo al que se tiene que sumar, cada vez con mayor intensidad, la promoción de infraestructuras por el sector privado.

“La nueva España, la España que entra en el siglo XXI, está en situación de defender mejor sus intereses en el mundo, porque hace tiempo que ha dejado de ser el eterno candidato a participar en los foros internacionales para convertirse en miembro de pleno derecho.”

Mayor presencia comercial

El quinto desafío es aumentar nuestra presencia empresarial y comercial en el mundo. El sector exterior

de nuestra economía ha vivido una importante transformación en los últimos años:

- La economía española es hoy una de las más abiertas del mundo. Nuestros intercambios comerciales equivalen a más de la mitad de la riqueza que generamos al año; cuando en

1986, año en el que nos incorporamos a la Comunidad Económica Europea, apenas alcanzaba un tercio.

- Nuestras empresas ya no contemplan los mercados exteriores como una alternativa al mercado doméstico en momentos de crisis, sino como un objetivo comercial permanente. A diferencia de fases de recuperación anteriores, el crecimiento del consumo no está impidiendo que las exportaciones crezcan casi el doble que el comercio mundial.

- Las PYMES están incorporándose a este proceso. En 1997 pusimos en marcha un plan cuyo objetivo es que en el año 2000, dos mil empresas de tamaño mediano y pequeño se conviertan en nuevas exportadoras. Esperamos cumplir holgadamente esta meta y fijarnos nuevas metas más ambiciosas.

- Nuestras exportaciones hoy comprenden una gama más amplia de productos que incluyen bienes industriales y de alta tecnología. Sin embargo, se concentran en más de dos tercios en los mercados europeos, mientras que otras áreas con grandes posibilidades como Asia

“Nuestros vínculos con Iberoamérica o con los países del Mediterráneo y del mundo árabe no sólo tienen un contenido histórico, cultural o de vecindad. Ahora España quiere actuar como país solidario, como posible socio, como país inversor o como receptor de las disposiciones de todos estos países en instancias multilaterales.”

están aún insuficientemente exploradas.

- El cambio posiblemente más importante es que la presencia de nuestras empresas en el exterior ya no se concreta sólo en intercambios comerciales, sino también a través de la inversión. Hoy nuestras empresas invierten en el ex-

terior el doble de lo que las empresas de otros países invierten en el nuestro. España es un importante receptor de inversiones, pero también tenemos una creciente capacidad inversora.

Tenemos que seguir avanzando en tres líneas de actuación: promover y facilitar la presencia de nuestras empresas donde todavía están poco representadas y existen, sin embargo, grandes oportunidades; involucrar aún más a las pequeñas y medianas empresas en este proceso, y ampliar nuestra oferta a productos editoriales, televisivos, cinematográficos y de carácter cultural; y, en tercer lugar, que la inversión de nuestras empresas en el exterior contribuya no sólo al desarrollo económico de otros países, sino también a promover los derechos sociales y laborales.

Medio ambiente

España es el país europeo con mayor riqueza medioambiental. Nuestra responsabilidad es dejar a las generaciones venideras ese patrimonio en una situación mejor de la que

hemos recibido. Este es nuestro sexto gran desafío en el siglo XXI.

El medio ambiente se configura como uno de los elementos básicos de desarrollo en el próximo siglo. Debemos alcanzar un compromiso internacional, y en especial con los países más próximos, para conseguir que el desarrollo económico no vaya ligado a un deterioro medioambiental. El Gobierno del Partido Popular ha demostrado su compromiso con el medio ambiente al crear, por primera vez en España, un Ministerio específico sobre la materia.

Paz y solidaridad

El séptimo desafío es contribuir a la paz y a la solidaridad en el mundo, especialmente en Europa y el Mediterráneo. Para el Partido Popular, la lucha contra la pobreza y la promoción de nuestros valores son objetivos prioritarios de nuestra política exterior.

Nuestras Fuerzas Armadas han tenido y tienen un papel destacado en misiones de acción humanitaria, ayuda al desarrollo y operaciones de mantenimiento o imposición de la paz en los Balcanes, Centroamérica, África y Asia. Pero el nuevo papel de España en el mundo, exige unas Fuerzas Armadas más operativas, flexibles, más reducidas y mejor dotadas. Ya hemos puesto en marcha el nuevo ejército para la España del siglo XXI, contribuyendo, además, a la autono-

mía de defensa y al desarrollo de grandes proyectos de investigación y desarrollo en nuestro país.

La sociedad española es, sin duda, una de las más solidarias y comprometidas con la lucha contra la pobreza. Más de 500 mil españoles participan activamente en la cooperación y la solidaridad internacional. La acción desde las responsabilidades de gobierno nunca podría compararse con el compromiso de toda una sociedad, pero sí podemos intentar estar a su altura. El derecho al desarrollo es uno más de los derechos humanos y la solidaridad y la responsabilidad internacional no son una mera cuestión asistencial. Por ello, hemos aumentado la Ayuda Oficial al Desarrollo en casi un 40 por ciento desde 1996, hasta situar el esfuerzo total en 220.000 millones de pesetas en 1999. Como somos conscientes de que no es suficiente, el Partido Popular propone que la lucha contra la pobreza en el mundo esté entre los desafíos que España debe afrontar de cara al siglo XXI.

Estas líneas, en parte resumen de la presentación de la Ponencia "España en un Mundo Global", aprobada en el XIII Congreso del Partido Popular celebrado el pasado mes de enero, han intentado perfilar cómo será el es-

cenario que nos ofrece el siglo XXI, en un mundo cada vez más abierto e interrelacionado, y demostrar también cómo todo lo hecho para llegar hasta aquí no ha sido en vano, porque gracias a ese

"Vivimos en un mundo que ha visto derrumbarse en Europa los sistemas totalitarios y donde, cada vez más, la democracia es reconocida como el único sistema donde es posible la convivencia en paz y el desarrollo social."

esfuerzo España ha protagonizado una transformación que nos ofrece nuevas perspectivas.

Hoy nuestro país goza de una estabilidad política, base de nuestra estabilidad económica, y se ha demostrado que es posible crecer y crear empleo a un ritmo intenso, si se ponen a disposición de la sociedad española los instrumentos necesarios para ello en un marco de diálogo social.

Sin duda la sociedad española es consciente de lo mucho que queda por hacer, pero afronta su futuro con confianza. A las puertas del siglo XXI nos enfrentamos a muchos e importantes cambios, cambios que nos ofrecen grandes oportunidades pero también retos que debemos superar. España puede obtener importantes beneficios de ese nuevo escenario y puede dar un gran salto de progreso. Pero para ello hay que estar preparado y saber qué proyecto se quiere para España. El Partido Popular lo está y lo sabe.

“Los factores que más influyen en la competitividad de una economía son también soportes fundamentales del bienestar: la estabilidad social y económica y la igualdad de oportunidades a través de la educación, la formación y la capacidad de innovación.”

Queremos que los ciudadanos españoles alcancen los niveles de bienestar de los países más prósperos, tanto en nivel de renta como en empleo. Este año se van a crear 370 mil nuevos empleos, y entre el 2000 y el 2002 casi un millón más. Antes de terminar la próxima legislatura nuestra tasa de paro se situará en torno a la media de la Unión Europea y, con ello, el panorama social y económico de España habrá dado un giro radical.

También queremos aumentar la presencia de España en el exterior y contamos para ello con dos elementos muy importantes: nuestra cultura como vehículo para abrirnos más al mundo y nuestros valores para contribuir a construir un mundo más libre, tolerante y solidario.

Sabemos que los españoles pueden dar ese gran salto de progreso en el siglo XXI. Ése es nuestro proyecto para España y por el que vamos a seguir trabajando en el futuro.

Rodrigo DE RATO Y FIGAREDO

LA NUEVA REALIDAD POPULAR EUROPEA

José María ROBLES FRAGA

Portavoz de la Comisión de Asuntos Exteriores en el Congreso de los Diputados

El Partido Popular forma parte, como es sabido, de la gran familia europea del PPE (Partido Popular Europeo). Desde su ingreso en el Congreso de Dublín de 1991, el Partido Popular ha sido y es un socio activo del que es hoy la más importante fuerza política representada en el Parlamento Europeo. Y lo que no es poco, el Partido Popular de España es junto con la CDU alemana uno de los partidos más influyentes y activos de entre los que lo integran. Es necesario sin embargo recordar cómo se produjo nuestro ingreso y qué circunstancias y cambios políticos lo hicieron posible.

EL PPE había nacido como partido europeo, con vocación transnacional y una fuerte vocación federalista, como resultado de la evolución natural de los viejos equipos democristianos europeos. El PPE surge, pues, con una continuidad orgánica y como un salto adelante en el impulso unificador de los partidos democristianos que con **De Gasperi, Schuman** y **Adenauer** a la cabeza habían pensado Europa, la habían formado y gobernado desde sus inicios. El PPE aparece cuando el muro está a punto de caer y todavía no habí-

an aparecido señales del agrietamiento de los sistemas de partidos en la entonces comunidad europea ni la historia había irrumpido con mayúsculas en el devenir de los europeos. De tal forma que el PPE nace sin saber que lo que venía le haría un instrumento clave para decidir el futuro de una Europa sobre las ruinas del socialismo real y de muchas ideas que habían gobernado el Continente desde la guerra fría.

El PPE era un partido o un proyecto de partido que quería ir más allá de una nueva

unión o confederación de partidos nacionales, que estaba compuesto por democristianos de la primera hora y fuertemente basado, sobre todo, en los países fundadores del proyecto

Europeo: Alemania, Italia y Benelux. Como grupo político importante, con raíces ideológicas claras y que tenía un patrimonio político que había contribuido al consenso político y social de Europa, el PPE ya entonces se conformaba como un punto de referencia obligado en el proceso de construcción de Europa.

Era entonces normal que las nuevas fuerzas políticas centristas y moderadas —de los países que con las sucesivas ampliaciones iban formando parte de la Comunidad Europea— se acercaran al PPE. Así se fue fortaleciendo el bipartidismo imperfecto que caracteriza el panorama político de Europa, pues de forma paralela los socialistas y socialdemócratas imitaron el ejemplo del PPE y constituyeron el partido de los socialistas europeos, el PSE.

Este fenómeno de ampliación del PPE permitió la entrada de Nueva Democracia de Grecia, el Partido Popular de España, los partidos Moderados de Escandinavia, el Partido socialdemócrata de Portugal y, sin duda, favorecerá en el futuro el ingreso de Forza Italia.

Evolución del PPE

La ampliación de la Unión y los cambios políticos en cada país —resultado, entre otras

“El PPE aparece cuando el muro está a punto de caer y todavía no habían aparecido señales del agrietamiento de los sistemas de partidos en la entonces comunidad europea ni la historia había irrumpido con mayúsculas en el devenir de los europeos.”

razones, de la caída del muro de Berlín— transformaron al PPE de los orígenes. El Partido Popular de España sustituyó en su papel de principal socio de la CDU a la extinta

DC italiana y se reforzó el peso en el PPE de los grandes partidos de las grandes naciones europeas, partidos que a su vez habían sido el resultado de la integración de corrientes políticas de distinto origen ideológico. Como la CDU, el Partido Popular español incluía a los democristianos pero no se limitaba a ellos, y era el resultado de la fusión de sectores variados del espectro político. Así, y en toda Europa, liberales, conservadores y democristianos habían decidido trabajar juntos en partidos de amplia base popular y social, capaces de articular y definir mejor políticas e intereses mayoritarios.

Estas sucesivas ampliaciones y expansiones fueron en gran parte obra del aún hoy Presidente del PPE, **Wilfried Martens**, que supo proponer y sacar adelante una política de ensanchamiento del PPE desbordando sus límites e incorporando las nuevas realidades de la nueva Unión. Se logró de esta manera asegurar la permanencia del PPE como una, si no la principal, de las fuerzas y corrientes de la política europea.

Sin duda el PPE podría haber elegido mantenerse en la búsqueda de la pureza ideológica y las esencias democristianas, si hubieran prevalecido las tesis de algunos partidos mino-

ritarios, especialmente del Benelux, los nacionalistas vascos y catalanes y algunos otros. Sin embargo, triunfó la voluntad de una mayoría que fue creciendo conforme este camino de la ampliación permitía la entrada de nuevos socios. Es mi opinión que las resistencias a los cambios, y a pesar de algunas declaraciones más o menos sonadas, no nacieron de la defensa de principios y valores fundacionales, sino del peso relativo y la influencia de los partidos pequeños, normalmente acostumbrados a gobernar en coalición con otras fuerzas y casi siempre provenientes de países también pequeños. El debate interno del PPE tuvo lugar porque los cambios ponían en riesgo los equilibrios de poder del pasado.

La Unión Democrática Europea

A favor del éxito de la ampliación del PPE, y de su culminación sin fracturas ni quiebras, jugaba un hecho no siempre valorado de forma suficiente. Me refiero a la cooperación política y partidaria realizada desde 1978 en el seno de la UDE (Unión Democrática Europea), entre conserva-

“La UDE, presidida eficazmente por muchos años por el canciller austriaco Alois Mock, permitió unir a partidos políticos de toda Europa que compartían los mismos valores de libertad, democracia, economía de mercado y respeto a la iniciativa individual y a los Derechos Humanos en los últimos años de la guerra fría.”

organizadas como un partido político transnacional o supranacional, carece de un ideario europeísta de tipo federal, integra partidos de países de fuera de la Unión, privilegia la cooperación entre partidos y carece de brazo parlamentario en el Parlamento Europeo o en otras asambleas parlamentarias.

No hay que despreciar tampoco el trabajo de la UDE en los Estados que escapaban del desastre comunista en la Europa central y oriental. La UDE, presidida eficazmente por muchos años por el canciller austriaco **Alois Mock**, permitió unir a partidos políticos de toda Europa que compartían los mismos valores de libertad, democracia, economía de mercado y respeto a la iniciativa individual y a los Derechos Humanos en los últimos años de la guerra fría, en el momento de la ofensiva final de las ideas colectivistas y de la mayor amenaza de la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia. Cuando el muro de Berlín cayó, la UDE siguió jugando un papel muy decisivo en la aparición de fuerzas políticas democráticas en las naciones que trataban de levantar sus nuevas instituciones entre los escombros del socialismo real.

De este modo, la UDE fue la escuela de formación y de conocimiento mutuo de los mismos partidos que, cuando sus países ingresaron en la Unión, se acercaron al PPE en busca de un trabajo en común más eficaz en

el seno de las instituciones europeas.

Naturalmente el futuro del PPE y su capacidad de liderar y agrupar mayorías en Europa no sólo está en las fuerzas de gobierno o de mayoría de todos los países de la Unión. Aunque esta tarea no está acabada, pues todavía el PPE tiene una presencia todavía insuficiente, por razones exclusivamente locales, en dos grandes países fundadores de la Unión como son Francia e Italia, no es esta su baza más decisiva de cara al futuro. Será la voluntad o la habilidad del PPE para ayudar a consolidar partidos populares en los llamados PECOS, en los países de la ampliación al centro y al este, la que determinará en gran medida nuestro futuro.

Parece evidente que el PPE será el centro de nuestra acción política en la Unión Europea, y que más pronto que tarde concentrará también los esfuerzos que hasta ahora ha hecho la UDE.

Centro reformista en Europa

Queda aún por hacer una gran tarea en el terreno de la definición y formulación de las nuevas propuestas e ideas del nuevo siglo europeo. Empezando por la adaptación de los Estatutos y las definiciones políticas del PPE, que necesitarían recoger mejor esta nueva re-

“Parafraseando la frase de Cánovas, hay que asumir la historia de Europa, de toda la historia de Europa, en búsqueda de una Europea libre, fuerte y próspera que supere las fracturas de los nacionalismos excluyentes y sea capaz de disuadir a los enemigos del ideal europeo de cualquier tentación de amenaza a nuestra paz y nuestra seguridad.”

alidad popular que he tratado de describir en estas líneas. El PPE no es ya sólo el partido de los democristianos ni el federalismo europeo o el anhelo de unos Estados Unidos de Europa reflejan la realidad política actual o ni siquiera significan lo mismo para unos o

para otros. El debate europeo ha superado estos planteamientos y la naturaleza pragmática y “sui generis” de la construcción europea prevalece sobre algunas formulaciones de la historia comunitaria.

Este es el sentido de la propuesta del Partido Popular español sobre el centro reformista en España y en Europa, que trata de hacer frente a los cambios en la Unión y dirigirlos en un mundo abierto y distinto. Sus características principales son el énfasis en la modernidad, la eficacia económica, la formación, la iniciativa individual, la cohesión social, la investigación y la cultura, la apertura y la competitividad. Y todo ello para participar solidariamente en un nuevo proyecto europeo basado en la moneda única y con voluntad creciente de constituir una unión política capaz de asumir crecientes responsabilidades en el mundo, a través de una identidad y una política exterior y de seguridad común.

Los populares europeos somos hoy más que los originarios fundadores del PPE y hemos sabido construir juntos una gran fuerza política

capaz de liderar el proceso europeo, extendida en todos los países de la Unión e integradora de las tradiciones y corrientes afines de nuestra historia. Parafraseando la frase de **Cánovas**, hay que asumir la historia de Europa, de toda la historia de Europa, en búsqueda de una Europea libre, fuerte y próspera que supere las fracturas de los nacionalismos excluyentes y sea capaz de disuadir a los enemigos del ideal europeo de cualquier tentación de amenaza a nuestra paz y nuestra seguridad.

Poco a poco pierden sentido o desaparecen las propuestas políticas que han defendido la inmutabilidad de los discursos nacidos en la inmediata postguerra mundial. Cada vez más, la capacidad de adaptación a los cambios y la utilización de un lenguaje y de conceptos modernos, así como de los nuevos medios de comunicación de masas, son bazas decisivas para triunfar en el debate político de hoy; esto es para ocupar el centro y realizar las reformas

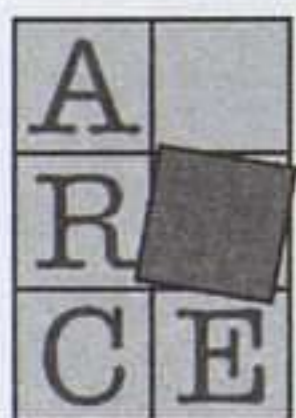
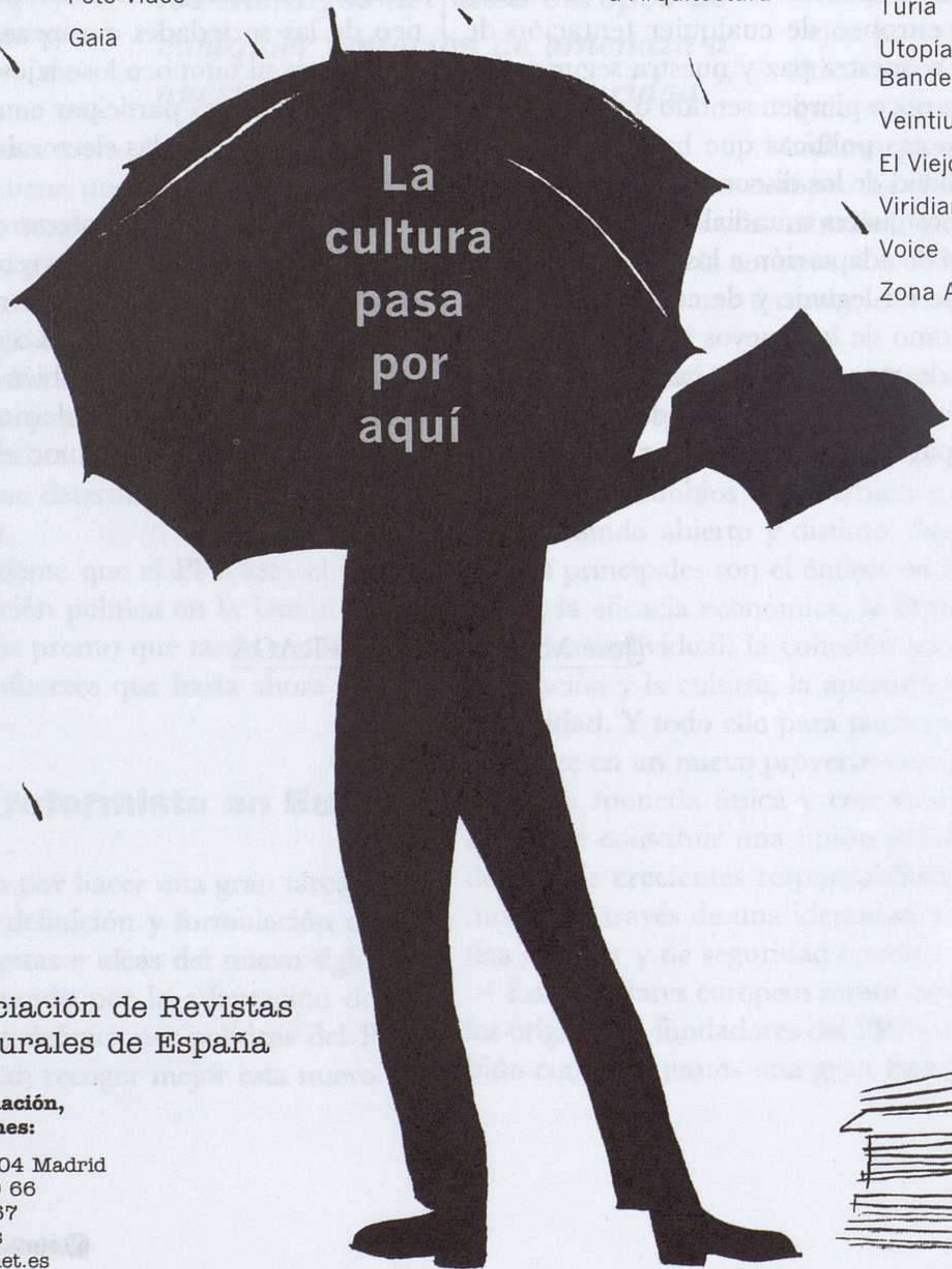
que pueden generar la confianza mayoritaria de los ciudadanos europeos.

Los partidos políticos europeos están teniendo que renovarse a toda marcha. La incorporación de las mujeres europeas a la vida pública, el papel creciente y cambiante de las opiniones públicas y la aparición de nuevos actores ajenos a las estructuras partidarias tradicionales caracterizan el nuevo panorama político de las sociedades europeas. Ni las viejas propuestas ni tampoco los viejos modos políticos sirven ya para participar con esperanza de éxito en las contiendas electorales y en la vida democrática.

En un mundo sin fronteras carece de sentido luchar por levantar barreras ideológicas ante una ciudadanía que busca respuestas creíbles y alternativas posibles. Lo que tiene sentido es hacer la Unión también dentro de un gran partido europeo, moderno y con ambición de lograr mayorías como el PPE es hoy.

José María ROBLES FRAGA

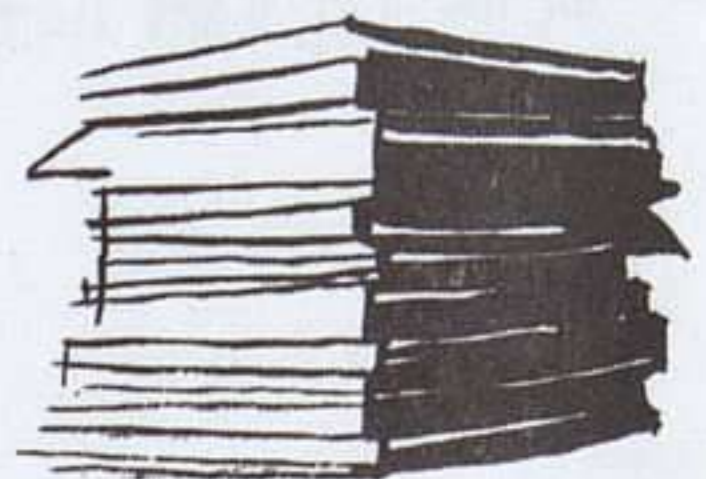
AV Monografías	CLIJ	Generació	Leviatán	Quimera
Abaco	El Croquis	Grial	Litoral	Raíces
Academia	Cuadernos de Alzate	Guadalimar	Lletra de Canvi	Reales Sitios
ADE Teatro	Cuadernos Hispanoamericanos	Guaraguao	Matador	Reseña
Afers Internacionals	Cuadernos de Jazz	Historia, Antropología y Fuentes Orales	Ni hablar	RevistAtlántica de Poesía
Africa América Latina	Cuadernos del Lazarillo	Historia Social	Nickel Odeon	Revista de Occidente
Ajoblanco	Debats	Insula	Nueva Revista	Ritmo
Álbum	Delibros	Jakin	Opera Actual	Scherzo
Archipiélago	Dirigido	Lápiz	Papeles de la FIM	El Siglo que viene
Archivos de la Filmoteca	Ecología Política	Lateral	El Paseante	Síntesis
Arquitectura Viva	ER, Revista de Filosofía	Leer	Política Exterior	Sistema
Arte y Parte	Experimenta	Letra Internacional	Por la Danza	Temas para el Debate
Atlántica Internacional	Foto-Vídeo		Primer Acto	A Trabe de Ouro
L'Avenç	Gaia		Quaderns d'Arquitectura	Turia
La Balsa de la Medusa				Utopías/Nuestra Bandera
Bitzoc				Veintiuno
La Caña				El Viejo Topo
CD Compact				Viridiana
El Ciervo				Voice
Cinevídeo 20				Zona Abierta
Clarín				
Claves de Razón Práctica				



Asociación de Revistas Culturales de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
 Teléf.: (91) 308 60 66
 Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
 e-mail: arce@infor.net.es



LOS POPULARES EN EUROPA

Carlos ROBLES PIQUER

Presidente de la Fundación "Cánovas del Castillo.

Ex miembro del Parlamento Europeo

No hace falta ser un lúcido analista político, como los que campan por sus respetos en las radios y los diarios de Celtiberia, para adivinar dónde están situados en Europa los partidos políticos afines al PP español; decirlo es, casi, una perogrullada puesto que están situados en el PP europeo, o sea, en el PPE.

LEGAR a esta situación, que resulta aburrida de puro lógica, no ha sido sin embargo fácil; sabido es que la lógica suele estar reñida con la política. La mejor prueba la da el dato de que, cuando los eurodiputados seleccionados por Alianza Popular llegamos a Estrasburgo en enero de 1986 procedentes de las cámaras nacionales, Congreso o Senado, a las que pertenecíamos, no pudimos incorporarnos al Grupo Popular en el Parlamento Europeo porque carecíamos del *pedigree* democristiano que entonces era la principal seña de identidad de ese grupo. Parecíamos ser unos terribles cavernícolas a los que muchos querían añadir al

grupo encabezado por el neofascista italiano **Giorgio Almirante**; en primer lugar, el mismísimo *Onorevole* Almirante que lo intentó sin ningún éxito. Fueron, en cambio, a él los dos compañeros —y sin embargo muy buenos amigos— de Coalición Popular que pertenecían al Partido Demócrata Popular, un aliado de difícil manejo en el parlamento español cuyos líderes peninsulares habían hecho todo cuanto estuvo en su mano para empujar a los de AP al lado derecho del hemiciclo de Estrasburgo. Allá hubimos de acomodarnos, como parte importante del Grupo de Demócratas Europeos en el que nos acogieron con los brazos abier-

tos los muchos conservadores británicos y los pocos conservadores daneses que lo habían constituido.

Esta historia tiene un final irónico y feliz: ahora y según quedó dicho, en virtud de las negociaciones orientadas por **Manuel Fraga** y conducidas por **Marcelino Oreja**, los eurodiputados españoles del PP estamos allá donde antes no pudimos estar; y, siguiendo nuestra peregrinación con algún retraso, se han incorporado al mismo Grupo Popular del PE... los conservadores británicos y los conservadores daneses con los que de nuevo compartimos los objetivos políticos, los trabajos parlamentarios y, también, algunos lógicos desacuerdos que suelen nacer de motivos nacionales y no ideológicos.

Esta es una prueba de que el panorama político europeo ha cambiado mucho en los últimos años. Si la composición de los grupos en el PE es un reflejo de esas mutaciones, como creo, basta advertir que los dos mayores, el Socialista y el Popular, que suman muy cerca de los dos tercios de los miembros de la Cámara, han ido integrando —algunos dirían “fagocitando”— a otros grupos menores o privándoles de parte de su militancia. En el caso socialista, sus colosales tragaderas han quedado acreditadas no sólo por la ingestión de algunos ex comunistas españoles sino, sobre todo, por la de la casi totalidad de los ex comunistas italianos, herederos convictos pero no confesos de **Togliatti** y de un partido muy anterior a los

“Lo que ahora prima es lo popular, y no de cualquier pelaje sino precisamente de uno que tenga una visión centrada de la realidad y trate de reformarla sin prisa ni pausa. A alguien entre nosotros quizá le suene esta descripción.”

inventos eurocomunistas, aquellos que hacían exclamar a un fino observador romano que él no conocía en Italia eurocomunistas sino sólo comunistas europeos. Después de esa

conversión a la socialdemocracia, a algunos nos da la risa tonta cuando desde ese grupo se lanzan venablos cada vez que un derechista templado decide abandonar su grupúsculo para sumarse al Grupo Popular.

Estas incorporaciones populares han sido substancialmente tres, semejantes en calidad aunque no en número. En primer lugar, en los últimos ocho años se han ido uniendo al Grupo del PPE una quincena de diputados franceses elegidos en candidaturas distintas del partido miembro del PPE, partido que ahora se llama “La Nouvelle UDF”. Aquel goteo, que incorporó al PPE incluso al ex presidente **Giscard d’Estaing**, significó una respuesta de buen sentido individual a la triste pulverización en varias candidaturas de ese lado del espectro político galo hace cinco años, fragmentación que por cierto se ha repetido en las elecciones europeas de 1999. Es preciso añadir que el *golismo* incumplió en el 94 un acuerdo que había firmado para sumarse al Grupo del PPE y prefirió hacer rancho aparte, sumando de entrada diputados de otros países que luego se separaron de él. Sería deseable que aquel acuerdo se cumpliera en 1999.

En segundo lugar llegaron los portugueses, miembros del Partido Social-Demócrata. Es un

caso singular, como otros de la política lusitana, porque el nombre de este partido, que gobernó varios años Portugal bajo la guía lúcida del profesor **Aníbal Cavaco Silva**, parecía conducirlo hacia el grupo donde se alberga, por ejemplo, la Social-Democracia alemana; en vista de lo cual, y de que allí el hábito no hace al monje, han pertenecido durante una década ... al Grupo Liberal. Desde él tomaron la sabia decisión de pasarse recientemente al Popular, al que han aportado no sólo excelentes diputados sino una sensibilidad meridional muy valiosa y, por supuesto, un entendimiento fraternal con los populares españoles.

La tercera agregación ha sido italiana; fue también la más conflictiva porque a ella se opusieron no sólo otros italianos por explicables causas internas (participar en el gobierno frente a unos aspirantes incluidos en la oposición), sino algunos partidos miembros del grupo y aún fundadores de él que esgrimían un argumento de cierta fuerza: la pérdida de identidad de un grupo que se titula "Popular" pero se ha venido subtitulando "democristiano". Hubo sobre ello una larga batalla dialéctica rematada con una votación que favoreció con clara mayoría la entrada de los diputados de "Forza Europa", proyección hacia la Unión del "Forza Italia" de **Berlusconi**. La mayoría que decidió a fa-

"El presidente José María Aznar y el PP son el inevitable punto de referencia en una UE donde los Primeros Ministros populares que quedan han de gobernar en incómoda coalición con los socialdemócratas."

rasgos como el del indudable apoyo que estos diputados han recibido de muchos votantes italianos que eran fieles a la DC antes de que ésta volara por el aire en siete u ocho fragmentos. Creo que tuvo en cuenta también un hecho ante el que algunos se empeñan en cerrar los ojos: el de que ya no surgen partidos democristianos y que éstos fueron una peculiaridad europea de la postguerra en naciones a las que amenazaba un verdadero peligro comunista, externo en el caso alemán, interno en el caso italiano, reflejo en los vecinos beneluxianos de Alemania. Lo que ahora prima es lo popular, y no de cualquier pelaje sino precisamente de uno que tenga una visión centrada de la realidad y trate de reformarla sin prisa ni pausa. A alguien entre nosotros quizá le suene esta descripción.

El camino europeo para los partidos es un camino a medio andar. Lo que suele ocurrir, por cierto, con todos los caminos políticos. En el caso socialista es, además, un camino muy poco recorrido, por la razón palmaria de que el PSE, el Partido de los Socialistas Europeos, es un niño recién nacido, que vio la luz hace apenas poco tiempo y que siguió los pasos que había desbrozado casi veinte años antes el PPE, el Partido Popular Europeo. Éste, del que emana el grupo de su nombre en el PE, tiene su propia estructura y su vida se-

parada del grupo, presidiéndolo el belga **Wilfried Martens** que tiene como secretario general al español **Alejandro Agag**; a él

pertenecen sólo los partidos que se adhieren al "Programa Ideológico" y al "Programa de Acción" elaborados en muchos congresos, sobre todo en los reunidos en Atenas, Madrid y Bruselas. Por dar algún ejemplo: ni el Partido Conservador británico ni "Forza Italia" son, hasta ahora miembros del PPE; por lo que sus eurodiputados se incorporan al grupo parlamentario con carácter individual y no colectivo aunque gocen en el grupo de plenos derechos. Es una situación que puede cambiar, naturalmente, a medida que se hallen más zonas de coincidencia y cuando los *tories*, esperémoslo, evolucionen hacia las posiciones europeístas que distinguen al PPE, un partido orgulloso de figuras tales como **Schuman**, **Adenauer** y **De Gasperi**, sus principales padres fundadores. Por desdicha, aquello del "Continente aislado" por la tormenta en el Canal de la Mancha sigue siendo verdad en el Reino Unido; y la tormenta se llama hoy el euro. Otra es la situación italiana, sobre todo cuando las elecciones de este año han dado a Berlusconi y los suyos la mayoría relativa en su país con 22 eurodiputados mientras que los demás partidos italianos en el Grupo del PPE no llegan a sumar una decena de nuevos miembros.

El peso relativo de cada partido miembro

"De lo que se trata, y lo que el PPE ha querido desde que nació, es de unir las grandes y sólidas naciones de Europa en un proyecto supranacional diferente de cualquier otro, cuyo símbolo pasado fue el Mercado Común, cuyo emblema actual es el euro y cuya esperanza para el porvenir no es sólo la de más seguridad y más bienestar, sino también la de una Política Exterior y de Seguridad Común."

en el seno del PPE depende de su fuerza en su respectiva nación, medida en afiliados y en votos. Por muy materialista que decirlo parezca, ese peso se traduce en la cuantía de la cuota pagada para los gastos generales de la estructura europea que, por cierto, es muy sim-

ple, con sólo unas oficinas en Bruselas: y la del PP es ahora la segunda entre los treinta y cuatro partidos miembros, sólo inferior a la que pagan los alemanes de la CDU. Pero el peso político depende menos de la afiliación o del número absoluto de votos que de los resultados electorales. Como en esto de la política la risa va por barrios o por tiempos, a un periodo en el que los partidos del PPE o afines a él gobernaban en muchos estados de la Unión ha sucedido otro en el que los ejecutivos son socialistas en casi toda Europa, a veces por el simple efecto del cansancio que llevó por ejemplo a votar por **Schröder** a muchos alemanes... que ahora empiezan a lamentarse de no haber preferido otra vez la sólida veteranía del canciller **Kohl**. (No es una afirmación propia: lo dice mister **John Vinocur**, que parece saber de lo que habla, en un análisis que publicó el 22-23 de mayo del 99 el *International Herald Tribune*). Pero el resultado es que el presidente **José María Aznar** y el PP son el inevitable punto de referencia en una UE donde

los Primeros Ministros populares que quedan han de gobernar en incómoda coalición con los socialdemócratas.

Las elecciones de la primera mitad de junio de 1999 han cambiado radicalmente la naturaleza política del Parlamento Europeo. Los electores en los cinco grandes países (salvo Francia, donde han premiado la unidad de la izquierda y castigado la desunión de sus adversarios) han decidido que los ejecutivos socialistas en su mayoría necesitaban el contrapeso de un Parlamento de mayoría popular. En España, como sabemos, los votantes han dicho que Aznar y el PP merecían una espaldarazo y se lo han dado. El resultado es muy simple y se expresa en cuatro cifras. En la legislatura que termina el Grupo Socialista en el PE terminó con 214 diputados y el popular con 201; en la que comienza habrá en los hemiciclos de Estrasburgo y Bruselas sólo 180 socialistas y 225 populares. Tener la mayoría significa que el Grupo del PPE podrá proponer al primer Presidente del nuevo Parlamento, al que espera la ardua tarea de suceder a **José María Gil Robles**. O, quizá a la Presidenta porque, al redactar este texto días después del 13 de junio, empieza a sonar el nombre de **Nicole Fontaine**, diputada francesa que ha sido sin duda la más aplaudida, con razón, entre los

buenos vicepresidentes que ha tenido la Cámara Europea.

Esta nota no debe alargarse en el análisis del programa del PPE o de los candidatos a integrar ese Grupo del PPE en el PE, grupo del que quien firma ha sido miembro durante muchos años y vicepresidente durante cinco. Puesto que ambos documentos han sido corredactados y luego hechos suyos por el PP español, queda claro que no pueden ofrecer grandes diferencias con lo que este partido predica y propone en España. En ellos hay una visión europea y no nacional, naturalmente. Por tanto, mucho más todavía queda excluida la esmirriada y aldeana visión nacionalista, esa que pretende volver al siglo XIV en lugar de asomarse al XXI y el XXII. De lo que se trata, y lo que el PPE ha querido desde que nació, es de unir las grandes y sólidas naciones de Europa en un proyecto supranacional diferente de cualquier otro, cuyo símbolo pasado fue el Mercado Común, cuyo emblema actual es el euro y cuya esperanza para el porvenir no es sólo la de más seguridad y más bienestar sino también la de una Política Exterior y de Seguridad Común que prevenga cualquier nueva locura kosoviana sin tener que decirles a los Estados Unidos aquello de "¡papá, pupa!". Quizá no sea demasiado pedir.

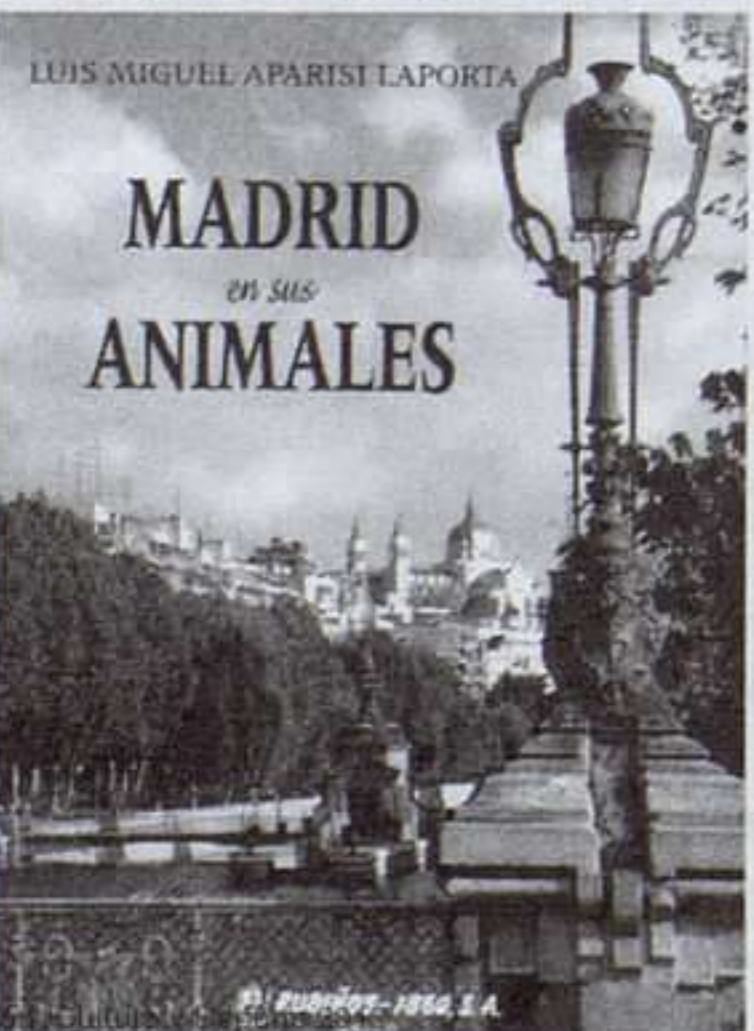
■

Carlos ROBLES PIQUER



DICCIONARIO DE MADRID

Rubinos-1860 S.A.



LIBROS SOBRE MADRID
una serie de libros que le harán
conocer y comprender mejor Madrid

DICCIONARIO DE MADRID

4.900 ptas.

MADRID Y EL METRO CAMINAN JUNTOS

2.900 ptas.

50 FERIAS DE SAN ISIDRO

3.600 ptas.

LITERATURA Y VIDA EN MADRID

1.800 ptas.

MADRID EN SUS ANIMALES

2.100 ptas.



RUBIÑOS-1860

Alcalá, 98. 28009 Madrid

Fax 24 hs.: 915 753 272

Tel. 24 hs.: 915 754 227

E-mail: rubinos@worldonline.es

http: www.rubinos1860.com

SOBRE EL CENTRO REFORMISTA

Jaime RODRÍGUEZ-ARANA MUÑOZ

Catedrático de Derecho Administrativo. Subsecretario del Ministerio de AA.PP.

Dirigimos nuestra reflexión hacia las posiciones políticas de centro, de alcance universal, movidos por la inclinación personal, por curiosidad intelectual o por el impulso del compromiso con unas ideas y con un proyecto político, en este caso promovido por el presidente Aznar.

EL sucederse de los meses, de las críticas y las polémicas, nos deja, como suspendida en el aire, una pregunta, la relativa a la sustantividad ideológica del centro. A esa pregunta, a mi juicio, es necesario responder una vez más. Y digo “responder una vez más”, porque respuestas se han dado en multitud de ocasiones. Pero no esperemos que su contundencia o la claridad de la explicación satisfaga enteramente a quien es reticente o suspicaz ante el llamado centro político. Esta alusión es necesaria, ya que en buena parte las reticencias y las suspicacias son producto no tanto de un análisis racional cuanto de una estrategia de grupos políticos, de intereses ideológicos —o del tipo que sean— que no pueden

ver con buenos ojos la progresiva instalación en el centro de una fuerza política a la que se oponen, o que, por diversos motivos, consideran contraria o perjudicial para los intereses generales.

Por lo tanto la respuesta debe atender a estos dos sectores. Por un lado, el de aquellos que con una actitud crítica y racional no acaban de ver el alcance real y el significado del “giro al centro”.

El otro sector es el compuesto por aquellos que están defendiendo sus posicionamientos en la arena política e ideológica. La respuesta que debe darse en este supuesto es de carácter polémico, porque es en ese campo donde se establece su crítica.

La polémica política e ideológica

La polémica política e ideológica en torno al valor del centro político tiene verdaderamente poca entidad. Se agota en descalificaciones globales que en realidad tienen corto alcance, y por tanto no reclaman una respuesta de más significación.

Se dice, desde esos posicionamientos, que el centro sufre una indefinición ideológica de tal calibre que a la postre se ve reducido a una pura operación cosmética. Esta afirmación no puede tomarse en serio cuando se produce desde formaciones que están sufriendo en sus carnes, de la forma más sangrante, el zarpazo de una indefinición ideológica que las está privando de sentido. Me estoy refiriendo a la izquierda.

En las dos últimas décadas —como reiteradamente se ha recordado y se recordará— hemos asistido al hundimiento del “socialismo real”, referente ideológico permanente de la izquierda a lo largo de todo el siglo, y con él a la consagración de la desorientación ideológica, por otra parte percibida por políticos e intelectuales desde hace mucho tiempo atrás.

¿Qué queda de la izquierda? Ante todo una genérica aspiración de justicia, que se mezcla demasiadas veces con una vaporosa tensión igualitaria, un discurso vago que puede devenir demagógico, una fuerte emotividad contra todo lo que considera ajeno y que define con el título genérico de “derecha”. Y una historia. En su historia es donde la izquierda pue-

“Las posiciones ideológicas que se critican desde el centro son aquellas que se configuran como una interpretación completa, cerrada, omnicomprendensiva y definitiva de la realidad social e histórica.”

de encontrar, a mi juicio, los elementos que más la dignifican desde el punto de vista político, pero también en la historia se encuentran, no lo olvidemos, los testi-

monios irrefutables de la locura que puede llegar a alimentarse en ciertos presupuestos de la izquierda.

¿Y la derecha? Como no sea en los aledaños extremos —la mayor parte de las veces extraparlamentarios— del arco político, no encontramos grupos que se atribuyan sin más la condición de “derecha”, y menos que hagan una definición ideológica de su propia posición en cuanto tales, en cuanto pertenecientes a la derecha. Y cuando a veces se hace por parte de algunos, podríamos calificarla como lo que he llamado definición negativa. Es decir, en muchas ocasiones los que se definen como de derechas están diciendo, simplemente, que no son de izquierdas. Anotación esta que me parece de interés porque viene a coincidir con la definición de los izquierdistas, que consideran derechas cualquier cosa que se mueva que no esté en su bando.

Para mí esta última observación, relativa a la definición negativa de “derecha”, viene a ilustrar la preeminencia ideológica ejercida por la izquierda. Pero esta preeminencia se ve amenazada precisamente por dos factores: uno, el quebranto ideológico de la izquierda; dos, la conformación de un nuevo espacio político, el centro, que rompe la estructura discursiva propia de las ideologías.

La polémica política e ideológica tiene interés desde el punto de vista de la dimensión política, pero su contenido real es mínimo y carece de interés desde el punto de vista de la cuestión que nos hemos planteado, el de la sustantividad política del centro.

La inconsistencia ideológica

El centro, dicen muchos contradictores, con su crítica de las posiciones ideológicas, con su distanciamiento, su equidistancia, de la derecha y de la izquierda, con su neutralidad, a lo que conduce es a una especie de indefinición que quiere tener las virtualidades de las partes, sin ser ninguna de ellas para ser todas a la vez, y al final lo que consigue es ser una amalgama de propuestas débiles e insustanciales que permiten calificar su posición fundamentalmente como inconsistente.

El centro no se establece por referencia a las posiciones ideológicas, sino desde una crítica profunda de este tipo de formulaciones. Las posiciones ideológicas que se critican desde el centro son aquellas que se configuran como una interpretación completa, cerrada, omnicompreensiva y definitiva de la realidad social e histórica. Son posiciones que, desde el punto de vista generativo, derivan muy directamente del racionalismo ilustrado, y que encuentran sus formulaciones más completas en dos posiciones que desde sus

primeros pasos se han visto como antagónicas y como referentes de la confrontación política: el liberalismo y el socialismo. Está al alcance de todos dibujar un mapa preciso de sus incompatibilidades y oposiciones respectivas.

El diseño de las oposiciones que entre estas posiciones ideológicas se perfilan puede hacerse con tanta precisión debido, precisamente, a su carácter racionalista de fondo. Y precisamente éste, el de las oposiciones, es uno de los rasgos más identificativos de las formulaciones que hemos denominado ideológicas, en cuanto que las ideologías se autoafirman como saberes de salvación, y sólo admiten otras posiciones como un mal derivado de la articulación democrática de la vida política y, consecuentemente también, sólo conciben la vida política como confrontación, como enfrentamiento, como antagonismo, donde el campo se divide entre dos categorías, las de los nuestros y los demás.

La desnaturalización de las formulaciones ideológicas liberales absolutas ha dejado hasta el momento el campo de las definiciones ideológicas abonado para las formaciones de izquierdas. Así lo avala la reciente y vivísima discusión en torno a lo que significa hoy "izquierda", en la que un reciente trabajo de **Norberto Bobbio** manifiesta ejemplarmente el fundamento de las consideraciones que hasta aquí llevamos realizadas.

Volviendo, pues, al planteamiento ini-

“El centro carece, efectivamente, de la consistencia dogmática propia de las ideologías, pero es que ese tipo de consistencia no le interesa porque se trata de una consistencia falaz, aparente, establecida sobre una base reductora de la realidad, propia de todo racionalismo.”

cial de la cuestión, el centro carece, efectivamente, de la consistencia dogmática propia de las ideologías, pero es que ese tipo de consistencia no le interesa porque se trata de una consistencia falaz, aparente, establecida sobre una base reductora de la realidad, propia de todo racionalismo.

Afirmar que nuestro conocimiento de la realidad es parcial, y en muchos sentidos —no en todos— relativo, que en absoluto podemos atisbar cuál es la situación final a que nos conduce la historia, que no tenemos ni podemos tener nunca a nuestro alcance los resortes o las claves para establecer un orden social definitivamente justo y plenamente libre, no puede equipararse a las formulaciones ideológicas. Está en sus antípodas. Consecuentemente, desde estos presupuestos, no puede pretenderse que el centro se defina con un posicionamiento ideológico de este estilo, que sería —desde ese punto de vista— efectivamente inconsistente, sino que lo que se establece es un nuevo espacio político y un nuevo discurso que rompe con los tópicos, fórmulas y dogmas del lenguaje ideológico, en tantos sentidos —creo no equivocarme— insuficientes.

“Negar la validez del pensamiento ideológico supone una auténtica liberación de la racionalidad y del pensamiento, que se encuentra ahora en condiciones de superar la trampa y el corsé a que las ideologías lo tenían sometido.”

¿No hay ideas?

Otra cosa es que hablemos de ideas. Negar la conveniencia, el sentido, o incluso la pertinencia o la posibilidad de un desarrollo ideo-

lógico cerrado y excluyente del pensamiento, no significa negar la necesidad de ideas en el terreno político. Al contrario. Al afirmar que el discurso ideológico se ha hecho insu-

ficiente, lo que se rechaza no es el pensamiento político, como parecen entender los que se mueven en las coordenadas argumentales ideológicas. Tal forma de entender la crítica se corresponde con un modo típico de proceder de las ideologías, que no son capaces de concebir que haya otro modo de proceder en el pensamiento y en la política que no sea el suyo propio, y más cuando desde las posiciones dogmáticas marxistas, por ejemplo, se afirma que todo pensamiento es ideología.

Negar la validez del pensamiento ideológico supone una auténtica liberación de la racionalidad y del pensamiento, que se encuentra ahora en condiciones de superar la trampa y el corsé a que las ideologías lo tenían sometido.

Probablemente será una simplificación afirmar que el pensamiento ideológico es el propio de la modernidad, pero puede servirnos para ilustrar la idea que queremos transmitir. La crisis de la modernidad de la que es testigo el tiempo presente, manifestada en las más variopintas circunstancias contemporáneas, es también una crisis de pensamiento, que no podrá encontrar salida adecuada ni por la vía de una reafirmación ideológica ni por la vía de un edulcorado escepticismo global que en to-

do caso sería el certificado de defunción de todo progreso político.

La superación de la crisis de la modernidad no me parece que pueda venir por la vía de una reinstauración de la modernidad, sino más bien por la de una superación que ha de pasar necesariamente por una profunda reinterpretación del pensamiento, y en concreto también del pensamiento político.

Pero superar la modernidad no puede significar rechazarla. Significa rechazar lo que de la modernidad se ha mostrado insuficiente, estrecho, caduco. Si es verdad que nunca posiblemente se han producido barbaries mayores que las ahijadas por la modernidad, es también incontestable que la modernidad ha enriquecido como pocas épocas históricas, conceptos tan trascendentales como democracia, libertad, derecho, dignidad humana, justicia, igualdad, etc.

Pero la modernidad, en cierta medida, ha estado demasiado pendiente de los corsés impuestos por las ideologías que, por poner un ejemplo, sólo podían entender libertad como libertad para la clase universal proletaria, libertad para el individuo solo, o libertad para la nación, según partiéramos de principios socialistas, liberales o nacionalfascistas.

Tal y como lo entiendo, establecerse en el espacio de centro significa, entre otras cosas, reconsiderar y redefinir todos los conceptos básicos, metapolíticos, sobre los que se

“Cuando el acuerdo no es posible, no se rompe por eso el suelo político del centro, porque queda el procedimiento democrático, la confrontación en las urnas como método de resolución de las desavenencias que puedan producirse en la vida política.”

asienta la vida política. La doctrina que así se produce no es, sin más, una elaboración genérica sobre los valores en que se asienta la democracia, sino que se muestra cargada de un nuevo sentido que posibilita la regeneración democrática a la que toda la gente de buen sentido aspira, y que la sociedad emergente reivindica.

A mí me parece que es ahí donde debe encontrarse el consenso básico que defina el nuevo espacio político y que posibilite nuevos avances y nuevas conquistas para la vida política. Y el elemento básico de ese consenso está en la dignidad del hombre y de la mujer concretos. La afirmación de la dignidad humana es el hallazgo más trascendental de la modernidad.

Pensamiento único

Si de lo que se habla es de definir un espacio nuevo ajeno a las ideologías, si se rechaza la confrontación como elemento vertebrador de la vida política, si se afirma la necesidad de un consenso básico y el diálogo y el encuentro para una regeneración democrática, es que el consenso se configura como el elemento central de la política, y, con él, el rebajamiento de las aristas y la instauración de un marco de

ideas que muy bien pueden asemejarse al pensamiento único. En esta argumentación podemos encontrar dos críticas principales a lo que significa y comporta el centro polí-

tico: pensamiento único, consenso.

A la primera habría que contestar que, a partir de lo señalado hasta el momento, afirmar que esta concepción del centro político conlleva, de alguna forma, alguna especie de pensamiento único, es invertir el sentido de lo real. Precisamente las ideologías prevalentes en la modernidad se han asentado sobre tres verdades de carácter dogmático, incontestables en su propio edificio, que han dado cohesión, o más bien debiéramos decir uniformidad, a todas sus construcciones. Para el socialismo, la propiedad privada como fuente de toda perversión social; para el liberalismo, el carácter absoluto del individuo humano despojado de toda vinculación social o comunitaria; para el nacionalismo fascista, la nación como sujeto último de toda construcción política. Y si de aquí se deriva el carácter dogmático de la ideología, de su beligerancia y su dogmatismo se deriva su afán expansivo y hegemónico. De ahí que, de haber un planteamiento que propugne la implantación de un pensamiento único ése sea el ideológico y no otro. La experiencia histórica de este siglo refrenda lo que aquí se afirma.

La suposición de que la diversidad política deriva de las posiciones ideológicas es deudora de esas mismas posiciones. Significaría tener en muy poco la capacidad crítica de los ciudadanos, su diversidad natural, social y cultural, y su misma libertad, considerar que un pensamiento liberado de ataduras ideológicas

“El espacio de centro no se construye allanando la diversidad presente, sino más bien ensanchando y expandiendo el espacio en el que nos hemos movido hasta ahora. Y el nuevo espacio dará más juego, sobre todo, a los ciudadanos, que es de lo que se trata.”

—insisto, en el sentido en que aquí nos estamos refiriendo a ideología— va a conducir a un único modo de ver la realidad y, sobre todo, a un único modo de entender la forma en

que, en el futuro, vamos a intentar configurarla mediante la acción política.

Confrontación y acuerdo

La segunda de las críticas que hemos de resolver, una vez definido el espacio de centro, se refiere al recurso al consenso como procedimiento político, ya que parece que ese espacio es generador del diálogo, del acuerdo, de modo que el instrumento de solución de los conflictos en la sociedad será el consenso.

Desde luego que pienso que no es admisible pensar que el hilo conductor de la vida política es la confrontación, de modo que, consecuentemente, el objetivo para una fuerza política no debe ser aplastamiento del adversario político. Considero que el hilo conductor fundamental de la vida política es el acuerdo. Sin acuerdos fundamentales y profundos no puede establecerse una vida política democrática. Cuando menos, al decir de los liberales, el acuerdo en los procedimientos, que debe ser escrupulosamente cumplido. Aún pensando que el acuerdo va mucho más allá, quedémonos al menos con ese mínimo.

Y una vez señalado esto, subrayemos ahora que destacar el carácter fundante o consti-

tuyente del acuerdo para la vida política, no permite inferir de ahí que toda la vida política se reduzca a acuerdo. El consenso sistemático no es posible cuando se afirma la fluidez y el dinamismo de la vida humana, y no ya el dinamismo de un sistema mecánico, o evolutivo, sino de un sistema libre. El consenso, el acuerdo, es una etapa del diálogo, pero lo son también el disenso, la divergencia, la discusión, la ruptura, la desavenencia y la recuperación de la concordia. Todas ellas son fases del diálogo y todas fases igualmente valiosas.

Cuando el acuerdo no es posible, no se rompe por eso el suelo político del centro, porque queda el procedimiento democrático, la confrontación en las urnas como método de resolución de las desavenencias que puedan producirse —y que ineludiblemente se producirán— en la vida política.

Se ha dicho que la confrontación es un ingrediente ineludible de la vida política. Yo estoy plenamente de acuerdo. Efectivamente, ante una propuesta determinada, ante un proyecto, la masa social fácilmente se dividirá entre partidarios y detractores —en una simplificación que no toma en cuenta a los que no saben o no contestan, o a los que consideran una tercera o cuarta opción—. Parece que en el momento presente, la sociología manifiesta que eso, de hecho, es así. Pero es que tal fenómeno en nada contradice la configuración del espacio político de

centro a que venimos refiriéndonos. Ni tampoco puede aducirse como apoyo argumental para mantener la pertinencia de la división entre izquierdas y derechas.

Es más, de la reivindicación del espacio de centro, como nuevo terreno para el juego político, no puede colegirse que sea el único espacio político posible, porque el terreno ideológico queda disponible —como no podía ser menos— para quien quiera seguir instalado en él. Criticarlo por su insuficiencia no significa anatematizar —que de nada valdría por otra parte— a quienes lo ocupan; considerar que está históricamente superado, no significa negar la posibilidad de que se produzcan en él nuevas virtualidades.

No es incompatible, ni contradictorio, afirmar la categoría suprema del consenso básico, en muchos sentidos metapolítico, sobre el que ha de asentarse la vida democrática, y al mismo tiempo el carácter ineludible de las confrontaciones que el juego político produce. Estas confrontaciones, el juego político, no serían posibles sin aquel consenso.

Así pues, podría decirse que el espacio de centro no se construye allanando la diversidad presente, sino más bien ensanchando y expandiendo el espacio en el que nos hemos movido hasta ahora. Y el nuevo espacio dará más juego, sobre todo, a los ciudadanos, que es de lo que se trata.

“Como no sea en los aledaños extremos —la mayor parte de las veces extraparlamentarios— del arco político, no encontramos grupos que se atribuyan sin más la condición de ‘derecha’, y menos que hagan una definición ideológica de su propia posición en cuanto tales, en cuanto pertenecientes a la derecha.”

El centro no es sólo un talante

La vacuidad ideológica del centro —en tanto el centro se sitúa en un territorio ajeno al de las ideologías— y consecuentemente la falta de una traducción política inmediata y directa para las posiciones de centro lleva a algunos a concluir que el centro es sobre todo un talante, un estilo o un modo de estar en la política, abierto y dialogante, y que a esto se reduce su sustancia política.

No estoy de acuerdo. Veremos por qué. Sencillamente, porque el centro político no es sólo un talante. Por talante se entiende el modo o manera de ejecutar una cosa. Reducir el centro a la categoría de un talante, sería equivalente a reducir la condición de demócrata a lo mismo. Claro que existe un talante democrático, pero tener talante democrático es una cosa y ser demócrata, otra bien distinta, y mucho más sustantiva, por cierto.

Resulta además que en una sociedad en que en la configuración de la opinión los medios audiovisuales de comunicación juegan un papel esencial, la imagen pública lleva asociada muchas veces la categorización política de los personajes. Por eso, éste, como muy bien se ha apuntado, es uno de los peligros que amenaza la vida política en la sociedad mediática.

De hecho, la trascendencia en la opinión pública de la propia imagen hace que el equilibrio en la expresión, el tono conciliador, la actitud de escucha, pueda ser interpretada co-

“La desnaturalización de las formulaciones ideológicas liberales absolutas ha dejado hasta el momento el campo de las definiciones ideológicas abonado para las formaciones de izquierdas.”

mo talante centrista. Pero tal cosa no significa ser de centro o estar en el centro, por cuanto caben semejantes características en un político que practique la más dura intransigencia ideológica o aún el sectarismo.

El talante moderado es, pues, un alto valor político, igual que el talante dialogante, por ejemplo, pero el centro político reclama la realización de políticas efectivamente moderadas y el posibilitamiento efectivo del diálogo, muy lejos de meras actitudes postizas.

Centro y pragmatismo

Aun suponiendo la congruencia de la respuesta a las críticas que hasta aquí se han apuntado, aun admitiendo que el espacio de centro es un espacio político real y no meramente una actitud personal, quedaría todavía un escollo insalvable —ya apuntado— para la articulación de un auténtico pensamiento de centro. Al renunciar al carácter ideológico, al no poder dar una interpretación global de la realidad humana y social, el centro carecería de un eje sobre el que articular su respuesta política a los problemas del hombre y de la sociedad y se movería por lo tanto en las coordenadas de un puro pragmatismo.

La argumentación de esta crítica me parece enteramente sólida, pero parte de nuevo de un supuesto eminentemente ideológico: considerar que es puro pragmatismo todo lo que no sea un derivado de las ideologías. Sólo en cier-

to sentido podría decirse que es así. Si tomásemos pragmatismo como sentido práctico y sentido de la realidad, las posiciones de centro son efectivamente pragmáticas, y de nuevo las formulaciones ideológicas se encontrarían en regiones radicalmente contrarias a éstas, por cuanto la ideología constriñe la realidad y la reduce a la congruencia con sus postulados dogmáticos. La ideología es capaz de retorcer la realidad y actuar contra ella hasta extremos que resultarían inimaginables de no mediar las experiencias atroces de la explotación capitalista del siglo XIX y de parte del XX, de la opresión comunista y de la barbarie nacional-socialista. Pero la asunción serena de esas experiencias históricas propicia, entre otras cosas, la afirmación del sentido de lo real como uno de los fundamentos imprescindibles de toda acción política.

Es más, si por pragmatismo hubiéramos de entender el aprendizaje a partir de la experiencia, entonces habría que volver a admitir la calificación del centro como un pragmatismo, y, quizás en este caso, con más fundamento aún, en cuanto desde el centro se manifiesta la necesidad radical de nuestra apertura a la experiencia. Me estoy refiriendo a que la postulación de un espacio de centro no es el resultado de una elucubración o de un análisis especulativo sobre la realidad política y social de nuestro tiempo. **Giddens** —que aunque re-

chaza los planteamientos ideológicos no acaba de desvincularse enteramente de ellos, tal vez por razones estratégicas comprensibles—, cuando intenta dar una explicación y una justificación de la llamada *Tercera Vía*, alude a que se trata de una teorización de las experiencias de gobierno; y **Aznar**, en otro orden, cuando se refería a la preparación del Congreso de su partido en el que iba a pedir el referendo para su propuesta de “giro al centro”, decía que no era aquel un trabajo de elucubración de unos cuantos intelectuales, sino que de lo que se trataba era de recoger las experiencias del propio proyecto político.

En los sentidos aludidos, pues, dosis de pragmatismo sí que tiene el centro; las referencias a la realidad y a la experiencia son ingredientes imprescindibles de las formulaciones que puedan calificarse de centristas. Otra cosa bien distinta es la interpretación que algunos hacen del pragmatismo en el sentido de oportunismo político. Cuando aluden al pragmatismo del centro se refieren a que lo único que le viene a interesar, una vez declarada su condición no ideológica, es la constitución de mayorías elec-

torales que garanticen su permanencia en el poder. Lógicamente una fuerza política no podría considerarse tal si no pretendiese permanecer en el poder, pero no podrá pretenderlo a toda costa si no es prescindiendo de principios éticos y democráticos sustanciales.

“Si por pragmatismo hubiéramos de entender el aprendizaje a partir de la experiencia, entonces habría que volver a admitir la calificación del centro como un pragmatismo, y, quizás en este caso, con más fundamento aún, en cuanto desde el centro se manifiesta la necesidad radical de nuestra apertura a la experiencia.”

Si se admitiera la crítica de quienes afirman que centro y oportunismo político son correlativos, y que centro no significa otra cosa que cosmética política, sería pertinente la pregunta sobre el trasfondo ideológico real de las posiciones políticas que pretenden autodefinirse como centristas. Habría quien diría que la respuesta es clara, allí donde se habla de centro —ha señalado alguno— es donde está la derecha. Si así fuera —en esa hipótesis, irreal— la situación para quien hace ese juicio no podría ser más calamitosa, pues la izquierda no podría encontrarse sino en los residuales partidos comunistas, y de algunos de los más importantes partidos socialdemócratas no quedarían sino los nombres, como sucedería con el laborismo inglés o con la socialdemocracia alemana, que accedió al poder —no se olvide— bajo el lema de “Nuevo Centro”.

Sustantividad política del centro

En el caso de que hubiéramos despejado en alguna medida las dudas que puedan plantearse sobre el valor del centro en relación a su caracterización —insuficiente o errónea— como talante, consenso, oportunismo, en definitiva, como cosmética política, quedaría todavía planteado en toda su integridad el interrogante sobre su sustantividad política.

“El rasgo que mejor define al centro es el reformismo. En este concepto se encuentran conjugados una serie de valores, de convicciones, de presupuestos, que permiten delimitar con precisión las exigencias de una política que quiera considerarse centrada, o de centro.”

Pues bien, creo que puede afirmarse que el rasgo que mejor define políticamente al centro es el reformismo. En este concepto se encuentran conjugados una serie de valores, de convicciones, de presupuestos, que

permiten delimitar con precisión las exigencias de una política que quiera considerarse centrada, o de centro.

Esto es así porque el reformismo implica en primer lugar una actitud de apertura a la realidad y de aceptación de sus condiciones. A partir de esta base, las políticas que se proyecten deben caracterizarse por su moderación —cualidad ésta esencial del centro, como muy bien y reiteradamente ha señalado **Fraga**— y por su realismo político. Así mismo es una exigencia del centrismo la eficiencia, y la base primera de la eficiencia no son las convicciones políticas sino la competencia profesional, aunque haya de entenderse ésta como apoyo de la labor política, ya que propiamente la competencia o capacidad política excede a mi juicio los límites de la simple competencia profesional. Y han de ser también, las de centro, políticas equilibradas, en el sentido de que han de atender a todas las dimensiones de lo real y del cuerpo social, de modo que ningún sector quede desatendido, minusvalorado o negado.

Si en cuanto a su dimensión, las políticas de centro deben caracterizarse como reformistas, moderadas, realistas y eficientes; en

cuanto a sus objetivos, el primer rasgo que las ha de caracterizar es su contenido social, la acción social que impulsan: estar en el centro, como ha señalado Aznar es situarse en el vértice del interés general. Son políticas de integración y en la misma medida se trata también de políticas cooperativas, que reclaman y posibilitan la participación de los ciudadanos singulares, de las asociaciones y de las instituciones, de tal forma que el éxito de la gestión pública debe ser, ante todo y sobre todo, un éxito de liderazgo, de coordinación, o dicho de otro modo, un éxito de los ciudadanos.

En cuanto al método de aplicación de estas políticas señalemos en primer lugar la necesidad de control del poder, convicción que se traduce en diversidad de criterios para la organización de la vida política. Las políticas de centro destacan igualmente los valores de transparencia, pluralidad e independencia informativa.

Reformismo

Las políticas centristas son políticas de progreso porque son políticas reformistas. El reformismo auténtico, según mi parecer, parte de una aceptación sustancial de la realidad presente. En nuestra sociedad atesoramos hoy valores muy profundos que deben ser enriquecidos con nuestra aportación. El legado de nuestros mayores es

“Si en cuanto a su dimensión, las políticas de centro deben caracterizarse como reformistas, moderadas, realistas y eficientes; en cuanto a sus objetivos, el primer rasgo que las ha de caracterizar es su contenido social, la acción social que impulsan: estar en el centro, como ha señalado Aznar es situarse en el vértice del interés general.”

el mejor que supieron y pudieron dejarnos, bien como producto de su saber o de su ignorancia, bien de su iniciativa o de su pasividad, de su rebeldía o de su conformismo. Pero ellos, al igual que nosotros, se vieron movidos indudablemente por la intención de dejar a sus hijos la mejor herencia posible.

Pero esta aceptación no es pasiva ni resignada. Lejos de actitudes nostálgicas o inmovilistas, percibimos las estructuras humanas como un cuadro de luces y de sombras. De ahí que la acción política se dirija a la consecución de mejoras reales, siempre reconociendo la limitación de su alcance. Una política que pretenda la mejora global y definitiva de las estructuras y las realidades humanas sólo puede ser producto de proyectos visionarios, despegados de la realidad de la gente. Las políticas reformistas son ambiciosas, porque son políticas de mejora, pero se hacen contando con las iniciativas de la gente —que es plural— y con el dinamismo social.

La política inmovilista se caracteriza, como es obvio, por el proyecto de conservación de las estructuras sociales, económicas y culturales. Pero las políticas inmovilistas admiten —o incluso reclaman— cambios. Ahora bien, los cambios que se hacen, se hacen —de acuerdo con aquella conocida expresión— para que todo siga igual. El reformismo, en cambio, aun aceptando la riqueza

za de lo recibido, no entraña una plena conformidad, de ahí que desee mejorarlo efectivamente, no haciendo cambios para ganar una mayor estabilidad, sino haciendo cambios que representen o conduzcan a una mejora auténtica —por consiguiente, a una reforma real— de las estructuras sociales, o dicho en otros términos, a una mayor libertad, solidaridad y participación de los ciudadanos.

La política revolucionaria pretende subvertir el orden establecido. Es decir, darle la vuelta, porque nada hay de aprovechable en la situación presente, hasta el punto que se interpreta que toda reforma es cambio aparente, es continuismo. Por eso puede considerarse que las políticas revolucionarias, aun las de apariencia reformista, parten de un supuesto radicalmente falso, el de la inutilidad plena o la perversión completa de lo recibido. Afirmar las injusticias, aun las graves y universales que afectan a los sistemas sociales imperantes, no puede conducir a negar cualquier atisbo de justicia en ellos, y menos todavía cualquier posibilidad de justicia. Aquí radica una de las graves equivocaciones del análisis marxista, que si bien presenta la brillantez y coherencia global heredada de los sistemas racionalistas, conduce igualmente, en virtud de su lógica interna,

“Las políticas centristas son políticas de progreso porque son políticas reformistas. El reformismo auténtico parte de una aceptación sustancial de la realidad presente.”

a la necesidad de una revolución absoluta —nunca mejor definida que en los términos marxistas— y, por tanto, a la destrucción radical, en

todas sus facetas, de cualquier sistema vigente.

Hoy, los presupuestos marxistas y el análisis que se hace desde ellos es cuestionado y criticado en casi todos los ámbitos políticos; sin embargo, queda de ellos la desconfianza hacia la iniciativa privada, hacia la espontaneidad social, hacia las instituciones burguesas, etc. Y aunque los grupos políticos que han abandonado el marxismo como ideología propia, han asumido de hecho —porque no hay otra remedio— proyectos políticos reformistas, no aceptan en cambio de buen grado el reformismo como caracterización política, tal vez por las resonancias burguesas que en tal formulación encuentran.

Sin embargo, hoy parece cada vez más evidente la afirmación de que el camino del progreso es la vía de las reformas. La titánica —e imposible— empresa de construir la realidad humana desde cero, arrasando todo lo recibido, como los utopismos políticos de toda clase han pretendido, está abocada al fracaso. Las políticas de reformas suponen el reconocimiento de la complejidad de lo real, y en igual medida la constatación de la limitación humana en el diseño y en la proyección de la propia existencia.

Jaime RODRÍGUEZ-ARANA MUÑOZ

EN LA ESPAÑA DE LAS LIBERTADES

Luisa Fernanda RUDI ÚBEDA

Alcaldesa de Zaragoza

Al atravesar el umbral del tercer milenio, España se halla integrada plenamente en las organizaciones territoriales, políticas y económicas que, desde sus respectivos ámbitos, constituyen la vanguardia de la transformación del mundo en que vivimos. Y el papel que en el contexto de los pueblos nos ha tocado desempeñar, se sitúa también a la cabeza de la responsabilidad y del prestigio internacional.

ESPAÑA es una pieza relevante de la Unión Europea y constituye su enlace natural con la comunidad de países iberoamericanos. Plenamente integrados en la OTAN, los soldados españoles contribuyen con su presencia y su esfuerzo a las tareas de pacificación en las zonas de conflictos. En la Organización de las Naciones Unidas nuestra voz es cada día más valorada y respetada. Todo ello se fundamenta en una realidad que, por cotidiana, tendemos a veces a obviar: España vive hoy su período de democracia política y de paz social más duradero y pujante en los últimos dos siglos, construido sobre los sólidos cimientos que se asientan sobre la Constitución de 1978, que

es la piedra angular de la España de las libertades.

Como el pez que si no nada se ve precipitado al fondo del estanque, la libertad individual y las libertades públicas deben conocerse, ejercerse y desarrollarse para que progresen y se encuentren plenamente vivas, más allá de los formalismos y las declaraciones contenidos de un texto legal. Ejemplos sobrados tenemos en nuestra historia contemporánea de Constituciones que, a causa de las luchas sociales, de la inoperancia política o por puro sectarismo, quedaron en papel mojado, sin llegar a calar tan hondo en el sentimiento y en el espíritu del pueblo español como la Carta

Magna de 1978. Por ello, los valores de libertad, participación política, convivencia tolerante y paz social que contiene nuestra Constitución, deben mantenerse y profundizarse, adaptándose progresivamente en su desarrollo a los vertiginosos cambios que, en los últi-

mos veinte años, se han producido en la sociedad y en el mundo en que vivimos. Cambios que nos obligan a comenzar a pensar en esos otros derechos y libertades, en los emanados de la nueva estructura europea, de nuestro papel internacional y que podríamos denominar de "tercera generación".

Si en un aspecto de la vida la transformación experimentada en las dos últimas décadas ha sido radical, éste es sin duda en el ámbito de la comunicación. Por ello, la nueva realidad de la "sociedad de la Información" exige un planteamiento distinto para proteger la intimidad del individuo ante el Estado y ante los demás ciudadanos. El desarrollo de las técnicas de captación y almacenamiento de datos y su acceso a ellos de forma automatizada, las redes de comunicación, el correo electrónico, etc., han expuesto la intimidad personal y familiar a serias amenazas. Por ello, es preciso impulsar medidas para que las nuevas tecnologías de la información se utilicen con el máximo respeto a la intimidad de las personas, derecho

“Para España, la dimensión europea e internacional resulta esencial para configurar plenamente su sistema de protección de libertades. Es preciso desarrollar el espacio europeo de libertad, seguridad y justicia que se consagra en el Tratado de Amsterdam y mejorar los mecanismos de protección de los derechos de los inmigrantes.”

fundamental por el que debe velar la Agencia de Protección de Datos con más medios y competencias.

Las nuevas tecnologías también han cambiado el panorama de la comunicación audiovisual, en la que debe primar siempre la libertad,

el pluralismo y la transparencia. Nuestro ordenamiento jurídico, particularmente en lo que se refiere al sector público, es inservible para regular esta nueva situación, por lo que es imprescindible el acuerdo entre las fuerzas políticas para abordar su reforma. A este respecto, y tomando como el punto de partida la insostenibilidad del modelo de financiación de las radiotelevisiónes públicas, es preciso buscar un nuevo modelo que garantice la calidad y pluralidad de los contenidos, y sea coherente con las directrices de la Unión Europea y con los principios de competencia y libre mercado.

La investigación científica y las innovaciones alcanzadas en los campos de la genética, la biología y la medicina han de respetar siempre la dignidad humana y orientarse siempre a la defensa de la vida y de la salud. Hay que respetar la libertad de investigación sin menoscabo de la necesidad de establecer unos límites jurídicos cuando quepa la posibilidad de atentar contra los derechos humanos. Por ello, es necesaria la creación de una Comisión Nacional de Bioética que sea el órgano de refle-

xión sobre los problemas éticos derivados de los avances científicos, así como la elaboración de un estatuto jurídico del embrión humano para protegerlo de aquellas intervenciones con nuevas tecnologías cuya finalidad no sea curativa.

Para España, la dimensión europea e internacional resulta esencial para configurar plenamente su sistema de protección de libertades. Es preciso desarrollar el espacio europeo de libertad, seguridad y justicia que se consagra en el Tratado de Amsterdam y mejorar los mecanismos de protección de los derechos de los inmigrantes, creando un régimen jurídico de los extranjeros en España y regulando los flujos migratorios de acuerdo con la capacidad de absorción del sistema económico y social del país receptor.

Para luchar contra la delincuencia transfronteriza (terrorismo, tráfico de drogas, delincuencia organizada y trata de seres humanos) es imprescindible que la EUROPOL se convierta en una policía realmente operativa. Hay que fomentar la lucha de las Comisaría conjuntas contra la delincuencia entre países y mejorar los procedimientos de extradición entre los Estados miembros de la UE. Finalmente, el establecimiento de un Tribunal Penal Internacional es absolutamente imprescindible para lograr la tutela jurisdiccional efectiva

de los derechos fundamentales de las personas y de los pueblos, cuya cara más amarga del horror hemos visto recientemente en el conflicto de los Balcanes.

La Administración de Justicia está llamada a ser la garante última de los derechos y libertades de los ciudadanos. Justicia y política deben tener sus propios espacios de actuación y estar radicalmente separadas, para lo que es preciso un compromiso político que elimine en el futuro acciones como las que tanto daño le han causado en los últimos tiempos a la credibilidad de la Justicia. Para ello, es necesario potenciar las condiciones que posibiliten a los jueces cimentar su actuación sobre la independencia, la profesionalidad y la responsabilidad, mejorando su formación y evaluando permanentemente su trabajo; igualmente es necesario mejorar el funcionamiento de los juzgados y alcanzar un acuerdo de consenso entre las fuerzas políticas para abordar los grandes temas pendientes de solución definitiva de nuestra Justicia: la elección de vocales del Consejo General del Poder Judicial, la agi-

lización del Tribunal Constitucional, la modificación del Estatuto Orgánico del Ministerio Fiscal y la necesaria reforma de la Ley del Jurado.

La mejora de la Administración es una de las exigencias de la España de las libertades, y es un imperativo constitucio-

“Los valores de libertad, participación política, convivencia tolerante y paz social que contiene nuestra Constitución, deben mantenerse y profundizarse, adaptándose progresivamente en su desarrollo a los vertiginosos cambios que, en los últimos veinte años, se han producido en la sociedad y en el mundo en que vivimos.”

nal acercar sus servicios a los ciudadanos. Para ello, su actividad debe ir reduciéndose hasta resolver aquello que sólo puede realizar adecuadamente la autoridad pública, siempre garantizando la prestación de los servicios públicos, aunque sea a través de la acción indirecta. Las administraciones deben trabajar para evitar el incremento del gasto público manteniendo el esfuerzo de autoridad realizado en

“España vive hoy su período de democracia política y de paz social más duradero y pujante en los últimos dos siglos, construido sobre los sólidos cimientos que se asientan sobre la Constitución de 1978, que es la piedra angular de la España de las libertades.”

los últimos años y ofreciendo a los ciudadanos los servicios adecuados con la calidad de vida que demandan.

Acompasados a los cambios, todos somos sujetos y responsables de que el sistema de la España de las libertades se consolide día a

día. El consenso, la tolerancia y el diálogo político nos han dado excelentes resultados. Sigamos avanzando juntos por el mismo camino.

Luisa Fernanda RUDI ÚBEDA

BASES DOCTRINALES DEL CENTRO REFORMISTA ESPAÑOL

Francisco SANABRIA MARTÍN

Director de "Veintiuno". Secretario General de la Fundación "Cánovas del Castillo"

*El acceso al poder del Partido Popular en 1996 cerró la "transición" política española, período de siete años de reformas tan intensas como queridas por el pueblo español, y que alcanzó su solidez al suceder pacíficamente la izquierda a la llamada derecha que había sido la que hizo ese tránsito, y muy felizmente, pese a los intentos en contra, más bien discretos hay que decir, de la izquierda, sobre todo de los socialistas, que defendieron oficialmente la ruptura y no el cambio. La transición estricta remata definitivamente cuando a su vez el PP sucede al PSOE por los mismos métodos pacíficos y democráticos. Es lo que **Aznar** había titulado ya "La segunda transición".*

RESULTA notable que quienes propiciaron y posibilitaron el paso no traumático de un régimen autoritario a otro democrático no supieran aprovechar tan meritorios servicios. Por una parte, se dejó envolver en la imputa-

ción de colaboracionistas del régimen anterior, algo que el PSOE supo utilizar con gran habilidad, siendo así que en su seno no faltaban antiguos colaboradores del franquismo. Pero, sobre todo, adoleció de falta de unidad. UCD,

primer partido que agrupó el centro de derecha español en la transición, se deshielo en discordias internas que dañaron su imagen, de modo que los españoles em-

pezaron a desear un gobierno más fuerte que representase además algo enteramente nuevo, ahora que se tenía la certeza de que la estabilidad del sistema no iba a correr riesgos.

El triunfo del PSOE el 28 de octubre de 1982 fue apoteósico. Las causas de ello fueron complejas, pero una de ellas estaba sin duda en la apariencia moderada, pluralista y prometedora con que se presentó a la opinión pública. Antes del triunfo, el socialismo, instado por el propio **Felipe González**, a su vez alentado por el SPD alemán, había renunciado a la confesión marxista oficial. Después del triunfo operó, no sin algunos tics de la izquierda tradicional, como una socialdemocracia europea, especialmente alertada por el fracaso del socialismo puro de **Mitterrand** en la primera parte de su mandato.

El esquema socialista de casi tres lustros de duración se rompe en medio de un alud de acontecimientos abarcables bajo las rúbricas de corrupción, ineficacia paulatina, abusos, contradicciones entre lo dicho y lo realmente hecho y agotamiento del discurso político. Todo eso no ha impedido ciertamente que el PSOE siga disfrutando de una base firme que asegura, en principio al menos, la alternancia política necesaria en una democracia, siempre que el socialismo sea capaz de realizar su propia

“El vuelco pacífico pero terminante de octubre del 82 supuso también, como es lógico, la recomposición de la derecha y el centro españoles divididos y derrotados; la recomposición fue lenta, difícil y sacrificada.”

crítica, tarea en la que está empeñado en estos momentos.

Retomemos el hilo: el vuelco pacífico pero terminante de octubre del 82 supuso también, como es

lógico, la recomposición de la derecha y el centro españoles divididos y derrotados; la recomposición fue lenta, difícil y sacrificada.

Los restos de UCD quedaron esparcidos: unos se integraron, pocos, en las filas socialistas, otros en un nuevo partido, CDS, fundado por **Adolfo Suárez**, y los más en esa derecha evolutiva, acogedora, moderada, reformista y democrática que fue AP y cuyos precedentes doctrinales hay que buscarlos, no tanto en coaliciones políticas ocasionales —que tuvieron no obstante la virtud de ir llevando al redil constitucional a la derecha más hirsuta— cuanto en GODSA, FEDISA y Reforma Democrática, nacidas para el cambio político. Nada tiene de particular, pues, que figurasen en las filas de AP tres de los redactores de la Constitución, **Fraga, Herrero y Cisneros**, y formasen parte de aquellas Cortes, en los escaños de ambas Cámaras o como asesores, jóvenes valores cuyo nombre nos es hoy muy familiar: **Federico Trillo-Figueroa, Loyola de Palacio, Rodrigo de Rato, Francisco Álvarez Cascos** o **José María Aznar**.

Aunque la mayoría de los grupos políticos había quedado vacunada contra veleidades independentistas, la realidad se encargó de acabar con los recalcitrantes y todos al fin entendieron que sólo la unión podía dar la fuerza

necesaria, y se inició así un proceso ininterrumpido de aflujo de fuerzas afines en Alianza Popular, con una solidez política y un talante de cambio que quedaron de manifiesto con el fracaso colosal de la llamada "operación reformista" en 1986.

Todo lo cual llevó a ese partido, a través de su refundación, decidida en 1990 durante el X Congreso —no I Congreso, adviértase, para asegurar una continuidad con la anterior AP, que había celebrado los nueve congresos precedentes—, a su actual triunfo, con su denominación de hoy: Partido Popular. El proceso, complejo y plural, como ya he señalado, sería incomprensible sin la referencia a dos nombres clave: Manuel Fraga, al principio, y José María Aznar, después.

Al espinoso recorrido realizado por la antigua AP se le ha llamado "la travesía del desierto". La denominación es afortunada por la tesonera actitud manifestada al hacer el camino, y porque durante él, a través de la ascesis política, la aglutinación de fuerzas y tendencias, la búsqueda de una síntesis doctrinal, el ejercicio de la moderación y el realismo que excluyó los extremos, el diálogo y el ejercicio de la oposición política, se va decantando poco a poco el perfil doctrinal, organizativo y humano de lo que hoy son la actitud, el talante y el bagaje de ideas básicas del centro español, del PP, al que Aznar definió como

"En el seno del PP se acumulan varias herencias, distintas por su origen y contenido, aunque no antagónicas, lo que haría imposible su convivencia; por el contrario, son complementarias y de hecho se complementan hasta producir una síntesis. De entre ellas la conservadora, la liberal y la humanista son las más relevantes."

"proyecto nacional, centrado, liberal, tolerante y amplio".

Siempre con los peligros que toda simplificación comporta, la tarea de moldeado del Partido Popular, llevada cabo por Aznar, se resume, sin agotarse, en tres puntos: **1) renovación generacional**, lo que tenía relevancia si se considera la sedicente indentificación entre derecha y régimen anterior que la izquierda utilizaba. Aznar, hablando de sí mismo y de los de su edad, dijo: "Somos... de una generación que no está en forma alguna vinculada al pasado...". Naturalmente eso tuvo un coste, porque como dijo **Juan José Lucas**: "La regeneración de un partido exige un sacrificio interno muy alto y la inmolación de demasiada gente"; **2) cohesión interna**, logrando la homogeneidad, que no excluye las tendencias pero las atempera, y una vigorosa disciplina de partido; **3) ubicación en el centro del espectro político**, y esto tiene ya mucho que ver con las ideas y doctrina del PP, que intentaré repasar en sus líneas generales.

Empezaré por una afirmación rotunda. Encontraremos en esa doctrina un cuerpo que tiene ya una decidida entidad, que es plural pero coherente. Lo que no encontraremos es un todo cerrado, de trabazón rotunda. Si reuniese esas características, sus afirmaciones serían axiomas y su doctrina dogmática, y acaso sea el antidogmatismo una de las no-

tas más típicas de su ideario. Es natural que así sea porque, como afirmó **Marañón**, la conducta liberal “no requiere profesiones de fe, sino ejercerla de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla”.

Más aún, un centro reformista en sociedades como la nuestra exige seguir de modo paulatino y sereno reformando y reformándose, y hacerlo con talante reflexivo y humilde, porque, como advirtió **Popper**: “cualquier persona que intervenga en política, sea de la forma que sea, o bien a través de teorías o por medio de una nueva ideología, debe tener presentes dos cosas: en primer lugar debe de ser consciente de la tremenda responsabilidad intelectual que le incumbe y en segundo lugar tiene que ser consciente de los daños que puede acarrear. Debe pensar que no sabe nada y que su obligación es aprender a mantener su mente abierta y a no fingir que sabe cuando no sabe nada. Debe criticarse a sí mismo y ser capaz en todo momento de mejorar sus doctrinas acerca del Estado y la sociedad”. Antidogmatismo, pues, y también flexibilidad, tolerancia, responsabilidad intelectual y sentido de la realidad.

Es patente que en el seno del PP se acumulan varias herencias, distintas por su origen y contenido, aunque no antagónicas, lo que haría imposible su convivencia; por el contrario, son complementarias y de hecho se complementan hasta producir una síntesis. De entre ellas la conservadora, la liberal y la humanista son las más relevantes.

“Si Manuel Fraga, fundador de AP y padre del PP se define en lo doctrinal como liberal conservador reformista, es evidente que el ingrediente primero y final del actual centro derecha español es el conservadurismo poroso al modo anglosajón y abierto por ello al reformismo como vía preferible a las revoluciones o a las rupturas.”

Si Manuel Fraga, fundador de AP y padre del PP se define en lo doctrinal como liberal conservador reformista, es evidente que el ingrediente primero y final del actual centro derecha español es el conservadurismo

poroso al modo anglosajón y abierto por ello al reformismo como vía preferible a las revoluciones o a las rupturas. Una vía para cambiar las cosas que sea necesario cambiar, siempre que la sociedad haya decidido cambiarlas, siempre que ella no pueda hacerlo y siempre que reclame el apoyo público para ello. Se trata de practicar la “presunción a favor” de que habló **Burke**, “frente a todo proyecto no ensayado...”, sin cambiar lo que no necesita ser cambiado, es decir, rechazando el cambio por el cambio.

Una actitud de principio antagónica a la inclinación por la ingeniería social aplicada a discreción desde el poder, camino de paraísos preconcebidos por una ideología y ejecutados por la planificación estatal. Porque el conservadurismo actual está tan lejos de la utopía constructivista como del tradicionalismo añorante de todo pasado y, por supuesto, lo está de un vergonzante repudio de una rica herencia cultural, patrimonio de todos, al que el centro español da especial relieve e importancia, no ya en su doctrina sino también en la realidad de su gestión de gobierno. Como en una ocasión me hizo notar **Dalmacio Negro**, lo conservador unido a lo liberal se explica como fide-

lidad a la tradición de la libertad peculiar de la civilización europea: tradición creadora, que es denominador común que hace de estabilizador de los conceptos liberal, conservador y cristiano.

Los conservadores liberales que hunden sus raíces en el humanismo cristiano confían en las virtudes del ser humano, en su capacidad, para labrarse un destino y también en sus defectos y limitaciones. Creen que el Estado es árbitro y facilitador, pero no providencia; marco del orden jurídico, pero no reformador social de la realidad. *“Es necesaria una fe amplia en la sociedad, en sus valores y en su capacidad de organizarse —escribió Aznar hace ya nueve años, al comienzo de su presidencia del PP—. Esa capacidad hay que fomentarla, ayudarla sobre todo y no mediatizarla”*. Y añadía en el preámbulo del programa electoral del 96, *“Una mayoría política es imprescindible para que el próximo gobierno pueda tomar decisiones, pero no es suficiente: se necesita el impulso, el aliento, el compromiso, de una mayoría social”*.

No voy a hacer ninguna historia, ni siquiera simplificada, del pensamiento conservador español que goza de personalidades e ideas muy ricas, entre las cuales figuran, en palabras de Manuel Fraga, “un conservador ilusionado”, **Jovellanos**, “un conservador sociológico”, **Balmes**, “un conservador organicista”, **Maeztu**, y sobre to-

do “un liberal conservador”, **Cánovas del Castillo**, generalmente considerado como el más grande estadista de la España contemporánea. Ya desde él se produce la síntesis de lo conservador y lo liberal, así como la búsqueda y logro del equilibrio político. No cabe olvidar que Cánovas restaura en 1875 una monarquía liberal y parlamentaria sin la cual no hubiese sido posible la segunda restauración monárquica que se produce cien años después, en 1975. Al hacerlo, Cánovas fue más allá que los liberales doctrinarios porque se inspiró en el modelo británico: *whigs* y *tories*, **Gladstone** o **Disraeli** son, más que **Guizot** o **Thiers**, sus referentes políticos. Por eso, ya en y desde esa época y ese pensamiento se produce en España la simbiosis, la síntesis de las dos grandes tendencias del siglo XIX, centrando así la vida política de nuestro país que se mantiene pacífica mientras ese sabio equilibrio logrado por la Restauración y sus hombres no se rompe.

La mejor manifestación del liberalismo español primigenio, que incluso aportó el uso universal de ese nombre y de su adjetivo *-liberal-* para designar esa corriente, es la Constitución española de

1812, de tan fuertes repercusiones en Europa e Iberoamérica, en cuanto contemporánea de los procesos de independencia de aquellos países. El liberalismo tiene también entre nosotros, los españoles, figuras muy

“El conservadurismo actual está tan lejos de la utopía constructivista como del tradicionalismo añorante de todo pasado y, por supuesto, lo está de un vergonzante repudio de una rica herencia cultural, patrimonio de todos, al que el centro español da especial relieve e importancia, no ya en su doctrina sino también en la realidad de su gestión de gobierno.”

representativas que cubren un largo período que se extiende desde los economistas de la Escuela de Salamanca, descubiertos con admiración por **Schumpeter** y **Hayek**, hasta el siglo XVIII, e incluye gentes como **Martínez de la Rosa**, **Martínez Marina**, **Agustín Argüelles**, el primer **Donoso Cortés** o **Alcalá Galiano**, entre otros, y llega hasta nuestros días de la mano de **Ortega**, **Marañón**, **Sánchez Albornoz**, después **Marías...**

Tal tradición cuaja en un conjunto de notas definitorias del centro español como mezcla armoniosa de amor y respeto al pasado, junto a la enérgica defensa de la libertad y de la democracia en su justo y valioso papel: “La mayoría... —como escribió **Tocqueville**— es la fuente común de todos los poderes. Pero la mayoría misma no es todopoderosa. Por encima de ella se encuentran, en el mundo moral, la humanidad, la justicia y la razón; en el mundo político, los derechos adquiridos”.

Esa impronta inmediata se amplía en España, cada vez más abierta, europea y universal, con la tradición economicista de **A. Smith**, del que suelen olvidarse sus obras éticas y jurídicas que complementan las económicas y subrayan el respeto y la ayuda al prójimo. Algo a tener muy en cuenta, ya que como dice el profesor **Velarde**, “El mero interés de los agentes económicos no crea, por sí sólo, por efecto automático del mercado, una ética natural de la so-

“Debemos desconfiar de la libertad abstracta que para nada vale sin el reconocimiento y garantía de las libertades concretas y desarrolladas, ejercidas espontáneamente en el marco de la seguridad ciudadana. Éstas son las que debe garantizar el Estado.”

ciudad”. La dimensión ética puesta de relieve por **Max Weber**, y que nunca estuvo ausente de ese liberalismo económico, desde **Lord Acton**, que habló de la integridad inflexible de

los códigos de ética, hasta F.A. Hayek, que subraya la importancia de los juicios apoyados en ciertos valores comunes, ha sido renovada no hace mucho por **J.M. Buchanan**. Por ello, a partir de Smith, como **Ménendez Ureña** subraya, “la forma de relacionar moral y economía... es más correcta que la marxista y más acorde con una antropología y una moral como la cristiana”.

De ahí la fácil sutura de lo liberal con buena parte del acervo democristiano que hoy en España confluye en la corriente mayor de la doctrina social de la Iglesia, a partir de la *Populorum Progressio* de **Pablo VI** y, de modo muy especial, entre otros documentos, tras la *Sollicitudo Rei Socialis*, la *Centesimus Annus* y la *Laborem Exercens* de **Juan Pablo II**. Porque en España, por diversas circunstancias históricas, la Democracia Cristiana como agrupación política nunca tuvo el peso que disfrutó en Europa, Alemania e Italia, sobre todo —no olvidemos que los Padres de la UE surgieron de esa corriente doctrinal— o en Hispanoamérica, donde en muchas de sus repúblicas disfrutó y aún disfruta de posiciones de relieve.

¿Debe estimarse que en el centro español no quedan vestigios de una corriente que incluye mentes tan lúcidas como la de **Mari-tain**, por ejemplo? No es el caso. Como hizo

notar **Javier Rupérez** en esta misma revista, cuatro son los rasgos doctrinales de ese origen: 1) la primacía del hombre como medida de la estructura social; 2) el principio de subsidiariedad: lo que puede hacer el individuo no lo haga ninguna administración intermedia y lo que éstas puedan hacer no lo haga la estatal; 3) la economía social de mercado, esto es, el papel corrector de las malformaciones sociales y estructurales; 4) equilibrio entre libertad y justicia en el ámbito nacional e internacional. Añadiré que este último punto y la subsidiariedad están explícitamente recogidos en el último programa electoral general del PP.

Los rasgos dichos matizan las líneas conservadoras o liberales que aparezcan más acentuadas en el conjunto del centro reformista: corrigen posibles excesos pero no contradicen lo esencial y propio. Los correctivos a un ultraliberalismo vienen ya desde el comienzo de la Escuela Austríaca, con **Carl Menger** a la cabeza. En nuestro país se ha desarrollado entre nuestros jóvenes economistas: hay que partir del ser humano en su totalidad, no como mero agente abstracto de producción, intercambio y consumo. Así, Ménéndez Ureña habla

de un *“liberalismo económico humanista”* en el que se produce el *“paso de una ética económica a una economía ética”*.

Esa tradición liberal armonizada con lo cristiano preside la obra de profesores e intelectua-

“Ya desde Cánovas se produce la síntesis de lo conservador y lo liberal, así como la búsqueda y logro del equilibrio político. No cabe olvidar que restaura en 1875 una monarquía liberal y parlamentaria sin la cual no hubiese sido posible la segunda restauración monárquica que se produce cien años después.”

les que nutren el pensamiento del centro reformista, desde **Lucas Beltrán** a **Luis Díez del Corral**, maestros venerables de discípulos lúcidos, como algunos de los teóricos que figuran en estas páginas del número especial de *Veintiuno* en compañía de técnicos y políticos que tienen hoy tareas de administración y gobierno en España.

Nutren también la doctrina de ese centro la obra de **Raymond Aron**, **Bertrand de Jouvenel**, **Golo Mann**, **Giovanni Sartori** o **Alastair McIntyre**, y desde América, **Irving Kristol**, padre e hijo, **Seymour M. Lipset**, **Daniel Bell**, **Nathan Glazer**, **Nathan Podhoretz** o **Samuel Huntington**, incluyendo también el conservatismo más clásico de **Russell Kirk**, y sin olvidar a **Robertz Nozick**, **Peter L. Bergher**, **Paul Johnson**, la obra y la escuela de **Leo Strauss** y el neotomismo integrador de **Michael Novak**, y no estará de más recordar que Lord Acton consideraba a **Santo Tomás** como el primero de los *whigs*.

Dije, e insisto, en que no estamos ante un cuerpo cerrado de doctrina con práctica ortodoxa y oficial. Estamos ante una actitud, ante

un talante, coherente en su conjunto, pero abierto, como la sociedad que **Popper** llamó abierta. ¿Hay que deducir que estamos ante un ideario evanescente? Eso suele decir la izquierda, acostumbrada a sus progra-



mas cerrados, apriorísticos, constructivistas. La realidad de lo que se autodefine como centro reformista español está lejos de esa imagen falsa e interesada. En efecto, son verificables determinados ejes, algunos de los cuales tuve ocasión de ponderar en otro trabajo, y que paso brevemente a considerar:

1) **En el centro hay ideas, incluso ideales, pero la doctrina es abierta.** Es más, el liberalconservadurismo no es un sistema ni puede serlo: es historicista en el mejor sentido de la palabra. Fraga lo ha expresado bien: “No creo en ninguna de las fórmulas generales que se han ido enunciando con carácter de totalidad y exclusividad; ni en los equilibrios automáticos del mercado ni en la benéfica dinámica transformadora de la lucha de clases”. El pensamiento que examino se basa en un ideario, pero en modo alguno en una ideología, concepto que rechaza en su exclusividad excluyente. Ese pensamiento, abierto y renovador, no es ideología, es tradición; no es dogma, son principios.

2) **El centro reformista cree sobre todo en las virtualidades del ser humano y su capacidad** para labrarse un destino. El Estado es árbitro, no providencia, marco jurídico, no reformador social ni cultural. Al revés, su misión consiste en encauzar los conflictos políticos de la sociedad, no en crearlos. En este sentido conviene llamar la atención so-

“No basta con predicar una menor intervención estatal en nuestras vidas individuales, una moderación de la acción de los poderes públicos, porque para que ello ocurra es imprescindible la existencia de una sociedad madura y responsable que sepa confiar en sí misma y en su capacidad para resolver la mayor parte de sus problemas.”

bre las utopías que “...han ocasionado las tragedias de la revolución rusa y de los países de la Europa Oriental en su colapso final. El orden espontáneo fruto de la libre cooperación, ...el mercado —señala Lucas Beltrán—, ha hecho avanzar más nuestra civilización y le ha dado su forma actual”.

3) **Sin mercado no hay sociedad libre.** Es más, en un mundo globalizado, de mercado universal, el intercambio libre incide no sólo en lo estrictamente económico sino en lo social, lo cultural y, en definitiva, en lo político. Ahora bien, todo ello, si resulta condición necesaria no es sin embargo suficiente. Las virtudes del mercado dependen de elementos no económicos. En primer lugar del Derecho, después de la Política; y uno y otro forman parte de la Moral. Pero cuando se pretende sustituir los principios de Derecho Natural por la realización de un programa ideológico, Derecho y Política dejan de ser morales y se convierten en moralistas porque quienes ocupan el poder se sienten los depositarios y realizadores de ese programa, desatan el intervencionismo, amplían los campos de acción estatal y rebasan la esfera propia del Derecho, cuyo centro es la persona. Se abre así paso a los totalitarismos de uno u otro corte y se suprime el debate social porque quien se opone al dogma o discute la ideología es anatematizado. Viva sigue en occidente, en Europa de modo particular, la

doble herencia liberal, frente a la jacobina, dogmática y constructivista, la representada por **Locke, Montesquieu, Smith, Madison, Jefferson** o **J.S. Mill**. Y a este respecto no está de más recordar aquí una frase reveladora de I. Kristol: *“La revolución francesa prometió a sus ciudadanos la felicidad bajo el nuevo régimen, mientras que la revolución norteamericana solo prometió que el individuo pudiera comprometerse en la búsqueda de la felicidad”*.

4) **Conviene distinguir con claridad entre capitalismo, economía de mercado y régimen democrático**, ya que no son equivalentes. El capitalismo requiere la economía de mercado como organización económica y prefiere el régimen democrático como organización política. Pero son distintos y de hecho pueden disociarse en la realidad. Aunque el mercado, que no basta en sí, es sin embargo preciso *“para que la vida económica y social se vayan resolviendo con equilibrio más que perfecto”*, según **Rubio de Urquía**. Por lo demás hay que recordar a algunos devotos de A. Smith que éste dio al Estado un papel en materias básicas como la defensa, la paz social, el mantenimiento del orden y las obras públicas.

5) **La democracia liberal se opone a la llamada democracia social** y, claro está, a la que se denominó democracia popular. Es más, sería preferible prescindir de cualquier adjetivo al hablar de democracia. En realidad, la democracia es el resultado de una evolución histórica deter-

“Solidaridad es término de tal raigambre que su uso resulta siempre agradecido. Como quiera que es la expresión de la fraternidad, en ella se cobijan tanto la tradición cristiana como la revolucionaria.”

minada, pero tampoco es un dogma, ni una ideología, ni un modelo previo. Es simplemente, pero nada menos que, un régimen que reconoce la libertad política, que permite renovar los gobernantes por cauces establecidos, y todo ello sin predeterminedar formas concretas de conducta o de organización social.

6) Acabo de hablar de **libertad**. Nadie se atreverá a negarla salvo en la utopía marxista final de igualitarismo perfecto donde sí tiene sentido la frase de **Lenin**, *“libertad, ¿para qué?”*. Pero la experiencia nos dice que debemos desconfiar de **la libertad abstracta** que para **nada vale sin el reconocimiento y garantía de las libertades concretas y desarrolladas**, ejercidas espontáneamente en el marco de la seguridad ciudadana. Éstas son las que debe garantizar el Estado; no basta con declaraciones. Sin duda una cita de otro de los libros de Aznar, *La España en que yo creo*, da la medida del pensamiento del centro derecha en este punto: *“La democracia es el fruto de la libertad, porque sin libertad no hay democracia...”*, y especificó en otra ocasión: *“Un proyecto de libertad nace desde la sociedad; no se puede crear desde el Estado. No pueden existir pretensiones de monopolio ni de la cultura ni del progreso... (libertad es) la preservación de un espacio propio para cada individuo dentro del cual puede actuar, elegir decidir sin interferencias ni control externo alguno”*.

7) Ahora bien, **libertad significa también responsabilidad, así como los derechos exigen los deberes como correlato** porque son re-

cíprocos. En esto Marañón fue aleccionador, “el deber de cada ser humano no puede amoldarse a ningún esquema... el deber intrínseco (está) condicionado a los deberes circunstanciales

y, por encima de todo, a las normas que nos impongan la obligación de hacer el bien, que debe ser común a todos los momentos de la vida y a todas las épocas de la historia”. Por su parte, **A. Millán Puelles** ha realizado esta hermosa afirmación: “La responsabilidad es la gallardía y la madurez de la libertad”. Libertades y deberes no se oponen, antes bien complementan y respaldan a la igualdad esencial del hombre. El Club de Roma, a finales de 1991, realizó una “Declaración sobre la Responsabilidad Humana” en la que destacaba la necesidad de ejercitar una mayor responsabilidad en todos los campos de las relaciones humanas y de los hombres con su medio ambiente como base para lograr una sociedad mundial más justa, armoniosa y sostenible.

En consecuencia, no basta con predicar una menor intervención estatal en nuestras vidas individuales, una moderación de la acción de los poderes públicos, porque para que ello ocurra es imprescindible la existencia de una sociedad madura y responsable que sepa confiar en sí misma y en su capacidad para resolver la mayor parte de sus problemas.

8) **El modelo político irrenunciable es el Estado de Derecho**, que definido en breve no es otra cosa que el gobierno de las leyes.

“El eje básico, la referencia última del pensamiento de centro, el que alienta programas, actitudes y acción de los liberal conservadores, enraizados en la tradición cristiana, lo que constituye su núcleo básico, es la dignidad intrínseca del hombre, de la persona.”

El programa electoral del PP para 1996 incluía todo un capítulo titulado: “Fortalecer el Estado de Derecho y las instituciones democráticas”. Lo decisivo, claro está, es la elección libre de re-

presentantes por los representados. Pero no basta, el elegido no lo ha sido para comportarse como un déspota. De ahí la necesidad de fiscalización permanente del Gobierno y la fluidez de los mecanismos que posibilitan que el poder no se extralimite. Ello implica que el Parlamento sea centro y referencia de la vida política, que la Justicia sea independiente, que el funcionamiento del Ejecutivo sea correcto y con límites, que se preserve la paz y la seguridad, que se respete la opinión pública y sus manifestaciones.

Una vez más quiero subrayar que no se trata de fiscalizaciones en abstracto sino de concretas y posibles limitaciones a la acción estatal. Por eso, las restricciones al sector público no obedecen sólo a razones económicas sino a prácticas democráticas muy claras. El Estado debe garantizar objetivamente la convivencia, pero no es programático, y lo es si en vez de reglas de juego honrado y razonable de los ciudadanos impone reglas morales o moralizantes, que acostumbran además a ser forzosas en nombre de una solidaridad definida por una ideología y donde se acusa además de insolidaridad a quien no siga esas reglas que el propio poder pretende imponer.

Un ejemplo explícito es el Manifiesto del Programa 2000, según el cual el socialismo “se

enfrenta al proyecto conservador, que pretende abolir la solidaridad en nombre de la vuelta al mercado sin trabas, propia del capitalismo salvaje". El proyecto conservador que es, para empezar, mucho más que conservador, como se habrá visto, no se reconoce en esa caricatura, que es más bien ultraliberal, pero conviene recordar también que hace casi una decena de años **Mazowiecki** afirmó públicamente que la economía de mercado es la que favorece el desarrollo de una *actitud de solidaridad*, y de eso algo saben los polacos.

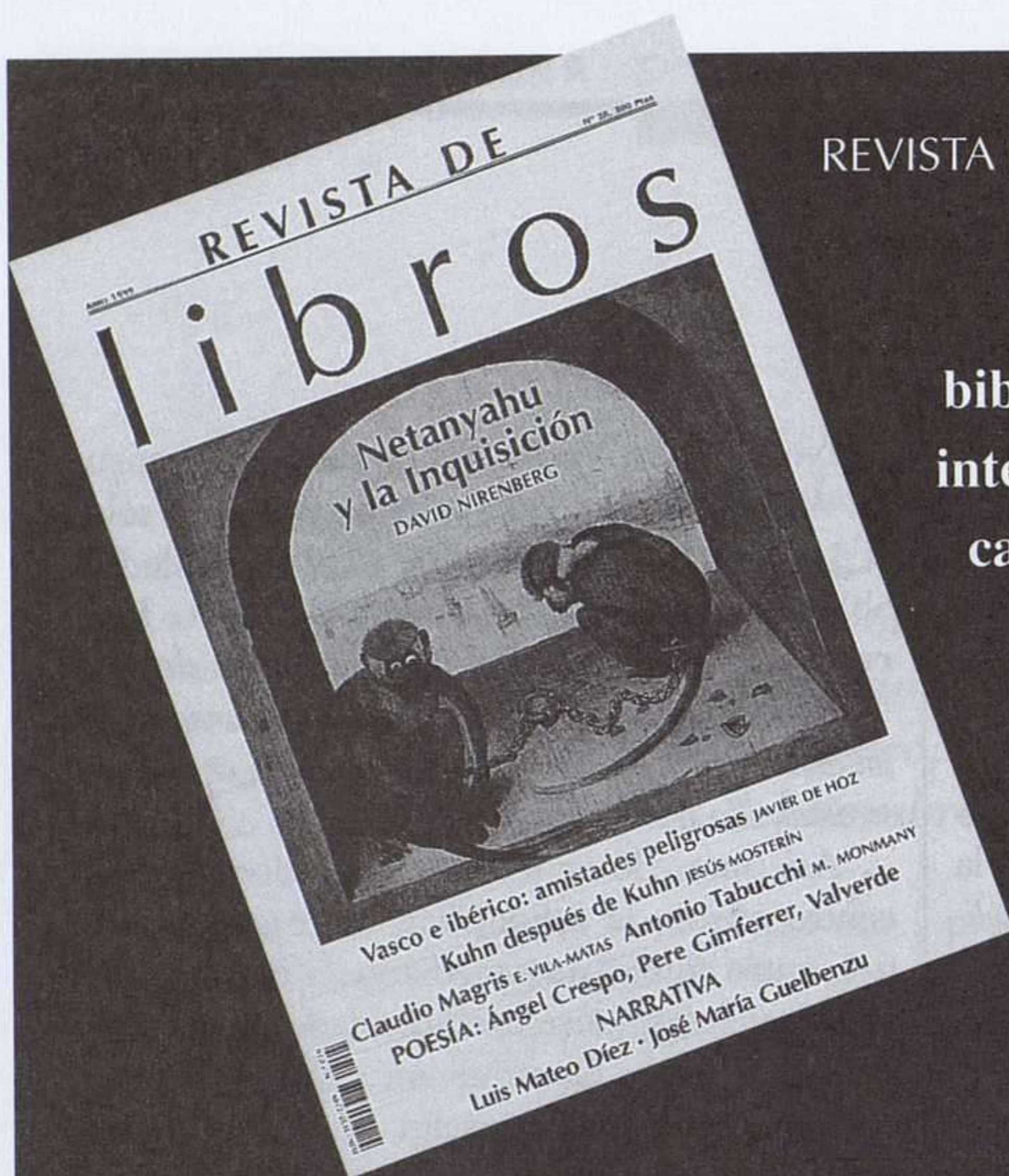
9) **Solidaridad es término de tal rai-gambre** que su uso resulta siempre agradecido. Como quiera que es la expresión de la fraternidad, en ella se cobijan tanto la tradición cristiana como la revolucionaria. En ésta, la *fraternité*, nunca del todo definida, pasará a ser solidaridad en los movimientos obreros del XIX convertida en sentimiento de vinculación a una clase, con fuertes matices de coacción interna tanto en la acción como en la inacción, ésta última preferente —huelgas, boicots— como medio reivindicativo. Frente a la parcialidad —sólo la clase— y la lucha como modo operativo, en la tradición cristiana destacan la cooperación y la universalidad derivadas de la unidad del género humano.

No es casual, dicho sea de paso, que quien de verdad se siente solidario destaque no sólo el papel de los derechos sino también el de las obligaciones, porque como ha dicho **R. Larrañeta**, la responsabilidad hacia los demás "*haría más placentero el deber de los profundamente solidarios con todas las gentes y situaciones en las que se desarrolla nuestra vida*".

Así pues, de acuerdo con su doctrina, el centro afirma la solidaridad entre generaciones, entre ciudadanos mediante la igualdad de oportunidades, entre nacionalidades y regiones como la propia Constitución pide en su artículo 2, entre españoles, sean de donde fueren, entre los pueblos del mundo: prosperidad, igualdad y estabilidad para todos ellos y convivencia pacífica entre las personas.

10) Porque el eje básico, **la referencia última del pensamiento de centro**, el que alienta programas, actitudes y acción de los liberal conservadores, enraizados en la tradición cristiana, lo que constituye su núcleo básico, **es la dignidad intrínseca del hombre**, de la persona, titular de derechos fundamentales anteriores a toda declaración o reconocimiento por el Derecho positivo, que merece por ello todo respeto y confianza.

Francisco SANABRIA MARTÍN



REVISTA DE libros es una publicación periódica española dedicada exclusivamente a la reflexión bibliográfica. Con una ambición interdisciplinar recorre todos los campos de la cultura impresa y quiere llegar al lector culto desde el máximo rigor

Director: Álvaro Delgado-Gal

EDITADA POR



INFORMACIÓN Y SUSCRIPCIONES:

REVISTA DE libros. Calle Zurbano, 10 -2º. 28010 Madrid. España.
 Tel. 913 19 48 33 / 913 19 51 76. Fax 913 19 52 64. E. Mail rdl@seker.es
 12 números: España, 3.300 ptas.; Europa, 5.940 ptas.; América, 8.100 ptas.

.....
 Nombre y apellidos

.....
 Calle/Plaza

.....
 C. Postal

.....
 Población

.....
 Teléfono

Deseo suscribirme a partir del número por períodos automáticamente renovables de 12 números. Con la forma de pago siguiente:

- Giro postal Cheque a nombre de REVISTA DE LIBROS TL
- Transferencia a Caja de Madrid, C/ 2038 1053 99 6000662351
- Tarjeta de crédito: Caducidad: ___/___
- nº
 Fecha:

Firma:

Domiciliación bancaria en Banco o Caja de Ahorros:

.....
 Domicilio agencia:

.....
 Titular de la cuenta:

.....
 Nº de cuenta:

.....
 Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que en mi nombre le sean presentados para su cobro por REVISTA DE LIBROS TL.

Fecha:

Firma:

PROMOCIÓN PARA NUEVOS SUSCRIPTORES

Regalo de un CD-rom con el contenido de los primeros 24 números
 –diciembre 1996-diciembre 1998–

TEORÍA DEL CENTRO

NOTAS PARA UNA GEOMETRÍA POLÍTICA

Ignacio SÁNCHEZ CÁMARA

Catedrático de Filosofía del Derecho. Columnista y crítico de libros

La caída del muro de Berlín es el gran acontecimiento del fin de siglo. No sólo porque entrañó el signo más visible y significativo del derrumbamiento del comunismo, sino también porque exhibió, en un contraste irrefutable, el abismo insondable político, económico, social, cultural y moral, que separaba a las dos Alemanias, pedazos de una misma nación que, partiendo de la tragedia común, habían sido sometidos a dos terapias diferentes: la democracia capitalista liberal y la dictadura del colectivismo comunista. El coste de la gran mentira quedaba a la vista de todos, incluso a la de los que se resistían a mirar. Y no sólo en riqueza material, sino también en libertad, en ética, en confianza, en creatividad, en suma, en todo lo que sustenta la dignidad humana.

POR muchos que pudieran ser los errores e injusticias de la Alemania occidental, comparada con su hermana de oriente, se trataba casi de la encarnación terrestre del paraíso. El hundimiento del comunismo fue consecuencia

de sus propios errores y horrores, no de la derrota por fuerzas exteriores, a pesar de que no puedan ni deban desdeñarse las contribuciones a la causa de la libertad de **Juan Pablo II** ni de la firmeza del desafío de **Reagan**.

El acontecimiento no dejaba indemne al socialismo democrático (si se permite la licencia retórica), ya que lo que podía entenderse en Occidente bajo tal expresión poco tenía que ver con una alternativa real al capitalismo, al que, con todas las reservas y mohínes que se quiera, la socialdemocracia había terminado por abrazar. Para decirlo con claridad, en 1989 no quedaba duda alguna del colapso de los principios económicos y morales del socialismo. Cualquier ensayo de geometría política que intente averiguar dónde están hoy la derecha y la izquierda y cuál pueda ser el lugar del centro tiene que partir de esta evidencia histórica.

Sin este cataclismo del hundimiento del comunismo no sería posible entender ni la tesis de **Fukuyama** sobre el final de la historia ni el reciente invento “progresista” que alerta contra la amenaza del “pensamiento único” neoliberal, ni la decidida deriva hacia el centro que representa la “tercera vía” emprendida por la socialdemocracia británica y alemana. Sobre la tesis del final de la historia, con independencia de su escasa originalidad y su matiz oportunista, cabe afirmar que ha sido malinterpretada o tergiversada tanto por socialistas como por liberales. Si lo primero era natural, el repudio liberal es menos comprensible. Fukuyama no sostenía, en su célebre artículo ni en su libro posterior, la simpleza de que

“En el terreno de los principios, la democracia liberal y el capitalismo gozan hoy de unos niveles de legitimidad mucho más elevados que hace sólo dos o tres décadas. Lo que el socialismo gana en el ámbito de los prejuicios, las creencias y la propaganda, lo pierde en el ámbito de las realidades.”

el triunfo real de la democracia capitalista fuera definitivo ni que la historia llegara a su final en el sentido de que ningún cambio relevante, ningún gran problema ni ningún enorme desafío pudiera ya producirse, sino sólo que el fracaso del socialismo (después, cabría añadir, de la derrota de los fascismos, el otro gran desafío a las democracias liberales en el siglo XX) dejaba a la democracia y al capitalismo sin alternativas reales en el ámbito de las ideas y de los principios. Contra nada de esto testimonia la existencia de regímenes no democráticos ni el auge del nacionalismo o del integrismo. No puede extrañar que los socialistas hayan arremetido contra una tesis que levantaba su acta de defunción. Y quizá tampoco que lo hicieran muchos liberales que, tal vez prudentemente, recelaban de una tesis que les declaraba vencedores definitivos cuando tan fuertes fuerzas se les siguen oponiendo en el ámbito de las ideas y valores y en el de los programas políticos. Y, sin embargo, no cabe duda de que, en el terreno de los principios, la democracia liberal y el capitalismo gozan hoy de unos niveles de legitimidad mucho más elevados que hace sólo dos o tres décadas. Lo que el socialismo gana en el ámbito de los prejuicios, las creencias y la propaganda, lo pierde en el ámbito de las realidades. Si uno mira a las opiniones, el socialismo goza de muy buena sa-

caso del socialismo (después, cabría añadir, de la derrota de los fascismos, el otro gran desafío a las democracias liberales en el siglo XX) dejaba a la democracia y al capitalismo sin alternativas reales en el ámbito de las ideas y de los principios. Contra nada de esto testimonia la existencia de regímenes no democráticos ni el auge del nacionalismo o del integrismo. No puede extrañar que los socialistas hayan arremetido contra una tesis que levantaba su acta de defunción. Y quizá tampoco que lo hicieran muchos liberales que, tal vez prudentemente, recelaban de una tesis que les declaraba vencedores definitivos cuando tan fuertes fuerzas se les siguen oponiendo en el ámbito de las ideas y valores y en el de los programas políticos. Y, sin embargo, no cabe duda de que, en el terreno de los principios, la democracia liberal y el capitalismo gozan hoy de unos niveles de legitimidad mucho más elevados que hace sólo dos o tres décadas. Lo que el socialismo gana en el ámbito de los prejuicios, las creencias y la propaganda, lo pierde en el ámbito de las realidades. Si uno mira a las opiniones, el socialismo goza de muy buena sa-

lud; si mira a los hechos, se diría que ha muerto. Hoy quien se declara socialista tiene que mantenerlo contra toda evidencia (Naturalmente, no pretendo negar la existencia de partidos socialistas o socialdemócratas, ni de sus militantes, programas y votantes; simplemente, niego que sean socialistas, a menos que las palabras dejen de tener significados estables y compartidos y el socialismo deje de significar algo opuesto o distinto del capitalismo).

No obstante, el predominio del socialismo, si bien convenientemente edulcorado y civilizado, no puede dejar de acarrear consecuencias en las prácticas políticas. La idea de un apogeo del neoliberalismo durante las dos últimas décadas es más un mito, propagado por los portavoces del "pensamiento único", que una realidad. La mentalidad aún dominante sigue siendo colectivista. Si alguna ideología se hace acreedora a titular de un "pensamiento único" es el colectivismo socialista, en ningún caso el liberalismo, tan profusamente denostado. El modesto giro liberal ha sido debido mucho más al colapso del socialismo y al fracaso de las terapias estatistas y colectivizadoras que a la hegemonía de los principios liberales. Es cuanto menos dudoso que las sociedades occidentales sean hoy más liberales que hace tres décadas. El supuesto desmantelamiento de los Estados es una pura falacia. El poder y el peso de los Estados no ha retrocedido en las dos últimas décadas. La larga era conserva-

dora de **Thatcher** y **Major** se saldó con un 1,1 por ciento de reducción del gasto público con relación al PIB, descendiendo del 43 al 41,9 por ciento. A eso le llaman algunos "capitalismo salvaje".

Sin embargo, todo esto no impide que el colectivismo se encuentre en retroceso, no por su falta de imperio sobre las conciencias sino por las enseñanzas de la experiencia. Hoy ya no se defiende el colectivismo como hace sólo dos o tres décadas, cuando la Unión Soviética era modelo para tantos intelectuales y políticos occidentales y cuando se pensaba, parece hoy mentira, que la potencia comunista podía ganar la guerra fría. No hay que olvidar que entonces la "tercera vía" era la Yugoslavia de **Tito**. Por ahí marchaba entonces el centro: ni capitalismo ni comunismo. Si hoy la cultura dominante es predominantemente colectivista, lo es mucho menos que hace veinte años, y la realidad es cada vez más liberal, aunque no, desde luego, lo suficiente. Tal vez quepa discutir si una experiencia radicalmente liberal sería o no beneficiosa; lo que es indiscutible es que no se ha hecho. Que el centro y la "tercera vía" se escoren hacia la libertad es, sin duda, un síntoma alentador en este final de siglo.

¿Qué puede significar hoy, bajo el post-socialismo, el centro político? El centro, al menos en España, sigue mereciendo elogios y nostalgias. A lo mejor sólo "a nuestro parescer" y porque éramos más jóvenes, el tiempo pa-

"Tal vez quepa discutir si una experiencia radicalmente liberal sería o no beneficiosa; lo que es indiscutible es que no se ha hecho. Que el centro y la 'tercera vía' se escoren hacia la libertad es, sin duda, un síntoma alentador en este final de siglo."

sado de la UCD nos parece mejor y sentimos un poco de nostalgia de él. Quizá, entre muchos errores, percibimos en su efímera gestión algún rasgo, aunque quizá fuera en parte forzoso, del verdadero talante liberal. Tampoco es de extrañar el prestigio del centro en un país que ha sufrido tan recientemente los desastres de una guerra civil y los rigores mortales de los extremismos de derecha y de izquierda. Pero al centro no se le dirigen sólo alabanzas nostálgicas sino también invectivas y reproches. Y es que el centrismo, como el Ser según **Aristóteles**, se dice de varias maneras, y lo que es válido y pertinente para alguno de sus sentidos puede no serlo para otros.

El centro puede ser entendido como aquel punto equidistante entre dos errores de signo opuesto, a la manera de la virtud que, según Aristóteles, residía en un justo medio que equidista de dos errores, uno por defecto y otro por exceso. Pero no cabe entender que el centro sea un punto equidistante del error y de la verdad. Hay asuntos en los que cabe una opción de centro, pero hay otros en los que es necesario optar por una de dos soluciones antagónicas. Por ejemplo, es obvio que sobre la legitimidad de la pena de muerte no cabe una opción intermedia entre su aceptación y su proscripción. También es obvio, aunque quizá para algunos no tanto, que entre la libertad y la igualdad, cuando entran en conflicto, hay que optar por la primera.

“No cabe entender que el centro sea un punto equidistante del error y de la verdad. Hay asuntos en los que cabe una opción de centro, pero hay otros en los que es necesario optar por una de dos soluciones antagónicas.”

El centro político también puede entenderse como la opción en favor del reformismo frente a los partidarios del continuismo o de la tradición y de la revolución.

En este sentido, el centro constituye una especie de tercera vía o de armonía entre contrarios, opuesta tanto a la reacción como a la revolución. Las más fértiles soluciones a los grandes problemas políticos han tenido siempre este sentido realista, moderado y no maximalista. Esta ha sido la actitud habitual de la tradición liberal, frente al tradicionalismo y al radicalismo jacobino. Baste con recordar las tres posiciones fundamentales que se plantearon ante el hecho descomunal de la Revolución francesa: la de los reaccionarios, como **De Maistre** o **Bonald**; la de los radicales como **Robespierre** o, más tarde, **Marx**; y la del liberalismo doctrinario y **Tocqueville**. Frente a la inconciliable oposición entre reacción y revolución, los centristas del momento idearon la democracia liberal y la monarquía constitucional. Desde este punto de vista, el centro en la era contemporánea vendría a identificarse con la defensa de la democracia liberal.

En ocasiones, se entiende el centro no como una ideología sino como una actitud, un talante, una forma de ser y actuar en la vida pública. Sus virtudes constitutivas serían la moderación, el diálogo, la busca del entendimiento, el respeto al adversario y la renuncia a creer que uno posee la verdad absoluta (pero no necesariamente a creer que existen verdades ab-

solutas). También en este sentido la actitud centrista se identifica con el talante liberal.

La invocación al centro no reviste siempre un carácter desinteresado. Según los principales analistas de la política y de los procesos electorales, el triunfo en las urnas —y, probablemente, no sólo en España— depende de la conquista del centro, de la posición donde se concentra la mayor parte de los votantes. Invocar al centro es reclamar para sí la representación de la mayoría social. La reivindicación del centro es propia también de una derecha vergonzante, que no se atreve a serlo, ante la presión y la hegemonía cultural y social de la izquierda. Abrazando el centro se despojaría de los valores tradicionales de la derecha, muchas veces denostados más por la dejación de sus titulares que por la superioridad de los de sus rivales. Tampoco le falta oportunismo a la izquierda reconvertida al centro. El fracaso de las terapias radicales y colectivizadoras y el castigo que las urnas infringen al comunismo clásico hacen que los herederos de la izquierda radical intenten apropiarse también de las propiedades taumatúrgicas del centrismo. Esta derivación hacia el centro es el signo de la izquierda poscomunista y la estrategia más reciente emprendida por la socialdemocracia británica y alemana de la mano de **Blair** y de **Schröder**. La “tercera vía” impulsada por la nueva socialdemocracia aspira a ser una solución in-

termedia entre el colectivismo y el neoliberalismo.

La verdad es que el viaje hacia el centro de la socialdemocracia ha sido incesante y espectacular. Desde los marxistas revisionistas que, como **Bernstein** o **Kautsky**, optaron por la vía democrática hacia el socialismo, pero sin renunciar a los fines de la doctrina marxista, hasta las actitudes de Blair o Schröder, media tal abismo que resulta casi imposible encontrar aún puntos de coincidencia. La socialdemocracia ha transitado desde el socialismo hasta la defensa de un capitalismo apenas temperado. El hecho revela tanto la irresistible atracción del centro como el triunfo, en el plano de las realidades, del liberalismo económico. Y es que hoy resulta cada vez más difícil negar que hay que redefinir, en un sentido liberal, las funciones clásicas asignadas al Estado, que el protagonismo pertenece a la sociedad y no al Estado y que la libertad es el mejor, y aún el único, camino hacia el desarrollo y el bienestar. Tampoco resulta fácil negar la crisis no sólo económica sino también, y ante todo, moral del Estado del bienestar, obra que no puede, por otra parte, atribuirse en exclusiva, sin grave apropiación indebida, a la socialdemocracia.

“El centro constituye una especie de tercera vía o de armonía entre contrarios, opuesta tanto a la reacción como a la revolución. Las más fértiles soluciones a los grandes problemas políticos han tenido siempre este sentido realista, moderado y no maximalista.”

Buena parte de la izquierda europea parece haber aprendido la lección. La llegada de Tony Blair al poder en Gran Bretaña no entraña el triunfo de la socialdemocracia si-

no la recogida, algo modificada, de la herencia de Margaret Thatcher, y la ruptura con los viejos principios del laborismo clásico. Blair está mucho más cerca de sus predecesores conservadores que de los tradicionales dirigentes de su propio partido.

Como ha afirmado **John Gray**, la importancia de la figura de Blair consiste en que ha comprendido hasta qué punto la socialdemocracia vivía atrapada en un pasado irrecuperable. Hoy ya no es posible mantener un mercado laboral basado en la seguridad en el empleo; los sistemas de pensiones que vinculan los beneficios con la acción de un único empresario no proporcionan seguridad; y son inadecuadas las instituciones de protección social concebidas para compensar a las personas por sus fracasos y castigarlas por el éxito. Lo que hoy, en la llamada era de la globalización, está en entredicho son los principios que se impusieron en la posguerra.

La izquierda y la derecha con posibilidades de formar gobierno buscan en el centro el espacio donde se encuentran los valores políticos dominantes en una sociedad. En esto coinciden probablemente tanto **Aznar** como Blair. Procedentes, respectivamente, de la derecha y la izquierda se aproximan en su búsqueda del centro. Y puede que lo que les acerca sea mucho más que una pura retórica. La tesis que vengo sustentando es que el desplazamiento,

“En ocasiones, se entiende el centro no como una ideología sino como una actitud, un talante, una forma de ser y actuar en la vida pública. Sus virtudes constitutivas serían la moderación, el diálogo, la busca del entendimiento, el respeto al adversario y la renuncia a creer que uno posee la verdad absoluta.”

aunque lento y matizado, de la opinión dominante hacia el liberalismo (y, por lo tanto, alejándose del socialismo) ha forzado a la socialdemocracia, al menos a la que aspira a mantener o a recuperar el poder a asumir buena parte de los principios del discurso y de la práctica liberales.

Las viejas recetas intervencionistas, que obtuvieron el consenso en la posguerra, ya no sirven. La “tercera vía” es el pragmatismo de la socialdemocracia pero, a la vez, la renuncia a la mayoría de sus principios y postulados originarios. Es un espectáculo sorprendente y, a la vez, reconfortante, contemplar cómo los nuevos socialdemócratas acaban reconociendo que el crecimiento económico ha hecho más en favor de los sectores menos favorecidos de la sociedad que las viejas medidas redistributivas. Se podrá discutir si se trata de una conversión, aunque forzosa y parcial, al liberalismo o de una estrategia oportunista y electoralista, pero las consecuencias difieren poco. Lo que no se puede negar es de que se trata de una profunda renovación de la izquierda clásica en la dirección del liberalismo. **Touraine** ha proclamado la defunción del socialismo y **Dahrendorf** la de la socialdemocracia. En este contexto hay que entender el reciente manifiesto “*Europa: la tercera vía, el nuevo centro*” de Blair y Schröder. Lo que en él queda del viejo socialismo, y del socialismo sin más, puede

comprobarse con repasar algunas de sus afirmaciones y propuestas. Para empezar, la profesión de fe centrista frente a la declaración de izquierdismo. Para continuar, la afirmación de que *“la función esencial de los mercados debe ser complementada y mejorada por la acción política”*. La nueva *“socialdemocracia”* habla de esfuerzo y responsabilidad, de creatividad y excelencia, sostiene que *“la conciencia social no se puede medir por el nivel de gasto público”*, desdeña la burocracia, recuerda la importancia de la iniciativa individual y de las empresas para la creación de riqueza, reconoce que *“tener un trabajo para toda la vida es cosa del pasado”*, que hay que reducir los impuestos a las grandes empresas y que *“los empleos a tiempo parcial y mal remunerados son mejores que nada, porque facilitan la transición del paro al trabajo”*. O su recelo hacia una regulación excesiva y rígida de la economía, así como su convencimiento de que *“la mayor parte de los ingresos debe permanecer en el bolsillo de quienes han trabajado para ganarlos”*. Encontrar un rastro de socialismo en este documento es reto imposible. La nueva socialdemocracia abandona la izquierda y se dirige al centro. Pero para transitar de la izquierda al centro es preciso dirigirse hacia la derecha. La socialdemocracia descubre que hay un camino a la derecha. La *“tercera vía”* no es aún, probablemente, el centro,

sino la izquierda sensata y, quizá, algo vergonzante.

Probablemente esta hegemonía del centro no hubiera sido posible si no se hubiera superado, al menos en parte, la polarización de las sociedades occidentales, concentrando las mayorías sociales en las capas medias y eliminando la supremacía numérica del proletariado. Sin duda, a la socialdemocracia reconvertida le quedan aún muchos resabios colectivistas, pero el centro parece regresar a sus orígenes: la democracia liberal y el capitalismo.

Nos encontramos ante una situación algo esquizofrénica en la que la retórica, los prejuicios y la opinión dominante, a pesar de los quejosos censores de un presunto *“pensamiento único”* neoliberal, son socialdemócratas, mientras que la realidad que se impone con su proverbial tozudez es liberal. La superación de la crisis sólo será posible mediante el encuentro de la armonía entre la cultura dominante y las prácticas políticas y sociales necesarias. Es un

fenómeno casi idéntico al que **Daniel Bell** expuso en su libro *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Ante la crisis cultural y moral en la que nos encontramos, de poco vale la estrategia centrista, pues tenemos que optar entre la libertad y la servidumbre, entre la responsabilidad personal y el paternalis-

“La izquierda y la derecha con posibilidades de formar gobierno buscan en el centro el espacio donde se encuentran los valores políticos dominantes en una sociedad. En esto coinciden probablemente tanto Aznar como Blair. Procedentes, respectivamente, de la derecha y la izquierda se aproximan en su búsqueda del centro. Y puede que lo que les acerca sea mucho más que una pura retórica.”

mo de la asistencia social, entre la iniciativa de la sociedad y la sumisión al Estado, entre la creatividad y la inercia, entre la ética del trabajo y la ética de la subvención, entre el crecimiento y el estancamiento económico, entre un sistema que vincula los derechos a los deberes y otro en el que los deberes se eclipsan. No se trata de abolir el Estado del bienestar, que tantos beneficios sociales ha producido, pero sí de impedir que deje de producirlos por hipertrofia y que, a cambio, produzca nuevos males. Las buenas intenciones no siempre producen buenas consecuencias. Las políticas que eliminan la responsabilidad individual socavan los cimientos del autogobierno y, con ellos, los fundamentos de una sociedad libre. Como afirma **Michael Novak**, *“ha sido un error pensar que la forma fundamental e incluso única de sa-*

“Para salvar el centro político que encarna en la sociedad liberal, es necesario el radicalismo en la defensa de sus valores constitutivos. Si el centro no es hoy la derecha, al menos se desplaza hacia la derecha. Frente a los tibios centristas, quizá haya que ser radicales del centro.”

tisfacer la naturaleza social del hombre es mediante el Estado y sus actividades colectivistas”. El Estado no es el único dispensador de la justicia social ni puede convertirse en un concesionario de rentas ante el que todos compiten para

hacerse con una mayor parte del botín. La enfermedad del actual Estado del bienestar es la bulimia, no la anorexia.

Ante la magnitud de la crisis, no existe una tercera vía entre los valores liberales de la sociedad abierta y los valores antiliberales del colectivismo. Para salvar el centro político que encarna en la sociedad liberal, es necesario el radicalismo en la defensa de sus valores constitutivos. Si el centro no es hoy la derecha, al menos se desplaza hacia la derecha. Frente a los tibios centristas, quizá haya que ser radicales del centro.

■
Ignacio SÁNCHEZ CÁMARA

BREVE MEDITACIÓN SOBRE EL CENTRAR LA POLÍTICA ESPAÑOLA

O D E J O V E L L A N O S A F R A G A

Juan VELARDE FUERTES

Catedrático de Economía. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Más de una vez se ha hablado de la necesidad de centrar la política española. Por otro lado, parece natural la división de izquierdas y derechas que acompaña, desde finales del siglo XVIII —con antecedentes que llegan al XVII— a toda la vida pública occidental (1). ¿Por qué esta aparente contradicción?

LA expresión “centro político” había surgido entre nosotros más de una vez precisamente en las épocas de transición de un régimen a otro. Recordemos, en poco más de un siglo, tres nombres: el de **Posada Herrera**, sobre todo al fallar el general **Serrano**, por motivos familiares, en la primera etapa de la Restauración; el de **Cambó**, en el paso de la

Monarquía de **Alfonso XIII** a la II República; finalmente, el de **Fraga**, al estructurar, a partir de GODSA y Reforma Democrática, el núcleo director de Alianza Popular. Es evidente que también han de mencionarse los diversos fundadores, con **Adolfo Suárez** a la cabeza, de la Unión de Centro Democrático. Ahora, para culminar el proceso de la Transición es-

(1) En la polémica sobre derecha e izquierda ha sido hasta ahora fundamental la lectura del libro de **Norberto Bobbio**, *Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, 1995. Un replanteamiento de toda la cuestión se editará pronto por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entre las aportaciones a este volumen se encuentra una de **Manuel Fraga Iribarne**.

pañola, ha vuelto a plantear **José María Aznar**, como base doctrinal del Partido Popular, y el XIII Congreso la ha hecho suya, la necesidad de *centrar* su mensaje a los españoles. Conviene, por eso, escudriñar lo que se puede encontrar detrás de todo esto.

Cuando en sus *Memorias* un hidalgo de Lerma, **Ramón Santillán**, nacido al concluir el siglo XVIII, se inclina sobre lo que ha vivido como protagonista, inicia un relato apasionante que comienza el 19 de marzo de 1808 con el motín de Aranjuez. Lo iba a cerrar con él situado en el puesto de Gobernador del Banco de España, cuya serie inaugura tras la tremenda crisis del Banco de Isabel II. Quizás una de sus aportaciones más acertadas sea el formular la necesidad de que existan dos tipos de políticos. Los unos son los revolucionarios, los que adivinan que las estructuras existentes están carcomidas, pero que forman un entramado capaz de perdurar bastante si alguien, con el hacha de la violencia, no comienza a destruirlas. *Henchidos de ardor, autotitulándose, porque en ello consideran que consiste el avance del pueblo, progresistas, o revolucionarios, o de izquierdas, se dedican a demoler. Para poder hacerlo, se arriesgan, imaginan, maquinan, llegan a situaciones límite.* Un ejemplo típico en nuestra nación es el de **Álvarez Mendizábal**. Alzó tropas contra los bastiones formidables que quedaban del Antiguo Régimen a la muerte de

“Henchidos de ardor, autotitulándose, porque en ello consideran que consiste el avance del pueblo, progresistas, o revolucionarios, o de izquierdas, se dedican a demoler. Para poder hacerlo, se arriesgan, imaginan, maquinan, llegan a situaciones límite.”

Fernando VII; buscó fondos para ello, fuera de España, endeudándonos peligrosamente, y dentro, promoviendo la formidable alteración de la propiedad rural y urbana denominada Primera Desamortización; cam-

bió la legislación, buscando su congruencia con la revolucionaria liberal de Cádiz y, a lo lejos, con la francesa. No le importaban los costes, que ahora espeluznan, de muertes, de archivos históricos perdidos, de obras de arte destruidas, de especuladores enriquecidos, de absurdas declaraciones anticlericales, que ahondaban la separación entre dos Españas, ni el observar que se ponían unas bases, también por supuesto para nuestro Ultramar, que conducirían, al cabo, a la pérdida de esas tierras. Complementariamente, tampoco tenía en cuenta la caída tremenda del prestigio internacional de España.

Pero cuando culmina la obra de los revolucionarios, llega, escribía Santillán, otra. La de hacer al país habitable, vivible. Es precisa la paz; es necesaria una Hacienda estable; es urgente recuperar la confianza de los inversores; es perentorio concluir el contencioso con la Iglesia; no es posible soportar una realidad que convierte en enemigos a muerte a quienes realmente sólo son discrepantes políticos. Hay, en resumidas cuentas, que centrar la política.

Al desplegar la acción para esta tarea, que es la que llevan a cabo los gobernantes que centran las cuestiones, que han solido llamarse

también moderados, conservadores, o de centroderecha, observamos dos cosas. La primera, que su acción rectifica la revolucionaria, pero también la consolida. El cambio radical ha tenido sus demasías, pero asimismo era necesario. Por eso se produce un trasvase de personas del mundo progresista al de centro, al conservador. Pero también tiene lugar otro fenómeno, del que es ejemplo el famoso hacendista español, **José Canga-Argüelles**. Había sido éste doceañista, esto es, revolucionario, constitucionalista y había dado con sus huesos en Londres, como exiliado. De pronto, tras el derrumbamiento doceañista de 1823, se separó de aquellos que, como otro gran economista, **Flórez Estrada**, todo lo esperaban de una conmoción violenta, y que tenían como política básica la conspiración. El régimen de Fernando VII, ¿era en realidad tan inmóvil como se predicaba en Londres, en las ediciones del también doceañista y amigo del protagonista de la Revolución Industrial, **Stephenson, Mariano Calero y Portocarrero**? ¿No merecía la pena traba-

jar para acentuar los cambios, hacer posible lo que algunos imaginaban para ir hacia una apertura mayor, sin fracturas con la Corona, como sucedía con los **Martín de Garay**, los

“En la misma dirección que las gentes revolucionarias, pero considerando que no merece la pena asumir los costes de un cambio drástico, instantáneo, existen otros, los reformistas. En España el arquetipo será siempre Jovellanos.”

Sanz de Andino, o los **Ballesteros**? Por eso Canga-Argüelles, ante el asombro general, viene de Londres a Madrid, y se convierte en un alto funcionario de Fernando VII.

Pero esta transformación, a lo Canga-Argüelles, de algunos progresistas, se explica también porque, en la misma dirección que las gentes revolucionarias, pero considerando que no merece la pena asumir los costes de un cambio drástico, instantáneo, existen otros, los reformistas. En España el arquetipo será siempre **Jovellanos**. Era necesario cambiarlo casi todo, pero debería hacerse desde dentro y de manera ordenada. Se trata de los moderados típicos.

Esas tres corrientes, dos de ellas progresistas que antes o después reconsideran sus actitudes, y una, reformista, que ha procurado cambiar las cosas sin revolución ninguna, son las que confluyen en el apartado de los que pasan a centrar la vida política. Extramuros permanecen los que tienen que ser catalogados en el grupo de los reaccionarios. Consideran que nada debe alterarse y suelen calificar con durísimos epítetos a los reformistas que buscan cen-

trar los problemas políticos. Surge así el “partido de los puros”. Como ha señalado **Carlos A. Floria** en su conferencia *Por amor a la patria. (Sobre nacionalismo y patriotismo (2))*, “todo grupo que nace en el

(2) Se pronunció en la Casa de América, en Madrid, el 23 de febrero de 1999. El texto íntegro lo debo a la gentileza de **Manuel Piñeiro**.

seno de una sociedad que juzga corrupta, impura, y que busca recobrar la pureza perdida suele comportarse como el «partido de los puros». Jean Guilton, en *'L'impur'* abarca de una mirada desde la conjuración política hasta ciertas congregaciones religiosas pasando por partidos y sectas. Esos fenómenos evocan la separación de sociedades más vastas: familia, ciudad, iglesia, nación. Separación que se funda en el deseo de «preservar una esencia que corre el riesgo de contaminarse por la mezcla de elementos impuros».

Continuaba Floria señalando que “si bien el «partido de los puros» se expresa en integrismos diferentes (incluso en integrismos de progresismos) suele transformarse en el partido de los conspiradores, entrar en la práctica del complot y manifestarse como conciencia conspirativa. Esa visión ‘cátara’ de la política está presente en todas las ideologías en algunas de sus versiones, y el nacionalismo la suele expresar a través de sus versiones antiliberales. Organicismo y tendencia unificadora serán contenidos esenciales de esa deriva... Desde la historia patética de Maurras y la Acción Francesa (3), que los españoles conocen bien (4) y los argentinos también, no ya como una versión del fas-

“Extramuros permanecen los que tienen que ser catalogados en el grupo de los reaccionarios. Consideran que nada debe alterarse y suelen calificar con durísimos epítetos a los reformistas que buscan centrar los problemas políticos.”

cismo —en interpretación incorrecta de Ernst Nolte—, sino de un autoritarismo aristocratizante —un clericalismo ateo con influencias directas o deletéreas—, hasta la pasión ‘absolutizada’ en la dialéctica fascismo-nazismo-comunismo

(una creación de ese espíritu cátaro), la ‘nación-persona’, fue golpeada por la pasión política... (Como) el caldero de la historia mezcla buenas y malas ideas... millones de seres humanos serán llevados a la muerte por malas pasiones”.

Salvan, pues, los reformistas que intentan centrar los problemas, mucho de lo que viene del Antiguo Régimen, porque merecía ser salvado. Paradójicamente, los revolucionarios mantienen mucho de lo que quizá mereciese la pena que desapareciese. **Burke** tiene sobre lo primero párrafos definitivos, y **Tocqueville** los tiene de lo segundo.

José María Jover nos ha explicado muy bien cómo los grandes avances españoles contemporáneos se han debido, por supuesto, a impulsos revolucionarios, progresistas, pero sólo en cuanto a ellos les han puesto freno y medida los moderados, los que centraron las cues-

(3) Es fundamental sobre esto la lectura del libro de **Philippe Chenaux**, *Entre Maurras et Maritain. Une génération intellectuelle catholique (1920-1930)*, Ed. du Cerf, París, 1999; también la tesis de **Frédéric Gugelot**, *La conversion des intellectuels au catholicisme en France, 1885-1935*, CNRS Editions, París, 1999; igualmente las actas del coloquio *Intellectuels chrétiens et esprit des années 20*, dirigido por **Pierre Colin**, Ed. du Cerf, París, 1997; la correspondencia entre **Jacques Maritain** y **Charles Journet**, en curso de publicación —han aparecido tres tomos de los seis de que constará— en Éditions Suisses Saint-Augustin y el artículo de **Patrick Kéchichian**, “Pour que prime le spirituel”, en *Le Mondes des Livres*, 11 junio 1999, pág. I.

(4) Mis puntos de vista sobre bastante de esto en **Eugenio Vegas Latapié**, en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Curso académico 1985-1986, año XXXVIII, n° 63, págs. 325-329.

tiones. Son estos últimos los que han originado los grandes desarrollos materiales, las colosales obras colectivas de tipo cultural o diplomático, pero también son los que, sin el alcaide revolucionario, degeneran. Las llamadas etapas conservadoras españolas, se nutren así de mensajes que llegan de la izquierda y de la derecha.

De tarde en tarde, todo esto precisa del esfuerzo intelectual y político de un hombre capaz de sacrificarse para que el conjunto de ello cuaje. La serie española de estas personalidades es clarísima. El primero de ellos es Jovellanos. Su súbita muerte en Puerto de Vega, en plena Guerra de la Independencia, frustró el que se convirtiese en pieza clave para crear otra España. Probablemente el movimiento constitucional de Cádiz hubiera seguido por otros derroteros. El se-

gundo es **Bravo Murillo**. Se pagó con la ingratitud el que crease una realidad política y económica bien consolidada en el reinado de **Isabel II**. El tercero es **Cánovas del Castillo** tras el

“José María Jover nos ha explicado muy bien cómo los grandes avances españoles contemporáneos se han debido, por supuesto, a impulsos revolucionarios, progresistas, pero sólo en cuanto a ellos les han puesto freno y medida los moderados, los que centraron las cuestiones.”

Sexenio Revolucionario. Su asesinato cerró, bruscamente, en 1897, una obra colosal. Su mensaje era inequívoco. En el *Discurso en defensa de la producción nacional pronunciado en el Congreso de los Diputados el día 9 de enero de 1888 por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo* (5) lo expone con claridad, tras declarar que un partido conservador entonces ha de ser proteccionista, al indicar que la doctrina contraria se residenciaba en la que denomina “escuela individualista española”, que se había alistado “*toda entera en las filas de la democracia más radical*”. Influyó ésta en la política económica de modo muy intenso; al modificarla, convenía hacerlo al modo conservador, no al revolucionario, de cambio radical y súbito. Por eso Cánovas afirma que cuando el partido liberal-conservador llegó al poder, “*en esto como en to-*

do entendió, según entenderá siempre, que si es justo y conveniente y hasta indispensable, que cada partido dirija los asuntos públicos en el sentido de sus convicciones, (esto) ha de hacerse cuando se trate de la legislación y de estados de derechos

(5) Se editó en volumen de un centenar de páginas, en la Librería de **Miguel Guijarro**, Madrid, 1888, con la indicación: “Publicado por acuerdo del partido”, liberal-conservador se entiende. Por eso contiene, aparte del discurso de **Cánovas**, el texto de la proposición de ley de la que éste es primer firmante —tras él lo hacen el **Conde de Toreno**, **Francisco Silvela**, **Raimundo Fernández Villaverde**, el **Vizconde de Campo Grande**, el **Marqués de Pidal** y **Fernando Cos-Gayón**—, fechada el 2 de diciembre de 1898, así como la relación de los señores que dijeron no y los que votaron sí a la misma, agregando que hubo un “número considerable” de abstenciones. La proposición de ley colocaba al partido liberal fusionista en una difícil postura ante los labradores, que vivían momentos de mucha dificultad.

creados,... con lentitud, con moderación y a medida que las circunstancias y las necesidades lo exijan, contando siempre con que la opinión pública comienza por reconocer la necesidad de un movimiento de reacción que nunca ha de ejercitarse por medio del capricho: reacción que ningún partido de patriotismo, que ningún hombre de Estado digno de llamarse buen hijo de su Patria, realizará sin estar plenamente convencido de que aquello que va a modificar ha producido notable daño o al menos no ha producido beneficio alguno”.

Así actuó el partido conservador que “con moderación sí, pero con firmeza y con constancia, fue, poco a poco, desviando del mal camino de la libertad de comercio condenada por sus antecedentes, la legislación patria... cuya fórmula apareció, como todo el mundo sabe, en la primera ley de presupuestos de la revolución (de 1868) y en la base quinta de uno de sus apéndices. Por eso uno de los primeros actos que el Gobierno conservador llevó a cabo, en virtud de las facultades extraordinarias que tenía, fue la suspensión de esa base quinta y de la revisión primera a que ella daba lugar, con lo cual afirmaba una política económica distinta de la política económica de la revolución”. Recuerda que en el año 1882, se da marcha atrás, y al volver al poder preparó “un proyecto de ley derogando totalmente dicha base quinta con el fin de entrar... en una política económica distinta, favorable a la industria, a la agricultura, a la navegación de España...”.

Debe añadirse a esto —y ahí radica la diferencia de Cánovas con **Maura**, que a pesar

“Tres corrientes, dos de ellas progresistas que antes o después reconsideran sus actitudes, y una, reformista, que ha procurado cambiar las cosas sin revolución ninguna, son las que confluyen en el apartado de los que pasan a centrar la vida política.”

de proceder del partido liberal fusionista es difícil que se le pueda llamar moderado o con talante centrista—, que una actitud conservadora puede ser asumida

por un partido progresista o por uno conservador; también una actitud revolucionaria puede ser de un partido conservador o progresista. En la siguiente matriz se intenta dejar todo esto claro.

PARTIDOS	Talantes	
	Conservador	Revolucionario
Conservador	Cánovas	Maura
Progresista	Sagasta	Figuerola

Maura, a pesar de ser un infatigable trasegador de vinos reformistas nuevos —en buena parte generados en las viñas regeneracionistas— a los odres viejos conservadores, no puede, en cambio, ser calificado de *centrista*, o decirse de él que buscó el centrar al partido liberal-conservador. Tampoco lo intentó **Gil Robles** en la etapa de la II República, a pesar de su colaboración con el Partido Radical de **Lerroux**. La CEDA y, sobre todo, más que Acción Popular, la JAP, tuvo un componente fascista muy importante, que Gil Robles, “el jefe”, no rechazó. La rectificación la efectuará tras su ostracismo.

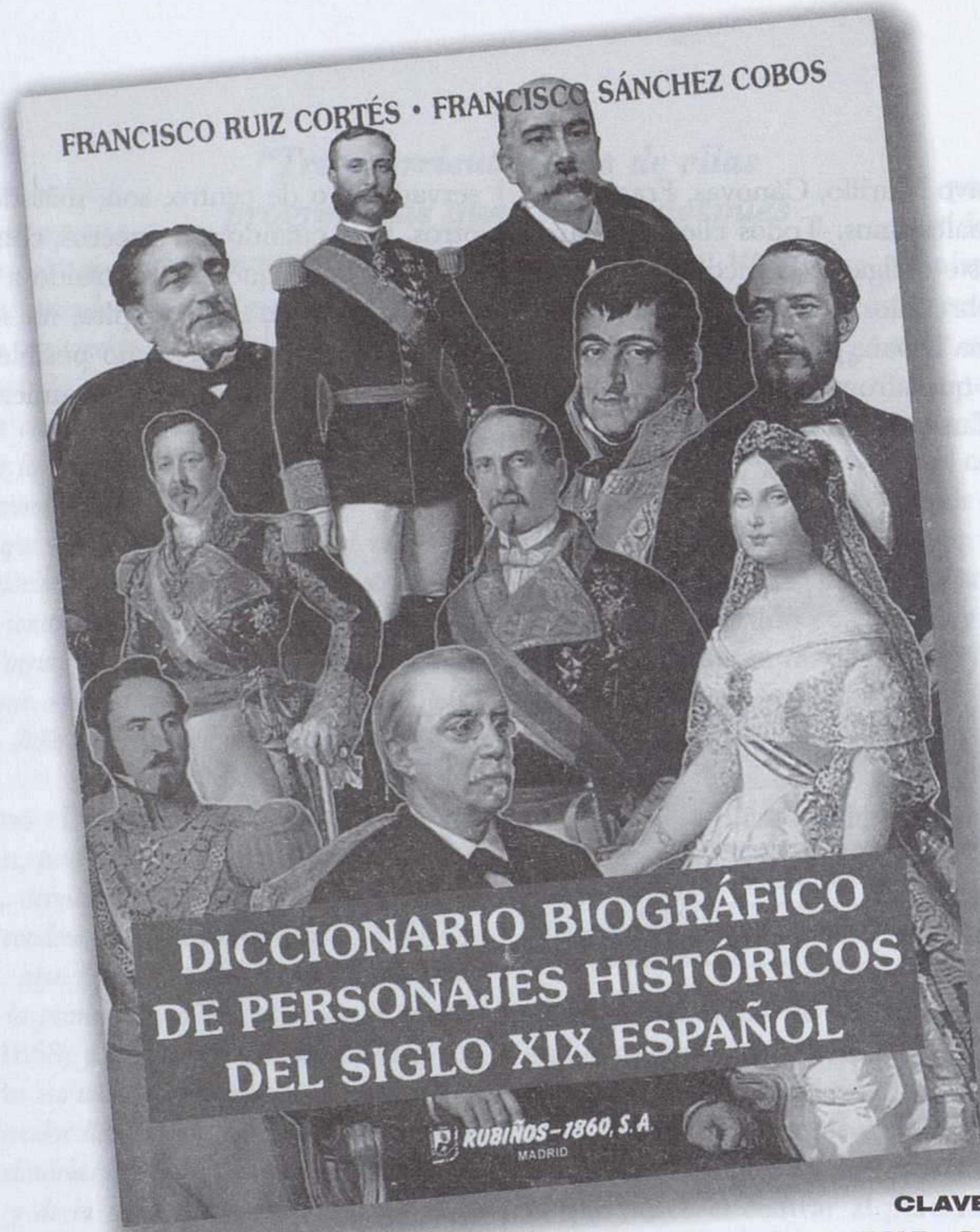
El cuarto de estos políticos que centraron nuestra vida pública fue **Fraga**. Los cuatro —Jo-

vellanos, Bravo Murillo, Cánovas, Fraga— fueron intelectuales finos. Todos ellos aceptaron como un coste obligado, la incomprensión de su tarea. Sobre ellos se edificó, en las cuatro ocasiones, una España mejor. Por supuesto que los políticos que afrontan las grandes batallas y que triunfan con guiones moderados, con-

servadores o de centro, son, más de una vez, otros. Pero cuando son sinceros, confiesan que esa gran tarea que ha construido a la España contemporánea, como, repito, ha señalado el profesor Jover, se ha hecho posible gracias a estas cuatro cumbres del pensamiento y de la acción.

Juan VELARDE FUERTES

el libro del que se habla



CLAVE: 17035

P.V.P.: 3.000 PTAS.

Un libro que le ayudará a comprender el siglo XIX. Más de 200 biografías que descubren los arquitectos de España del siglo pasado.



RUBIÑOS-1860

Alcalá, 98. 28009 Madrid
Fax 24 hs.: 915 753 272 Tel. 24 hs.: 915 754 227
E-mail: rubinos@worldonline.es
<http://www.rubinos1860.com>

UN APUNTE SOBRE LA SOCIEDAD CIVIL

Aleix VIDAL-QUADRAS I ROCA

Miembro del Parlamento Europeo

En un número de la revista VEINTIUNO especialmente dedicado al centro político, parecen oportunas algunas breves consideraciones sobre la sociedad civil, sobre el significado de este concepto, sobre su relación con los elementos de identidad cultural y lingüística, y sobre su virtualidad como instrumento para la solución de algunos de los graves problemas de convivencia que aquejan a las sociedades contemporáneas y en particular a la española.

Lo que a continuación se expone se apoya en el convencimiento, que he ido asentando a lo largo de diez años de vida política activa, como parlamentario y como dirigente de partido, y algo más de treinta como ciudadano voluntariosamente consciente, de que es imposible organizar con unas mínimas garantías de viabilidad la convivencia en un grupo numeroso de seres humanos sin un cierto esfuerzo de comprensión teórica de los fenómenos sociales, contrastada, por supuesto, con la experiencia tangible. Esta afirmación, aparentemente trivial por su obviedad, no lo es tanto cuando se ha hecho el esfuerzo de defender de

buena fe la verdad, es decir, lo que uno cree sinceramente que es la verdad, ante una opinión pública mudable y manipulada por poderosos aparatos mediáticos, en manos de fuerzas inquietantemente opacas y perseverantemente desaprensivas, cuya principal ocupación es la conquista, disfrute y mantenimiento del poder. Cuando se ha pasado por esta experiencia ingenuamente equipado con un modesto bagaje de principios y convicciones consolidados a través de la observación atenta del mundo circundante, de la reflexión moral, de la conversación con aquellos que son más sabios, y de algunas lecturas cuidadosamente es-

cogidas, se llega a la conclusión de que pocos son los que consideran hoy necesario en nuestro país disponer de un esquema conceptual sólidamente articulado para interpretar y entender la sociedad en la que operan. Para qué, se suele afirmar alegre-

mente, si la Providencia en su bondad nos ha dado los gabinetes demoscópicos. ¿Quién puede querer una doctrina con lo fácil que es encargar una encuesta?

Pero, dejando aparte la melancolía que producen determinados enfoques superficiales de la moral colectiva, me gustaría empezar por definir qué entiendo por "sociedad civil". A diferencia de ciertos planteamientos al uso, no creo conveniente contraponer lo civil con lo estrictamente político, sino conceptualizar la sociedad civil, tal como ha hecho **Víctor Pérez Díaz**, como un conjunto de instituciones que actúan sobre un soporte comunitario recibido, conjunto que consiste básicamente en: a) un gobierno o autoridad pública limitado, responsable, temporal y revocable; b) el imperio de la ley o, si se quiere, el Estado de derecho; c) la separación, que no mera división, de poderes; d) una economía de mercado, lo que implica derechos de propiedad privada bien delimitados y garantizados; e) un tejido de asociaciones civiles plural; y f) una esfera pública de debate libre.

“Pocos son los que consideran hoy necesario en nuestro país disponer de un esquema conceptual sólidamente articulado para interpretar y entender la sociedad en la que operan. Para qué, se suele afirmar alegremente, si la Providencia en su bondad nos ha dado los gabinetes demoscópicos. ¿Quién puede querer una doctrina con lo fácil que es encargar una encuesta?”

En la actualidad, el soporte comunitario es, en la práctica, lo que llamamos, en su acepción étnico-lingüístico-cultural, una nación que, dotada o no de Estado propio, se desenvuelve a su vez en un marco más amplio en el que interacciona con otras

naciones bajo fórmulas de cooperación o de conflicto.

Esta visión de la sociedad civil posee así dos elementos constitutivos que la caracterizan: uno que pone el énfasis en el individuo, en su autonomía y en su tendencia a seleccionar y perseguir sus metas particulares, y otro comunitario, en el que los miembros de la sociedad se subordinan a los objetivos e intereses de la colectividad, que presenta sus propios fines. En esta línea, algunos autores han distinguido en el Estado europeo moderno dos componentes primarios: su vertiente de “asociación civil” y su condición de “empresa”, y estas dos mismas caras pueden ser atribuidas sin problemas a la sociedad civil tal como la he esbozado, aunque con un mayor peso, y este es un punto esencial del primer ingrediente.

Una asociación civil sería, en esta concepción, una agregación de individuos sin fines colectivos identificables ni explícitos, orientada fundamentalmente al establecimiento y a la operatividad de reglas formales, abstractas y generales, necesarias para que cada individuo

intente conseguir sus propios objetivos y que, por tanto, cada integrante de la colectividad viene obligado a respetar. En cambio, la asociación como empresa se plantea objetivos propios claramente formulados y exige a sus miembros que aporten su esfuerzo individual a su consecución, sacrificando si fuese necesario sus deseos, ilusiones o pretensiones particulares a tal fin, por colectivo, superior.

Una nota distintiva clave de la sociedad civil es, por consiguiente, y nunca se insistirá bastante en ello, que las renunciaciones y aportaciones que los individuos deben hacer en favor de los objetivos colectivos han de estar sujetas a límites nítidamente dibujados. Estos límites afectarán, sobre todo, al margen de actuación y de influencia del aparato estatal o burocrático, que organice y determine esos fines comunes y que se erija en receptor coactivo de las contribuciones y sacrificios individuales. Sin necesidad de que el Estado sea residual o "mínimo", es esencial que el alcance y la profundidad de sus actuaciones esté impregnado por la idea de que su misión primordial consiste en garantizar la solidez y correcto funcionamiento de las instituciones de la sociedad civil, en la medida que éstas posibilitan y facilitan a los individuos la configuración y persecución de sus propios objetivos. Las leyes, en particular, deben asegurar el máximo grado de libertad a los seres humanos que pueda coexistir armoniosamente con la libertad de los demás, sin perder por ello

“Los distintos nacionalismos identitarios, fascismos grandilocuentes y socialismos utópicos representan no sólo siniestros errores intelectuales y atropellos morales sin parangón, sino también monumentales ejercicios de falsificación y de camuflaje.”

consistencia ni sentido el soporte comunitario existente en cada momento histórico.

Todo esto suena tremendamente conocido y conmovedoramente obvio, pero pocos lo tienen asumido y casi nadie ajusta su conducta pública a principios tan sencillos y benéficos, empezando, para nuestra desgracia, por las fuerzas políticas de todas las coloraciones ideológicas que con tanta persuasión nos solicitan nuestros votos.

Otro condimento indispensable de la sociedad civil radica en la incorporación de una serie de hábitos, preferentemente virtudes, de sus miembros en sus comportamientos cotidianos, y en la interiorización de una gama variada de sentimientos morales, sin los cuales la salud y pervivencia de la arquitectura institucional del sistema devienen irrealizables. Por ello es vital en las sociedades civiles el disponer de un sistema educativo que forme a los jóvenes desde su primera infancia en estas virtudes cívicas y les dote de la sensibilidad ética adecuada para su positiva integración en una colectividad de seres libres, honrados, cumplidores de la ley, dignos, productivos, curiosos y receptivos ante la diversidad, respetuosos de los derechos de su prójimo y celosos defensores de los suyos frente a los poderes públicos y a sus conciudadanos.

A la luz de esta condición necesaria para la articulación de una sociedad verdaderamente civil, estremece observar cómo en la España de nuestros días se han

entregado, en algunas partes de nuestro territorio nacional, las escuelas en manos de los que adoctrinan en sentido contrario y no cejan en su llamada a la división, al rencor, a la revancha y al aplastamiento del que sustenta otras opiniones o se adhiere a otras creencias.

Aunque el núcleo de los sentimientos dominantes en los seres humanos corresponde a aquéllos asociados a la búsqueda de la felicidad individual o a la atención a intereses particulares, sean éstos los que sean (la acumulación de riqueza, la exhibición de *status*, el disfrute de la belleza, el aumento del conocimiento, el amor a nuestros semejantes, la salvación eterna o el placer hedonista), es casi imposible desligarlos de tres tipos de sentimientos altruistas. Me refiero a la preocupación por el bienestar del círculo inmediato familiar o amistoso, a la adhesión a la dimensión más amplia de la comunidad local o de la nación, con la correspondiente activación del patriotismo acompañado de la asunción emocional y no necesariamente excluyente de una identidad nacional en sus aspectos simbólicos, étnicos, lingüísticos o religiosos, y a los sentimientos de benevolencia inherentes a las conductas respetuosas con las normas positivas, a la tolerancia, a la ayuda mutua y al goce de la convivencia afectuosa y cordial, que son indesliga-

“La sociedad civil pone el énfasis en la autonomía del individuo y –sin despreciar su condición de miembro de una comunidad definida por rasgos étnicos, códigos culturales y tradiciones heredadas– su atención se centra en la salvaguardia de los derechos y libertades de cada ciudadano con rostro, nombre y trayectoria personal intransferibles y únicos.”

bles del funcionamiento correcto de los órdenes extensos.

Podemos entender, en este contexto, a las sociedades civiles actuales como el resultado de un proceso histórico y no deliberado de encaje a través del ensayo y del error de las dos idealizaciones

mencionadas, la de la asociación civil y la de la asociación como empresa, con la correspondiente combinación de sentimientos morales egoístas y altruistas atribuibles a cada una de ellas por separado o simultáneamente. La tensión entre ambas concepciones sería la dinámica característica de la sociedad civil, aunque con un sesgo hacia la primera de ellas. En este decisivo asunto hay que ser ecuánime sin dejar de ser riguroso. En efecto, perviven en nosotros desde las etapas aurorales de la Humanidad instintos de solidaridad intergrupales no racionales, ni racionalizadas, a través de los cuales buscamos calor, cobijo, seguridad y alimento, además de protección contra lo extraño que, por el hecho de su alteridad, es percibido necesariamente, dentro de este enfoque primitivo, como una amenaza. Este género de sentimientos tribales y la moral que de ellos se desprende se encuentran en la base tanto de los nacionalismos identitarios étnico-lingüísticos como de los colectivismos intervencionistas. Comprobamos así que los distintos nacionalismos identitarios, fascismos grandilocuen-

tes y socialismos utópicos representan no sólo siniestros errores intelectuales y atropellos morales sin parangón, sino también monumentales ejercicios de falsificación y de camuflaje. Una vez barridos del mundo de las ideas por la realidad histórica, que ha demostrado hasta la saciedad su inoperancia y su barbarie, siguen activos y acechantes en el mundo real, en el Caribe, en los Balcanes, en el Magreb, en Oriente Medio y en el País Vasco, y se sientan en los bancos de no pocos parlamentos democráticos, profesan en demasiados departamentos universitarios e incluso, y lo digo consternado, claman desde determinados púlpitos. Hemos de convivir con su despiadada apelación a lo peor que hay en nosotros y resistir a sus llamadas a asomarnos a sus abismos, y es nuestra insoslayable obligación ayudar con la argumentación racional y con el ejemplo cívico a nuestros conciudadanos que han caído de buena fe en sus falacias a liberarse de sus abyectas cadenas.

Pero no debemos olvidar que estos estratos instintivos profundos forman parte de nuestra naturaleza y que tuvieron y tienen su lado positivo. La progresiva emergencia de sociedades cada vez más abiertas ha de encauzar estas energías primordiales ajenas a la razón en una dirección que sea no sólo inocua, sino beneficiosa. Las sociedades civiles y, en consecuencia, civilizadas y civilizatorias, descansan sobre soportes comunita-

rios nacionales que están ahí, y que, aunque rápidamente evolutivos en su significado y en la percepción que de ellos tienen sus integrantes, nos acompañan y nos condicionan, y van a formar parte de nuestro panorama público presumiblemente durante mucho tiempo. La mente humana es compleja, mezcla sustantiva de razón y de instinto, y por ello hemos de asumir que es prácticamente imposible propagar la causa de la libertad sin una dosis, aunque sea moderada, de motivaciones emocionales.

En la medida en que estamos integrados en un soporte comunitario nacional que se aproxima en sus instituciones y costumbres al deseable modelo de la sociedad civil, estamos obligados a aceptar este legado biohistórico de sentimientos morales de contenido no siempre racional, y de tener un pie en cada uno de los dos universos éticos diferentes e incluso incongruentes: el de la persecución de la dicha personal y el de la lealtad a la comunidad que nos alberga. Ahora bien, entre la insolidaridad hedonista y la obsesión tribal el lugar de equilibrio no es estrictamente el equidistante de ambos condenables extremos. La sociedad civil pone el énfasis en la autonomía del individuo y, sin despreciar su condición de miembro de

una comunidad definida por rasgos étnicos, códigos culturales y tradiciones heredadas, su atención se centra en la salvaguardia de los derechos y libertades de cada ciudadano con rostro, nombre y tra-

“Ante los nacionalismos identitarios y los fundamentalismos religiosos, la eficacia persuasiva del argumento racional flaquea. Es aconsejable entrar por los flancos sin que eso represente pérdida de fe en la racionalidad como el instrumento ideal de diseñar la organización social.”

yectoria personal intransferibles y únicos.

Quiero referirme a continuación, dentro de este breve apunte sobre la sociedad civil, a una cuestión que me parece extremadamente relevante, tanto por lo que implica de cara a una mejor comprensión de la génesis de esta clase de sociedad como por las consecuencias que comporta en el orden práctico. Me refiero al hecho comprobado de que la posibilidad de deterioro de las instituciones de la sociedad civil está siempre presente. A pesar del derrumbe del socialismo real, un desasosiego creciente invade a la ciudadanía europea, derivado en parte de la pérdida traumática de un referente ideológico y ético que con su sola existencia alimentaba la esperanza en una utopía totalizadora. Pero aparte de esta nostalgia, visible sobre todo en cierta clase intelectual izquierdizante que no se resigna a la evidencia clamorosa de la superioridad de las sociedades libres sobre los paraísos rodeados de alambradas, una serie de amenazas, antiguas y nuevas, se ciernen sobre las sociedades civiles. Las antiguas resurgen una y otra vez y exigen una vigilancia permanente. Los gobiernos y las elites económicas y culturales vinculadas a ellos tienden invariablemente a ampliar sus ámbitos de poder, a burlar la ley, a interferir en los mercados al servicio de intereses oligopólicos y a controlar los mecanismos de creación de opinión. Lamen-

“A medio camino entre el razonable pesimismo de la lucidez y el lúcido optimismo de la razón, en el centro no ya de la política sino de nuestra misma condición humana, se encuentran las verdades accesibles y las virtudes practicables que son la sustancia de la sociedad civil.”

tablemente, el totalitarismo puede reverdecir en cualquier momento y en cualquier parte, y las sociedades civiles occidentales no están definitivamente impermeabilizadas contra sus infiltraciones patógenas.

Simultáneamente, aparecen problemas de nuevo cuño de enorme gravedad e inmanejable variedad. Conflictos étnicos de tremenda ferocidad, movimientos migratorios masivos, agresiones irreversibles al medio ambiente, terrorismos de todo pelaje, narcotráfico galopante, crisis del Estado-providencia, fundamentalismos religiosos opresivos y desestabilizadores y confusión axiológica debilitadora, generan una presión difícil de soportar en los grupos rectores y en la ciudadanía en general de todas las latitudes. De hecho, la mayor parte de estas dificultades derivan de dos fenómenos interrelacionados: por una parte, sociedades civiles que parecían autoconsiderarse naciones cuasihomogéneas se han transformado en mosaicos de bullente pluralidad, con la consiguiente tensión para sus instituciones básicas, y, por otra, se está configurando un germen de posible sociedad civil internacional todavía balbuciente e inseguro.

La tan traída y llevada globalización económica ha originado un conjunto de reacciones contradictorias que resultan desestabilizadoras. Al demandar reformas rápidas y profundas tanto en las estructuras organizativas

como en las expectativas de las gentes, reducen a la obsolescencia los discursos tradicionales, que aparecen impotentes a la hora de enfrentarse a una realidad que les supera. Cada vez es más complicado ofrecer una visión del interés nacional que sobreviva a transformaciones tan aceleradas, y las naciones parecen contemplar un dilema de salida imposible: o se internacionalizan decididamente perdiendo soberanía y control sobre sus asuntos, o se esfuerzan en conservarlo enfilando un camino proteccionista que las empobrezca sin remisión.

La apertura de fronteras al comercio, al turismo, a la emigración, a los flujos de capital, a los productos culturales y a la información ha determinado que sociedades que en el pasado eran o se percibían a sí mismas como culturalmente homogéneas, tomen conciencia de su pluralidad interna y surjan minorías lingüísticas, religiosas o étnicas que someten a revisión pacífica o violenta la identidad colectiva. El soporte comunitario de las sociedades civiles se ve así sacudido y cuarteado, con el correspondiente debilitamiento de los proyectos de cooperación armoniosa y mutuo provecho que debieran caracterizarlas. La consolidación de sociedades civiles en el próximo milenio implicará la organización de la diversidad como uno de sus elementos más cruciales. La renuncia a la imposición de la identidad cultural propia a los demás o a la elimina-

ción de los que son diferentes, aprendiendo a contrastar relatos históricos divergentes y a competir serenamente con otras culturas en la definición de una identidad común en la que todos encuentren acomodo, se vuelve así una necesidad imperiosa de nuestro tiempo.

Sin embargo, en estos momentos, la "problematización" de la identidad se traduce en movimientos intensamente viscerales de carácter fundamentalista o nacionalista, que agitan internamente a las sociedades civiles existentes o las enfrentan entre sí alejando el horizonte de una sociedad civil internacional. La noción de que los individuos sólo pueden estar auténticamente unidos por vínculos esencialistas o semimágicos de sangre, credo religioso o lengua, representa la dinamitación de la posibilidad misma de una sociedad civil. La recuperación de un pasado mítico en gran parte inventado, la venganza de agravios colectivos procedentes de un remoto pretérito o la consagración del Rh como valor moral supremo, no son precisamente las tareas compartidas para todos aquellos que consideramos que son otras las apropiadas para personas poseedoras de virtudes cívicas.

La domesticación y el apaciguamiento de estos fervores identitarios es, insisto, una de los hercúleos trabajos del siglo XXI. Desafortunadamente, los argumentos racionales sólo resultan eficaces en esta materia hasta cierto punto, porque los conflictos de identidad son re-

“Una nota distintiva clave de la sociedad civil es, y nunca se insistirá bastante en ello, que las renunciaciones y aportaciones que los individuos deben hacer en favor de los objetivos colectivos han de estar sujetas a límites nítidamente dibujados.”

fractarios a la explicación rigurosa y tranquila. La imagen de un educado cambio de impresiones con *Jarrai* teniendo como herramienta dialéctica común el método científico no parece, al menos por ahora, plausible.

Hay que forzar, por tanto, la imaginación y la paciencia para preparar y ejecutar estrategias novedosas. Los avances en un tratamiento de los conflictos de identidad étnica, religiosa o lingüística con el fin de adaptarlos a la estructura de sociedades civiles ya existentes o de impulsar la aparición de otras nuevas, podrían moverse a lo largo de múltiples ejes: el establecimiento de mecanismos institucionales que faciliten el acuerdo sobre reglas procedimentales de resolución de tensiones identitarias —la Constitución española de 1978 es un buen ejemplo—, el estudio del pasado desde una óptica que ponga de relieve que la pluralidad no ha sido una anomalía a corregir sino una normalidad a disfrutar —recuérdese el malogrado Plan para el estudio de las Humanidades en la enseñanza secundaria—, el énfasis positivo en la garantía de los derechos de las minorías entendida como respeto a derechos individuales —los movimientos pro derechos civiles de la población de color en los Estados Unidos en los sesenta o el activismo en defensa de la pluralidad de plataformas como Convivencia Cívica Catalana, el Foro Babel o el Foro Ermua en la España de nuestros días—, la experimentación cultural e institucional de

“La noción de que los individuos sólo pueden estar auténticamente unidos por vínculos esencialistas o semimágicos de sangre, credo religioso o lengua, representa la dinamitación de la posibilidad misma de una sociedad civil.”

la identidad múltiple o concéntrica —aprendizaje temprano y vivo de la multietnicidad en escuelas con alumnos pertenecientes a familias de tradiciones, culturas, razas y credos dife-

rentes—, propuestas para razonar en común proyectos de cooperación basados en normas equitativas sin asimilismo de ningún tipo —planes de enseñanza bi o trilingües, reglamentaciones laborales que contemplen peculiaridades culturales o religiosas, Administraciones públicas capaces de atender a los ciudadanos en su lengua en contextos multilingües—, asunción pública de responsabilidades por agresiones perpetradas en el pasado contra los derechos humanos o por crímenes contra la Humanidad —petición alemana de perdón por el genocidio judío o japonesa por el ataque a China—, evitando tanto los victimismos reivindicativos exagerados como los masoquismos de autoculpabilización humillante.

Ante los nacionalismos identitarios y los fundamentalismos religiosos, la eficacia persuasiva del argumento racional flaquea. Lo digo con conocimiento de causa y, por tanto, es aconsejable entrar por los flancos sin que eso represente pérdida de fe en la racionalidad como el instrumento ideal de diseñar la organización social. La sociedad civil es precisamente un producto excelso de la racionalidad aplicada a la experiencia histórica de la vida en comunidad de los seres humanos.

En definitiva, y con la cautela de que en

nuestro conocimiento del mundo no hay nada definitivo, una vez desaparecida con estrépito y sin gloria aquella deidad de pies de barro y mandíbula de cristal conocida como socialismo real, y sujeta a amplia renovación litúrgica en su culto la denominada Estado-nación, y con cuya adoración tanto cierta izquierda doctrinaria como cierta derecha intransigente han venido saboteando la articulación de sociedades civiles a lo largo de los últimos doscientos años, encontramos en el desarrollo gradual y la actualización permanente del concepto de sociedad civil la llave que nos franquee la puerta del próximo siglo. Arrumbados por ineficientes y por destructivos los historicismos totalitarios, hemos de recuperar la tradición liberal clásica y su combinación magistral y equilibrada de liberalismo indivi-

dualista y de comunitarismo en libertad como la mejor manera de conseguir paz, prosperidad y orden. Ahora que está de moda el centro reformista, parece innegable que sus promotores están intentando exactamente eso, y hay que desearles —desearnos— éxito en su empeño, además de ayudarles en todo lo que podamos, sobre todo a entender lo que pretenden. Al fin y al cabo, a medio camino entre el razonable pesimismo de la lucidez y el lúcido optimismo de la razón, en el centro no ya de la política sino de nuestra misma condición humana, se encuentran las verdades accesibles y las virtudes practicables que son la sustancia de la sociedad civil, esa por ahora no superada forma de la convivencia de la que la revista *VEINTIUNO* es tan notable y meritoria propagandista.

■

Aleix VIDAL-QUADRAS I ROCA

EUROPA: PEQUEÑOS Y LARGOS PASOS

Carlos
Robles Piquer



Veintiuno
COLECCIÓN

novedades

Veintiuno
COLECCIÓN

CÁNOVAS

Un hombre para nuestro tiempo



Estudio y antología:
José María
García Escudero

Patrocinado por

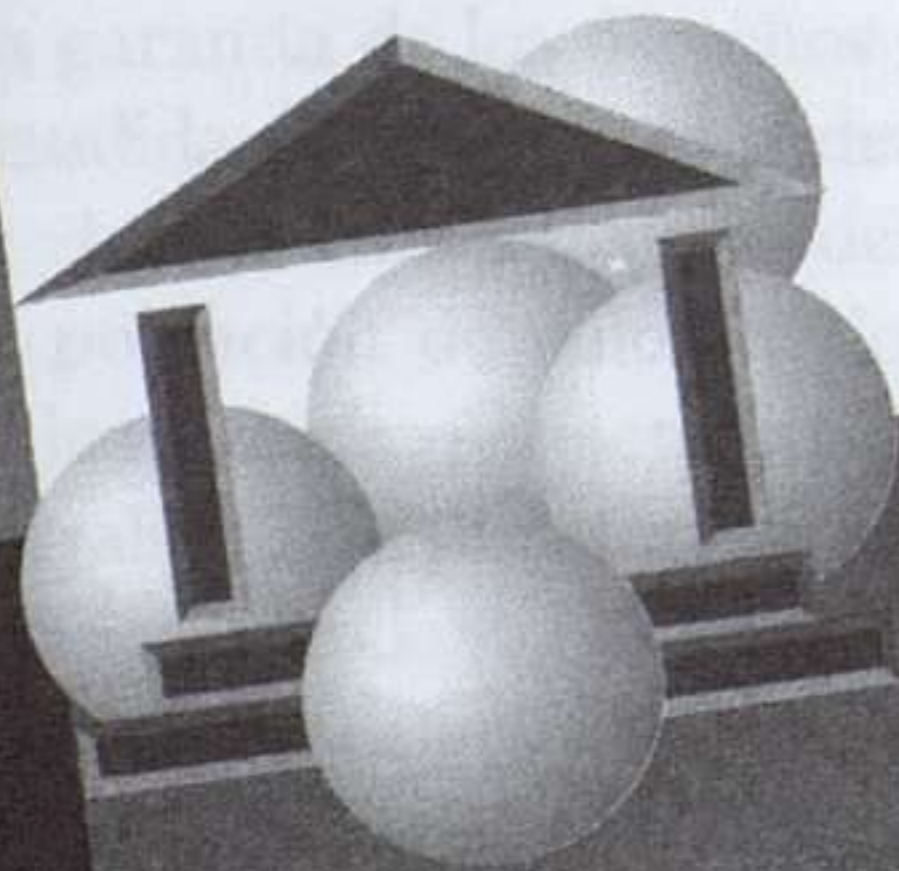


ARGENTARIA

Veintiuno
COLECCIÓN

RETÓRICA EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO

Alfonso Ortega
Carmona



Veintiuno
COLECCIÓN

Pedidos

Fundación Cánovas del Castillo

Marqués de la Ensenada, 14-16.

3ª Planta. Oficina 23. Madrid 28004

Tel. 91 319 59 04 - 91 308 55 53

Librería Rubiños 1860

Alcalá, 98. Madrid 28009

Tel. 91 575 42 27

EL CENTRO REFORMISTA AL SERVICIO DE LAS OPORTUNIDADES

Eduardo ZAPLANA HERNÁNDEZ-SORO

Presidente de la Generalitat Valenciana

El liberalismo, además de un sistema filosófico, constituye una actitud ante la vida, que ha llevado a sus protagonistas a ser considerados tolerantes y abiertos. Así sucede, cuando por ejemplo, de un ciudadano, bien independiente, bien militante en cualquier partido político, se dice: "es un liberal". Esa amplitud conceptual, junto con el prestigio de la Fundación "Cánovas del Castillo" y de la revista VEINTIUNO, hace que resulte grata la invitación a colaborar en el presente número. Sobre todo, cuando se trata de un monográfico dedicado, precisamente, a profundizar en el pensamiento liberal aplicado al final del siglo XX, que denominamos Centro Reformista y ha despertado un vivo interés en la sociedad civil.

A las puertas del próximo milenio, los valencianos nos hallamos inmersos en un proceso de globalización e internacionalización alentado por interesantes cambios sociales, eco-

nómicos y tecnológicos. Desde el Partido Popular consideramos que en este nuevo escenario, la persona y su capacidad de desarrollarse son cuestiones prioritarias; así como el eje

sobre el que debe diseñarse el proceso de modernización social que plasme satisfactoriamente los desafíos de la vida cotidiana, consiguiendo el equilibrio necesario para todos.

La sociedad española y la valenciana afrontan esos desafíos en buenas condiciones de partida. Junto con los decisivos logros alcanzados durante los últimos años, estas tierras han conseguido superar las penosas divisiones y enfrentamientos que, en otros tiempos, dificultaron su cohesión.

Hoy creemos que la mejora de la sociedad del bienestar que tantas veces se cita, y en tantas ocasiones solicitan los ciudadanos, exige que todos asumamos nuevas responsabilidades. Resulta inaceptable que sectores de la población se queden en la cuneta de la sociedad del bienestar. Todos somos necesarios. Una comunidad que asume los valores de justicia, educación y solidaridad, no puede resignarse a que subsistan en ella ámbitos de marginación. Así que hemos de estar especialmente comprometidos con los más débiles, aquellos que se encuentran en clara situación de desventaja social.

El centrismo reformista que nos define supone *estar con la sociedad*, ser parte de ella, y trabajar para hacer realidad sus aspiraciones. Para ello es imprescindible que los poderes públicos remuevan todos los obstáculos que detienen el empuje de la sociedad, no queriendo imponer nada sino dialogando y colaborando

“El centrismo reformista que nos define supone estar con la sociedad, ser parte de ella, y trabajar para hacer realidad sus aspiraciones. Para ello es imprescindible que los poderes públicos remuevan todos los obstáculos que detienen el empuje de la sociedad.”

con todos.

El centro político se caracteriza porque toma a la persona como meta de todo el sistema social, y trata de organizar la sociedad sobre los principios de libertad, igualdad y solidaridad. Reconoce y

proclama, por lo tanto, que vivimos en una sociedad en constante evolución y desarrollo en la que han cambiado mucho las cosas, las necesidades y la manera de vivir.

La mejora de la sociedad de bienestar que solicitan los ciudadanos exige que la sociedad asuma nuevas responsabilidades en la provisión de servicios públicos. Necesitamos una implicación mayor de la sociedad en la lucha contra el desempleo, en la provisión de servicios sanitarios y en la atención de nuestros mayores. El diálogo social es el comienzo de una mayor presencia de todos en la resolución de los problemas comunes.

Hemos de afianzar el entorno que facilite un despliegue de la libertad personal, renunciando así a posiciones dirigistas y paternalistas pasadas, que condujeron a que las manifestaciones del bienestar social fueran más una concesión interesada del poder político que la asunción de nuevos derechos y responsabilidades, garantizados por la ley.

La política de centro reformista que está llevando a cabo el Partido Popular de la Comunidad Valenciana y de España marca una dirección absolutamente novedosa en el diálogo político. Desde el centro reformista esta-

mos apostando con firmeza por la fórmula "más sociedad para mejorar el Estado", sin renunciar a los servicios sociales públicos que la sociedad necesita para sostener una vida digna de los ciudadanos, esto es: el actual Estado de Bienestar.

En efecto, vivimos en una sociedad de cambio masivo en aspectos económicos y sociales, y captando la naturaleza de estos cambios podremos transformar la política y plasmar un nuevo programa político eficaz.

Desde el punto de vista económico supone además una fuerte intensificación de la competencia que puede incidir negativamente en los programas de protección social y en la legislación laboral, especialmente en los más débiles, los jóvenes y los niños, y en las nuevas incorporaciones al mercado de trabajo como las mujeres.

Las empresas valencianas también están respondiendo a la globalización económica y así han de seguir haciéndolo. Si algo ha caracterizado a las empresas valencianas y las ha diferenciado de las otras CC.AA., ha sido su visión exterior, global, de la actividad económica. Aquéllas empezaron con la agricultura y siguieron con la industria, defendieron la liberalización de los intercambios comerciales, y gran parte de su desarrollo se ha asentado en los mercados exteriores y en la defensa del libre comercio frente al proteccionismo.

Vivimos tiempos donde la liberalización económica internacional exige más que nunca a las em-

presas un saber hacer y estar. Nuestras empresas continúan respondiendo de forma positiva y abierta, no sin esfuerzos, al reto difícil de la globalización económica, diversificando sus productos y servicios hacia otros mercados más allá de su propio entorno natural: la Unión Europea. Las oportunidades que se nos ofrecen son muchas, y en ello estamos trabajando codo con codo con los diferentes organismos e instituciones de representación empresarial.

Creo asumir el sentir general del empresario valenciano, cuando digo que somos una Comunidad que quiere elevar su presencia internacional, que apuesta por ganar cuota de mercado fuera de su territorio, que no se siente amenazada por la mayor competencia que supone la libertad de intercambios económicos, sino que contempla a ésta como fuente de oportunidades.

El poder de los valencianos consiste en que somos profundamente sensibles desde esta Comunidad a la construcción de lazos de cooperación comunes que sean positivos para todos los pueblos de España. Al mismo tiempo, es un poder profundamente sensible a lo propio, y exige un reconocimiento más que formal de nuestra realidad histórica, cultural y lingüística. Pero, asimismo, se identifica con una visión plural, cosmopolita e integradora de España.

"El centro político se caracteriza porque toma a la persona como meta de todo el sistema social, y trata de organizar la sociedad sobre los principios de libertad, igualdad y solidaridad."

En este orden de cosas me gustaría expresar mi postura personal sobre el talento que deben ejercer los dirigentes políticos y que queda

expresado en el prólogo de **Gregorio Marañón** en sus *Ensayos liberales* que, él decía: “*ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo, y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin*”.

Las circunstancias y la realidad se han impuesto, y el Gobierno de la Generalitat que presido ha venido trabajando durante estos cuatro años a partir de un programa en el que confluyen sensibilidades muy diversas, y en el que, al menos desde mi punto de vista, la impronta liberal se ha manifestado en muchas de sus acciones.

Un dato revelador es la lucha contra una equívoca percepción generalizada; hay que hacer comprender a todos los ciudadanos, agentes sociales e instituciones que los poderes públicos no podían ser los únicos actores ni tampoco detentar en exclusiva la iniciativa en una sociedad madura y responsable que quiere vivir el presente y ganar el futuro. La impronta liberal resulta necesaria para restaurar la confianza de la sociedad en sí misma.

La sociedad abierta es una sociedad que de-

“Ser liberal obliga a un compromiso real, decidido y responsable a favor de una sociedad que quiere crecer y hacerse cada vez más fuerte, más plural y más cohesionada, más justa y más solidaria.”

sea que el ciudadano pueda sentirse dueño de su destino. De un destino pacífico. De un destino en el que al final la ética triunfe sobre la convivencia.

Los partidos políticos fuertes y cohesionados se imponen, y en su seno deben convivir ideas y doctrinas que, no siendo antagónicas, se hallen cercanas entre sí. El centrismo reformista ha conseguido aglutinar una serie de sensibilidades próximas, y el liberalismo ocupa entre ellas un lugar relevante. Con las adaptaciones lógicas al momento histórico que vivimos, las ideas liberales están en el núcleo fundamental de ese centro progresista y reformista que hoy gobierna España.

Hoy una política liberal pasa exclusivamente por la participación activa de todos los ciudadanos en la sociedad. Ser liberal obliga a un compromiso real, decidido y responsable a favor de una sociedad que quiere crecer y hacerse cada vez más fuerte, más plural y más cohesionada, más justa y más solidaria.

El gobierno que presido ha tomado las riendas en esta dirección, y la libertad individual nos permitirá trabajar con más eficacia para la consecución de ese gran proyecto colectivo que nos anima a todos.

Eduardo ZAPLANA HERNÁNDEZ-SORO

Revista **Veintiuno**

Boletín de Suscripción

1^{er} apellido 2^o apellido

Nombre Tel.

Domicilio C.P.

Localidad Provincia

SUSCRIPCIÓN A LA REVISTA VEINTIUNO (4 números). Del nº al nº.....

<u>MODALIDAD</u>	<u>ESPAÑA</u>	<u>EUROPA</u>	<u>AMÉRICA</u>
<input type="checkbox"/> Suscripción Ordinaria	5.000 ptas.	5.300 ptas.	5.500 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción especial	3.500 ptas.	3.800 ptas.	4.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de honor	10.000 ptas.	10.000 ptas.	10.000 ptas.

FORMA DE PAGO: Talón bancario nominativo. Transferencia bancaria a: Banco Popular Español. Agencia nº 32. C/ Génova, 20. 28004 Madrid. c/c: 60. 3031. 69 a nombre de la FCC.

Domiciliación Bancaria. (rellenar el cupón siguiente) Ruego que con cargo a la cuenta reseñada se sirvan pagar los recibos que presente la **revista veintiuno**, en concepto de suscripción.

Titular Banco o caja

Dirección C.P. Población

Entidad Oficina D.C. Nº de Cuenta Firma

LLLL LLLL LL LLLLLLLLLLLL

Seguramente tendrá usted algunos amigos a quienes les interesará conocer y, en consecuencia, recibir un ejemplar de VEINTIUNO. Puede consignar sus nombres y direcciones respectivas en las casillas situadas al efecto. Envíenos este cupón a la sede de la Fundación Cánovas del Castillo. Sus amigos se lo agradecerán. Muchas gracias por su gentileza.

— **1** —

Nombre y Apellidos:.....

Dirección:.....

Localidad:.....

C.P.:..... Provincia:.....

Profesión/Estudios:.....

— **2** —

Nombre y Apellidos:.....

Dirección:.....

Localidad:.....

C.P.:..... Provincia:.....

Profesión/Estudios:.....

— **3** —

Nombre y Apellidos:.....

Dirección:.....

Localidad:.....

C.P.:..... Provincia:.....

Profesión/Estudios:.....



Queremos ser sus librereros:
tenemos una atención personalizada y
un equipo humano que puede desarrollar
a la perfección las técnicas más avanzadas
de información bibliográfica

Nuestra experiencia
arranca del año 1752

Todos los libros de
cualquier autor, editor,
materia e idioma se los
podemos servir

**AUNQUE SEAMOS
UNA LIBRERÍA DEL
SIGLO XVIII**

estamos en el Siglo XXI



RUBIÑOS-1860
LA LIBRERIA MAS ANTIGUA DE ESPAÑA

Alcalá, 98. 28009 Madrid
Fax 24 hs.: 915 753 272 Tel. 24 hs.: 915 754 227
E-mail: rubinos@worldonline.es
<http://www.rubinos1860.com>

Exposiciones

XACOBEO'99

EXPOSICIONES DE TEMÁTICA JACOBEA Y EL ÁMBITO DE LAS PEREGRINACIONES

SANTIAGO

27 mayo-31 octubre
Colegio de Fonseca

27 mayo-31 diciembre
Palacio de Gelmírez

14 junio-31 diciembre
Iglesia de San Martín Pinario

24 junio-31 diciembre
Iglesia de San Paio de Antealtares

Santiago de Compostela



Compostela en la historia. Renacimiento y resurgimiento

28 mayo-finales julio
Casa de la Parra
Santiago de Compostela

Camino de Santiago virtual

16 junio-8 diciembre
Museo Diocesano. Monasterio de San Martín Pinario
Santiago de Compostela

Galicia natural. Los Caminos de Santiago

11 junio-10 julio
Museo Provincial
Lugo

Cruces alzadas en honor del Señor Santiago en la Diócesis de Ourense

18 junio-1 agosto
Museo Municipal
Ourense

Santiago el Mayor y la Leyenda Dorada

23 junio-1 septiembre
Museo de Bellas Artes
A Coruña

Santiago y los Caminos de Santiago

9 julio-31 agosto
Museo do Pobo Galego
Santiago de Compostela

6 septiembre-5 octubre
Museo Municipal
Ourense

18 octubre-14 noviembre
Hospital de la Caridad
Ferrol

Galicia jacobea. La revitalización de los Caminos de Santiago

6 agosto-31 agosto
Museo Municipal
Ourense

17 septiembre-14 octubre
Hospital de la Caridad
Ferrol

El Camino como rito iniciático

Noviembre-diciembre
Archivo del Reino de Galicia
A Coruña

Huellas Jacobeas

Buenos Aires, Roma, Ciudad de México, Bruselas, París, Londres, Dublín, Burdeos, Toulouse, Dinamarca y Nueva York

Museo de las Peregrinaciones

Santiago de Compostela
PEREGRINACIONES EN EL MUNDO

Camino de Kumano. La naturaleza divinizada

21 mayo-2 julio

Peregrinación a Kumba Mella

14 julio-septiembre

Peregrinaciones judaicas

15 septiembre-octubre

EXPOSICIONES DE ARTE CONTEMPORÁNEO

Caminantes

10 junio-16 agosto
Museo Barjola
Gijón

18 septiembre-28 noviembre
Auditorio de Galicia
Santiago de Compostela



Caminos

3 junio-4 julio
Palacio de Sobrellano
Comillas (Cantabria)

15 julio-31 agosto
Museo Provincial
Lugo

11 septiembre-31 octubre
Museo de Bellas Artes
A Coruña

13 noviembre-enero 2000
Museo Barjola
Gijón

Nuevos Caminantes

16 junio-18 julio
Auditorio
Pontevedra

Nuevos Caminos

17 junio-15 agosto
Casa das Artes
Vigo

Artistas caminantes en Ourense

25 junio-23 diciembre
Albergue de San Francisco
Ourense

Elogio del granito. Isla de esculturas

31 julio
Parque de la Xunqueira de Lérez
Pontevedra

Centro Galego de Arte Contemporánea (CGAC)

Santiago de Compostela

Minimal Maximal

16 abril-4 julio



Del Impresionismo al Fauvismo: la pintura del cambio de siglo en París

Colección Carmen Thyssen Bornemisza

21 abril-25 julio

James Casebere. Asylum

12 mayo-25 julio

Santiago Mayo

12 mayo-25 julio

Jürgen Partenheimer

16 julio-12 septiembre

Tracey Moffatt

20 julio-31 octubre

Robert Mangold

24 septiembre-12 diciembre

Casa da Parra

Santiago de Compostela

Peter Greenaway

Julio-agosto

Antonio Mouzo

Septiembre-octubre

Manuel Patinha

Noviembre-diciembre

Tel: 981 54 19 99

www.xacobeo.es



CONSELLERÍA DE CULTURA,
COMUNICACIÓN SOCIAL
E TURISMO



XACOBEO'99
Galicia

